Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ALFREDO PAREJA Y DIEZ CANSECO

EL MUELLE

novela

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ECUATORIANA
SECCION GENERAL
No. 9243 AÑO 1993
PROCED. DONACION
003056-J.

editorial
bolivar
quito.

BIBLIOTECA ECUATORIANA
Directores: Alfonso y José Rumazo González
Volumen IX

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

PROPIEDAD DEL AUTOR

Reservados todos los derechos

1933

TIP. L. I. FERNANDEZ.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

PROLOGO

UNA NOVELA DEL TROPICO MESTIZO

Se ha hecho ya la novela del trópico enloquecedor y asesino. Novela monstruosa, envenenada de paludismo y mordeduras de víboras, donde el homicidio está situado como una obvia categoría cotidiana, y el dolor de la carne, en bestias y hombres, duele a lo largo de todas las páginas, emborrachando de doler y heder. En grande, José Eustacio Rivera, con su «Vorágine» deslumbradora y brutal. En el cuento, quienes son dueños del trópico más trópico de América, los del rudo y veráz grupo de Guayaquil: José de la Cuadra, Gallegos Lara, Enrique Gil, Aguilera Malta. En la reseca costa peruana, las «Estampas Mulatas», de José Diez Canceco. Su «Kilómetro 83», en especial.

Alfredo Pareja Diez Canseco, con EL MUELLE, nos hace hoy la novela del trópico mestizo, del trópico litoral, aspirante a mala vida urbana, con luz eléctrica, burdeles y periódicos.

He dicho del trópico mestizo y no del trópico «montuvio», como pudiera reclamármelo José de la Cuadra, con buen derecho porque esta novela de Pareja, aunque de clima igual al clima de las obras de Gil, de Cuadra, de Gallegos Lara y Aguilera Malta, no es, por el olor y el color, los hombres y la vida, una novela «montuvia».

El montuvio de la costa ecuatoriana, entendámonos, no es, el mulato del litoral peruano, ni el cholo de las serranías, que son tropicales con igual derecho. El montuvio, es el hombre del manglar y del río, de la lucha tremenda con el sol enemigo y amigo, con el mosquito exterminador; el hombre oliente a cacao, a germinaciones brutales, a semen vegetal y animal; sabio de amorfinos y «jalarse al machete»; explotado por el latifundista

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

en complicidad sucia con la autoridad; asesinado por la revuelta política de pañuelo rojo o azul al cuello; por el amor que los marineros envenenaron en el puerto; por el alcohol y el paludismo.

Pareja encuentra sus gentes en el asfalto de la ciudad caliente. Tirados en los portales del Malecón porteño, esperanzando un poco de pan y, acaso, enrabiados ya de justicia y de odio. Gentes que caminan sus pasos de siempre, que trabajan, que comen mal y aman. Del monte, seguramente, han venido a la ciudad Juan Hidrovo y María del Socorro Ibáñez. Pero ya están en Guayaquil, sin romanticismos de río ni de embarcación, en la vida dura de la ciudad comerciante, antes rica y próspera hasta para los pobres; hoy, para los pobres, golpeada por la crisis del mundo y la «escoba de la bruja.»

Es la novela de Pareja—anunciada por Luis Alberto Sánchez como una de las mejores novelas que se han escrito en esta «América, novela sin novelistas» — la novela del trópico mestizo. Pareja no ha querido en EL MUELLE — por afán de sinceridad, por honradez de artista — meterse a interpretar la vida de gentes que no son sus gentes, con las cuales apenas ha vivido; no ha querido traducir mensajes humanos que a él, hombre de la ciudad, se le presentaban con voz no conocida.

Alfredo Pareja y Diez Canseco—nos obliga todavía a seguirle a lo largo de este larguísimo nombre—viene de la gran burguesía criolla, golpeada hoy por la crisis y la catástrofe agrícola de su región, pero encopetada y orgullosa, sin embargo. Ha podido ver su ciudad en el salón pretencioso, en la oficina comercial explotadora y tragantona, en la politiquería turbia de chanchullos; pero la vió también en la cocina sonora de decires de criadas, en el profesorado elemental de amor de las domésticas; en el portal regado de cargadores durmientes, en el malecón cuajado de jadeos y de palabrotas. Vió y sintió a su ciudad arriba, en la explotación y el prejuicio social; la vió y la sintió abajo, en el hambrear y el hartarse callejeros, en el amor de covacha, idilio con lámpara de kerosene y Virgen de las Mercedes; en el amor de burdel; en el trabajo del cacao y el muelle, y en la gran injusticia de todo, del clima y de los hombres.

Alfredo Pareja no cree que la militancia social, que la prédica partidaria, deben hacer del arte un instrumento de propaganda. Pero envuelve tan densamente el libro con su gran sensibilidad social que, sin parcializarse en actitud y en gesto confesados, nos entrega una realidad palpitante de injus-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ticia, que reclama rectificaciones urgentes y profundas. Y así, sin ponerse a sí mismo etiqueta ni rótulo, Alfredo Pareja ha escrito la única novela ecuatoriana de izquierda. Indiscutiblemente.

Yo no creo que la novela americana auténtica sea la que los blancos o mestizos hayan hecho o hagan sobre los aborígenes. Muchos ensayos fracasados, muchos honestos intentos de realizacion—honestos en la intención, pero no en la técnica ni en la *posibilidad*—*hemos visto frustrarse, por falta de simpatía*, de comprensión vital. En el Ecuador, cuando se ha hecho novela indigenista, se ha llegado a esto: buena interpretación ornamental, visual, externa; adjetiva, en suma. Pésima transmisión de mensaje humano, porque el autor se ha extravertido necesariamente—con su mentalidad y su sensibilidad pseudo-occidental—, dentro de la piel morena de sus personajes indígenas. Es así cómo hemos visto indios nuestros en lírica plática lamartiniana, a la luz de la luna, junto al lago; o gritando rebeldías 1830 en apóstrofes huguescos; o, lo que es igualmente falso, más falso quizás, haciendo personajes de Fédin, o de Pilniak, o de Gladkoff, sedientos de justicia social, y reclamándola de acuerdo con la fraseología marxista-leninista....

Pienso más bien que la novela americana es la novela del mestizaje, antes cultural y climático que étnico. Porque ya ésta América de los nombres múltiples—y todos de sentido polémico—no es únicamente española ni solamente indígena. En complicidad con las nuevas dosificaciones inmigratorias, grandes en Brasil, Argentina, Uruguay, menores en los demás países, el sol, el clima, la alimentación, nos están haciendo un tipo humano distinto. Y a ese tipo humano, en plena actividad de realizarse, hay que verlo en la novela americana, porque a él pertenecen cronológicamente, los que pueden y deben hacerla. Ese tipo humano tiene también su mensaje, su voz que hacer oir en este instante de su proceso formativo, predecesor del clímax. Posiblemente, sea más difícil hallar material para la caracterización, para la tipificación. Pero no sólo la caracterización, la tipificación constituyen la novela. Acaso son los elementos mejores para la expresión del genio individual: el Quijote, para Cervantes, Mr. Pikwick para Dickens. Pero no son precisos para la novela. Si a pesar de ello se los quiere hallar, este ciclo puede ofrecerlos generosamente: el *terrateniente explotador*; el aventurero farsante, el inmigrante buscador de fortuna, el gaucho, el montuvio, el cholo, el roto....

Sostengo que solo la novela del mestizaje puede ser vista y

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

hecha con honradez y sinceridad en América actualmente, pues entre los mestizos, los blancos criollos o los aborígenes amestizados por la educación, se halla la semilla del novelista, del cuentista, del relatador. Porque es la única novela que puede ofrecer la correspondencia vital entre el autor y los elementos humanos que vivan en élla.

Como ya se ha insurgido contra la novela copista, de trasplante técnico ambiental y emotivo; yo insurjo contra la novela de la interpretación indigenista. A las dos las encuentro falsas igualmente. Quizás la indigenista nos engañe con un atenuante de carácter ético, porque siempre—o casi siempre—busca despertar emoción compasiva hacia las razas aborígenes. Pero ni siquiera esa atenuante — que yo discutiría largamente en su propio terreno de moralidad lacrimosa—puede excusar el delito artístico que entraña.

Esta novela de Alfredo Pareja, EL MUELLE es, además de ser sustantiva y adjetivamente mestiza, una gran novela de ambiente y caracterización. Y, como toda novela de esta clase, en que hay mensaje vital al mismo tiempo que técnica del relato, la de Pareja es ágil al par que minuciosa y, siendo fundamentalmente objetiva, cinematográfica casi, no descuida el ahondamiento psicológico, el adentrarse subjetivo, agudo, urgador, insistente.

Agil, sobre todas las cosas. Y teniendo por entre la letra y la palabra, una fuerza evidente de humanidad, la novela de Pareja nos conquista especialmente con su virtud asombrosa de dialogación y de plática. Joaquín Gallegos Lara—el gran comprendedor, realizador y guía de la nueva generación ecuatoriana — sorprendido ante esta facilidad, ante este declive para el diálago, me sugería el augurio de que Pareja — ya novelista con RIO ARRIBA y hoy con EL MUELLE—nos reservara una posibilidad de dramaturgo. Pero quiero creer que Gallegos a la lectura rápida hecha por el mismo autor, se haya deslumbrado momentáneamente por la poderosa fuerza dialogadora de Pareja y no haya insistido suficientemente en la contemplación de lo que quizás sea lo esencial en EL MUELLE, y en la sustancia artística y espiritual de Pareja: su dinámica visualidad, su facultad de perspectivas amplias, su expansionismo crono-topográfico. Claro que todo esto, sin ofrecer un declive natural hacia el teatro, tampoco lo obstaría; pero en cambio, nos está diciendo a gritos que allí está el novelista, que es algo así como el decorador mural, el freaquista de la literatura.

IV

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

No me resigno a ver EL MUELLE entre los bastidores y las bambalinas, con su nervioso dinamismo, con su asistencia minuciosa junto a la escena cotidiana y, singularmente, con esa fuerza de ambiente que precisa el traslado constante de personajes en el espacio y en el tiempo, para hallarlos siempre en su hora de amor o de dolor, de júbilo o de rabia, situados en el lugar correspondiente: la calle para el mitin, el río para el contrabando, en Nueva York, que exigirían para verse, las posibilidades en blanco y negro del cinematógrafo; y luego, ya en Guayaquil, el malecón embrutecido de sol y de angustia para los sin trabajo; la babosa lujuria del magnate corruptor de domésticas en la covacha de cañas; y el andar, andar, andar doloroso de María del Socorro en busca de trabajo, frente a las puertas rehacias para abrirse. ✳

EL MUELLE, Joaquín Gallegos, puede prometernos un dramaturgo. Quizás valga verse en él un abocetarse de posibilidades de escenificación del género de las últimas cosas de Romains — *Donogo Tonka* por ejemplo — de la de Charles Vildrac, como el Paquebot Tenacity; de las Eugenio O'Neill.... Pero, yo no sé a causa de qué preferencia casi instintiva, quizás por lo que ya Pareja nos ha comprobado como novelista en EL MUELLE, yo le pediría quedarse arraigadamente en la novela que, además, me parece la máxima posibilidad artística de este tiempo.

Tengamos ya, Joaquín Gallegos, nuestra novela y nuestros novelistas. Quedémonos con Pareja que es ya una verdad que no necesita adjetivos. José de la Cuadra, tiene el deber de ampliar y afirmar para la novela, las cosas que ya en el cuento ha hecho: después de *Chumbote* y de *Banda de Pueblo,* tiene que darnos la novela grande. Enrique Gil, a quien creí tan bien establecido en el cuento, cuando leí *El Malo* y otras páginas dignas de la antología, nos revela hoy sus poderes de novelista crudo, violento, brutal, con *El Negro Santander,* que no debe retardarse en editar. Aguilera Malta, con *Don Goyo,* se afirma el poeta del grupo, a pesar de su ruda literalidad de expresión, y es tan fuertemente comunicativo de emociones, y tan fiel entregador de ambiente. Y usted, Joaquín Gallegos, usted mismo tiene un compromiso que llenar con el espíritu. Para servir su admirable militancia, para servir a la Revolución, para servir lo que usted más ama en el fondo, el arte, usted nos debe su obra en la novela. No se escriben impunemente cuentos como los suyos. No se revela impunemente dones como los suyos. Conocí escenas y páginas de su novela «*La Bruja*», que no se

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

sentirían disminuídas ante cualquier parangón. Yo lo emplazo para cerrar, este año mismo, el ciclo de novelas guayaquileñas que hoy abre Pareja con *El Muelle.* Seguirá Gil, Aguilera, de la Cuadra y usted.

Entre las excelencias de la novela de Pareja—novela del trópico mestizo, litoral y urbano—debe singularmente ser señalada esta, tan pura de valor artístico, tan rara entre nosotros: su no ser predicadora, en nombre de Jesús, de Franklin, de Buda o de Lenin. Su no ser *alusiva* ni *elusiva,* para usar términos gratos a Luis Alberto Sánchez, sino real, encarnadamente real, no solamente por el ornamento y la técnica, sino por la entraña vital. Real, sin ser por eso fotográfica.

Naturalmente, Pareja no es, no puede ser frente a la vida, imparcial ni desapasionado. Esa sucia posición de eunucos que es la imparcialidad ni el desapasionamiento, está muy lejos de la clara vehemencia espiritual, de la hombridad indudable de Pareja. Pero tampoco es hombre que postula previamente un apotegma de moral, de arte, de política, y busca enseguida los medios de probarlo en la obra. El ve la vida en sus hombres, *de sus hombres.* La sigue, se deja en veces arrastrar por élla y, en el camino de la acción, simpatiza y prefiere, se burla o se enrabia, ironiza o mata. Sus gentes se desprenden de él; pero él no deja de estar presente en su vida. La presencia del autor nos sigue, pero no en literalidad, sino un poco como en la explicación que dan a los niños sobre la presencia de Dios o del Angel de la Guarda: invisible, pero fiel, segura, infaltable.

No se oye su voz para la moraleja, ni es su presencia la insoportable presencia de ese señor que, en el cine, nos traduce en alta voz los textos en inglés....

La compañía del autor a través de todo el proceso vital de la novela, es una «compañía sensible». Es una compañía de sensibilidad. Por lo mismo, es apasionada, preferidora, justiciera. La vida, el paso por la novela de Pedro, el amigo de Hidrovo, que se deja sorprender robando, que cae en presidio y es víctima de todas las inconscientes brutalidades de la Ley y sus agentes; esa vida incidental, tiene al autor como a un compañero fiel, de sensibilidad distante pero señaladora.

De entre el grupo guayaquileño—iba a decir estúpidamente, por clissé fonético, la escuela guayaquileña—Enrique Gil y Alfredo Pareja no se asoman al plano de militancia y propaganda, a pesar de que, sobre todo en Gil, la posición marxista es evidente. Sinembargo, EL MUELLE hará tanto por la

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

justicia social, como lo que escriban Gallegos o de la Cuadra, cuando Gallegos y aún de la Cuadra —se dejan llevar por el tono de la propaganda. EL MUELLE, ya lo hemos dicho, es una novela de la realidad mestiza de la costa ecuatoriana.

La técnica de *El Muelle*, es la técnica del relato real, con un dominio seguro del diálogo. Flaquea un tanto en el soliloquio mental y, especialmente, en los instantes de recuerdo. Acierta rotundamente una vez: cuando se vale de este recurso, tan cinematográfico, para volver hacia atrás en la vida de Juan Hidrovo, y entregarnos así integralmente siluetada, en blanco y negro como siempre, la figura del hombre. Colma sus logros técnicos en dos aspectos sustantivos: expresión de ambiente y entregamiento humano profundizado de la vida interior de sus personajes.

Preciso es confesar que eso de situar en Nueva York el primer capítulo de la novela, despista un poco y hasta puede derrotar comentarios. Pero yo hallo en eso un acierto revelador de maestría. Gracias a eso, la novela afirma sus características mestizas; sirve para contrastar e integrar caracteres; para humanizar y vitalizar el relato, ofreciéndonos varias ediciones de injusticia dentro de la actual estructura del mundo: en la gran ciudad supercivilizada y superindustrializada en que se han cumplido todas las etapas del desarrollo económico, y en la pequeña ciudad comerciante y agrícola, vendedora y productora de materias primas; y da a la humanidad de Juan y de María del Socorro un valor ecuménico, sin dejar de ser enraizadamente provincial.

Los capítulos en Nueva York, sirven también para demostrarnos los poderes de Pareja para el relato de aventura —convertidos hoy en alta categoría artística, por la fuerza de Conrad, de Mac Orlan, de Blaise Cendrars—, y especialmente para la contemplación y manejo de masas en movimiento y en acción. La página del contrabando de licores, después de la brutal tragedia de la calle, en la que es asesinado por la policía el venezolano Claudio Barrera, me parece una de las mas logradas artísticamente. Hay en élla tal penetración sobria y precisa, tal poder de expresividad en los diálogos y en los silencios, tal verdad en las situaciones, tal avaricia dramática de adjetivación que, francamente, veo yo esa página como una de las más fuertes, más de hombre, que haya producido la novela hispanoamericana. Fuerte de musculación y vértebra, sin cameloteria sensiblera ni tragedizante. Desarrollada toda en blanco y negro, sin el deslumbramiento de color que en las novelas tropicales,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

sirve a veces para jugarnos el hábil escamoteo de emociones con trucaje, con *mise en scéne* de sol, de yungla y de serpientes.

Trasladada la acción a Guayaquil—en donde, realmente, está toda la acción—Pareja se arrellena cómodamente en el acolchamiento de lo propio, siempre visto, familiar y sin secretos. Con sus elementos propios, realiza idilio, tragedia, ironía. Caracteriza sus hallazgos humanos. Se apiada sin lloriqueo. Se indigna, sin gesticular ni patalear. No predica nunca, al menos deliberadamente. Y apenas, apenas, tiene sus salidas líricas, sus desahogos subjetivos, para confesar el propósito ilusionado, desde la hora de miseria, o para arrimarse al recuerdo.

Para probarnos sus dones de caracterizador, Pareja nos entrega, construído y flamante, a su don Angel Mariño, el «contratista». ¿Reminiscencia de Sinclair Lewis? Ni la más remota. La caracterización del yanqui, es la de todos los yanquis. La de Pareja, es la de una clase excepcional—aunque ofrezca múltiples ejemplares—. Y Pareja, comprendedor, se da cuenta de que Mariño, el hombre que representa una clase: la que está frente a los trabajadores, la clase explotadora, no es malo en sí, individualizado específicamente; no es «el malo», en contraposición a «el bueno» de los novelones. Por eso, a pesar de que temperamentalmente es un trascendentalista, Pareja, no trata con indignación dramática a este su don Angel Mariño, sino que lo fotea de ironías, nos lo voltea por todos los cuatro costados del ridículo, y no le esconde, con falsas pudibundeces, la fea realidad de su actitud. Nos lo muestra grotesco, como una adiposidad inútil, malsana, que es preciso extirpar con urgencia y seguridad quirúrgicas. Don Angel Mariño es una gran figura de novela.

El Muelle de Alfredo Pareja es una novela de valor humano total. Es esencialmente traducible. Sus vidas, tan arraigadas a la tierra y al ambiente propios, son vidas de hombres de todos los lugares. Y con su fuerza de ecumenismo tiene el poder de trasladarnos a su ambiente local, hasta el punto que por esas páginas calientes, se siente el calor del trópico, acelerador de la vida y de la muerte.

Benjamín Carrión.

México, 1933.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

I

—¡Hola! Juan. ¿Cómo anda la cosa?

—No sé. A las seis llegué. Tengo dos horas esperando.... Vamos a ver si ahora resulta la pega....

En el *ferry* me dijeron que el «Santa Rita» no entra hoy. Ha tenido accidente. Dicen que se ha varado anoche.

—¡Adiós! Estamos de malas. Otro día para esperar, y no sé qué hacer.

.....

—Oye, Barrera, y vos, ¿has conseguido un *chance?*

—Nada. En la Agencia pagué cinco dólares hace ocho días. Todavía no me devuelven los pesos. Dicen que ya mismo habrá algo. Y lo peor es que si consigo algo a bordo, pierdo el dinero.

—¿Ni extra has tenido?

—El otro día. Me pagaron tres pesos en un restorán judío por trabajar de seis de la noche a seis de la mañana. Me han quedado veinte centavos. ¿Cómo estás tú?

—Un níquel.

—¿Y el café?

—Nada.

—Mira, yo te lo pago. Me quedan diez. Cinco para regresar en el *ferry*. En el cuarto me prestarán algo los paisanos.

—Bueno, gracias. El pan lo da gratis el español.

—¡Hey! Sírvanos dos cafés.... Y no se olvide del pan.

—Pues, hombre, ni faltaba. Ya saben que aquí siempre lo tienen. ¿Se embarcan hoy?

—Todavía no sabemos.

—Pues ya lo ven, muchachos. Y tantas veces que les dije en el último viaje que no se quedaran. Esto va cada día peor. Natural. Así tenía que suceder. A cada cual le llega su tiempo. Lo que es yo, con la gente de mar que está tan pobre, en la

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

primera oportunidad me marcho a mi tierra. ¡Pues allí se vive, hombre, vaya que se vive!

El español—un valenciano regordete y vivaracho—colocó en el mostrador las dos tazas humeantes. Trajo luego el pan, dos grandes trozos de pan, y los puso al lado.

Barrera, Claudio Barrera, dirigióse a tomar asiento en una de las sillas redondas y sin espaldar que, cogidas en el suelo con tornillos de hierro, se afilaban a lo largo del blanco mostrador. De un frasco de vidrio con tapa de metal en forma de embudo invertido y de vértice agujereado, vació el azúcar necesario. Bazuqueó el líquido caliente y, antes de llevar a los labios la taza, volvióse al notar que su compañero no le había seguido.

—¿Qué te pasa, *Ecuador*? ¿Quieres tomarlo frío?

—Voy.

Juan Hidrovo se incorporó lentamente con el gesto cansado y perezoso. Inmóvil se había quedado, la mirada vaga, las piernas abiertas en tijera, hasta que le despertó la voz de su amigo.

Saboreaban sus cafés silenciosamente. Ni siquiera se miraban. ¿Para qué? Las miradas también saben hablar. Y estaba mejor el silencio para ellos. ¿Qué tenían que decirse? La monorritmia absurda del dolor. Lo demás, lo que no dicen la lengua ni los ojos, lo llevaban dentro de ellos mismos, tan profundamente dentro que ni sus conciencias podían encontrarlo. Y es que las distancias de la vida son más largas en las propias honduras del ser.

El silencio del restaurante «La Bomba» se rompió bruscamente. Un grupo de seis hombres irrumpió en la sala, hablando a gritos. Cuatro de ellos tomaron asiento junto a los dos camaradas. Los otros se sentaron ante una de las mesas de mármol; el que parecía más joven sacó del bolsillo de su abrigo un envoltorio. Lo deshizo con pereza y aparecieron unos naipes mugrientos.

—Está malo el tiempo. Parece que fuera las cinco de la mañana.

—Y si es verdad que no llega el «Santa», maldita la hora en que salí del cuarto.

—¿Cuánto?

—Vos ya sabes. Ahora se juega de a níquel.

Y echó una moneda de cinco centavos, haciéndola sonar contra la piedra blanca de la mesa.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Su compañero le imitó en el gesto. Y comenzaron a jugar el casino, midiéndose con las miradas y alargando las manos ávidas tras cada ganancia.

El perdidoso quiso cambiar de suerte.

—Juguemos mejor el café, con pan y mantequilla.

—Si quieres, vamos con *ham and eggs*.

—Se fué.

Repartió las cartas. Después de cortos instantes las arrojó en la mesa con despecho.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Te duele?

—Nunca me quejo. Ya vos no recuerdas cuando jugábamos fuerte. A tú si te ardieron los treinta pesos que te gané en el Canal de Suez. Ahora lo que me calienta es la mala pata que tengo en todo. Perderé de nuevo el embarque.

—Si me ganaste esa vez, fué porque la calor no me dejaba de arrollar.

—¿Y cuando el temporal en la Mancha? Me hiciste chivo cuando todo comenzó a bailar, cuando ya te había ganado.

—Bueno, pues, no hables más. Pide el café que todavía tengo frío.

—¡Hey! Mira al tío que entra.

—¡Hola, tío! *¿How are you?*

—Brr... ¿Qué hay, muchachos? ¿Noticias?

«¿Qué hay, tío?» decían también del mostrador, y todas las miradas se dirigieron a un hombre alto, fornido, de piel tostada, que en ese momento soltaba violentamente la puerta de resortes, y, soplando con la boca en forma de pito, echaba vapor como un barco a toda máquina.

La mano izquierda la tenía guardada en la levita, peluda y gruesa, de redondo cuello afelpado. Todo era grande en este hombre: su cabeza, metida hasta las orejas en un gorro; las manos, musculosas; la pipa, que sostenía en la derecha con ademán resuelto de hombre acostumbrado a imponerse; los zapatos de suelas pesadas, altas de una pulgada lo menos...

Lo rodearon en el acto. Lo querían. Más aún: lo respetaban. No sabían de qué país era. Lo cierto es que cada uno podía contar alguna historia extraordinaria de su vida. En puertos lejanos, escondidos, muchas veces lo encontraron, siempre alegre, dominando siempre en las broncas de los burdeles, imponiéndose con los puños en las reyertas que se armaban entre marineros en el vientre de los barcos. En la costa chilena se arrojó al mar un día por salvar al hijito de una señora que lloraba desesperada su desaparición. En Buenos Aires, una

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

noche de farra, se había batido solo contra uno docena de hombres. Era el que ponía en jaque a los gringos. No toleraba que ninguna de «esas muñecas rubias», como él las llamaba, tratase despectivamente a sus paisanos. Y sus paisanos eran todos los que tuvieran sangre indoamericana en las venas. Por largas temporadas se ocultaba. De repente, algún viejo compañero lo encontraba ya en Liverpool, como en la Guaira, en la Habana, Nueva York o el Havre. Nunca le faltó dinero. Quienes murmuraban que traficaba en drogas. En sus noches de humor, en los cabarets de Colón, derramaba el champagne por los suelos. Era mimado de las mujeres. Le llamaban el viejo. Y él siempre sonreía, con una serenidad de burla, ironizando inconscientemente la vida de tanto vivirla y la muerte de tanto acercarse a ella.

—¿Es verdad, tío, que el «Santa Rita» ha encallado?

—Ya estuve en el muelle. Pero no tiene averías. Mañana a las doce entra a puerto.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Mucha neblina. A lo mejor, mala maniobra. ¿Qué les pasa a *Ecuador* y *Venezuela* que están allí acurrucados?

—¡Hey! Vengan acá, que los llama el tío.

Los aludidos, Juan Hidrovo y Claudio Barrera, apuraron el último sorbo de café. El venezolano Barrera pagó diez centavos y, luego de limpiarse los labios con la manga izquierda, tocó en el brazo a su camarada.

—Vamos, Juan, a conversar. No te pongas pesado.

La plática se hizo cordial, alegre. Todos los corazones de esos hombres latían al solo impulso de hablar, de ofrecer su pensamiento sencillo, sin reservas, como saben hacerlo los hombres de su raza.

Pero algo se traía el tío, algo fuera de lo ordinario. Guardaba silencio por largos momentos, simulando interesarse por lo que decían sus amigos.

El dueño de «La Bomba» escuchaba atentamente, apoyado de codos en el mostrador. De vez en vez lanzaba una exclamación que hacía brotar risotadas de aplauso de las bocas morenas de los marineros. Eran como sonoridades de sol, tal que las risas de sus países tropicales, donde cada cosa es luz y cada luz una promesa.

—Bueno, ¿y ustedes no saben lo que ha pasado?, dijo por fin el tío, quitándose la pipa de las labios e inclinando el cuerpo sobre la mesa en ademán de revelación.

—No. ¿Qué?, exclamaron las bocas curiosas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Siempre atrasados de noticias. No leen los periódicos.

—Es que ahora sólo hay que buscar los *chances* para ganarse un extra, pues, tío, respondió uno.

—Por éso son ustedes unos ignorantes. Hay que estar al corriente de todo. En la primera que les pasa se ponen como niños de teta: no ven más que la mamadera, y lo demás que se lo lleve el diablo.

—¡Ja! ¡Ja!

—No se rían que es serio. Por eso se fregó un compañero mío hace años. Desembarcamos un día en Barranquilla y ese mismo día hubo revolución. El muy pichón, como grumete nuevo, ni se había dado cuenta de lo que pasaba. Soplaba la ventolera: el enganche estaba que teteaba. Uno debe saber siempre para que lado se va a inclinar la vela. Para no alargarles el cuento, lo pescaron y lo hicieron pelear a la fuerza porque el Gobierno necesitaba gente para calmar la tormenta.

—Pero cuente, pues, tío. ¿Qué ha pasado?

—No sean tan precipitados porque el que mucho se apura por salvarse se ahoga. Yo he visto montones de gente que han ido a parar a la bodega de los tiburones por querer caer toditos al mismo bote, cuando había otros desocupados. Si hubieran tenido calma, nada les había pasado, contra la agitación la calma porque la mar no se traga al que sabe montarse sobre la ola.

—Eso ya lo sabemos. Usted me ha visto en temporales agarrarme fuerte y sereno. Pero ahora estamos en tierra firme y no hay balance.

—Eso digo yo, pero la tierra es más novedosa que la mar.

—Seguro. Ahora mismo estamos de lado. Esto es peor que mar gruesa. ¿Verdad, tío?

—Ajá. Por éso hay que agarrarse más mejor y no aflojar la rueda por más que barra el agua.

—Ande, pues, no dilate más, tío.

—Anoche me dijeron lo de la «Standard Iron Corporation». Estuve con unos muchachos en la «116». Han botado a cuatrocientos trabajadores latinos. Tres días largos llevan reclamando. Primero pidieron que los dieran algo por la despedida, y cuando fueron a la «Unión» los gringos se hicieron los tontos y les han puesto trabas para la reclamación. Han sesionado los del grupo directivo, y luego pidieron que rebajen los salarios en general para poder quedarse en el trabajo. No les hacen caso. ¡Qué les van a dar esas «muñecas rubias» caprichosas! Lo cierto es que han armado la bulla en el Barrio Latino y esta-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ban tratando de tomar un acuerdo cuando les cayeron los *caps* y los botaron a palos. La cosa huele mal. Se están uniendo todos los trabajadores latinos y me dijeron que quedaba comisionado para conseguir el apoyo de los muchachos de la marina. Quieren hacer un mitin en Union Square. Desde ayer ando en eso. Ya hablé con unos.

—¿Y ha tratado el asunto con la Sociedad de la Marina?

—Todavía tú no has aprendido bien a trepar al palo, muchacho. ¿No ves que allí también hay gringos? Esto será algo sólo de nosotros. Ustedes me van a acompañar porque hay que ayudar a los muchachos.

Juan Hidrovo, que había estado indiferente y taciturno al iniciarse la conversación, se animó súbitamente. Tuvo fuego en los ojos y un estremecimiento de entusiasmo atiesó sus músculos de macho. Golpeó la mesa con los puños y levantóse gritando:

—¡Sí! ¡Sí! Hay que ir a las calles. Hay que ir hasta donde el mismo perro del alcalde que las pasa borracho todas las noches en el Casino de «Central Park». ¡Yo voy, tío! ¡Yo voy! Ahora mismo si quieren.

—Me gusta, *Ecuador!* Pero ten un poco de calma. Hay que saber capear con despacio, repuso el viejo lobo de mar, con su sonrisa entre cariñosa y burlona.

—¡Es que estamos hartos de tanto abuso! Al alcalde hay que decirle las cosas en su cara. Aunque me maten, yo se las digo. El se traga toda la plata y va a medias con los *bootleggers* y después mete a la reja al que vende una botella para ganarse un peso.

—Sí, dijo otro. Eso es verdad. Ha hablado bien *Ecuador*. Yo conozco un *Speakeasy* en «Sterling Place» y «Vanderbilt Avenue», aquí en Brooklyn, que el dueño es socio de un empleado de City Hall. Ahí he visto jalados a varios empleados del Municipio toditas las tardes. Después de las doce no trabajan y van a tirar trago. Tienen un *cop* de guardia afuera, y cuando alguno se pasa de trago, para que no haya bulla, el *cop* se lo lleva y se lo deja botado a cuatro o cinco *blocks* de lejos.

—Toditos los que estamos aquí debemos ir con los muchachos para protestar.

—Y pase lo que pase, compañero. Tú sabes que estoy fregado. Si me mandan al otro lado, me hacen un favor, expresó el venezolano Barrera, calmadamente como quien ha pensado una solución definitiva frente a todos los problemas de la vida y de la muerte. Se alzó su tórax en amplio movimiento de alivio, y

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

al expirar el aire que le llenara los pulmones de satisfacción, quedó marcada en el rictus de sus labios una sonrisa de triunfo, de dominio, tal que si hubiera superado de una vez y de modo gigante las inquietudes oscuras de su ser.

Mientras tanto, «La Bomba» se había llenado poco a poco, y el valenciano se multiplicaba en atender las precipitadas órdenes de sus clientes. En cada mesa dejaba un chiste, una alusión cariñosa a tal o cual viejo consumidor, y los buenos hermanos del mar reían a carcajadas, enseñando la dentadura blanquísima, como un símbolo de fuerza y de voluntad.

La charla del tío y sus amigos fué bajando de tono hasta que sólo llegó a ser un murmullo. Por los ademanes que acompañaban sus movimientos de boca, podía inducirse que seguían tratando con fogosidad del mismo tema. Obedeciendo posiblemente a una indicación del tío, se levantaron dos marinos y dirigiéronse en sentidos opuestos a hablar en otras mesas y con otros hombres. Con seguridad sólo hablaron a los que infundían más confianza, pues al poco rato regresaron a su grupo sin haber recorrido todas las mesas.

Se vió al tío hacer un signo de aprobación con la cabeza sin quitarse la pipa de los labios ni las manos de los enormes bolsillos de su levita. Pronunció dos o tres palabras últimas, encajóse la gorra hasta las orejas y, con el balance habitual que distingue el andar de los marinos, encaminó sus pasos a la puerta, saludando con la mano unas veces y otras con gestos hacia arriba de su cabeza a los parroquianos de «La Bomba», que al verlo exclamaban:

—¡Hola, tío!

—*¡Morning,* viejo!

—¡Adiós! Velo al tío; ha *estado* aquí! ¿Se embarca pronto?

El tío no se dignó contestar. Abrió la puerta y, cuando había pasado medio cuerpo, volvióse hacia dentro, dirigiéndose al grupo del que acababa de despedirse.

—*¡Ecuador!* ¡Ven acá un momento!

Ya afuera le tomó del brazo y se encaminaron ambos hasta llegar al ángulo agudo que forman «Hamilton Avenue», donde estaba situado «La Bomba», y «Sackett Street», precisamente frente al Muelle 33 de la flota «Santa».

—¿Qué vas a hacer hoy, *Ecuador?*

—No sé, tío. No tengo donde ir.

—¿Estás fondeado por hoy?

—No. Hace días que no cojo ni un extra. Ahora mismo sólo tengo un níquel.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

- Si quieres, yo te presto un par de pesos. Cuando tengas me los pagarás.

—Bueno, pues, gracias. Usted me salva, tío, de un apuro.

Hidrovo guardó las monedas, repitióle las gracias y se puso a esperar algo, pues «no en vano me ha llamado», pensaba. Sentíase orgulloso de haber sido objeto de una preferencia. Y una preferencia del tío tenía mucho valor.

—Oye, *Ecuador*, quiero que me acompañes esta noche a la sesión en la «116». Debemos organizar el apoyo de los muchachos de mar y quiero que seas mi segundo.

—¿Dónde es la dirección?

—Nos encontraremos en el *subway* de la «42» y «Broadway», en la estación de la «I. R. T.», a las diez. Yo tengo algo que hacer por allí. De allí nos iremos juntos.

—*All right*, tío. A las diez en punto.

—Sí. Recórrete de parte mía todos los lugares que puedas donde haya marinos. Háblales y díles que estén listos para mañana temprano en todos los sitios conocidos, que será la citación general, a ver si pasado se hace el mítin.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Nada más. Voy a tomar el *ferry*. Hasta la noche.

—Hasta luego, tío.

Lo vió caminar los pocos metros que faltaban de la esquina para llegar al muelle de los *ferry boats*, poner en la puerta automática—una mueca de cruz—los cinco centavos del pasaje, y alejarse lento por la boca de los callejones del muelle hasta que se confundió entre el gentío.

Corría un viento helado en esa punta en la que se cruzaba el aire en varias direcciones. La mañana estaba aún legañosa. El sol no se dejaba ver. Las líneas se confundían en el color opaco. Y a veces parecía como si caprichosas formas blancas pasaran en el aire sopladas por alguna boca enorme que se entretuviera, tal que un niño, suspendiendo en lo alto con su aliento partículas de lana.

Debía ser ya las once de la mañana. No era prudente ir al cuarto, porque lo vería la patrona y le cobraría el arriendo. Una semana contaba levantándose antes del amanecer y no regresando sino después de las doce de la noche. El único medio de evitar lo que tanto temía: la despedida enérgica y severa, el «entrégueme la llave y no vuelva más». Y entonces, ¿qué hacer? En las estaciones de los *subways* no dejaban dormir los policías. En los parques, no lo permitía el frío. Sólo en el verano era posible dormir allí, cuando el calor obligaba a pasar la noche sobre la fresca hierba. Eso

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

no lo prohibían, porque iban a los parques no porque les hacía falta una cama sino por buscar mayor comodidad. Los de los *subways,* nó: éstos eran vagos, miserables, vergüenzas de una ciudad tan digna y tan perfecta como Nueva York.

Pensó en ir a almorzar alguna cosa en un restaurante de «Fulton Street», en un «Bickford», lleno de recuerdos para él, pues allí sirvió dos meses la primera ocasión que dejó barco en Nueva York. Tuvo que abandonar el trabajo por enfermedad. Ingresó a un hospital con las piernas hinchadas por el reumatismo. Después, ya curado, le fué fácil sentar plaza en un barco de la «United Fruit». Esos eran otros tiempos.

Efectivamente, Hidrovo tenía razón. Esos eran otros tiempos. La gente se quedaba en la ciudad prometedora, soñando el sueño infantil de una fortuna extraordinaria; y no había sino que presentarse en el muelle con los papeles de marinero en regla para ser admitido en el acto.—Fué en la época en que Juan Hidrovo hizo siete u ocho viajes seguidos hasta Valparaíso. A su paso por Guayaquil calmó sus ansias por la tierra: sus pulmones se saturaron del aire caliente que tiene el trópico maravilloso, ese trópico que hace encender la fantasía como una llamarada; su piel morena recibió la caricia brutal del sol, y, como un renacimiento de esperanzas, de nuevo la ilusión y el anhelo magnífico de ser más, que ni siquiera él podía entender, hízole sentir la nostalgia de Nueva York, donde voceadores de periódicos habían llegado a ser los voceadores de la buena fortuna. «Allá puedo guardar plata, aprender inglés y un oficio cualquiera», pensaba. Fué sordo a los consejos que le daban los amigos para que no se quedara la mañana que llegó a la ciudad gigante. Le dijeron de la crisis, de la falta de trabajo, de lo difícil que era volver a embarcarse. Nada era capaz de acobardar su espíritu. Iba resuelto. «Yo lograré», decíase a sí mismo, con la ingenuidad de su raza solar. Y allí se había quedado, viviendo en continuos sobresaltos. Un trabajo de dos o tres días cada cierto tiempo le había permitido comer apenas. Y cuando al fin se convenció de la verdad de su derrota y no hizo la confesión vergonzosa de querer embarcarse otra vez, todas sus energías fracasaron. Se volvió pequeñito a veces, *reconcentrando otras mereed a la rabia* que le calentaba las arterias. Y ya era toda una empresa alcanzar un puesto a bordo.... Quiso dejar el mar y la tierra le abría sus fauces de abismo; quiso dejar las soledades del agua y de la luz; y los hombres, en el bullicio atolondrado de sus pasiones y sus odios,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

lo veían con el rencor insano, con la bárbara locura que tiene la lucha por la vida.

Juan Hidrovo, el cuello de su abrigo levantado hasta cubrirle media cara, la mirada perdida en el opaco horizonte, iba en el tranvía que lo llevaba a «Fulton Street», sumido en serias meditaciones.

«¿Cuál será el resultado de la protesta? Porque es necesario conseguir algo. Yo creo que sí. Se han de conmover o asustar de ver tanta gente en la calle pidiendo pan. Bueno, pero a mí, ¿qué me importa el resultado? Yo tengo odio y necesito gritarlo en las calles. Llevarnos banderas, banderas rojas, como esas que he visto en las manifestaciones comunistas de Santiago. Y ha de haber oradores que entusiasmen. Sí, claro está. ¿Buscaré trabajo hoy? Porque mañana debo ocuparme en el asunto y sobre todo pasado mañana que seguramente será el día del desfile. ¿Y si hoy encuentro una pega? Lo mejor será tomarla y arreglar para tener ese día *off*. Y si no, boto el trabajo y me voy con todos. Estamos unidos. Dicen que la unión hace la fuerza....»

Al cabo de veinte minutos de viaje por las calles de Brooklyn, unas calles retorcidas y sinuosas, llenas de sorpresas y de interrogantes, como brazos de mala mujer, se bajó del tranvía en una plazoleta a la que el tráfago violento de la hora cruzaba de convulsiones humanas dándole una vida ficticia de alegría.

Caminó a grandes pasos, contagiado del andar apresurado de todos, dos cuadras en la misma dirección en que lo dejó el vehículo. Torció luego a la izquierda y, al terminar un trozo de calle como un extremo puntiagudo que pretendiera incrustarse en el corazón de la plazoleta, tomó por una callejuela angosta que partía la perspectiva diagonalmente hasta llegar a la primera esquina. Allí estaban los escaparates del «Bickford» atrayendo las miradas de los transeúntes.

Empujó la puerta de vidrios y dirigióse hacia el mostrador, recibiendo a la entrada de manos de la cajera un boleto en el que estaban impresas las cantidades que el empleado despachador debería perforar de acuerdo con el consumo.

Sólo allí se dió cuenta de que había ido demasiado lejos en vez de haberse quedado a almorzar en «La Bomba». No pudo menos que reírse de sí mismo. «Después de todo, se dijo, me he evitado preguntas curiosas acerca de mi conversación afuera con el tío.»

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Estaba alegre. Tenía unas ganas locas de silbar, como se hace en los salones de su tierra; de sonar las manos; de reir sonoramente, estrepitosamente....

De una mesilla cercana al mostrador tomó cubiertos, servilleta y una bandeja de metal, la que hizo llenar de una taza de sopa con su bolsita de galletas al lado; del *Blue plate,* el plato *standard* de Nueva York, que se sirve desde Queens hasta El Bronx, con sus tres divisiones conteniendo diversos alimentos; de una ensalada de frutas; y la taza de café con leche hirvierdo.

Retiróse luego y se puso a comer de pié en una de las pocas mesas altas que restaban desocupadas. Ni siquiera se había tomado la molestia de mirar cuánto marcaba su boleto. Cuando se acercó a la Caja a pagar, contó: cincuenta y cinco centavos. Guardóse el menudo de vuelto en el bolsillo y salió del restaurante, saludando al paso a un muchacho que se encargaba de recoger los platos vacíos de las mesas con una rapidez vertiginosa, única forma de que no estuvieran congestionadas de artefactos, muchacho que había sido su compañero cuando fuera él también empleado allí.

Juan Hidrovo no era un sujeto feo ni mucho menos. Buena estatura, las espaldas anchas y, aunque las manos estaban endurecidas por el trabajo, eran largas y bien formadas. El cabello le caía ensortijado sobre las orejas, y unas grandes entradas en la frente le daban al rostro aspecto varonil y atractivo. Los ojos, negrísimos, y alba la dentadura. En su cara morena sobresalían los pómulos y la nariz aguileña. Su labio inferior, algo caído y grueso, decía de su temperamento sensual, y el otro, nervioso y delgado, era como una línea—expresión de voluntad que se arrugaba en cuanto el enojo hacíale brillar los ojos.

Por eso las muchachas lo miraban con agrado Y en los apretones del *subway,* durante los momentos en que se congestionan todas las vías de tráfico y los carros pasan raudos, furibundos, veloces como rayos, cargados de carne humana, no faltaba la mecanógrafa menuda que, al sentir el rozamiento de su cuerpo vigoroso en las caderas frívolas, volvía el rostro plegando en los labios pintados una leve sonrisa.

Sin embargo Hidrovo no las quería. Las llamaba interesadas; sus primeras palabras, cuando se iniciaba la conversación con el *hello baby*, eran: ¿cuánto gana usted por semana? Entonces se fruncía la línea de su labio superior, le temblaban los ojos, y respondía: nada.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Compró un paquete de cigarrillos. En la entrada del subterráneo—una boca fría de piedra, con los dientes en hileras unas tras de otras, hasta llegar a la bronca garganta por la que se oía el sordo fragor de los trenes—fumó ávidamente. ¡Tántas horas sin probar un tabaco! Después se metió garganta abajo y embarcóse en el primer *subway* que corría a Manhattan.

De la estación de la calle «23» salió a la luz de la ciudad. Anduvo hacia la derecha del lado este, unos diez minutos, hasta encontrar la tercera avenida.

En ella funcionaban algunas agencias de empleos. Entró a una que—rara costumbre—no cobraba nada adelantado sino que la primera semana de trabajo era de su beneficio o bien el treinta por ciento del salario de un extra de uno o dos días de duración.

Las sillas de la sala estaban ocupadas. Sus ocupantes sostenían conversaciones a gritos, y se reían a carcajadas, las paradójicas carcajadas de los desocupados. Juan Hidrovo tuvo que permanecer de pie hasta que alguno cansado de la espera salió en busca de otra agencia como en busca de otra esperanza.

—Vos eres de la marina, ¿no?

—Sí, repuso Hidrovo.

—¿No hay embarque?

—Todavía no. De un momento a otro. Busco un extra entre tanto.

—Yo tengo ya dos meses buscando pega. Sí he pescado de vez en cuando uno que otro extra, pero quiero algo fijo.

—Pues aquí no lo encuentlas. Ahola es difícil, polque el que aplieta algo fijo no lo suelta. No hay más que jugar a la bolita. Yo voy a reglesar a Puelto Rico. Allí fuí empleado de Banco. Mi mamacita me decía que no me viniela, pelo ahola tenemos la ciudadanía americana y clecí que se podía plogesar aquí.

De este modo se desenvolvían las conversaciones por horas enteras. Todos hablaban de sí mismos, de sus países, de sus familiares, de lo malo del tiempo, al que querían engañar produciendo a veces verdaderas baraúndas entre risotadas y típicas exclamaciones de cada quien.

Las cuatro de la tarde sería porque ya las cosas se iban esfumando en la oscuridad de las noches apuradas del invierno. Las luces eléctricas se prendieron, pero por aquellos sitios el alumbrado era malo y dejaba a la sombra el dominio de las líneas. De vez en vez—unas dos o tres en toda la tarde—

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

se escuchaba la voz del agente ofreciendo un empleo y los hombres corrían a la ventanilla de hierro. Los que ofreció ese día eran lejos de la ciudad, en el campo, y Juan Hidrovo ni siquiera se molestó en levantarse. El no podía dejar la ciudad, el muelle que le prometía la libertad de ese pulpo enorme con tentáculos de acero que es Nueva York, sus camaradas y su compromiso de ayudarlos.

Fumaba y fumaba perezosamente, la cabeza echada hacia atrás, sin mover un músculo. Sus gestos se reducían a cambiar las piernas cuando se cansaba la que por encima cruzaba a la otra.

Al fin se levantó.

—Hasta mañana con todos.

Regresó a Brooklyn. Quería ir a «La Bomba». Allí comería. Estaba en su ambiente, con sus camaradas. Iba saboreándose pensando en el exquisito arroz con camarones que sabía preparar con mano maestra el valenciano. Y sólo costaba veinticinco centavos. Cinco más para el café, y ya tenía que desabrochar el cinturón. Porque era de ver los platazos que servía. Igual que en su tierra, donde la comida sobra en las casas de los pequeños burgueses y cualquiera se puede dar un hartazgo de buen arroz blanco con frejoles, cualquiera que tenga una mujer de cocinera o que se lo pague con su trabajo.

Encontró a su amigo, el venezolano Barrera, acometiendo un enorme churrasco montado con dos huevos y lleno alrededor de frescas lechugas y papas fritas en aceite.

¡Qué bien te veo, Claudio!

¡Hola! Ya estás aquí . .¿Qué....te has hecho?....Todo el día fuera....dijo Barrera con la boca llena y hablando en los intervalos que el ingerir los trozos de carne le permitía.

Por ahí, buscando ostra.

¿Conseguiste algo?

Iba a responder que no. Pero se acordó de los dos dólares que le diera prestado el tío, y dijo:

Sí. De una a cinco lavé platos. Me he ganado dos pesos. Ahora yo te invito el café.

No, hombre. Yo tengo todavía para algunos días. Conseguí con los paisanos. Ahí tengo uno que trabaja en una factoría y aprende mecánica.

Oiga compañero, deme un arroz con camarones, pan y café, gritó Hidrovo dirigiéndose al español.

¡Eh, pues hubo qué hacer!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Siguió luego charlando con Barrera y de improviso preguntóle:

—¿Qué te pasa que te veo tan contento? En los ojos te conozco.

—Es que hoy recibí carta de mi tierra.

—¿Ha llegado valija?

—La del «Santa» que entra mañana. Ahora de tarde la repartieron.

—De veras. No me había acordado.

Juan Hidrobo tuvo un sobresalto. ¿Habría cartas para él. Y tener que esperar hasta bien entrada la noche para revisar su casillero en la puerta de la casa donde habitaba. Hubiera querido ir en seguida, aún dejando servido su arroz con camarones, pero lo vería la patrona y con el frío que hacía, ¿dónde reposar? Se puso a comer nerviosamente y calló, calló.... La charla animada de los parroquianos, con su variedad de acentos e interjecciones, taladraba la angustia de su espera.

Le dió rabia de verlos tan alegres. Los hubiera insultado, les hubiera pegado. ¡Tan brutos!

Después se rió. Había que reírse.

Hasta las nueve de la noche jugó al casino con Barrera. La suerte le hizo ganar unos ochenta centavos.

¿Dónde vas?, interrogó el venezolano cuando Juan se puso en pie y le tendía la mano, diciéndole: «ya me voy, hasta mañana».

—A ninguna parte. Estoy cansado.

—Ni pizca te creo. ¿Para qué te llamó el tío esta mañana? Te mandaste a cambiar y no volviste más. En algo te has hallado.

—Oye, dijo Hidrovo, volviendo a tomar asiento, oye, hermano, no digas nada. Me ha citado a las diez para ir a la reunión. Quiere que lo ayude, pero hoy me he olvidado de ir a los muelles para buscar gente. He estado tan preocupado, que se me fue la tarde volando....Y el trabajo que tuve, rectificó.

—¿Y ahora qué le vas a decir?

—No sé.

—Mira, yo no tengo nada que hacer. Yo iré a hablar ahora mismo que hay bastantes reunidos en varias partes, y tú le dices al tío que algo has hablado y que me comisionaste a mí para seguir las gestiones, que soy de tu confianza.

—Ya estuvo, hermano. Mañana a las ocho nos encontramos aquí. Yo estoy desde las seis. Si quieres venir antes, me acompañas. ¡Ah!, y diles a toditos que mañana de mañana no

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

se muevan de los sitios de costumbre para indicarles la hora del mitin, si es que se hace pasado.

Se alejó entre las sombras espesas de la noche que por esos sitios era negra, negrísima. Las luces, apartadas unas de otras y débiles, no lograban romper la armonía de la oscuridad.

Cuando llegó a *Times Square* parecióle que venía de muy lejos, de otra ciudad, de otras latitudes. Aquí todo era bulla y luz. Se sentía menos frío. La gente se atropellaba por ganar una calle o entrar a un cinema. Parados en las puertas de lugares de diversión, unos grandes hombres rubios, uniformados de gala, llamaban a la gente: allí estaba la mujer-araña, la carrera de pulgas, el hombre que se atravesaba el cuerpo con espadas, la bailarina de Haway....

En el lugar de la cita sólo esperó Juan unos segundos. Pronto dibujóse en la calle la enorme silueta del tío, con su pipa entre los labios y las manos en los bolsillos de la gruesa levita que le cubría las piernas hasta medio muslo.

Bajaron las escaleras del subterráneo, casi sin decir palabra.

Se perdieron en la oscuridad.

Pero la calle era un sueño feérico. Las luces potentes bailaban una mentira entre el bullicio frenético de los carruajes y los hombres.

En el espacio negro, muy alto, aparecía, de minuto en minuto, un columpio sostenido por invisible arco. En él una muchacha se mecía levantando las piernas.

Sobre ella, en grandes letras rojas, se leía: CHEVROLET.

II

María del Socorro Ibáñez era una mujer bajita. María del Socorro era morena, pálida la cara, lustroso y negro el cabello, con su trenza larga hasta media espalda, con su peineta al comienzo de la trenza y su lazito blanco en la punta que se movía al andar de un lado al otro. No parecían muy grandes los ojos, negros al, muy negros, y las pupilas dilatadas de tanto mirar el sol. Los ojeras sí que eran grandes, unas hermosas ojeras amoratadas. Los labios de María del Socorro no llamaron nunca la atención: gordezuelos, ni cortos ni largos, igno-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

rantes de gestos refinados, no tan rojos y sin otra expresión que la expresión de todas las bocas. Lo que menos gustaba de ella, su nariz, se atachaba aplastando a los lados las ventanas. Después de todo, no era una nariz muy fea.

En María del Socorro Ibáñez se admiraban tres cosas bonitas: las orejas diminutas, perfectas, las piernas y los pechos redondos.

Cumplió catorce años en casa de doña Florencia. Allí desde los ocho supo de lavar la vajilla, sacudir el polvo de los muebles, fregar el piso y hacer las camas, por obra y gracia de la voluntad de su tía, la Jacinta, antigua lavandera de la familia de doña Florencia.

María del Socorro perdió a su madre muy niña. Nunca supo quién fue su padre. Se hizo cargo la Jacinta de la chica. ¡Ay, qué trabajos le daba! «Yo no he nacido para criar muchachos», decía. Y esto, del amanecer a la noche. Y luego de decirlo cada vez, le zurraba las nalgas con palmadas. Cuando la falta era grave—el hurto de unos centavos, el descuido con la olla del arroz—entonces la Jacinta golpeábala de firme con el látigo.

Al fin un día.

—Doña Florencia, quiero pedirle un gran favor.

—Habla, Jacinta, con tal que no sea un adelanto....Estoy sin plata ahora.

—No, doña Florencia. Es que quiero entregarle la chica.

—¿Y qué sabe hacer esa muchacha?

—Nada, señorita, pero usted le enseñará. Yo se lo agradeceré tanto....No quiero que le pague nada.

—Claro, ni faltaba. Una chica a la que hay que enseñarle todo. Ahora, que los vestidos y los zapatos, sin contar con la comida, eso es otra cosa.

—Si, pues, doña Florencia, si eso mismo quiero. Aquí en su casa se hará mujer de bien.

—Sólo por tratarse de tí la acepto. Yo no quiero más dolores de cabeza. Tráela, pues.

—Sí, señorita. Ahora mismo la traigo. Castíguemela duro. No es mala, pero un poco traviesa a veces.

Doña Florencia se gastaba su genio. A doña Florencia le gustaban las cosas bien hechas. Y la pobre doña Florencia sufría mucho con María del Socorro.

—¡Pero lava bien esa bacinilla que está hedionda!

—¡Hoy también te olvidaste de comprar la sal!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Jesús, qué bruta! ¡Lavar el piso con el jabón de ropa! Ya no se qué hacer contigo. Ni siquiera sabes agradecer todo el bien que te hago. Todas estas cholas son así: unas ingratas.

Y tanto gastaba su paciencia doña Florencia, que a veces la pellizcaba en un brazo, le jalaba la trenza, dábale un coscorrón en la cabeza. ¡Pobre doña Florencia! Y a sus años tener tantos fastidios.

Doña Florencia vivía en el malecón. Le gustaba mucho su casa grande, con amplios corredores, azotea y las habitaciones enormes. Una casa a la antigua. Y la planta baja le producía unos mil sucres de renta. A doña Florencia le gustaba mucho su casita.

Una oficina exportadora de cacao pagaba la renta de la planta baja. Doña Florencia se entretenía sentada en su butaca en el corredor, viendo el cacao tendido en el patio. Con unas cosas de madera, unas cosas ahuecadas, lo guardaban en los sacos, cuyas bocas cosían después con largas agujas. Y se moría de gusto cuando el cacahuero se echaba sobre los hombros desnudos los dos quintales y salía trotando y trotando hasta la calle para llevarlo al muelle, donde un lanchón esperaba la carga que conduciría al buque anclado en medio río.

Al salir del patio le daban a cada cacahuero un palito. «Ya yo sé para que es eso», decíase gozosa doña Florencia. «Con esos palitos controlan a los cargadores para que no roben. Entregan los palitos a un hombre del muelle y el hombre del muelle dice después cuantos palitos ha recibido de cada uno, y al llegar al fin de la semana les pagan a tanto por palito»...

María del Socorro hacía compras en la tienda de la esquina. Y siempre se quedaba mirando el trotar de los hombres con el saco al hombro. ¡Cómo se divertía con eso!

Pero doña Florencia se llenaba de rabia y de razón:

¿Por qué te demoras tanto, miércoles?

Si me demoraron en la tienda.

¡En la tienda, en la tienda! Mentirosa. Viendo a los hombres te has de haber quedado.

¿No ve que no despachan en seguida?

¡Calla, atrevida! No me contestes.

Y le daba un pellizco. «Si ya no tengo paciencia. Estas cholas son muy ingratas y muy contestadoras» decíase en voz alta doña Florencia, y tomaba un vaso de agua para calmarse.

Pero una mañana sorprendió a María del Socorro que reía y miraba al patio. Volvió doña Florencia a asomarse. Los cacahueros se paseaban con los pies desnudos encima del ca-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cao e iban dejando hileritas, hileritas, una y otra vez. Uno de ellos bajó la cabeza cuando vió a doña Florencia.

Casi revienta la pobre doña Florencia. ¡En lo que se hallaba la chola! ¡Y tan hipócrita!

Hizo llamar a la Jacinta y se lo dijo todo.

—Yo no quiero tener esa responsabilidad en mi casa. Tu sobrina es una perdida. Y sólo tiene catorce años.

—Tiene mucha razón, doña Florencia. Ahora me la llevo y se la devuelvo después de un ratito. ¡Va a ver la muy sinvergüenza!

—Sí, sí, castígala tú, que yo ya no puedo con ella. Me hace sufrir mucho esta muchacha.

Volvió María del Socorro por la tarde con los ojos hinchados y las mejillas rojas. Doña Florencia anduvo prudente. No le dijo nada. Se hizo la vista gorda, pero ya no tenía tranquilidad la pobre. «Dios me ha dado nuevos trabajos y cuidados», decía. «Hágase su voluntad».

María del Socorro Ibáñez se fugó esa misma noche.

Su cacahuero la condujo a un cuarto chiquito, con las paredes de caña empapeladas de periódicos, con su catre viejo, su Virgen de las Mercedes, y en el patio su cocinilla de ladrillos. Las ollas de barro estaban allí paradas, junto a la pared, sobre la faja lacre de la arcilla cocida.

—¡Qué bonito!, decía María del Socorro.

—Todito es para vos, le replicaba el cacahuero, cogido de la mano con ella.

Pero al día siguiente se llevaron su hombre preso. No fue a almorzar ni se presentó a la hora de la merienda ni llegó a dormir, y María del Socorro lloraba de verse tan solita, tan solita con su catre viejo, sus ollitas de barro y su Virgen de las Mercedes.

Le iban a levantar sumario por raptor de menores, pero él dijo que se casaría legalmente, y el señor comisario, habló por teléfono con doña Florencia. Como doña Florencia era tan buena, expresó que estaba conforme, que ya no había remedio, que ella no deseaba perdidas en su casa.

Tuvo que pagarle treinta sucres al señor comisario, treinta sucres por la multa. Como no los tenía, solicitó permiso para mandar un papelito al capitán de su cuadrilla, y éste facilitóle el dinero por cuenta del jornal. El señor comisario no tuvo inconveniente en dejar ir un papelito y regresar otro porque allí se estaba cumpliendo la ley, pero no quiso que mandara

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ningún aviso a María del Socorro, porque había que respetar la ley. Y el señor comisario no dió recibo.

Salió de la cárcel el cacahuero, pero no contrajo matrimonio.

María del Socorro tuvo mucha pena de que por su culpa lo llevaran preso. María del Socorro lloró otra vez y por otra vez quedóse dormida en su catre viejo, apretando la mano de su compañero, tan bueno que le regalara tantas cosas.

Un día llegó la Jacinta al cuarto de María del Socorro.

—¡Ah! la tía Jacinta, dijo, y tendiéndole los brazos.

—¡Sinvengüenza! ¡Extrañándote tanto! Nunca más te has acordado de tu tía. Como si ya me hubiera muerto ...

—Ay, tía, no diga eso. Es que como me fuí con el Juan, tenía miedo de que usted estuviera molesta. Entre, pues, siéntese.

—Me han dicho que es un buen hombre. Por eso he venido.

—¡Huy! tía. Conmigo es muy bueno. ¿Usted no lo conoce?

—No, hija. ¿Y te tiene bien? ¿Gana duro?

—Siempre me da plata. Ayer no más me trajo estas zarazas tan bonitas. Venga vea.

María del Socorro abrió su baúl y extrajo algunas telas que puso en sus rodillas.

—Fíjese en esta colorada con pintitas blancas....

—No son malas. Feliz tú. Lo que es yo, con los tiempos tan malos, hay días en que me falta hasta para comer.

—¿De veras? Pobre tía....

—¿Y cuánto gana el Juan?

—No es fijo. A veces hace hasta siete sucres en un solo día. Otros, dos, tres. Lo malo es que los sábados que le pagan se toma sus copas con los amigos y viene mareado.

—Eso es mal de todos los hombres. Déjalo no más. Tanto que trabaja el pobre.

—Eso sí. Por eso lo quiero.

—Oye, María, yo quiero pedirte un favor. Ya fuí donde doña Florencia, pero dice que ahora no tiene. Estoy en un apuro. Cinco sucres no más necesito. Préstamelos tú, y el quince que me paga la señorita te los devuelvo.

—Ahora que venga Juan se los pido. No me ha de decir que no.

—Bueno, hijita. Yo regreso a la noche.

—No, tía. Cuando él se vaya al trabajo, yo misma se los llevo a su casa.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Bueno, bueno, anda, pues. ¿Y por qué no has ido a ver a doña Florencia? Se queja de tí, dice que no te has vuelto a acordar para nada de ella.

—De veras ... ¿No? Yo creí que estaba brava conmigo.

—Ya no. Ella es muy buena. Ya le pasó todo.

—Entonces, de su casa me voy a verla. ¿No me recibirá mal?

—¡Ay! no. Ni creas.

La tía Jacinta se fué, acomodándose la manta negra en la cabeza, a pasos apresurados, como satisfecha y alegre.

María del Socorro, al par que saboreaba la espléndida cazuela de cazón, le pidió a Juan los cinco sucres.

—Yo nunca te he pedido plata. Pero, ¡pobre tía! Y como sólo es prestado....

—Bueno, pues, toma, si nada te digo. Mejor para que amistes de una vez y se acaben todas las vainas.

Los ojos de la tía Jacinta bailaron de gusto cuando con sus manos regordetas dobló el billete en seis partes y lo introdujo en su seno. ¡Y cómo besó a su querida sobrina! Le dijo tantas cosas, que a María del Socorro se le empañaron las miradas.

Esa tarde fué una de las tardes más felices que tuvo María del Socorro Ibáñez.

No quiso ir sola a casa de doña Florencia. Le daba una vergüenza.... Pero la Jacinta se prestó a la compañía y ambas se dirigieron al Malecón hasta llegar a la casita que tanto y tanto amaba la señora doña Florencia.

Fueron tres largas horas de consejos que escuchó María del Socorro, la cabeza inclinada y las manos jugando con los pliegues de su traje. De vez en cuando decía:

—Sí, señorita.

—Y nunca te olvidarás de rezar.... Acuérdate siempre de lo que te he enseñado....

—Sí, señorita.

—Eres una mujer casada y debes portarte bien con tu marido....

Cuando María del Socorro iba de regreso a su cuartito, pensaba: «pero qué buena es la señorita Florencia.... y yo que me porté tan mal con ella.... Si ni siquiera me he casado....»

Ya Juan sabía de su visita, pues al llegar a casa de doña Florencia, María lo encontró que regresaba del muelle, luego de haber dejado en el lanchón la carga de cacao, y se lo dijo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Después vióla salir dos o tres veces. Se trataba de algunos mandaditos de doña Florencia.

Por eso al verse a la hora de la comida, no tuvo necesidad de explicaciones. Sus palabras se limitaron a elogiar el buen corazón de su antigua ama.

Los préstamos de la Jacinta, las visitas de doña Florencia, y los mandaditos de ésta se sucedieron por algunos meses.

Pero aconteció que un día terminóse la cosecha de cacao, y Juan no tuvo trabajo.

Deambulaba por el malecón ofreciendo sus servicios como cargador. Aquí era un cambio de casa, allá un bulto que enfardelar y llevar a la estación del ferrocarril.... Pocos centavos diarios le producía esta forma de ganarse la vida. Y pasó que la comida se redujo, se acabaron las zarazas coloradas con pintitas blancas, las vueltas de carrosuel—locura de María del Socorro—y el cinema de los domingos. Tampoco iban ya en las mañanas de fiestas al «Salado» a comer llapingachos y maduros fritos, muchines y carne en palito....

Pero María del Socorro sentíase aún feliz.

Un día reveló a Juan lo que por meses guardara como un secreto. La situación así no debía durar. Ella podía hacer de cocinera, también de lavandera, de cualquier cosa.

Todas lo hacían. ¿Por qué no ella?

Y salió una mañana, una de esas mañanas calientes del trópico, cuando las ropas se pegan al cuerpo húmedo, y el sudor corre por la piel, moja los párpados y pone lustrosas las mejillas.

Primero fué a ver a doña Florencia, pero la buena señora no necesitaba servidumbre. Díjole que sentía en el alma. En otra casa. Un poquito de paciencia. Tanta gente que necesita sirvientas.

—Encomiéndate a la Virgen, hija mía. Ya verás cómo no te ha de faltar su santísima misericordia.

María del Socorro siguió su búsqueda de trabajo de una casa en otra.

Iba escuchando en el camino las frases brutalmente insinuantes de los hombres. Los que más la molestaban, los polizontes, llegaban hasta tomarle una mano a su paso cerca de ellos.

—¡Sinvergüenza!, decía indignada. Y para ella: «Si estuviera con Juan, entonces no se atreverían».

Anduvo hasta casi las doce. Subía las escaleras de todas las casas y al llegar al portón, que muchas veces no le abrían, preguntaba:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿No necesitan una cocinera?

—¡Oh! ¡Nooo!

Al entrar a su cuarto le dolían los pies. Pero no pudo descansar. «Dios mío, si ya mismo llega Juan y no tengo nada listo», pensaba temerosa.

Y puso en la olla de barro el refrito para el arroz. Salió corriendo para comprar en carne los dos reales que Juan le dejara en la mañana. No tuvo tiempo para lavar el arroz, y así lo echó en la olla. En los fierros que hacían de asador puso la carne, luego de abierta y salada, y dos plátanos verdes. Después, tomando el abanico, aventó el fuego. Las mejillas se tomaban el color de las brasas y el sudor corría más a prisa.

No estuvo, sin embargo, el almuerzo cuando llegó Juan.

Su hombre venía con el ceño fruncido, brillantes los ojos y encogida la línea de su labio superior.

—¿Todavía no hay que comer?

—Ya mismito está.

—¿Y qué has hecho, pues, toda la mañana?

—Es que buscando empleo se me pasó el tiempo.

—Nada has de haber conseguido.

—Nada, Juan.

—Pero has debido regresar más temprano. ¿Acaso no hay relojes en las calles?

— .....

—Es una vaina. Ya para nada sirve tener mujer.

—Ya mismo está listo.

—Tengo que irme en seguida. No he cogido ni un trabajo. Toda la mañana andando de aquí para allá. Sólo un blanco me llamó, pero me quiso dar dos reales por un cajón pesadísimo. Había que llevarlo como veinte cuadras. Yo no quise.... Apura, pues, que tengo hambre.

—Ya mismo está. Estoy virando la carne.

A los pocos minutos se servían el simple arroz, la carne y el plátano verde asado.

Comieron sin decir palabra.

María del Socorro tenía unas ganas de echarse en su catre viejo y dormir, dormir....

—Tráeme agua, oye.

Alcanzóle el jarro de hoja de lata.

Lo vació Juan apresuradamente, secóse los labios con el brazo izquierdo, y salió del cuarto sin decir palabra, sin musitar un «hasta luego», sin dejar un centavo para la cena.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

La tristeza de María del Socorro se iba haciendo cada vez más dura. No lloró ese día. Hizo un mohín con los labios, y los brazos cayeron bajo las ideas que le cruzaban la mente.

Nunca Juan se portó de ese modo. Sus despedidas, alegres, ruidosas, la dejaban con el ánimo propicio a vivir.

Tuvo rabia María del Socorro. Porque ella no acertaba a explicarse cómo la falta de trabajo, la escasez de recursos hacían cambiar el carácter de su hombre.

Sintió celos. Seguramente tenía alguna otra mujer. «Por eso le falta plata y el genio se le ha cambiado», pensaba. Concluyó después que aquella mala mujer le había dado algún bebedizo para enamorarlo.

¡Qué distinto de antes! Los sábados que no bebía le llevaba tamales, unos tamales con ají, exquisitos, sabrosos.... Y los comían juntos con los dedos, entre risas, oyendo ella, con divertida curiosidad, salidos los ojos, las historias que él narraba de sus compañeros de trabajo. Algunas veces le contaba de sus reyertas, del puñetazo que le dió al fulano por atrevido, haciéndole morder el polvo.... Y María del Socorro se asustaba un poquitín, pero la admiración exageraba el valor de su hombre y lo creía eso que llaman héroe.

Determinó pedir consejo a la tía Jacinta, y se fué a la calle. De casa de la tía, seguiría buscando trabajo.

Pero la tía Jacinta recibióla mal.

—Yo no sé qué le pasa a Juan. Llega bravo a la casa.... Está de un genio....

—Algo le has de haber hecho.

—¿Yo? Nada. Si es que creo que tiene alguna otra mujer.

—¿Para qué te fuiste con él? De bruta lo hiciste. Ahora, fríegate.... Nadie te dijo que te salieras....

—¡Ay, tía! Pero si ahora no más es que se ha vuelto así.

—Eso te pasa por irte con el primero que pasa por la esquina, como me decía la señorita Florencia ... Sin conocerlo y nada te mandaste a cambiar.

A María del Socorro fastidió esto último y quiso vengarse.

—Oiga, tía. Ahora que estoy necesitada, ¿no podrá pagarme lo que me debe?

—Se necesita valor. ¡Barajo! Cuando me ves fregada y nólo porque te digo la verdad me sales cobrando ..

—Es que estoy sin plata.

Siempre he dicho que eres una hipócrita. Me vienes con cuentos para después cobrarme. Pero a mí el que me la hace no la chupa. Yo, por las buenas, lo doy todo. Pero con esos

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

aires.... Vamos a ver, ¿qué es lo que te debo? ¿Dónde está el papel que te firmé?

—Jesús, tía, si usted no me ha firmado ningún papel.

—Entonces, ¿por qué te debo?

—¿Quiere decir entonces que usted no me va a pagar?

—A las sinvergüenzas como tú no les pago nada. Me vienes a dañar el genio. ¡Andate a la porra!

María del Socorro se fué asustada. «Hay que encontrar una cocina pronto», se dijo, y volvió a caminar, caminar, sin doblegarse al cansancio que le hincaba los músculos de las pantorrillas y le producía ardor en las plantas de los pies.

Por último halló una casa en la que necesitaban cocinera.

—¿Sabe usted cocinar?

—No mucho, señorita, pero usted me indica no más y verá que sí puedo. Si no le conviene, me dice que nó.

—Aquí se almuerza a las doce y media y se come a las ocho. ¿Oyó? Hay que venir temprano porque el señor es muy exigente y no le gusta que se tarde la comida ni un minuto.

—Pierda cuidado, señorita. Yo vengo temprano.

—Bueno, en cuanto al sueldo, nosotras no podemos pagar más de diez sucres mensuales, pero puede sacar sobras.... Usted comprenderá que hay que enseñarle.

—Está bien, señorita. ¿Desde cuándo vengo?

—Sería desde mañana, pero no me ha enseñado las recomendaciones.

—¡Ay! ¿Recomendaciones?

—Claro. Nosotras no vamos a recibir a cualquiera en la casa. ¿Qué no tiene usted ni una recomendación?

—No. Yo no sabía....

—Eso está malo. ¿Nunca ha estado en ninguna casa?

—Sí, señorita. Seis años estuve donde la señorita Florencia Rodríguez.

—¡Ah! ¿Donde la señora Florencia de Rodríguez, la viuda del doctor Rodríguez?

—Sí, señorita.

—Pues, pídale una recomendación.

—Bueno, señorita. Ni me había acordado. Mañana tempranito la traigo.

Como ya era las cinco de la tarde, no tuvo tiempo de ir a casa de doña Florencia, y dirigióse a toda prisa al cuarto para hacer la comida.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Iba contenta, tragándose las calles con un andar violento, enérgico. Ya no sentía cansancio ni la fatigaba el sudor ni le hincaban los músculos de las pantorrillas.

Al llegar apuró un jarro de agua y silbando se puso a preparar unas tortas de plátano verde y el arroz blanco. Eso era todo lo que tenía. No disponía de un centavo para comprar carne.

De rato en rato asomábase a la puerta esperando a Juan, y cuando lo vió venir salió a la calle a darle la buena noticia del trabajo conseguido.

Juan venía de mejor humor. No le había ido del todo mal. Ganó esa tarde dos sucres en carguíos. Veinte centavos dióle a su mujer para carne y otros veinte para que comprara en la fonda vecina unos llapingachos con huevos.

Comieron felices. Los dos sentíanse rendidos e inmediatamente después de comer apagaron el candil de nafta, y se echaron tranquilos en el catre viejo, bajo la imagen de la Virgen de las Mercedes.

La ciudad, en los barrios centrales, indiferente a la honda tragedia del suburbio, se animó en el comienzo de su vida nocturna.

De rato en rato un automóvil, con las ventanillas corridas, se acercaba a las calles apartadas, sigilosamente.

Adentro alguna pareja de enamorados, ebria de vino y de placer, se acariciaba....

Por la mañana María del Socorro se levantó muy alegre de su catre viejo.

Era el momento en que las cosas están doradas por los primeros rayos del sol.

Todo brillaba. El perfume de la madrugada, se aspiraba suave, delicado como un florecimiento de olor a hierba fresca, a tierra que evapora las humedades del rocío.

Salí con juntos del cuarto. Iban saltando por las piedras colocadas desde la entrada hasta media calle, donde el camino se dirigía recto hacia muy cerca del primer pavimento.

En el invierno, esas piedras facilitaban el paso por sobre las aguas encharcadas. Todas las casitas del suburbio, unas casas de caña, desvencijadas, sucias, tenían a la puerta la rústica calzada en dirección al camino que gracias a su alto nivel no se cubría de agua, pero que las lluvias dejaban resbaloso, con el fango que hacía pesados los zapatos o pegaba costras de tierra en los pies descalzos de los cholos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ahora se evitaban las sartenejas, pasando de piedra en piedra. Porque la tierra, agrietada por la sequía, arañaba con las puntas del lodo endurecido.

Juan se quedó por la estación del ferrocarril a Quito. Allí se pasaba largos ratos en espera de algún trabajo que le proporcionara lo apenas indispensable para la vida.

—Señorita Florencia, buenos días.

—Buenos días, María.

—Vengo para que me haga un gran favor. Ya tengo cocina, señorita, pero me piden una recomendación....

—Ajá.

—Sí, señorita Florencia. Yo dije que había servido seis años en su casa y que usted me podía dar la recomendación.

—¡Ay! María, me pones en un compromiso. Yo nunca doy recomendaciones, porque ya me han dejado muy mal. Una toma la responsablilidad y el resultado es que gana enemistades.

—.....

—Además, María, hay que ser justos. Tú no te portaste bien. ¿Cómo te voy a remendar? Dios manda no mentir.

—Así es, señorita.

—Sí, María, así es. Me alegro que reconozcas la razón. Yo fuí muy buena contigo, pero me hiciste sufrir mucho y por último te huíste con un hombre. ¿Te parece esto recomendable?

—Como usted ya me había perdonado.

—Ya lo creo que te he perdonado. Si no, no te recibiera en mi casa. Yo no soy nada vengativa. Si hubiera querido, te habría hecho mucho daño.

—Sí, señorita. Es que usted es tan buena. Y ahora, no podré trabajar, no tengo para nada, señorita, dijo María del Socorro con la cabeza inclinada.

—Ve, te voy a demostrar cómo soy yo. Recomendación por escrito no te puedo dar, porque me comprometo. ¿Dónde te vas a emplear?

—Donde la familia Arana, que vive en Luque.

—Bueno, sí la conozco. Dile a una de las niñas que me llame por teléfono. Trataré de hacer todo lo que pueda.

—Muchas gracias, señorita. Si usted es tan buena....

Corrió María del Socorro a casa de la familia Arana. A la señorita con quien hablara la víspera le dijo que a doña Florencia no le gustaba escribir, pero que la llamara por teléfono y que personalmente la recomendaría.

La señorita Arana se puso en comunicación con doña Florencia. Habló algunos minutos por teléfono, y, entonces, retor-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

nando a la sala donde muerta de angustia quedara María del Socorro, le dijo:

—Oiga, ya hablé con la señora de Rodríguez.

—.....

—No me ha hablado mal de usted, pero lo cierto es que tampoco muy bien. Yo no sé....

—Señorita, es que yo me fuí de la casa con el Juan....

—Sí, sí, me ha contado eso.

—Aaah....

—Pero también me ha dicho que era usted algo perezosa y que había que estar arreándola para todo.

—Yo era muy chica, señorita.

María del Socorro miraba al suelo y los pechos perfectos se esforzaban como si quisieran salir por el escote. Su rostro, más pálido que de costumbre, tenía una expresión de inquietud desoladora. Las manos jugaban nerviosas entre ellas; se ajustaban fuerte, fuerte....

Lo que sí me ha dicho es que fue usted muy honrada. Yo no sé....A mi mamá no le gusta tomar servidumbre sin buenas recomendaciones....Pero es tan difícil conseguir hoy cocinera....Todas son unas mañosas ...Vea, quédese no más. Pero eso sí, veremos cómo se porta. Si en los primeros días hay alguna queja, se va inmediatamente.

Gracias, gracias, señorita. Si usted es muy buena. ¿A qué hora vengo?

Puede quedarse desde ahora. Venga le enseño la cocina y le indicaré lo que hay que hacer.

María del Socorro no era muy torpe. Y es así que más o menos pudo seguir las instrucciones de su ama y presentar el almuerzo a las doce y media.

Pero después tuvo que lavar las ollas, los utensillos de cocina y los platos. También asear el lavadero, barrer la cocina, limpiar la mesa en la que se preparaban las comidas antes de ponerlas al fuego, y otras menudencias que no le permitieron salir hasta muy cerca de las tres de la tarde.

Caminaba llena de angustia, no obstante el gozo que le bullendía en el cuerpo de estar ya empleada. Ahora podría ayudar a su marido, llevarle comida y comprarse sus trapitos.

Dirigióse al Malecón y anduvo hasta hallar a Juan sentado en un portal, rodeado de amigos, compañeros cargadores que pacientemente esperaban el momento de ganarse unos reales.

Le explicó su tardanza entre alegre y temerosa.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Eso mismo pensé yo, cuando ví que no llegabas al cuarto.

Tuvo Juan que acostumbrarse a comer después de las nueve de la noche. El mismo preparaba café a las seis de la tarde y tomábalo con un pan que adquiría por cinco centavos.

María llevaba a la hora de entrar a su trabajo dos ollitas de barro, y en ellas traía al cuarto las sobras de la familia Arana. Comían juntos, y se echaban tranquilos a conciliar el sueño.

Pero llegó el invierno.

Casi todas las tardes llovía estrepitosamente. Las casas parecían caerse al golpe rudo de las aguas. Las calles del suburbio se transformaron en lagunas de aguas podridas. Los mosquitos no dejaban dormir. y María del Socorro hubo de comprar un mosquitero para su catre viejo.

En las noches llegaba con los vestidos pegados al cuerpo, los zapatos chillando con el agua metida dentro.

Traía sus dos ollitas envueltas en una tela de crudo, bajo el brazo mojado. Se mudaba de ropa, mas a la mañana siguiente poníase de nuevo los vestidos húmedos y se marchaba a su trabajo, riendo, riendo....

Juan, lleno de esperanzas, esperaba los próximos meses de cosecha de cacao para volver a su antiguo trabajo. Pero comenzó la peste. La «escoba de bruja» mermaba las mazorcas. Las oficinas exportadoras quejábanse de la época, y limitaban el número de trabajadores.

En las mañanas Juan solía ir a hablar con el capitán de su cuadrilla. Promesa tras promesa. Hoy se tomaba al hombre que el patrón recomendara, mañana no llegaría cacao de las haciendas, y así casi dos meses estuvo sin poder conseguir nada.

Una tarde encontró en el Malecón a un viejo compañero de trabajo. Vestía futre. Toda su ropa era americana. Llevaba camisa de seda, reloj de oro y un grueso anillo en la mano derecha.

Estaba de vaporino. Dos años navegaba ya desde Valparaíso a Nueva York. Esa era otra vida: mejor salud, se ganaba en dólares, se conocían ciudades preciosas, y era fácil acostarse con mujeres blancas, rubias, de ojos azules ...

Precisamente había una plaza en el barco en que él viajaba. Muchos deseaban embarcarse. Pero si conseguía una recomendación del Jefe de la casa exportadora, la que estaba cargando el barco de cacao, ganaría el puesto.

Así fue cómo Juan Hidrovo resolvió entregarse al mar.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Habló seriamente con María del Socorro. Era imposible seguir viviendo así. El le mandaría dinero, bastante dinero, para que no tuviera necesidad de ser cocinera, Además, cada mes llegaba el vapor a Guayaquil, por una estada de dos a cuatro días, y se verían. Después de algún tiempo tendrían plata guardada y entonces comprarían una fonda y ganarían mucho, mucho en el negocio.

María del Socorro no respondió nada. Una pena enorme le daba quedarse sola. Pero no lloró María del Socorro.

Le dieron permiso en casa de la familia Arana para dormir allí. Y como ella era tan comedida, en las madrugadas recibiría la leche y prendería el fuego para el desayuno....

Se llevó su baulito y su catre viejo, su jarro de hoja de lata y su Virgen de las Mercedes.

En la tarde siguiente fueron al Muelle fiscal. Se despidió Juan y subió a la lancha para ir a bordo.

Caía una llovizna delgada, en sentido oblícuo, como los hilos de una tejedora.

En el río, un enorme arco iris perfecto, nítido, introducía sus dos extremos en las aguas.

Millares de *pato-cuervos*, en rígido desfile, como un fúnebre presagio, volaban a flor de agua abarcando todo el inmenso espacio que encerraban los extremos del arco.

María del Socorro Ibáñez, el rostro pajizo y las hermosas ojeras amoratadas, quedóse largo rato en pie, al filo del muelle, pensando en esa noche que pasaría tan solita, tan solita, con su catre viejo, su jarro de hoja de lata y su Virgen de las Mercedes.

La corriente del río se llevó una sola lágrima furtiva.

III

Algunos meses tenía ya María del Socorro de cocinera en casa de la familia Arana. De vez en cuando recibía carta de Juan Hidrovo acompañada de un cheque por cinco dólares. Se hacía leer la carta de la señorita Julia, la que le infundía más confianza de entre las tres hijas de don Enrique Arana, gracias a su carácter dicharachero y jovial. Porque la señorita Julia era un tanto curiosa y gustaba ir por las noches a sentarse unos minutos en el banco de la cocina a conversar con María. Le preguntaba de su vida, de su niñez, de sus cosas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Oye, María, cuéntame cómo fue que te casaste con tu marido....

—El Juan me sacó, pues, de donde la señorita Florencia....

—Sí. Eso ya lo sé. ¿Y cómo te sacó?

—¡Ay, niña! Este.... Me enamoró, pues—decía María del Socorro, bajando los ojos.

—¿Y te fuiste no más con él?

—Je... Sí, niña.

—¿Y lo quieres? ¿Es buen mozo?

—¡Huy! A mí sí me gusta.

—Bueno, y después.... ¿te casaste?

—Este ... Sí, señorita.

María del Socorro vuelve a bajar las miradas. Se turba. Carraspea como si sintiera malestar en la garganta. Le duele la mentira.

—Oiga, señorita. Me hace también cambiar esto. ¿Ah?

La señorita Julia recibe el cheque de cinco dólares.

—Bueno, mañana de mañana se lo doy a mi papá para que te lo cambie en la oficina.

Una vez que María del Socorro tenía en su poder el dinero lo guardaba en el fondo de su baúl, en una cajita de cartón.

Sufría María del Socorro por no saber leer ni escribir. Hubiera querido escribir a su marido sin la intervención de tercera persona. Y tenía que suplicar a la señorita Julia que le escribiera las cartas para Juan. Pero la señorita Julia hallaba diversión en eso y lo hacía con agrado. Por esta razón María se atrevía a solicitárselo hasta con cierto desenfado a veces.

María del Socorro enviaba las cartas a Colón, dirigida a la Agencia de vapores a la que pertenecía el barco en que él trabajaba. Cuando el buque llegaba a Colón, Juan Hidrovo retiraba las cartas de la oficina. Todo marchaba así perfectamente, tal como Juan lo había imaginado, tal como se lo había ofrecido a María.

De todos los puertos Hidrovo le escribía. Decíale en su correspondencia que dejase de ser cocinera y adquiriera una chichería o una fondita, pero ella no se convencía. Eso, cuando él regresara a establecerse. Yo no se de cuentas. Aquí estoy bien y sigo guardando plata, pensaba.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

* * *

—¡Maríaaa!... Maríaaa!.... Ven acá.... Apúrate, pues. ¡Caramba! ¿Qué tú no oyes cuando se te llama?

—Mande, señorita.

—¡Jesús, que calmada eres!

—No había oído, señorita.

—Sshh....Apurate, toma. Anda a la tienda y traeme un paquete de horquillas invisibles. Pero ligero que se me hace tarde.

Las señoritas Arana se están vistiendo apresuradamente. Corren de un lado al otro. Son las cinco de la tarde. Es el cumple años de una amiga. Las han invitado al té.

Baja a carrera las escaleras María del Socorro con dos reales en la mano. Luego de unos minutos regresa jadeante con el paquete de horquillas.

Aquí tiene, señorita.

A ver. ¿De cuales han traído? Sí, están buenas. Oye, nos vamos a una fiesta con mi papá y mi mamá. A eso de las nueve o diez hemos de regresar. No hagas mucha comida. Pero ten algo listo y caliente para esa hora. ¿Oyes?

Sí, señorita.

Cuando la familia Arana se ha marchado, María se sienta en el banco de la cocina. Allí, sentada, con los brazos apoyados en el filo del banco y balanceando las piernas, medita. Piensa en Juan, en sus viajes, en las grandes ciudades que recorre. Ríe María del Socorro. Va al cuarto que tiene debajo de la escalera que da al patio, y busca su baúl. Lo abre. Saca la cajita de cartón y se pone a contar sus ahorros. Está contenta María.

De repente, cuando más distraída está con su cajita de cartón, con sus billetes ahorrados, la llama el sirviente.

—Oiga, ahí la buscan.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Quién, ah?

—Yo no sé, pues. Un muchacho es que ha venido.

Va María hasta el portón que está en media escalera. Allí detrás de las rejas, está un chiquillo descalzo, haraposo.

—La señora Jacinta me manda. Dice que vaya ligerito, que se está muriendo.

—¿Qué? ¿Se está muriendo?

—Si.... Tiene un dolor y está gritando. A mí me llamó al cuarto de al lado para que viniera acá a buscarla.

—¡Ay! Dile que ya mismito voy.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Retorna por la escalera María del Socorro. Va en busca del sirviente.

—Oiga, mi tía se está muriendo. Tengo que ir enseguida a verla. En seguidita vuelvo. Si vienen las señoritas cuando todavía no haya venido yo, les dice que no demoro, que pronto vuelvo. ¿Ah?

María está con mucha pena. Cree que se muere la tía. Va casi corriendo por las calles. Al fin llega a la puerta del cuarto de la Jacinta. Entra. La respiración le falta.

—¡Tía! ¡Tía! ¿Qué le pasa?

En la cama está la Jacinta con la cabeza amarrada. Se queja. Le dice a María:

—Por fin llegaste.... Tengo... un cólico horroroso... ¡Esos malditos cangrejos!.... ¡Ay!.... Hazme una agua de canela. La vecina no está en el cuarto.... ¡Ay!

—¡Jesús! Que susto me he pegado. El muchacho me dijo que usted se estaba muriendo.

—Es el hijo de la Pancha. Más bruto el muchacho.... Apura, pues, hazme el agua de canela.... Allá.... Sí. En esa repisa está la canela.

—Ya mismo se la hago, tía.

—¡Ayayay!....

—¿Mucho le duele, tía?

—¡Barajo! ¡Siii!

María del Socorro pone a hervir la infusión. Cuando está lista la da de beber a su tía. Pero el dolor no desaparece.

—Pásame la bacinilla...

—¿Adónde está?

—Aquí.... Debajo.... de.... la.... ca.... ma. ¡Apura, que vomito!, grita la Jacinta.

Transcurre el tiempo y la Jacinta no mejora. Bebe agua caliente a chorros y a chorros la devuelve. María del Socorro se multiplica por servirla. Le aplica paños de agua fría en la cabeza. Sale a comprar medio de hielo y unos limones. Con una piedra parte el hielo en menudos trozos. Luego exprime encima una tapa de limón. La Jacinta ingiere los pedazos de hielo.

—¿Ya se siente mejor?

—Sí. Es el hielo que me quita la náusea.

—Tome más, pues.

—A ver.

La Jacinta comienza a calmarse. Sus quejidos se hacen menos frecuentes. Ahora se queja despacito. A momentos parece que quiere dormirse.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Tía Jacinta, ¿ya está mejor?

—Sí, hombre, sí.

—¡Ah! Oiga.... Ya me tengo que ir.... Debe ser tardísimo. Está bien oscuro y no he hecho nada en la cocina todavía.

—Bueno, pues.

—Hasta mañana, tía Jacinta. Cuídese. Que se mejore.

—Hasta mañana, pues. Muchas gracias.

* * *

Cuando María del Socorro llega a casa de la familia Arana, la recibe la señora en la puerta.

—¿Estas son horas de presentarse?

—Es que, señorita....

—Las nueve y media de la noche y no hay que comer en esta casa! ¿Qué se ha imaginado usted?

—Señorita, es que me mandó a llamar mi tía Jacinta que estaba con un dolor muy fuerte.

—¡Qué tía ni que dolor! ¿Qué se cree que soy yo? Mis hijas han tenido que meterse a la cocina. Y mientras tanto usted paseándose con algún hombre seguramente.... Bien dijo la señora de Rodríguez que usted se huyó de su casa con un cacahuero.... ¡Es usted una perdida! Puede largarse de aquí. Ya pedí a la agencia una cocinera.

—Señorita, si yo fuí donde mi tía, se lo juro....

—Mañana viene la que he pedido a la agencia. Vaya a una casa donde le aguanten sus majaderías. Lo que es esta casa es muy respetable para que usted pueda burlarse de ella. ¿Entiendo? De ningún modo tenía usted derecho para dejar botada la cocina. Eso sí que nó. Si eso es ahora, ¿cómo será después? Ya se lo he dicho: busque donde la aguanten.... Venga mañana por sus cosas.

Regresó María del Socorro al cuarto de la tía Jacinta. Iba lento, callada, con el silencio candoroso de siempre.

Cuando le contó lo ocurrido, la Jacinta le dijo que no importaba, que allí podían vivir las dos. ¿Por qué llorar? Si el Juan le mandaba plata y, sobre todo, tenía sus ahorros ...

Al día siguiente, hizo llevar su baulito y las ollas de barro de un cargador, y tomó ella su jarro de hoja de lata y la Virgen de las Mercedes.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

María del Socorro gastaba sus ahorros en ella y en la tía Jacinta, y ayudaba a ésta a lavar la ropa de doña Florencia.

La tía Jacinta, entonces, buscó más trabajo en casas de familias conocidas, y aumentó considerablemente sus entradas.

Un día recibió María carta de Juan, anunciándole su desembarco en Nueva York. Y ya no le llegaron más dólares. Lo que su marido ganaba estrechamente servía a él para sus necesidades primeras.

Después de seis meses Juan llegó a Guayaquil de paso para Valparaíso. Era cuando, salido del hospital, obtuvo trabajo en la «United Frit».

Dos días estuvo con ella. Le dejó algún dinero. La tía Jacinta decía:

—¿Ya ves, María, cómo yo tenía razón al decirte que Juan estaba mejor a bordo?

—Sí, tía, es que él quiere quedarse en Nueva York para hacer plata.

—¡Qué va a hacer nada! Nunca te mandó nada de allá.

—Cierto. ¿No? Pero él dice que pronto se vuelve a quedar....

—¡Qué locura! Alguna mujer que tendrá por ahí.

—¡Av! Nó.

Pero María del Socorro dudó. Y cuando al cabo de unos ocho meses, en los cuales de vez en vez recibió dinero de Juan, supo que se había quedado definitivamente en Nueva York, la sobrecogió un gran pesar.

Al fin se le terminaron sus ahorros. Comenzó una vida distinta. La tía Jacinta renegabala de la mañana a la noche.

Cierto día, la Jacinta tomó una resolución.

—Oye, María, ya no podemos vivir así. La ropa que lavamos de la Mariño, como yo tampoco me alcanzo para tanto, la he conseguido para tí sola. Aprende a trabajar como yo lo hago. Busca hoy tu cuarto y gánate la vida. No dirás que me he portado mal. Te consigo hasta trabajo....

—Pero, tía, si así podemos seguir....

—¡Ah, caramba! ¿Cómo? ¡Pero qué poca vergüenza!, dijo la tía Jacinta encolerizada ya.

Buscó María del Socorro su cuartito. Y allí vivía solita, solita comiendo una vez al día, pues lo que ganaba no permitíale más.

Obtenía de tres a cuatro sucres semanales con el lavado de la ropa de la familia Mariño. Con eso comía. Pero al llegar el primer fin del mes no tuvo con qué pagar el alquiler del

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cuarto, que montaba a seis sucres. La amenazaron con echarla a la calle.

Fué a casa de la familia Mariño, a solicitar un adelanto. Le dijo la señora que ella no tenía, pero que fuera a la oficina del señor, a quien iba a llamar por teléfono para convencerlo.

El señor Mariño, gordo, con sus cincuenta años encima, rubicunda nariz, espesas las cejas, la boca enorme, y las mejillas caídas, recibióla muy amablemente.

—¿Qué te pasa, hijita?

—Señor, que necesito un suplido. Tengo que pagar el cuarto y no tengo ahora plata. Si no, me van a botar....

—Bueno, bueno, hay que ser más económica. Je, je. ¿Cuánto pagas por el cuarto?

—Seis sucres, señor.

—¡Huy, qué caro! ¿Dónde es?

—En Machala y Colón no más.

—Si, pero ¿qué número tiene?

No es de número. Allí al lado de una chingana, del lado de Machala, señor.

Bueno, bueno, hijita. En este momento no puedo darte, pero esta tarde a las seis te mandaré los seis sucres con el portero de la oficina. No dejes de estar allí.

Vendré mejor yo misma.

No, *porque aquí se cierra a las cinco y media*. Después de esa hora es que puedo mandarte.

¡Ay, señor! Cuánto le agradezco.

María del Socorro marchóse contenta a su cuarto. Tenía plazo hasta el día siguiente para pagar el alquiler.

Lavaba la ropa, jugando con la espuma blanca, y pensaba en que cuando fuera el cobrador le entregaría sin decir palabra los seis sucres. Pero mejor era decirle, para que viera que estaba tratando con gente honrada y no tuviera más desconfianza, que no la había pagado antes porque no había cobrado aún lo del lavado. Que, además, ella tenía aun su marido en Nueva York, y que siempre le mandaba plata; que ya quisiera el dueño tener inquilinas como ella; que....

Oyó pasos a la entrada.

—¡Ay! El señor.... dijo con enorme sorpresa.

—Sí, sí, yo mismo he querido traerte los seis sucres. Pensé que el portero se los podía robar.

María del Socorro no atinaba a hablar. No lo hizo pasar adelante ni le brindó asiento. De pié en medio del cuarto lo miraba estupidamente.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pero el señor Mariño entró y se sentó en la cama. Balanceaba las piernas satisfecho, y reía con los ojos brillantes.

—Ven acá, hijita, siéntate aquí. No seas tan vergonzosa.

—Aquí no, más, señor.

—¡Anda! Ven. Ven cuéntame cómo es que lavas la ropa....

Se levantó de la cama y la tomó del brazo, conduciéndola al catre viejo.

La infeliz obedeció, pero se fué retirando hasta el otro extremo, llena de vergüenza de sentarse al lado del señor Mariño.

—Espérate un momentito. Voy a serrar la puerta. Me pueden ver aquí y no me gusta. La gente es muy mala, muy habladora. Quién sabe lo que dirían....

Cuando regresó, sentóse al lado de María, muy junto. Ya ella no tenía para donde retirarse, pues estaba pegada contra los fierros de la cabecera.

Pasóle un brazo por la espalda.

—No te asustes así, hijita. Si yo soy muy bueno. Me gusta mucho la gente pobre. Y tan bonita que eres.... Pobrecita....Yo te voy a conseguir con mis amigos casas adonde puedas lavar y ganar más. ¿Quieres? Sí quieres. Ya verás, ya verás.

—Pero no te pongas así, que nada te va a pasar—continuó.

El señor Mariño no pudo contenerse por más tiempo. Bruscamente le echó encima el otro brazo y la besó, la besó en los labios, con un beso asqueroso, largo....

María del Socorro no se daba bien cuenta de lo que pasaba. Dejábase hacer, asustada, sorprendida. Los pechos le brincaban y por el escote se le veía el comienzo de sus rosas morenas tentadoras.

El quiso introducir una mano temblona por la abertura insinuante del escote. Entonces María tuvo una reacción y le cogió la mano con rabia. Echo atrás la cabeza y gritó:

—¡No! ¡No!

—Bobita, bobita. Yo te daré plata, plata. ¡Oyes! Te quiero, cholita linda, te quiero. Si tu marido no está aquí. No seas boba. Verás cómo nada te ha de faltar. El ha de estar con otras mujeres. Anda, bésame cholita linda.

La tenía puesta una mano en los muslos. Con la otra le acariciaba las caderas. Volvióla a abrazar ferozmente y de nuevo se prendieron sus labios de los labios gordezuelos de María del Socorro. Luego la besó en la nuca, en las orejas, una y otra vez.

Por la imaginación de María del Socorro pasó clara la frase: «él ha de estar con otras mujeres». En seguida se acor-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

dó de lo que le dijo la tía Jacinta: «alguna otra mujer tendrá por ahí». Le dolían estas frases. Después ya no pensó en nada. Se daba cuenta que estaba en peligro. Tomó una violenta resolución. Clavó las uñas en las mejillas del señor Mariño, obligándole a retirar la cara, y sofocada gritó:

—¡Váyase! ¡No! ¡No quiero! ¡Váyase! ¡Hago bulla! ¡Hago bulla!

Mas el gordo libidinoso teníala fuertemente cogida. Le tapó los labios con su boca babosa. La apretó más. Asfixiábala. Hizo un esfuerzo. Con su peso bestial echóle sobre la cama.

—Cholita, cholita linda, te quiero....

IV

Lóbrega y oscura, la calle se alarga, detenida sólo una vez por los formidables arcos del elevado, hasta los comienzos del río Harlem, un hilo delgado, prolongación del East River.

Cerca de la orilla se alza una casa de dos pisos, vieja, color ladrillo, con los balcones cruzados de alambres de los que guindan ropas como señales blancas a la lobreguez de la noche.

Mala fama tienen esos sitios. Pocos se atreven a transitarlos en las horas avanzadas, por temor al asalto de los bandoleros.

En uno de los balcones hay luz, una luz macilenta. De vez en vez dibújase en la ventana una cabeza: se hace a todos lados y luego métese adentro.

Casi no se divisa la puerta en aquella siniestra oscuridad. Una puerta bajita, que obliga a agacharse para entrar. No tiene número ni timbre.

Sigilosamente se abre una hoja, y dos hombres salen mirando a derecha e izquierda. Caminan de prisa en dirección al centro, a la quinta avenida. Al llegar al elevado se detienen. Uno de ellos prende una cerilla y enciende su pipa; pásale al otro el fuego, que espera con un cigarrillo en los labios.

Vuelven a andar, encogidos por el frío, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo uno, y el otro en los de su enorme y gruesa levita afelpada.

Ya la calle se va aclarando y se puede reconocer los rostros del tío y de Juan Hidrovo, que salen, después de sonada la una de la mañana, de la sesión de la calle «116».

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Siguen hasta «Broadway», no tan brillante por esos lugares, y allí se detienen.

—¿Por dónde vas, *Ecuador?*

—Para la «122», al cuarto.

—Ajá. Yo también voy a dormir. No te olvides. Mañana hay que trabajar duro.

—No tío. Hasta mañana.

—En «La Bomba» te veo a las cuatro de la tarde.

Hidrovo tomó «Broadway» y anduvo seis cuadras al norte. En la «122» torció a la derecha y dirigióse a la casa situada tres cuadras adentro.

Iba lleno de curiosidad por saber si su mujer le había escrito. Ni se imagina en lo que yo ando, pensaba. «Es que aquí es distinto».

Dió media vuelta a la perilla e introdujo el cuerpo cautelosamente. Se descalzó en el acto, y no pudo reprimir un ligero silbido del frío que sentía en los pies. A puntillas fue al casillero de la correspondencia. El primero de la derecha era el suyo. Lo tentó con las manos. Metió un dedo por la ranura por si acaso hubieran puesto la carta muy adentro. Nada. Encogióse de hombros. Se rascó la cabeza, y puso los pies en la escalera, comenzando a subir los cinco pisos que había para llegar a su cuarto.

Ya en él, se dejó caer sobre una silla, y así estuvo largo rato: inclinada la barba sobre el pecho, subidos los hombros y guardadas las manos en los bolsillos.

Aseguró después el pestillo de la puerta. Sacóse los vestidos, y sobre la ropa interior se puso de nuevo el abrigo y se metió a la cama, hecho un tres del frío, que el cuarto carecía de calefacción.

El tío esperó que Juan se hubiera alejado. Luego retornó al este por la misma calle que los dos dejaran. Anduvo algunas cuadras. Siguió por la derecha hasta la «114». Por ésta continuó de prisa hacia el río.

Caminó cerca de quince minutos. El suelo estaba húmedo por esos lugares. En la última calle se detuvo, frente a una escalera que conducía a un subterráneo. Se llevó los dos índices a los labios y silbó.

Cuando vió que la puerta se abría, descendió rápidamente la escalera. Dijo unas palabras a alguna persona. Siguió por un largo pasadizo, que lo condujo a una sala rectangular. De haber estado con luz se hubiera visto que estaba llena de tarimas de madera, y sobre éstas abundante ropa vieja: abrigos,

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

pantalones, levitas, sombreros. Una máquina de coser y otra de planchar estaban al fondo.

El tío no se detuvo. Continuó hasta el extremo opuesto a la entrada y, levantando unos trajes colgados de perchas de hierro, salió por un puerta falsa.

Hizo un gesto casi imperceptible de contracción en sus músculos faciales, debido a la luz que súbitamente le hería las pupilas.

—¡Hola, Tomás!

Quien así lo saludaba era un hombre bastante gordo y colorado, que, en mandil y mangas de camisa, servía unas copas en ese momento, parado detrás de un mostrador de madera. Hasta una docena de mesas y de sillas veíanse en la estancia. En el centro, colgada del techo, pendía una lámpara eléctrica cubierta en su parte superior de telas de araña y polvo. Las paredes, desmanteladas, y mostraban, de flacas, las costillas, los travesaños con puntos café oscuros, que así estaban de oxidados los clavos. El único adorno de la sala era un gran cuadro mural, una caricatura de la ley seca: sobre un barril de cerveza, un hombre de chaleco cruzado por cadenas de oro, con un sombrero de copa en el que se leía «congreso», tenía en la mano izquierda la Biblia mientras que con la derecha alcanzaba de un vecino armario una botella de whisky.

Algunos hombres estaban allí sentados bebiendo. Respirábase un aire cargado de alcohol y de tabaco. Uno, dormido, tenía estirado un brazo a lo largo de la mesa y sobre él la cabeza, con la boca abierta saliéndole por un lado la baba; el otro brazo le colgaba hasta el asiento de la silla.

El tío avanzó al mostrador. Echóse garganta adentro una copa que le brindaba el hombre del mandil. Con el cuerpo inclinado y las piernas cruzadas abajo, habló con él en tono silencioso.

Levantóse uno y marchó tambaleando hacia el tío. Llegado que hubo a él, dióle una palmada en el hombro, diciéndole:

—To... más....To....más....

Volvió luego la cabeza hacia los otros, y, golpeándose el pecho con una mano y alzando la otra sobre la cabeza del tío, gritó:

—¡Mi....mi ...*bro.....ther!* ¡Viva! Di ...go....¡Viva!

El tío le dió un violento empujón, y el borracho fue a caer sentado a dos o tres metros del mostrador.

—¿Por qué? ¡Al.! ¿Por qué? Yo....yo....soy....yo....Oye.... ¡Calla embécil!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Entonces el ebrío rompió a reír.

—Ja, ja, ja.

Se tendió en el suelo, en el sitio en que había caído, y allí se puso a dormir.

Volvieron a su charla el hombre del mostrador y el tío. Apuró éste otra copa. Luego salieron juntos por la parte de atrás del mostrador. Bajaron unos peldaños que los condujo a una especie de bodega. Allí, sobre unos coys, dormían tres hombres. Los despertaron.

A los pocos minutos salían de la bodega, por una puerta que daba a un garage, al que había que trepar por una escalera casi vertical, los tres hombres y el tío. Del garage salieron a la calle que estaba frente al río, a la vuelta del sitio por donde entrara Tomás.

Atravesaron la calle solitaria, oscura, sin decir palabra, en dirección a la orilla. Pasaron sobre unos tubos de hierro, trozos de madera, cordeles, terminando su marcha debajo del muelle de cemento, donde estaba oculta una pequeña lancha. Sacáronla afuera y encendieron el motor, un motor silencioso, pero no muy veloz, a juzgar por la lentitud con que la embarcación se apartó de la ribera, llevando a boreo a los cuatro hombres.

Maniobraron a la derecha, para el sur, y alejáronse por «East River», siguiendo el lado opuesto al muelle.

Antes de que rompiera el alba ya estaban de regreso. Hicieron cinco viajes del muelle al bar, cargados de unas cajas y grandes paquetes.

En la estancia sólo quedaban dos hombres dormidos por el suelo. En una silla, detrás del mostrador de madera, dormitaba el hombre del mandil.

Tomás, con sus tres acompañantes, sacudióle la modorra. Acomodaron luego la carga en la bodega.

Después entraron a cuentas. Guardóse el tío unos billetes y salió por el garage.

El cielo era ya azul violeta. En la suave penumbra se veía caminar lentamente, asomando por un lado el extremo de la pipa encendida, la silueta del tío.

* * *

Golpearon la puerta.

Abrió los ojos inyectados por la falta de sueño de tantas noches y lo tarde que en la última se había recogido, y súbita-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mente incorporóse en el lecho, más por la extrañezu que le causaba mirar tanta luz que por los golpes en la puerta, que no escuchara.

No se daba aún cuenta de lo que sucedía, pero volvieron a llamar afuera, y entonces Juan Hidrovo acabó de sacudir su pereza con el susto que tuvo y que era, al mismo tiempo, la explicación de ese despertar a tan clara luz y de ese llamar insistente a la puerta de su alcoba.

El cansancio habíalo vencido. Serían ya las ocho de la mañana. Se mordió los labios. Estregóse los ojos. Y mientras se vestía de prisa hubo de contestar a la nueva llamada, diciendo:

—Un momento. Me estoy vistiendo.

Abrió, ya vestido, la puerta y se coló por ella la patrona, hecha un botafuego de la rabia.

—¡Vea que usted es! Con razón me dijeron que lo peor era poner posada en el Barrio Latino. ¡Cuántos días llevo tratando de verlo para decirle cuatro frescas, y usted parece que se va por la ventana! Por eso es que no nos quierén aquí a los sudamericanos. Razón tienen los gringos.

—Pero, señora....

—¡Qué pero ni qué señora! Ya mismo se me larga usted de aquí o llamo a la policía. Con esta semana van cinco que me debe. A tres dólares cincuenta son .. son ... espérese un momento que aquí lo tengo anotado.

Sacó del bolsillo de la bata un papel, y continuó:

—Son diez y siete dólares cincuenta centavos. Aquí está la cuenta.

—Yo le ruego que....

—Nada. O me paga y se larga o llamo a la policía.

—No tengo, pues, plata ahora. ¿De dónde quiere que le pague?

—¡Así es que usted se vive tranquilamente cinco semanas y después sale con que no tiene plata! ¡Jesús! ¡Qué vivo! ¿No?

—Yo le pagaré después. Déjeme una semana más.

—Ni medio minuto se queda usted aquí, porque lo saco de la lengua. Voy a llamar a la policía.

—Vea, haga lo que le dé la gana. Con la policía no me cobra nada. ¿Quiere esta maleta? Me costó veinte dólares.

—A ver, a ver. ¡Ah! Veinte dólares... A ver, a ver. ¿Es de cuero?

—¿Pero no la ve usted?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Del mal el menos. Me quedo con la maleta. Pero váyase enseguida.

—Bueno. Deme unos papeles para llevar mi ropa.

Hizo Juan Hidrovo su paquete. Entregó la llave del cuarto, y se fué por esas calles en dirección al tren para Brooklyn, sin saber qué pensar ni menos qué hacer.

Lo único que acertaba a decirse era: «esta noche o me meten a la reja o me muero de frío». Pero luego recordó que a las doce llegaba el «Santa Rita». Pudiera ser que hubiese trabajo. La manifestación era al día siguiente, pero como el barco quedaba algunos días en puerto, muy bien podría asistir a ella.

En el asiento del *subway* halló un periódico y se puso a leer distraídamente.

Pronto su atención fué requerida hacia unas grandes letras. «La quiebra de *Welber and Smith Company*. Diez mil obreros sin trabajo. Ocho mil tenedores de acciones en la ruina con el descubrimiento de los títulos falsos. Dos mil quinientos propietarios de casas de obreros adquiridas por sistema de amortización y ahorros pierden su propiedad.»

Leyó con avidez las columnas de la sensacional noticia. De rato en rato dejaba escapar en alta voz un comentario.

—¡Pero qué desgraciados! ¡Qué perros!

¡Se fregaron!

«La Bomba» presentaba esa mañana una agitación inusitada. A pesar de lo malo del tiempo, del frío glacial, era ya estrecha la sala para contener los marineros que llegaban de los más apartados rincones.

El valenciano estaba de buen humor, de un humor jovial como nunca.

—¿Pero qué se proponen ustedes, eh?

Iba de un lado a otro sirviendo café, cortando pan, retirando las tazas y los platos vacíos.

No se jugaba casino ese día. Por aquí y por allá sostenían conversaciones animadas. Muchos, de pie, bebían sus cafés apresuradamente.

Allí estaba Claudio Barrera embebido todo él, saliéndosele el alma por los ojos, en una discusión violenta, matizada de imprecaciones y puñetazos sobre las mesas.

—Al.í viene *Ecuador*. ¡Ven para acá, oye!

Acercóse Hidrovo, dejando al paso detrás del mostrador, con el permiso del español, su paquete, al corrillo que el venezolano formaba con cinco marineros.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Y eso qué es, hombre? ¿Te traes una bomba? Mira, no lo pongas ahí todavía que no quiero ser aviador, le dijo el dueño del restaurante.

Rióse Juan.

—Oye, Hidrovo, ¿no es verdad que el mitin va a ser en «Unión Square»?, preguntó Barrera.

—Allí mismo.

—Pero a mí me dijeron—replicó uno de los más empecinados en la discusión—que esperase en «Battery Place». Yo les he dicho a muchos, porque también lo oí, que nos íbamos a «Down Town».

—A «Down Town»? ¿Qué vamos a hacer allí?

—Claro. Allí estan todos los bancos y el movimiento.

—Pero nosotros vamos a ir donde el alcalde. Ya te lo he dicho.

—¿Verdad que hay banderas?

—Seguro.

Hidrovo separóse del grupo un momento para tomar una taza de café, y luego retornó a la charla.

—¿Ya saben la hora?

—Si, pues, a las nueve de la mañana hay que estar allá.

—Aunque haya nieve.

—Aunque haya fuego.

—Aquí estamos esperando al tío. ¿A qué hora vendrá? ¿Vos sabes?

—No viene ahora de mañana, creo yo. A mí me citó para las cuatro de la tarde, informó Juan Hidrovo.

—¿No te decía yo?

—Si yo no te he dicho lo contrario.

Pronto corrió la noticia de que el tío no iría hasta la tarde. Entonces los marineros comenzaron a salir, dándose cita para las tres, hasta que sólo quedaron en la sala los que la frecuentaban diariamente.

Ya solos, Hidrovo y Barrera, aquel refirió a su amigo lo ocurrido con la patrona. Estaba en la calle. No sabía qué hacer esa noche.

El venezolano le explicó que él dormía con tres paisanos y que su patrona era muy exigente. Casi imposible que permitiera la entrada a otro. Además, en la cama dormían dos, y uno en el sofá. No había más que una silla.

Calló Juan Hidrovo. Tenía aún una vaga esperanza de dormir a bordo esa noche. Tomó las cartas de una mesa vecina. Quiso echar suerte. Un solitario.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Qué preguntas, Juan?

—Estoy viendo si cojo el barco hoy.

Pero el solitario le dijo que nó. Hidrovo encogióse de hombros. Sentenció calmadamente:

—Como yo no creo en ésto.

—Tira una moneda.

Arrojó Juan un níquel al aire, gritando:

—¡Sello!

La moneda cayó mostrando la cara.

—Estas son pamplinas.

—¿Te acuerdas cuando andábamos en la «Oriental Navigation Company»? ¿Ese viaje hasta la Argentina? Preguntamos a la moneda si el tiempo sería bueno, y dijo que nó. A los tres días por poco no nos hundimos frente al Brasil. Después, cuando llegamos a Buenos Aires, estaba eso como muerto. Fué a raíz de la semana trágica. Mientras que nosotros estábamos a punto de naufragar, en Buenos Aires moría la gente.

—Sí me acuerdo. Vos estabas lleno de rabia porque todos los periódicos no hacían sino alabar al General que ordenó la matanza.

—Claro. Yo no digo que no tuviera razón el Gobierno. Pero no había para qué alabar tanto por haberse comido tantos miles de hombres. Bueno, lo que yo te decía era que entonces la moneda dijo la verdad.

—Una casualidad.

—Muchas han pasado.

Hidrovo prendió un cigarrillo y cruzó las piernas colocándolas sobre una silla. Barrera hacía castillos con los naipes. El valenciano, tirado hacia atrás en un banco, leía un periódico, con los pies encima del mostrador.

Hablaron de la quiebra de «Welber and Smith Company». Su parlar era lento, perezoso. Bostezaban.

Se hacían largos silencios. El venezolano dijo:

—Oye, ¿No se podría vender trago?

—Yo lo hice una vez, cuando vivía aquí en Brooklyn. Le vendía al dueño del cuarto. Un paisano mío me lo daba a dos dólares la botella de ron bacardi, hecho por él, y yo la vendía a dos cincuenta. Pero no conozco más a quien vender. Además, el paisano se fue al Ecuador, a Manabí, porque era manabita.

—Yo no sé dónde conseguir, pero si tuviera adonde, yo vendería. ¿No se podrá vender en el Barrio Latino?

—Verdad. Puede ser. Siempre es una vaina. A lo mejor lo pescan a uno y lo friegan. Oye, son las once y media. Yo tengo hambre.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Yo también. *¡España!* Denos algo. Para mí un churrasco montado, primero. ¿Y vos?

—Lo mismo, pues.

Ambos simulaban tranquilidad. Se miraban las caras serenos, como en los días de tormenta en alta mar. Pero al comer lo hacían precipitadamente. Pensaban, sin decirlo, en la llegada del «Santa», en la esperanza de embarcarse.

El pito del vapor los sacó de su mutismo. Se levantaron tal que movidos por un resorte y dirigiéronse a prisa hacia el muelle. Allí esperaron unos minutos.

Pronto hubo un loco movimiento de hombres y carruajes en el muelle y en la calle. Los taxis entraban y salían veloces. Los camiones de las compañías de transporte pasaban raudos, llenos de carga.

Al fin lograron hablar con un gringo, el jefe del muelle, quien, de pié cerca de la escalera portable que habían colocado del muelle al barco y por la que descendían baúles y maletas, daba órdenes y tomaba anotaciones en su cartera.

Se acercaron los dos camaradas con sus papeles de marineros en las manos.

Morning, sir.

¿Qué les pasa, *boys*?

Hidrovo, en su mal inglés, hízole saber que deseaba embarcarse, que ya había trabajado en los «Santas», que esperaba ya por semanas de un barco al otro la oportunidad, el *chance*.

No hay *chance*. Todo el mundo se queda a bordo.

El venezolano habló entonces.

¡No *chance*! ¡No *chance!*

Juan hizo ademán de insistir.

¡No! ¡No! *¡Get out of here! ¡Let me!*

En la puerta del muelle, Hidrovo dijo a su amigo:

¿No te lo dije? Yo ya lo sabía.

Ni siquiera sabe si todos se van a quedar a bordo. Acaba de llegar el barco y ya lo va a saber.

Es que hay que pagarle diez dólares al gringo para conseguir algo. Entonces siempre hay plaza, por que si hace falta botan a uno.

Ya lo sé. ¿Pero de dónde le sacamos los diez dólares?

Eso digo yo. Mientras más fregado está uno más se friega.

Veremos en el otro vapor, la semana entrante.

Regresaron a «La Bomba».

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Mientras que Hidrovo, desalentado, fué a sentarse en un rincón, el venezolano marchó hacia el español.

Se vió al valenciano hacer signos afirmativos con la cabeza y levantar varias veces las manos, con las palmas arriba, en ademanes convincentes.

Juan Hidrovo en su rincón meditaba. ¿Por qué, en este momento, presentábase a su memoria, tal que una película, la absurda historia de su vida? Tenía un cigarrillo en la mano. Cuando daba una chupada, arrojaba el humo a lo alto. Se acordaba tan claro, tan claro de su vida pretérita, que por instantes parecíale que no estaba en Nueva York ni en «La Bomba».

Veía un gran patio lleno de cacao. Y sudoroso, con la espalda desnuda, con los pies desnudos, pasearse sobre él, meterlo en sacos, echarse éstos al hombro y correr con la carga al muelle. Arriba, en el corredor de la casa, María del Socorro, con la servilleta de fregar platos en la mano unas veces, otras, con la escoba. Luego, la noche en que la robó. El cuarto de caña, los llapingachos, el blanco arroz con frejoles. ¡Tantos años de esto! ¡Qué ansias de regresar! Allá, en Guayaquil, sí trabajaría, sí, claro. Siempre hay trabajo allá. ¿Qué haría su mujer? Veíala llegar con sus ollas bajo la manta, mojada por la lluvia, riendo, riendo.... Si hubiera tenido un hijo....

El recuerdo de su familia se hizo claro. Vaga por las calles, haciéndose la pava del colegio. Tiene duelos a pedradas con los chicos del barrio. Mangonea de aquí para allá. Se ríe de todo: del viejo, que lo llaman chapulete, con las piernas torcidas, el cuerpo enjuto, los brazos largos. Ya se echa a volar.... Le gritan. Se vuelve el viejo airado con un palo en la mano y salen de su boca los peores insultos. A veces persigue a los muchachos. Por allí viene el chino gordo vendiendo longanizas, mondongo lavado.... Dice: «lóoonganiza, móondongo, sálchicha». Se acerca Juan cauteloso, se para en un montón de tierra, haciéndose el que busca con la mirada algo en el suelo; al pasar el chino, se incorpora rápidamente a su espalda, alarga el brazo y sale corriendo con una longaniza en la mano muerto de risa.... Después, dos o tres años más tarde, vende periódicos, engatuza a la gente con noticias que pregona y que luego el lector no halla en las columnas del diario.... Se matricula en una escuela nocturna, aprende las cuatro reglas.... Al salir de las clases, a las nueve de la noche, se trompea con los compañeros. Un día le rompen la nariz. Se asusta de la sangre. Pero al siguiente toma el desquite con una cabezada en el estómago. Ya tiene quince años, fuma, gasta enamorada, tiene

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

amigos hombres, busca la compañía de los cacahueros. A sus amigos menores repíteles las palabras que oye en boca de aquellos. Se aburre de vender periódicos. Una noche él también paga las copas de la cantina.... Invita a sus amigos, los cacahueros. A la mañana siguiente le falta el dinero para sacar los periódicos a la venta....

Claudio Barrera lo sacó de sus pensamientos.

—Oye, Juan, dice el español que puedes dormir aquí. Adentro, cerca del lavadero, hay una tarima. Echas la manta ahí.

—Ya lo creo, hombre, ya lo creo, dice el dueño de «La Bomba».

Hidrovo levantóse y le tendió la mano al valenciano, dándole las gracias.

Se puso colorado el buen hombre, con un poquillo de vergüenza por los efusivos agradecimientos de Juan Hidrovo.

—No vale la pena, hombre. Hoy por tí y mañana por mí.

Jugaron luego al casino con el español. Hablaron de la crisis, de la mala situación. El valenciano les contaba de su tierra lejana, de lo mucho que por el pícaro mundo había peregrinado. Confesó sus deseos de volverse.

Era una camaradería franca. Sentíanse paisanos, como que tenían el mismo tronco sus razas.

Barrera habló también de Venezuela. Allí estuvo preso, en Caracas, por una muerte de la que injustamente le culparon. Sucedió que hizo un viaje a la capital, en busca de trabajo. La misma noche de su llegada, se arma el escándalo en una tienducha. Se burlan de él los borrachos. Quieren golpearlo. Alguno le ayuda. Se cruzan golpes. El no sabe lo que hace: defiéndese como puede. Por el aire van las botellas y los vasos. Un hombre cae al suelo. Cuando llega la policía, sabe que está muerto. Fué la caída, el golpe en el cerebro, el botellazo que le partió la frente. .. A Barrera lo conducen preso. Seis meses pasa en el presidio. Al fin sale por falta de pruebas. Fuga de la capital y en el primer puerto se embarca. Desde entonces, y ya van quince años de esto, no regresa a su patria.

—La verdad es que no tengo muchas ganas de regresar. Se acostumbra uno a andar rodando.

—A éste lo conocí—dice dirigiéndose a Hidrovo—en Guayaquil. Yo andaba en el barco en que él tuvo el primer empleo. ¿Te acuerdas? Desde entonces pocas veces nos hemos separado.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Así transcurren las horas. Se han quitado los abrigos. Hay calor allí adentro. El valenciano les brinda una taza de té.

Desde las tres comienza a llegar gente. Quieren ver al tío. Saben que irá a las cuatro. El español abandona la charla y se dedica a atender a los clientes. Hidrovo y Barrera se unen a los que llegan. Ya son otros hombres. Han pasado a otra categoría: ahora sólo les preocupan los problemas comunes. Ríen, accionan, gritan, discuten. Cada quien pretende demostrar más decisión, más coraje.

A las cuatro llega el tío y todos le rodean. Viene con una cara rígida. Se echa atrás su gorra, se quita la pipa de los labios, y dice:

—Se complicó la cosa.

—¿No?

—Sí. Resulta que los del partido comunista americano se han dado cuenta de todo y han mandado a ofrecer su apoyo para la manifestación. Hoy habla de eso el «Dayle Worker». Han citado a los miembros del partido para mañana a las nueve. Irán también a «Union Square».

—¿Usted leyó eso, tío?

—Pero claro. Ustedes nunca saben nada. Son unos ignorantes. El grupo directivo del movimiento ya aceptó la intervención del partido comunista. ¿Qué les parece a ustedes?

—Yo creo que está bien.

—Yo también.

—Lo que es yo, dijo el tío, por política dije que bueno. Hay que ser político. Ustedes no saben de éstas cosas. Yo no puedo ver a los gringos, pero es necesario soportarlos ahora. Los del partido también están fregados. Esto poco me importa, es verdad. Pero nos conviene....

—Como usted dice, tío, ellos también están fregados.

—Claro. Aquí lo que pasa es que hay que hacerse el tonto y seguir el vaivén. Cuando la mar está gruesa hay que saber ir con ella. A nadie se le ocurre cortarla de lado. Hay que irla cogiendo bonito.

—¿Siempre es mañana la manifestación?

—Seguro. Yo estaré allí desde temprano. Procuren agruparse por el mismo lado. En la esquina del «Five and Ten» estaré parado.

—Ya estuvo.

—Tú, *Ecuador*, tienes que estar conmigo, para ayudarme a organizar.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Todas las miradas se posaron en Juan con un tanto de envidia por la preferencia.

—A la orden, tío—dijo el aludido. Usted ordena no más.

—Tenemos diez banderas para la marina. Ya están listas. Son coloradas con azul y dicen: «Reivindicación. Por los sin trabajo. La Marina.» A ver, ¿quienes quieren llevarlas?

Se atropellaron por ganar la primera fila y obtener la distinción de portar una insignia.

—Yo, tío.

—¡Yo! ¡Yo!

—Ja, ja. No alcanzan, pues. A ver, vamos a ver. Oye, tú, *Perú*, llevarás una. ¿Dónde está el tigre? Ajá. Acercate verraco. Van dos. *México*, otra. Y no comas mucho ají, que hay que andar prudente. *Venezuela*, tú hablaste mucho el primer día: llevarás también una vela... Los demás se irán colocando en grupos tras de cada bandera. Allá con *Ecuador* lo arreglaremos. Poditos bien plantados. Ya saben que tenemos que dejar bien sentado el nombre; que no se crea que sólo en la mar somos gallos.

¡Viva el tío!

¡Viva!

No me hagan mucha bulla, muchachos, que si me comprometen me revientan. Mira, que hay que andar con tino, dijo el valenciano alarmado por los gritos.

Ea, mandó el tío cada uno a su sitio calladito. Mañana nos veremos.

Acercose, antes de salir, al mostrador y pidió una taza de café. Echóse encima un vaso de agua. Prendió la pipa y saludando con la mano salió de «La Bomba».

Vinieron luego los comentarios a las palabras del tío. La noche había caído ya. Hicieron el gasto de la comida. Hidrovo y Barrera se contentaron con un arroz a la valenciana y una taza de café con leche. El venezolano propuso dar un paseo.

Pocos centavos le restaban a Juan Hidrovo de los dos dólares dados por el tío. Barrera tenía aún cuatro dólares.

—Oye, Hidrovo, démonos gusto hoy. Vamos al cine.

—Bueno, pues.

Tomaron el subway para Manhattan. En «Broadway» y la «42» salieron a la calle. Frente al edificio de «The Times» detuviéronse a leer las noticias.

En lo alto del coloso, como un collar de luces eléctricas que daban vuelta al cuello, iban saliendo grandes letras con las noticias más importantes.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

«El Congreso aprueba la ley de tarifas de Hoover. La crisis en víspera de solucionarse. Quinientos millones de dólares aumentan la reserva federal. Revolución en Sud-América: un levantamiento de indios en Guayaquil (Ecuador) pide el cambio de Gobierno. Rockfeller dona un sanatorio para tuberculosos. Sube en dos centavos el precio de la gasolina. Jorge V está con gripe».

—Oye, oye, Barrera, fíjate qué brutos. Levantamiento de indios en Guayaquil. Si en Guayaquil no hay indios....

—Ja, ja. Si no saben nada. Y los yanquis dicen que El Times es el primer periódico del mundo.

—«La Nación» de Buenos Aires no más es mejor.

Cruzaron la calle. Del otro lado, bajo un alero de luz, la puerta del cinema lucía su portero vestido de lujoso uniforme rojo y blanco.

Pagó Barrera un dólar por los dos. Un acomodador, con linterna en mano, los condujo a los asientos desocupados.

Terminaba en ese momento de pasarse la cinta de las novedades internacionales. Luego, los anuncios, la propaganda comercial que por todas partes anda y empuja todas las empresas. A continuación comenzó la película de fondo a desarrollarse por milésima vez sobre el telón.

En la sala sólo se veía un mover de mandíbulas. Preciosas muchachitas estaban allí moviendo la boca, incando los dientes en la goma. Y las que nó, la tenían ocupada en besar los labios del novio, al que abrazaban estrechamente ..

Los palcos del fondo querían ser de estilo morisco. Las columnas, griegas. Las paredes de los lados, de moderna arquitectura, con sus líneas largas, rectas, severas. El techo figuraba un cielo estrellado: pasaban las nubes lentamente, una que otra estrella daba un salto, se apagaban y encendían otras.

Escena a bordo de un transatlántico. Una chica bonita juega al «bridge», gana recors de natación en la piscina, hace golf y hace tennis, en las noches, baila. Su novio, un español, viaja en el mismo barco. Riñen continuamente, le prohibe que baile con fulano, que no juegue tanto bridge, que no se bañe con el vestido tan corto....

La casualidad hace que una mañana tome asiento en la silla de viaje contigua a la de ella un alto mozo bien puesto. La muchacha quiere estirar las piernas, pero impídelo una caja de fierro muy pesada que está allí y que la dejaron no se sabe cómo ni quién. Se levanta el mozo alto, la toma en las manos como si la caja llevara plumas y fuese de cartón y la

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

arroja al mar, haciendo un gracioso mohín con los labios. Se admira la chica; dale las gracias. Conversan. Ella le habla de la fuerza que debe tener para haber podido con tamaña caja. Por toda respuesta, hácela tocar los bíceps. Es un yanqui.

Una noche algo horrible ocurre a bordo. Los pasajeros salen despavoridos de sus camarotes. El barco está inclinado. El barco se hunde sin remedio. La muchacha sale en pijamas. Enseña medio pecho. Grita a su novio que en ese momento salta a un bote. El finge no verla ni oírla. Corre ella, salta a cubierta, tropieza en unos rollos de sogas, cae sin sentido. Y se hunde el barco. No hay nadie a bordo. Por un lado aparece el yanqui buscando a la muchacha. Véla en el suelo, desmayada. La toma en sus brazos de atleta, alcanza un salvavidas y se arroja con su carga al mar.

Se van los ojos sobre el telón. Ya ni se besan los enamorados. Las mandíbulas no funcionan. Se estiran los cuellos.

El yanqui ha puesto la salvavidas en el cuerpo de la muchacha. Condúcela con una mano. Con la otra, nada. Ya no puede más. El cansancio lo agobia. Ella abre un tanto los ojos. Suspira él profundamente. Le nacen nuevas fuerzas. Al fin alcanza la playa. Se vuelve a desmayar la muchacha bonita. El héroe reposa un segundo. Da un salto. Abre los brazos, los cierra, los vuelve a abrir, dos, tres, cuatro veces....

Los espectadores aplauden frenéticamente....

V

Los recuerdos de la infancia están ya borrados. Todo es difuso, vago como una mañana de neblina, como una vida oscura y sin sentido.

Por entre las nieblas del recuerdo sobresalen unos palos altos, unas velas grandes, la rueda enorme en la popa de la balandra. Amarras, racimos de plátano, leña. Cerca de la rueda del timón, una cabina: allí dentro una mesa desvencijada: los platos de fierro enlozado bailan por el piso. Todo eso se mueve. Todo se inclina. De minuto en minuto, mirando hacia adelante, se ve una montaña de espuma que sepulta la proa. La balandra cruje entonces, se queja, llora con largos lamentos de angustia. Pero hay gritos furiosos, imprecaciones, insultos. En lo más alto del palo de la mayor una lora conversa con los vientos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

La botavara está afuera de la borda. Parece que se rompe la cangreja: tiembla, tiembla y estira los cabos: se dijera que va a saltar en pedazos.

El largo botalón pintado de verde va como un dedo enseñando el derrotero. Se hincha el foque. El contrafoque, más ancho, se agarra a la cubierta y también se sopla con el empuje del viento.

Hay que andar inclinándose a la izquierda para sostener el equilibrio. Los hombres llevan los pantalones arremangados hasta las rodillas. Los pies desnudos saben cogerse bien del inseguro piso. La maniobra es pesada, fatigante. A cada esfuezo, echan por un lado de la boca un salivazo espeso, lanzan una exclamación, y vuelven a empezar....

Entra el agua. El mar se levanta enfurecido. Las olas atraviesan de lado a lado la balandra y se llevan trozos de la obra muerta.... A cada empuje, se oye un nuevo crujido, un nuevo lamento, una nueva maldición ...

En la noche la tormenta arrecia. Llueve. Los relámpagos iluminan la inmensidad. Se empeña un combate estéril. Los rayos se clavan en el vientre del mar, como crises de fuego y de oro.

Y toda la noche es este gemir, este gritar, este moverse en violentas sacudidas, estos claros hermosos de la tempestad....

Con la madrugada es más suave el balance. Las olas son más largas. Va calmando el viento. Las velas cesan de templarse y se van aflojando, aflojando. La botavara regresa lentamente al centro.

Ya está la botavara adentro de la balandra. Las velas parecen flácidas, chorreadas. Nada se mueve. No anda la balandra. El mar se ha vuelto un lago inmenso, tranquilo, tranquilo.

Cuando sale el sol, los hombres se acuestan en la cubierta panza arriba. Bostezan. Estiran los miembros fatigados. Un niño curioso sale del fondo de la balandra. Se pasea por todas partes. Hace preguntas a los marineros. Empuña con sus manos menudas la rueda del timón: dice que está ayudando al timonel.

Se suceden los días en una calma chicha. Una tarde se infla apenas las velas. Y sigue la balandra por el mar, suave, lento, con un pesado y largo balance.

Corre por allí, salta por allá. Va al encuentro del tumbo, y lo brinca ágilmente. Si se aparta mucho de la orilla, le gritan. Retorna a la playa. Se entierra en la arena muerta. Luego se levanta. Camina, camina. Toma el recodo de una senda que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

atraviesa diagonalmente la punta adonde el faro hace señales en las noches. Llega al sitio de las rocas. Allí está la chocolatera. El agua hierve escupiendo sus espumas sobre las piedras negras, sobre los pies descalzos, sobre el viento, sobre la luz. Más allá hay un horamen gigante que hizo el mar en una roca, la más alta roca de esos sitios. Sostenida por una línea invisible en su delgadez, arriba está una mano de piedra: extiende sus cinco dedos al infinito. Parece una llamada, una advertencia. El mar es gran artista. El mar es poderoso. Cada trozo de roca es obra acabada. El niño se detiene ahí. Le gusta que venga la espuma hasta sus pies. Quiere cazar las pelotitas blancas. Pasan las horas. Vienen a buscarlo y han de llevarlo a la fuerza. El no quiere salir de esos lugares.

Es la hora de clase. Tiene que aprender a leer. Pero Octavio no sabe nunca las lecciones. Sin embargo, aprende.

Por la tarde acompaña a los pescadores de langostas. El también mete una pierna en el mar. Van sacando las langostas grandotas, con sus bigotes largos que le pasan el cuerpo doblados hacia atrás, feas, encogidas como un acordeón, con la cola tal que un abanico chato, con los ojos brotados y sus doce patas movibles en desorden.

Pero que ellos recogían después ya cocidas. Octavio come y se chupa los dedos. Para él no hay nada mejor que las langostas.

Octavio ya está algo crecido. Le aburren la playa, las langostas, las rocas, los viajes inacabables en la balandra vieja de velas remendadas y largo botalón pintado de verde. Tendrá los más extraños sueños. Una noche se fuga del pueblo. Se dirige a la playa, toma el camino del faro, anda por dos horas, se mete en un vagón de carga del ferrocarril y llega a la ciudad.

Ahora se llama Daniel. Pasa dos años en la ciudad, vagando, metido en el astillero. Allí trabaja de vez en cuando. Le aburre también la ciudad. Su inquietud es cada vez más honda. Le causa el río tan monótono.

Cierto día llega al puerto un yate de recreo. Entra al astillero a limpiar los fondos. Daniel se hace amigo de la tripulación. Baila de gusto cuando sale al mar en esa embarcación que vuela.

Conoce las grandes ciudades del Pacífico. Ya le causa este mar, que sólo en el sur sabe enfurecerse. Se queda tal día en Buenaventura. No sabe qué hacer aquí. Roba en el muelle, y lo que roba lo reparte luego entre los pobres. Una mañana se alista en un buque mercante. Llega a Colón. No cumple el

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

convenio de seguir. Quiere conocer el Atlántico por el lado del sur.

En el otro océano toma otro nombre. Aprende muchas cosas en el gran trasatlántico. Sabe cómo saltar una caja de morfina, una bola de opio. Le pagan bien. Después toma el negocio por su cuenta. Se ve con mucho dinero. Ya es un hombre. Conoce toda la América Latina. Gasta rápidamente sus ganancias. Tiene las manos pródigas. Regala el dinero a sus camaradas.

Cada día es más fuerte, más moreno, más infantil. En Buenos Aires toma barco para Europa. Conoce los puertos del continente. Navega por el Mediterráneo. Se embarca para Inglaterra. El mundo le parece muy pequeño.

Transcurren los años. El sol y las fatigas han trazado rayas en su rostro. Siempre es el primero en todo. En las tabernas sabe pelear. Acaso alguna vez tuvo que hundir el cuchillo en un hombre. Pero nada hace por él. Defiende a sus compañeros de tripulación. Se arman gresca entre los de uno y otro barco. El suyo siempre ha de salir triunfante. Tiene actos de valor que le captan la admiración de todos. La vida no le importa: dice él que la tiene asegurada contra todo riesgo.

No posee noción de los paisajes. Sus pupilas sólo saben de lo fugaz, de lo rápido. El único fondo de pintura que hay en su memoria es el mar azul, el mar verde, el mar gris ...

Lee. Se instruye algo. Le interesan los periódicos. Es el que sabe todas las noticias del mundo. Sus compañeros le consultan diariamente. No sabe lo que quiere. Pero algo quiere, algo que está más allá de todas sus posibilidades de captación espiritual. Se asocia a sindicatos de marineros: los revuelve, los hace osados, audaces.

En Nueva York decide quedarse. Está ya en vigencia la ley de prohición. El sacará provecho de eso. Vive unos meses en tierra. Vuelve a embarcarse y va por esos mundos derrochando el dinero que ganó a riesgo de su vida.

Al año regresa. Ha pasado en California tres meses. Pagan bien allí el opio y la morfina. Otra vez en Nueva York, reanuda los negocios de contrabando. Lo conocen en todos los antros donde venden licor.

Nadie como él de cauteloso, de audaz para el negocio. Soborna a los policías cuando es necesario. No engaña nunca: lo que promete cumple.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Los tiempos están malos. Es difícil viajar. Pero él, si quisiera, podría embarcarse. Tiene dinero, lo conocen, lo quieren. Es un hombre útil para todo.

Debe contar ya cincuenta años. No ha tenido grandes amarguras en su vida. Sigue fuerte, enhiesto, altivo, jovial. En la tierra como en el mar sabe asentar los pies.

Usa buen tabaco para su pipa. Tabaco de Puerto Rico. Jamás lleva abrigo. Con su levita gruesa, de redondo cuello afelpado, tiene bastante.

En Nueva York, entre la gente del negocio, en los suburbios de los muelles por donde hace el contrabando de licores, se llama Tomás, Tomás a secas.

Sus jóvenes amigos, los marineros que tuvieron la suerte de hacer viajes con él, prefieren llamarle el tío.

* * *

Muy temprano estuvo Hidrovo en pié. Ayudó al español en los menesteres de la mañana. Como dos buenos hermanos hicieron la limpieza de la sala, del mostrador, de las mesas de mármol, en las piedras había que lustrar. Recibieron el pan, los pasteles, que trajeron en un camión. Luego la leche en grandes tarros que colocaron cerca de la cocina para calentarla luego. Prepararon el café. Hirvieronse la leche de unas botellas que también habían traído para el consumo de los clientes. Por el piso arrastraba, como un risco de nieve, rompiendo la tapa de cartón, la leche congelada por el frío.

Toda la noche había caído nieve. Estaba clarita la mañana. Luz, mucha luz. De los árboles, sin una hoja, chorreaba por sus ramas la nieve como esperma.

El frío no era tan intenso. Sólo había que andar cuidadosamente para no sufrir un resbalón en el hielo.

Sería las ocho de la mañana cuando Juan Hidrovo salió de «La Bomba».

Estaba nervioso. No era que le faltaba valor, nó. Pero sentía un resquemor, un frío interior, y la duda le prendía en el alma.

El valenciano habíale deseado buena suerte al despedirse. ¿La tendría? ¿Qué le podía pasar? Nada. Cuando más, un golpe. Los resultados de la protesta serían muy buenos. Era imposible que no se conmovieran de la situación de ellos. ¿Acaso no

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

eran también hombres? Hermanos, claro, todos eran hermanos. No era difícil solucionar el problema. ¡Había tantos millones de dólares!

El se echaba una gran responsabilidad encima. Se sentía líder. Y el prestigio que alcanzaría por ser uno de los organizadores...! Tenía que portarse muy bien, muy valiente.

Con el tío había hecho tres viajes en el Pacífico. Trabajó bajo sus órdenes. Pero fué cuando se armó esa gresca en Chile que los unió verdadera amistad. Unos rotos se insubordinaron dos días antes de llegar a Valparaíso. Atacaron al tío con sus corvos afilados. El corrió junto al jefe y, en el instante en que uno se le abalanzaba con el cuchillo en mano y el tío hubiera sido herido en el vientre, él, Hidrovo, armado de un fierro, habíale descargado al roto un formidable golpe en la cabeza. Los dos se defendieron, armado ya el tío con una varilla que tomara del suelo, hasta que llegó un oficial y los puso en paz.

Se acordaba con gran precisión del momento en que el tío le extendió la mano dándole las gracias. Eso lo sabían muy pocos. El venezolano, sí. Su íntimo amigo, Claudio Barrera, conocía de este acto de Hidrovo.

Iba en el *ferry boat* hondamente preocupado. Le parecía que todas las miradas convergían a él. Hubiera querido ir solo. Un mendigo tocaba en su violín una música detestable. Antes de llegar la lancha al muelle que estaba junto a «Battery Place», levantóse el mendigo extendiendo su cajita de lata a los pasajeros.

Hidrovo dejó caer una moneda de cinco centavos.

Subióse instintivamente el cuello de su abrigo. En «Battery Place» se sentía más frío. El viento azotaba la plaza descubierta. Eran las ocho y media apenas. Dió una vuelta por la plaza. Sin saber qué hacer, metióse al Acuario.

Recorrió a prisa las vitrinas tras las cuales nadaban los peces cautivos. Simulaban las exhibiciones el fondo de los mares. Veía peces rarísimos, pequeñitos, colorados, azules, de todos colores.

En una vidriera se detuvo. Arriba había un letrero: «Especies de las Islas Galápagos». El no conocía el archipiélago. Siempre fue un sueño para él hacer un viaje a las llamadas islas encantadas. Había oído tantas leyendas de ellas. ¿Sería verdad que los gringos querían comprarlas? Dicen que el Japón también las quiere, pensaba. Años atrás había tomado parte en una manifestación que se hizo en Guayaquil contra cierto propósito de vender las islas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Se imaginó viviendo en esos lugares solitarios, lejos de todo, con su mujer, con María del Socorro....Allí no habría necesidad de dinero. Trabajarían la tierra para ellos, para su vida.

Estaba impaciente. No continuó su visita por el Acuario. Salió con brusquedad, a grandes pasos, violento, decidido.

Anduvo algunos metros hasta la estación del subterráneo. Allí se volvió para mirar el edificio donde tenía el consulado su país. Si yo fuera a ver al Cónsul, pensó. Pero no, él no quería pedir ningún favor al Cónsul. Ninguno de los compañeros lo hacía. Estaba seguro además que todo sería inútil. El Cónsul no se preocupa de los pobres, se dijo. «No hace más que ganar plata y vivir a costilla del Gobierno».

Cuando salió a la calle «14» ya se veían algunos grupos de hombres en una esquina. A paso resuelto dirigióse hacia el almacén del «five and ten». No daban aún las nueve. El tío sería puntual.

Y así fue. A las nueve en punto se encontraron allí. Habría ya unas cien personas reunidas al rededor. Conversaron los dos algunos minutos.

Llevaba el tío un paquete grande. Lo deshizo. Sacó de él unas banderas y entrególas a Hidrovo.

—¿Las reparto ya?

—Sí. Mira, allá están, por el otro lado, *Perú* y *México*, Busca al *tigre*. Oye, que no las desenvuelvan todavía.

—¿No a visto a Barrera, tío?

—*¿Venezuela?* No. Le habrá dado canillera.

—No, tío. Le apuesto mi pescuezo. Véalo, véalo, allá viene.

—¡Claudio! ¡Claudio! Ven acá.

—¿Qué hay, Juan? ¿Estamos listos? Buenos días, tío.

—Buenos. Ya estaba pensando que te habías arrepentido.

—¿Quién? ¿Yo? Usted no me conoce, tío. Va a ver.

—Toma tu bandera, Claudio. Ven, ayúdame a repartir las otras.

—Vamos.

—Por aquí, por aquí. Allá, en ese grupo.

Por todas partes se veían corrillos de personas. Habría reunidos unos quinientos hombres. Poco a poco se iban agrupando, de acuerdo con las organizaciones a que pertenecían.

En la esquina del almacén de cinco y diez centavos reuníanse los de la marina. Al frente, teniendo por medio todo el ancho de la plaza, los trabajadores de la fábrica. Los despedidos de la «Standard Iron Corporation» formaban aparte, del lado oeste.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Algunos policías diseminados miraban impasibles el movimiento. Ya tenían costumbre en tales achaques: conocían el final. Esperaban pacientes que comenzara la bulla. Continuamente había reuniones públicas de desocupados en esa plaza que la calle «14» corta, atravesando en su parte más ancha la isla de Manhattan. A lo largo de la calle, por el lado este, estaban los «Music Halls», cinemas, bares, restaurantes populares, como en ninguna otra parte. De tales sitios salían los hombres citados a la reunión, y buen número de curiosos.

Llegaron mujeres. Pronto se mezclaron en los grupos. Por último, aparecieron por el lado sur, en perfecta formación, los del partido comunista americano. Traían una gran bandera roja, con esta leyenda: «Trabajadores de todo el mundo, uníos».

—Faltan dos, Barrera.

—¿Dónde se habrán metido? Yo no voy a llevar tres banderas. Si no los encuentro, se las doy a cualquiera.

—Vamos a ver al tío, que él diga.

—Oye, ve. Allí están los del partido comunista.

—Verdad. Ya debe ser tarde. A las diez comienza la cosa.

—Me ha dado ganas de tirarme un trago.

—A mí también.

—¡Tío! ¡Tío! No encuentro a dos para las banderas.

—A ver. Tráelas acá. Yo las repartiré.

—Tome.

—*Ecuador*, corre. Que vayan formando. Ligero, apura. No, no. Tú, *Venezuela*, quédate no más aquí. Así, así, adelante. Yo voy en este grupo.

—Ya está tío, dijo Hidrovo, jadeante, retornando a toda prisa de la cola del grupo de la marina.

—Ahora, esas banderas. ¡Maldita sea! ¿Por qué están juntas allí? ¡Ve, anda, corre; tira más atrás a ésa!

—En seguida.

En la plaza aparecieron seis policías a caballo. Se pasaron tranquilamente y fuéronse a situar frente al «five and ten», del mismo lado en que estaban los del partido comunista.

—¿Listo?

— Listo.

—Entonces, quédate aquí, conmigo. Aquí va *Venezuela* con la bandera.

—Ya estuvo. ¿Habrá palo?

—Eso no se pregunta. Calla.

—No lo digo por mí. Decía no más....

—Pues no digas nada.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Los grupos se iban compactando. El tío dió orden de avanzar. Llegaron, a la cabeza Barrera con la bandera, a uno y otro lado el tío y Juan Hidrovo, casi hasta el centro de la plaza. Los del partido comunista se encontraron con los de la marina. Estos quedaron en la formación inmediatamente detrás de aquellos.

Emergió una cabeza entre la masa. Salieron luego los brazos, medio cuerpo. Estaba sostenido por sus compañeros seguramente. Tomó la palabra. Hablaba en inglés.

Cuando terminó su discurso, de entre el mismo grupo salió otro. Este, en español, incitaba a los manifestantes a ir al Municipio a presentar su reclamación donde el alcalde.

—Sí, camaradas, decía. Estamos dando prueba de fuerza, de unión. Debemos convencernos de que es necesario presentarnos así, de frente, porque es la única forma en que nos oirán. Representamos el trabajo que aprovechan los capitalistas para después explotarnos. Nosotros los enriquecemos. Aún no nos damos bien cuenta de la fuerza que somos. Esta mañana será memorable y todos recordaremos estos momentos en que nos hemos unido hombres de razas distintas en un ideal común, y es porque sentimos la realidad de la unión de clases. Cuatrocientos trabajadores latinos fueron despedidos brutalmente, sin reconocerles ni un centavo, importándoles poco a los explotadores que mueran de hambre, de miseria, porque esa es la única forma en que ellos, verdugos sin conciencia, se enriquecen, a costa del trabajador, del sudor de nosotros.

Está bien, ¿ah?

Seguro, dijo Barrera.

Esa es la historia de la burguesía, camaradas, continuó el orador. Los burgueses no quieren entender, porque no les conviene, que no es posible explotar indefinidamente al hombre. ¡Pero aquí estamos dispuestos a todo, unidos en la conciencia de nuestra clase, para obligarlos a comprender con la fuerza de nuestros puños!

—¡Bravoo!

—Sí, camaradas. Nosotros tenemos una gran fuerza, porque llevamos la justicia, la sed de reivindicaciones. Luchamos por todos los trabajadores del mundo, porque desaparezcan el robo y el crimen de la burguesía. Hemos de acabar con el individualismo estúpido de los burgueses. Día llegará en que los veremos rodar al empuje de la revolución social.

—¡Viva la revolución!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Camaradas! Unámonos todos para el triunfo de la revolución. Esta unión de hoy es un ejemplo y un paso más para la conquista de nuestras reivindicaciones. Nos quieren separar los burgueses diciendo que somos de distintas razas de los gringos. Pero, como acaba de decir el camarada americano hace un rato, ellos también son nuestros hermanos, sufren como nosotros, como nosotros son explotados, asesinados ... Por eso, porque son nuestros hermanos, porque sienten como nosotros el anhelo de justicia, han querido estar junto a nosotros en estos momentos. Los trabajadores botados por la bota sucia de la burguesía son latinos. Nada importa que sean latinos; ellos han protestado por el hecho infame, han sentido el dolor de sus hermanos trabajadores, y aquí están dispuestos a todo, dando una prueba palpable de la mentira burguesa, porque antes que todo y sobre las fronteras que algún día hemos de borrar, están los intereses de clase, el anhelo de justicia, la sed por las reivindicaciones universales....

—¡Bravoo!

—¡Viva el partido comunista americano!

—¡Vivaa!

—¡Camaradas! Vamos a ir donde el alcalde. Vamos a probar una vez más la hipocresía burguesa. El esclavo de la burguesía, el servidor bien pagado, nos ofrecerá todo. Pero no hay que creerle. No hará nada. Lo único que podrá salvarnos es la revolución social, la conquista del poder por el proletario. ¡Abajo la burguesía!

—¡Abajo!

—¡Viva la revolución!

—¡Vivaa!

El número de policías montados iba aumentando por minutos. Miraban tranquilamente el mitin. Por encima de las casacas se les notaba el bulto de las pistolas.

Después habló una mujer. Trepó sobre los brazos de sus camaradas. Su discurso fue más fuerte, más violento. Los hombres sentían hervir su sangre.

Tres oradores más entusiasmaron a los manifestantes. Eran interrumpidos por exclamaciones y aplausos.

—Hasta a mí me ha dado ganas de hablar, dijo Barrera.

—Provoca. ¿No? Pero yo no entiendo de eso.

—Yo tampoco. Si no, ya me hubiera trepado también.

—Callen, que no dejan oír.

—¡Adiós! Con vos no es.

—Es que no oigo, pues.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ahora, vos es el que debe callar.

—Déjalo, Juan. No le digas nada. ¿Y hasta qué hora nos vamos a estar aquí parados? Yo quiero ir donde el alcalde. Tú dijiste que le ibas a hablar....

—Seguro. Claro que le hablo. Hay que decirle las cosas en su cara. Por él estamos fregados.

—Yo también le hablo.

—Ya estuvo.

—Vamos, listos. Adelántate, *Venezuela*. Pero pon arriba la bandera, pues, dijo el tío.

Comenzó la marcha hacia el Municipio, con el objeto de hablar al alcalde y pedirle su intervención en el problema surgido con motivo de lo resuelto por la «Standard Iron Corporation». Pero los manifestantes querían también tratar del problema general de los desocupados, cuyo número aumentaba día a día sin ninguna esperanza de alivio.

Iban a la cabeza los cuatrocientos trabajadores expulsados de la «Standard Iron Corporation». Luego seguían los del partido comunista americano, portando banderas y unos letreros de madera colocados en cruz sobre largos palos. Inmediatamente después, los de la marina, con el venezolano Barrera adelante, y a los lados el tío y Juan Hidrovo. Atrás continuaba el desfile en agrupaciones obreras, señalándose por pequeños espacios los de distinto oficio. En medio marchaban hasta cien mujeres, que eran los manifestantes más exaltados. Por último, un buen número de curiosos hacía cola.

Caminaban en orden. Se notaba organización. De lado y lado del desfile, a unos cuatro metros de distancia, golpeaban el pavimento los cascos de los caballos de la policía montada. En las esquinas, en los alrededores del Municipio, detrás de la manifestación, estaban repartidos polizontes de a pie, armados con palos, y el bulto del revólver al cinto.

Una vez que llegaron al palacio, asomóse por un balcón el señor alcalde.

Este señor alcalde era un hombre simpático, que se las daba de jovial y de humorista. Mucho de él murmuraban. Decían que los negocios ilícitos habíanle enriquecido. Lo cierto era que por años sostenía se en el empleo, sin que lograsen moverlo las demandas y acusaciones que llevaba sufridas ante la corte del Estado.

Adelantóse un miembro del partido comunista americano y solicitó del señor alcalde permiso para entrar a conferenciar con él una delegación que en el acto se designaría.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Accedió el señor alcalde, con una sonrisilla simpática.

Claudio Barrera, atento a lo que pasaba, ganó filas empujándose con los codos. Detrás iba Hidrovo loco de deseos por entrar con su camarada.

Sin embargo, Hidrovo no pudo entrar. Quedóse rezagado entre las filas, en el momento en que un cordón de policías se colocó en las puertas impidiendo el paso a otros que también ardían en deseos de escuchar la conferencia que allí adentro se iba a sostener.

Cuando llegó Juan a la entrada, los policías se opusieron a su paso. De nada le sirvió decir que él era también de la delegación. Los polizontes alzaban las manos, y tuvieron que rechazarlo con empujones,

Subieron las escaleras dos miembros del partido, tres obreros despedidos de la «Standard Iron Corporation» y Claudio Barrera, con su bandera en la mano.

—¿Qué sucede?—interrogó el alcalde.

—Venimos a ver qué solución se puede dar al problema que se ha presentado con la expulsión de cuatrocientros hombres de la «Standard Iron Corporation». Estimamos que usted debe intervenir en este asunto. Y no sólo es esto. Es que el número de desocupados aumenta considerablemente y aún no se ha tomado ninguna medida para ayudarlos, expuso uno de los miembros del partido.

—Yo he sentido mucho lo ocurrido. Debo informarles que el Estado está estudiando el problema de la desocupación, según me ha manifestado hace poco el Gobernador.

—Necesitamos saber qué se está haciendo.

—Estas cosas es necesario tratarlas con un poco de serenidad. Por lo pronto el Gobierno central tiene el proyecto de fundar una agencia gratuita de empleos...

—Pero ¿qué hace el Gobernador del Estado? ¿Qué hace usted?

—Cooperamos con todas nuestras fuerzas a la fundación de la agencia gratuita. El Municipio ha puesto a la disposición las estadísticas que posee y un competente personal que se encargará de investigar concienzudamente los trabajos que hayan disponibles.

—Pero eso no soluciona nada. Nosotros queremos algo práctico, efectivo. ¿Por qué no se exige de la «Standard Iron Coeporation» una indemnización a los trabajadores despedidos? ¿Acaso ellos tienen derecho para dejar en la miseria a tantos hombres? Se les pidió una rebaja general de los salarios para

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

que se quedaran los despedidos y no accedieron. Usted debe intervenir. Pedimos el castigo de los directores de la Compañía, la indemnización inmediata o el retorno al trabajo.

—Ustedes son unos buenos muchachos ¿verdad? No se pongan así. Ya se arreglarán las cosas. No es de mis atribuciones castigar a entidades de derecho privado. No olviden ustedes que el más alto orgullo de nosotros, los americanos, es el principio de la democracia pura y de la libertad. Estos son fenómenos de las crisis, que ya pasarán. Siempre quedará en pie, inconmovible, la grandeza americana. En ningún país se respetan las leyes como aquí, y sobre todo el principio de la libertad es un hecho real, tangible. América es grande. América es el primer país del mundo. Pero es el primero porque sabe mantener frente a todo y contra todo su libertad y su democracia. No podemos jamás atropellar ni un solo segundo el derecho individual; aquí reside la fuerza de esta gran nación, la primera en todo. Para quedar triunfantes ahora, en estos momentos de crisis, sólo necesitamos confianza. Sí, confianza en nosotros mismos, en el alma americana. Ustedes no pueden, no deben, y sé que pronto comprenderán lo que les digo, abandonar el factor confianza. Este nos ha salvado siempre y gracias a él hemos podido llegar a ponernos a la cabeza de todas las naciones. Tengan confianza en ustedes, tengan confianza en América, en su democracia, en su fuerza, en su libertad absoluta. Por algo hemos servido de modelo. En ninguna otra parte, por ejemplo, hay ley de prohibición; en América, sí, porque el americano es un ser consciente de sus deberes, un hombre en el total y absoluto sentido de la palabra, que sabe tener confianza en su patria y en sí mismo. Es natural que ustedes pasen momentos de dolor, pero la tristeza, el abatimiento no se ha hecho para el americano que sabe serlo de verdad, para el que respeta las leyes ..

—¡Oiga!—gritó Barrera con los puños crispados. El pecho se le hinchaba por la emoción y la rabia. Avanzó tres o cuatro pasos hasta colocarse ante sus compañeros. Inclinó el cuerpo hacia adelante, la cabeza tendida, como si quisiera embestir al alcalde.

—¡Oiga! ¡Qué ley ni qué democracia ni qué libertad! Usted ha hablado de la ley de prohibición, usted, el que se enriquece con los *bootleggers*....

—¡Silencio! Está usted loco.

—¿Por qué voy a callar? Estamos hartos de engaños. Usted nos engaña, nos engaña ...decía el venezolano, lleván-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

dose una mano cerrada a la boca como si se tratara de morderla.

—Está usted faltando al respeto.

—¡Muera! ¡Ladrón! ¡Sinvergüenza! ¡Criminal! ¡Abajo! ¡Pagarás caro el sudor de los pobres! ¡Perro!

El alcalde violentóse. No pudo contenerse y bajó de su tribuna con las intenciones de arremeter a golpes a Barrera, quien lo esperaba echando llamas por los ojos, con la respiración entrecortada....

Pero los policías empezaron a repartir palos a diestra y siniestra, obligando a salir en confuso tropel a la delegación de los manifestantes.

Afuera, los polizontes siguieron el ejemplo. Se inició la disolución del mitin. El tío y Juan Hidrovo se escurrían entre el tumulto.

Echaban los caballos encima de los hombres. Las narices calientes de las bestias, su espumarajo verdoso ensuciaba los rostros angustiados, las manos desesperadas.

Allá se doblaba un hombre con un garrotazo en la cabeza. A ese que huye a toda carrera le lanzan el palo a las piernas: crujen los huesos. El fugitivo cae con un alarido.

Dos o tres policías también caen heridos por los carteles de madera, los palos de las banderas.

Se escuchan tiros de pistola. No se sabe cuántos han caído. Pero los policías prefieren el garrote. Saben lanzarlo, saben golpear, son maestros en el arma.

La poca nieve que hay en el filo de las aceras presenta manchas rojas en algunos sitios.

Es hermoso ver la blancura de la nieve con ese color encendido encima. La nieve absorbe la mancha, que se va extendiendo y palideciendo. Luego el rojo desaparece. Queda en cambio un tinte rosáceo delicadísimo. Después de un rato está otra vez casi blanca: se diría una porcelana que, mirada al trasluz, presentase tiritas de un rosa pálido ...

Se acercan los autos de la ambulancia, blancos con su cruz colorada. Allí meten a los heridos y rápidamente los llevan. Pero otros vuelven a caer. Son recogidos en el acto.

Un grupo de mujeres rabiosas se echan sobre un policía. Le caen las mujeres como fieras. Le aruñan el rostro. Le clavan las uñas, le desgajan el uniforme.

El polizonte resopla como un buey herido. Su alta estatura se dobla hacia atrás. Inclina la cabeza sobre la nuca, levanta las manos. Da puñadas en el aire.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Ay!

Vienen dos en su ayuda. Arremeten a palos contra las mujeres. Uno agarra a la más enfurecida de los cabellos y le echa al suelo. Tiene ella los trajes en los muslos. Mueve las piernas convulsivamente. Se prende a las del policía. Le muerde. Dobla la rodilla el guarda. Los tacones de sus pesadas botas aplastan el rostro de la mujer rebelde.

El tío retrocede. Empuja a Hidrovo hacia una tienda de tabacos.

—Por acá, por acá. No seas bruto.

El señor alcalde está asomado al balcón del edificio de la Municipalidad. Tiene el ceño fruncido. Las manos, apoyadas fuertemente en la ventana. Pero el señor alcalde es un hombre simpático, jovial, y pronto su cara toma otra expresión: aparece en sus labios la habitual sonrisilla optimista.

En la calle siguen cayendo los garrotes en las cabezas de los manifestantes. Se oyen gritos de dolor, insultos, maldiciones.

El tráfico se ha paralizado. Los automóviles tuercen por otras calles. La gente que viaja en tranvías déjalos y se dirige a las estaciones de los subterráneos.

Todo esto dura pocos momentos. Los hechos ocurren con una rapidez extraordinaria.

Claudio Barrera no ha soltado la bandera. Corre con ella gritando enfurecido:

—¡Asesinos! ¡Cobardes!

Un policía lo persigue. Ha escuchado los insultos que arrojó al alcalde. Resbala el venezolano en la nieve. Hinca una rodilla y apoya las manos en el suelo. La bandera ha caído también. Monta su trapo rojo la acera. El extremo inferior del palo se le incrusta al infeliz en el vientre.

Su perseguidor lo agarra del cuello del abrigo. Quiere levantarlo. Barrera le escupe el rostro y lánzalo un insulto.

El garrote del policía cae en la frente del venezolano. Un hilo de sangre la atraviesa y rueda luego por las mejillas. Se dobla la cabeza. No ha exhalado ni una queja. La frente, contra la nieve, la va tiñendo de rojo. Está Claudio en una postura increíble. La pierna derecha dobla bajo el pecho y el vientre. El brazo izquierdo metido debajo. El otro se alarga sobre la acera como si en un último esfuerzo hubiese querido empuñar el trapo encendido.

El polizonte lo sacude violentamente. Silba en su pito. Llega otro. Lo toman en vilo y condúcenlo al automóvil de la ambulancia.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Juan Hidrovo cree reconocer a su amigo en ese hombre que llevan dos policías. Corre. De nada sirve el esfuerzo del tío para contenerlo. Se safa de sus manazas que le aprietan el brazo.

—¡No vayas! ¡No seas bruto!

—¡Déjeme, tío! ¡Déjeme! Es Barrera. ¡Lo han matado! ¡Lo han matado!

Ya han colocado el cuerpo del venezolano en la camilla de la ambulancia.

Juan Hidrovo dirígese al automóvil a toda carrera.

Queda poca gente en la calle. Huyen por las esquinas. Llevan a algunos presos. El señor alcalde se retira de la ventana satisfecho. Va a comentar al atrevimiento de ese *spanish* medio loco, anarquista. Los reporteros de los periódicos lo esperan con las cámaras de fotografías listas....

Adentro de la ambulancia están los dos policías aún. Hidrovo escucha una detonación. Le parece que ha sido allí adentro, allí donde está el cuerpo de su amigo inseparable.

Se detiene en su carrera por un instante desconcertado. Luego continúa.

El chofer ya va a arrancar la marcha. Hidrovo le grita.

—¡Un momento! ¡Un momento!

El otro lo mira asombrado. Pero eso le da tiempo a Juan para llegar hasta la ambulancia.

El tío le sigue a pocos pasos. Sería incapaz de dejarlo abandonado en ese trance. Comprende que Hidrovo se juega la vida. Busca en sus bolsillos y palpa la pistola. La acaricia. Está dispuesto a todo.

Juan abre con brusquedad la puerta del carro, y mira.

Barrera, Claudio Barrera, está en la camilla rígido. Tiene un agujero en la sien derecha.

Las sábanas, como la nieve, se ha teñido de rojo.

VI

El tío logró arrancar a Juan Hidrovo de las portezuelas de la ambulancia y lo condujo del brazo, a toda prisa, hasta la calle «13».

A los policías no les convenía hacer escándalo sobre el crimen. Ordenaron la marcha inmediata, después de haber rechazado a Hidrovo hacia afuera.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

La intensa conmoción nerviosa que Hidrovo había sufrido le dejó por unos minutos con la voluntad débil. Dócilmente permitió que el tío lo llevase. Pero cuando hubo llegado a la estación del subterráneo, que el tío quería hacerle descender, tuvo un despertar de rabia.

Se esforzó por deshacerse de las manos de su acompañante. Gritó:

—¡Déjeme, déjeme, tío! ¡Han matado a Barrera!

—¿Y cómo lo vas a remediar? Vámonos.

—Yo me quiero desquitar. ¡Acompáñeme, si es hombre!

—¡Bruto! Nos matarán a los dos. Oye—díjole remeciéndole fuertemente del brazo—, ¿crees que yo soy un cobarde? Sabes que yo soy bien hombre.

—Entonces, vamos. Voy yo solo.

—Anda, baja, *Ecuador*. Obedece, caramba. Después veremos qué se hace. Entiende que ahora es todo inútil.

—Juro que me las he de vengar.

—Bueno, bueno, yo también. Vamos al cuarto.

Bajaron las escaleras. El tío echó dos monedas en la ranura de la puerta automática. Empujóla con el cuerpo y giró la cruz de madera, permitiendo el paso.

Esperaron unos segundos, parados en el muro de cemento de la estación. Llegó el tren para el norte.

Juan Hidrovo iba agobiado. Miraba al suelo. No decía una palabra. El tío tomó un periódico que habían dejado en el asiento, y tranquilamente se puso a leer.

Corría el tren veloz. De vez en vez, en las curvas de las líneas, se inclinaba ligeramente a un lado para caer sobre el otro enseguida. Había que hablar a gritos para hacerse oir, tal era la bulla que el motor y las ruedas producían.

Los pasajeros que iban de pie se agarraban con una mano del gancho que pendía del techo, mientras con la otra sostenían una revista. Los cuerpos se bamboleaban de atrás a adelante.

El tren se tragaba en una fuga extraordinaria las cavernas oscuras del subsuelo.

En la estación de la «110» dejaron el *subway*. Subieron a la calle.

—¿A dónde vamos?

—A mi cuarto.

—¿A su cuarto, tío?

—Sí, hombre, a mi cuarto. No dirás nada a nadie.

—Bueno.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Vamos primero a almorzar. Aquí no más. Tres *bolcks* adentro.

Entraron a un restaurante mexicano. El tío pidió tamalitos. El ardor del ají los hizo beber cerveza, que servían en tazas, más que por ocultar la venta del licor por la costumbre de disimular la violación de la ley. No era necesario engaño: el policía de guardia por esos sitios tenía, además de su gratificación semanal, la comida y el café, tantas veces como lo quisiera en el día, sin que le costase un centavo.

Juan Hidrovo comió con apetito. Su mismo estado nervioso lo hacía engullir los alimentos, tal que si tuvieran mucha prisa.

Después del café, el tío puso encima de la mesa un paquete de cigarrillos. Fumó Hidrovo. Chupaba el cigarrillo ávidamente sin retirarlo un momento de los labios.

Durante toda la comida Juan no había dicho una palabra, como si no escuchara los comentarios del tío a la comida.

—¡Qué rico! ¿Te gusta? ¡Esto sí que está macanudo!

Cuando más, Hidrovo levantaba sus ojos y lo miraba un segundo. Las comisuras de los labios le caían un tanto. Tosía ligeramente. Tomaba un trago de cerveza. Y volvía a comer en silencio.

—Vámonos, pues.

—¿Ah?

—¡Que vamos, hombre!

—Bueno, pues.

Retornaron por el mismo camino. Hidrovo andaba distraído sin darse cuenta exacta por donde iba. Preguntó:

—¿No vamos a su cuarto, tío?

—Claro. ¿Es que crees que yo no puedo vivir en el *west*?

—Yo no digo que nó.

—No, hombre. Vamos primero a caminar un poco.

Las casas por ese lado eran blancas y de mejor construcción. Se comenzaba a ver zaguanes lujosos, pero de pésimo gusto arquitectónico. O era una mezcla de todos los estilos o no había ninguno.

Cerca de un cuarto de hora caminaron hasta llegar a «Riverside drive».

Allí todas las casas eran blancas y se podría aventurar llamándolas hermosas. Se notaba que eran mansiones de gente rica.

La calle descendía en zig-zag hacia el parque que, a un nivel más bajo del pavimento, llegaba a tocar las aguas tranquilas del «Hudson».

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El parque mismo tenía varias gradaciones, unidas por escaleras de piedra.

Los árboles con nieve, los bancos de mármol, el hielo de las lagunas, todo eso, brillante por el sol de medio día, era más blanco, más claro que la luz y que las aguas duras.

No descendieron al parque. Detuviéronse en el corredor de fierro que lo cercaba. De allí se veía, como un monstruo de acero, la construcción del puente que tocaba ya la ribera opuesta, «New Jersey». Era un arco inimaginable. Las perspectivas se perdían a lo lejos y ofuscábanse cerca con la impresión violenta del comienzo del puente, grande, enorme, chato, cruzado de cuerdas de acero, de varillas, de cuadrados estantes....

—Todas estas son casas de judíos ricos.

—Sí lo sé.

—Aquí se puede colocar licor a buen precio, pero tiene que ser de muy buena calidad.

—Ajá.

—Yo he vendido aquí. ¿Tú no sabes?

—No.

—Yo te creo reservado. No cuentes a nadie. De vez en cuando hago algún negocio de estos. Deja plata.

—Vámonos, tío. El pobre Barrera me decía ayer no más que él vendería trago. ¡Desgraciados!

—Es un gran negocio. A tí te iría bien.

—Vámonos, tío. Hace frío.

—Bueno, pues, vamos. ¿Quieres ir a pie?

—Como quiera usted.

—Tomemos un taxi. Has de estar cansado.

—Por mí no lo haga.

—*¡Hey, hey! ¡Boy! ¡Come on!*—dijo el tío dirigiéndose a un taxímetro amarillo que cruzaba la calle en ese momento.

El cuarto del tío estaba situado en la misma calle «110», entre la tercera y cuarta avenida, cerca de las paralelas aéreas del elevado.

Era una casa de seis pisos, de color ladrillo, con amplio zaguán oscuro. En la planta baja estaba su habitación.

Había que entrar y torcer a la derecha por un angosto corredor, cuyo piso estaba cubierto de hule. Allí, al fondo, se veía la puerta con un número 2 arriba.

Tenía el cuarto dos ventanas de vidrios a la calle. Unas cortinillas, cogidas con pequeñas argollas de alambre que hori-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

zontalmente pasaba por todo el ancho de las ventanas, impedían que las miradas curiosas contemplaran la habitación.

Al fondo, en la esquina izquierda de la entrada, un lavabo de agua corriente, y sobre él una repisa de vidrio que sostenía objetos de tocador: la navaja de afeitar, un vaso, el dentífrico, cepillos, peine.... Más arriba, el espejo. En la pared, a la altura del lavabo, junto a él, en una barra también de vidrio, la toalla azul.

En el ángulo derecho se veía la cama de metal, ancha, de rosada colcha, con dos almohadones cuadrados a la cabecera. Junto a ésta, el velador de madera, con dos o tres revistas encima y un cuello de camisa sucio dejado allí como en cualquiera otra parte. A una vara de los pies, las rayas doradas del calentador.

En el medio de la habitación, una mesa redonda. Sobre ella, entre dos varillas de metal unidas en sus extremos por dos trozos de madera, hasta una docena de libros.

Frente a la cama, del mismo lado del lavabo, un gran baúl de viaje y dos maletas. Al terminar ese lado, en el espacio que había entre la esquina y las ventanas, diagonalmente a la cama y mirando recto al espejo, un enorme armario de madera pintado de negro.

Del otro lado, del mismo del lecho, pero casi a la entrada, un sofá rojo.

Unas tres sillas, colocadas sin idea de sitios señalados, completaban el mobiliario de la habitación del tío.

En el centro, exactamente en dirección a la mesa, pendía la lámpara, con su pantalla verdosa.

—Usted vive bien, tío.

—Más o menos. Siéntate donde te dé la gana.

—Aquí, pues.

—Espera, que te voy hacer probar una cosa.

Dirigióse al armario negro. Sacó de sus bolsillos un manojo de llaves. Escogió una y abrió las puertas chillonas. Retornó hacia Hidrovo, que se había quedado en medio del cuarto, con una botella y dos copas en la mano.

Las dejó sobre la mesa. Desabrochóse la levita y arrojóla sobre la cama.

—Oye, quítate el abrigo. Aquí hay calor.

—Bueno.

—Ahora vas a probar algo brutal. Esto es ron.

—Sí conozco la botella.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ja, ja. Este es del legítimo. Yo mismo lo he saltado... Entiende.

—¿Usted contrabandea?

—Cuando se ofrece. Toma.

—Gracias.

—Qué tal, ¿ah?

—Muy rico.

—Jala, pues, una silla. Eso es. Con confianza. Y sírvete cuando te dé la gana.

A la cuarta o quinta copa, ya Hidrovo hablaba con más animación. Estiraba las piernas. Se le veía más vida en los ojos.

—¡Pobre Barrera!—comentó. Pero todo ha sido una brutalidad. Inútil.

—Eso crees tú.

—¿Qué hemos sacado de la manifestación?

—Por ahora nada. Pero después, ya verás, o quizás no verás nada. Lo importante es que se vaya creando el espíritu de clase....Esto cuesta vida. ¿Qué importa? Yo me hago el tonto con los gringos. Verdad que los quiero mucho, pero también trabajo con ellos cuando se ofrece, y en un caso como éste había que hacerlo. ¿Qué te parece?

—Muy bien, tío—repuso Hidrovo, asombrado de que le tomara un parecer.

—Pues así es la cosa. Si quisieras leer ese libro que está aquí, te darías mejor cuenta de lo que te digo. Sírvete otra copa, y a mí también.

Hidrovo bebía las copas de ron de un trago. Sus gestos tenían algo de cansados y algo de enérgicos al mismo tiempo. Comenzó a sentir calor. Se le agolpaba la sangre en el rostro.

Con los ojos inyectados miraba la botella, luego al tío. Ya faltaban apenas cuatro dedos para terminar el contenido de la botella. Arriba estaba clarita, transparente; abajo en el fondo, oscura. Había que apurar el fondo. La bebida raspaba la garganta, hacía arder el estómago, daba fuerzas y un poquito de alegría.

Ya se reía Hidrovo. Cuando el tío soltaba un chiste, le brotaban a Juan las carcajadas. Inmediatamente cogía la botella y llenaba las copas.

—Se acabó, *Ecuador*. Espérate, voy a ver otra.

—Bueno, pues.

Retornó el tío con otra botella. La vacía la puso en el suelo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Oye, *Ecuador*, déjate de majaderías. Ven conmigo esta noche. Vamos a saltar un contrabando. Te ganarás lo menos veinte o treinta dólares....

—¿A dónde?

—Después te digo. No seas bobo. Yo hago esto contigo porque te he tomado simpatías. Tú eres un buen muchacho.

—Ya estuvo, tío. Yo sí voy. Ahora con más ganas. Y si encuentro algún policía, lo mato. ¿Usted tiene revólver?

—Claro. Iremos armados. Pero no hay necesidad de matar. No dicen nada. Llevamos algo mejor que revólveres: dólares. Con eso todo se arregla.

—¡Sinvergüenzas! Y después éstos son los que nos dan palo y matan a Barrera ...

—Así es, pues. Pero hay que hacerse el tonto hasta que se pueda fregarlos. Ahora, claro, de repente hay bulla, y entonces se tira....Siempre es bueno andar prevenidos....

—Yo voy, tío, yo voy. Ya me entusiasmé. ¿A qué hora es la cosa?

—Todavía falta mucho. Espérame aquí. Voy a comprar jamón para pegarnos bien con la otra botella.

—Traiga pan también, pues.

—Seguro.

Hasta las siete de la noche estuvieron los dos hombres allí sentados frente a las botellas de ron.

Hidrovo sentía que la lengua se le hinchaba y el sueño le cargaba los párpados.

—¡Aaaah!

—¿Tienes sueño?

—¿A qué hora es la cosa?

—Todavía falta. Mira, acuéstate un rato en el sofá. Yo voy hacer lo mismo en la cama. Así estaremos mejor para la vaina.

—Tomemos este último trago.

—Echalo.

—Salud.

—¡Arrea!

—Desgraciados....Si cada vez que me acuerdo....Mataron a Barrera....Ya lo verán, ya lo verán....

—Oye, mejor para él. Ya descansó.

—Eso también es verdad. Esta vida es muy perra.

—Bueno, a dormir un rato.

Se echaron, el tío sobre la cama y Juan Hidrovo en el sofá, luego de asegurar la puerta.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ambos se descalzaron acostados ya, doblando las rodillas sobre el lecho. Se oyó el ruido que hicieron los zapatos al caer violentamente contra el suelo. Hidrovo se volvió a la derecha. Estiró los miembros.

—Usted me despierta si me duermo. No se olvide.

—No, hombre, no.

—¿No apaga la luz?

—De aquí no más de la cama se apaga. Ya....

Le rodean unas casas altas, altísimas, con picos. Allá se enredan las nubes. Una enorme multitud va con él. Avanza al centro de la plaza. Echa una rodilla en tierra. Apunta. Ya disparó. ¿Por qué? Si me han atacado. Allí hay sangre. Los demás también disparan. ¡Hey! ¡Qué tiren los otros! ¿Qué pasa? ¡Maldita sea! Allá vienen, allá vienen. Ahora. ¡Fuegoo! ¿No ven que yo soy el general? ¡Viva el general! ¡Vivaa!.

Los palos caen en las cabezas. De las ventanas de las casas altas, altísimas, salen unos brazos tan largos, tan largos, que llegan hasta ellos. Golpean duro. Se mueven las casas. Su revólver no dispara. ¿Qué le pasa a mi revólver? ¡Adentro, adentro! ¡No se dejen! ¿Por qué corren? ¿Ah? ¡Cobardes! Apunten. ¡Fuegoo!

Lo han dejado solo. Todos han huído. El no puede alzar la rodilla. Imposible. El revólver no le obedece. Le caen los palos en la cabeza, pero no siente los golpes. Los millones de brazos se encuentran encima de su cuerpo.

La rodilla se le va enterrando en la nieve. No le circula la sangre. Entonces se explica por qué no podía moverse. Por eso tampoco dispara el revólver. Claro, si no circula la sangre. Se hace todo él duro, frío, rígido. No me peguen, no me peguen. ¿No ven que no tengo sangre?

—¡Nooo!

—Hey, Hidrovo, ¿Qué te pasa? ¿Tienes pesadilla? Levántate hombre, que es bien tarde ya.

—¿Ah?

—Anda, hombre, levántate. Ya tenemos que irnos.

—¿Qué dice?

—Levántate. ¡Qué buena borrachera! Anda, o me largo solo.

—Ya voy tío. Me había dormido. Estaba soñando.

—Apura.

Se incorporó Hidrovo en el sofá. Abrió los brazos en cruz. Estregóso los ojos. Tendió las miradas a su alrededor. El tío había prendido la luz. Ya calzado, dirigióse al lavabo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Se echó agua en el rostro. En seguida, sin secarse la cara, llenó el vaso que estaba en la repisa de vidrio con agua de la llave del lavabo, y lo bebió todo, exhalando luego un largo suspiro de satisfacción.

—Vamos ya, *Ecuador*.

—Ya estoy listo. ¿Qué estaba diciendo yo dormido?

—Gritabas nó. Y te movías como un gusarapo. ¿Qué soñabas?

—Ni me acuerdo bien. Me estaban dando palo.

—Ja, ja. Estás impresionado. Vamos ligero.

Salieron, el tío con su levita de redondo cuello y la pipa en los labios, y Juan con su abrigo y encendió un cigarrillo.

Tomaron hacia el este. Conforme avanzaban, la calle era más oscura. Llegaron a sitios en que había que mirar al suelo para caminar. Cerca del río, torcieron a la izquierda, y anduvieron cuatro cuadras hasta llegar hasta la «114».

Allí volvieron a andar recto por el este, pero sólo un par de cuadras. En la esquina de la última calle, que daba frente al río, se detuvieron. Habló el tío.

—Yo voy a entrar por aquí, por esta puerta. No conviene que entres conmigo la primera vez. Camina para allá y ponte en la puerta del garage ese, allí en la mitad de la cuadra. Por allá voy a salir después de un ratito.

—¿Esto se comunica con el otro lado?

—Claro.

—Ajá. Bueno, en el garage lo espero.

Mientras que Hidrovo continuaba por la calle del río hacia la puerta del garage, el tío retornó por la «114» hasta la baja entrada de lo que simulaba una tienda de ropas viejas.

Llevóse los dedos a la boca y silbó.

Hidrovo se paseaba a lo largo del garage. ¿A dónde irían? Si eso resultaba, entonces sí podría mandarle plata a María del Socorro. Pero no, mejor era reunir algo y marcharse al Ecuador. Ya no soportaba vivir tan lejos, en un país tan frío....

Se levantó un poco el cuello del abrigo, echóse hacia la cara el ala del sombrero de paño negro, encendió el tercer cigarrillo. Y volvió a guardar las manos en los bolsillos, las manos sin guantes, que no podía tener mucho tiempo al aire porque los nudillos de los dedos le ardían y se ponían colorados....

Oyó pasos dentro del garage. Las barras de fierro que se juntaban en medio con un candado falso cayeron por los extremos. Escuchó el chirriar de las cerraduras. Se hizo a un lado.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Aparecieron en la calle el tío y un hombre desconocido.

—Vamos, *Ecuador*.

—Vamos.

—Este es el que te dije. Nos ayudará esta noche que no viene el otro—dijo el tío dirigiéndose al hombre con quien había salido del garage.

Caminaron los tres hacia el muelle. Indicó el tío a Hidrovo que había que sacar la lancha de debajo de la construcción de cemento. Con los remos se empujaron. Ya afuera, encendieron el motor. El tío empuñó el timón. Los dos acompañantes tomaron asiento en el banquillo de popa.

—Hey, no vayas a encender la linterna.

—No.

Siguieron por la ribera opuesta. Después de más de media hora de viaje en la oscuridad de las aguas, salieron a la punta sudeste de Manhattan. La costa se dibujaba como una cuerda sinuosa, de un color más negro que la noche.

Del otro lado, los rascacielos de «Down Town», con las ventanas iluminadas, parecían enormes cárceles con sus celdas cuadradas, exactas.

Disminuyeron la marcha. Al frente estaba la estatua de La Libertad con su enorme faro proyectado al mar. Torcieron un poco a la derecha, y pusieron la proa a la estatua.

Habían pasado el último puente. La lancha se balanceaba ya un tanto.

Siempre por la ribera opuesta, el tío dobló un poco el timón a la izquierda y se fueron acercando a Brooklyn. Pasaron a unas ochenta yardas de la estatua.

Luego apresuraron la velocidad con la proa puesta hacia «Staten Island». Esta travesía demoró casi una hora. Al llegar al estrecho, «The Narrows», entre «Richmond» y «Brooklyn», divisaron al frente la gigante extensión de «Long Island», y, como una adherencia minúscula, la silueta desdentada de «Coney Island».

Pronto dejaron a ésta atrás. Maniobró el tío siempre a la izquierda, doblando «Long Island» y ya del otro lado, frente a frente al océano, puso la proa en dirección al mar.

La lancha iba como un juguete de las olas. El viento azotaba fuertemente. Se sentía en los rostros como cuchilladas. De repente entraba el agua, rompiéndose en la borda con un chasquido de látigo.

Después de unos minutos entraban los golpes de agua con absoluta regularidad.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Así navegaron quince minutos. Afuera se veía una sombra moverse lentamente en el mar.

Cuando estuvieron a conveniente distancia, los enfocaron con un proyector. El tío alzó una mano e hizo con ella unas señas que Hidrovo no entendió pero que supuso que serían de reconocimiento.

Apagóse en el acto el proyector. Avanzó la lanchita hasta el costado del buque. Un hombre esperaba en la escala. Recibió los cabos que le arrojaron Hidrovo y su acompañante y amarró la pequeña embarcación en los pilares de la plataforma de subida.

—Espérenme ustedes aquí. Yo les aviso.

Subió la escala el tío. Después de pocos minutos retornó.

—Oye, tú, vente conmigo. *Ecuador,* quédate en la lancha. Recibes las cajas de éste y las vas colocando allí debajo.

—*All rigth,* tío.

No era tan fácil la operación. El viento hacía bailar la lancha, y a cada salto, no obstante las fuertes amarras que teníanla sujeta a la plataforma, se golpeaba rudamente contra ésta.

Bajaba el hombre por la escala. Cuando ponía los pies en la plataforma, esperaba el instante en que la pequeña embarcación se separaba lentamente con el vaivén del mar, y arrojaba la caja en brazos de Hidrovo, diciendo:

—Ahora.

—Ya.

Juan Hidrovo recibía el cargamento, en el preciso instante en que la lancha regresaba contra la plataforma, dejándolo caer sobre la borda y amortiguando el golpe con las manos que sujetaban un tanto las cajas. Inmediatamente, y mientras que el otro volvía a trepar la escala para regresar con una nueva carga, llevaba la caja y la colocaba en el sitio señalado por el tío.

Hasta dos docenas de aquellas cajas colocaron en la lancha. Detrás de la última caja bajó el tío, examinó cómo se había estivado la carga. A un marinero que bajó de a bordo dióle orden de soltar las amarras, después de que hubo encendido el motor. Hidrovo y el otro colocaron las manos en la plataforma y a una voz del tío inclinaron los cuerpos haciendo fuerza para separar a la lanchita del costado del buque.

Volvieron por la misma ruta. Aún estaba la noche oscura, pero ya una tenue claridad anunciaba la aurora, cuando llegaron al muelle.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Transportaron la carga al garage. Hidrovo fué a esperar en la esquina hasta que salió el tío.

—¿Qué te ha parecido la cosa?

—Muy bien.

—¿Quieres seguir conmigo?

—Seguro.

—Toma. Veinticinco dólares. No es malo por una noche. ¿Verdad?

—Claro que nó. Muchas gracias, tío.

—Bueno, ahora, ¿dónde vas a dormir?

—En eso estoy pensando. Anoche dormí en «La Bomba», pero ya eso está cerrado.

—Vente al cuarto. Te acomodas no más en el sofá.

—Ya estuvo. Gracias.

—Dame fósforos.

Encendió el tío su pipa y se alejaron ambos en dirección a su cuarto.

Allí durmió Hidrovo hasta bien entrado el día. El tío lo despertó.

Se lavó. Colocóse el abrigo.

—¿Hay algo esta noche?

—No. Después de unos ocho días. Mañana voy a «La Bomba». Allá hablaremos.

—Bueno, tío, hasta mañana.

Caminó Juan hasta Broadway. Entró en un restaurante automático. Al fondo, unas ventanitas cuadradas contenían el pan: más allá, *sandwichs;* luego, ensaladas, pasteles, rosquillas....

Introdujo una moneda de cinco centavos en la ranura de una de esas ventanitas; dió vuelta a la perilla y sacó un plato con pan y mantequilla. En seguida tomó una taza y dirigióse a una llave que tenía un letrero encima: «coffee». Colocó la taza en el asiento de metal que estaba debajo de la llave. Puso otra moneda en la respectiva ranura, dió vuelta a la llave y se llenó la taza, exactamente hasta el borde.

Encaminó sus pasos a una mesa y se puso a tomar su café.

Se le agolpaban los recuerdos a la memoria. El día anterior había sido lleno de sorpresas.

La manifestación, el asesinato de Barrera, la tarde pasada en el cuarto del tío con las botellas de ron por delante, el viaje de la noche en esa lancha, ese barco desconocido, del que sólo había visto la silueta en el mar y la escala... Todo le parecía tan raro. Se metió la mano en el bolsillo y palpó los billetes.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Veinticinco dólares. Con razón el tío tenía siempre plata.

Volvió a su memoria el recuerdo de la muerte de Claudio Barrera. Lo veía tendido en el lecho de la ambulancia con la boca abierta, la cabeza de lado y el agujero negro en la sien derecha.

Le provocó llorar.

Sentía un desasosiego tan adentro.... Parecíale mentira no volver a ver a Claudio. Creía encontrarlo a cada momento.

Juan Hidrovo habíase embarcado en el subterráneo para «Down Town». Allí tomó la embarcación para Brooklyn, que lo dejaba muy cerca del muelle «33», frente a la punta que formaban «Sackett Street» y «Hamilton Avenue». Unos pasos por esta avenida y encontraba el restaurante «La Bomba».

Conforme se iba acercando aumentaban su angustia y su dolor.

Entró resueltamente.

Dirigióse al mostrador.

—Hombre, ¿dónde has estado metido?, preguntó el español.

—Por allí. No pude venir anoche. ¿Ha estado bien usted?

—Aquí lamentando lo ocurrido. Mataron al venezolano, tu compañero. ¿Verdad?

—Sí. Lo asesinaron.

—¿Y cómo fué?

—Yo lo ví. No oí que insultó al alcalde, pero me lo dijeron. Lo ví correr con la bandera, cuando lo atacaron a palos. Lo llevaron a la ambulancia herido. Allí le metieron un tiro en la cabeza.... ¡Desgraciados!

—¡Qué barbaridad! Se creen estos yanquis que los demás no son hombres.... Pero ya les llegará su turno. Y siempre que lo he dicho. El mundo es una rueda, hombre. ¿Ya tomaste café?

—Ya.

—Pues, hombre, te lo quería invitar.

—Muchas gracias. Ya tomé.

En ese momento se agruparon algunos hombres alrededor de Hidrovo, pidiéndole que narrase la muerte del venezolano Barrera.

Tuvo Juan que volver a relatar el salvaje atentado. Uno comentó:

—De buena me he librado.

Ese día fué un día monótono para Hidrovo. Sólo estuvo en «La Bomba» media hora. No podía soportar el dolor que le mordía las entrañas. Dijo al español que regresaría a las seis a comer allí.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Se marchó sin saber a dónde. Tomaba un tranvía y daba vueltas en él, con el pensamiento abstraído. Por último, se metió en una estación subterránea y viajó hasta el Bronx.

Estuvo paseándose a pie. Parecíale que era menos fuerte el dolor. Tenía ante sus ojos otra perspectiva. Calles anchas, rectísimas, cuadrados perfectos de manzanas. Las casas bajas y blancas. *Era como si estuviera en otra ciudad. No veía un* rascacielo. Aunque también apurada, la vida era por esos sitios más apacible.

A las cinco retornó. Tenía lo menos una hora de viaje hasta «La Bomba».

Díjole al español que había estado trabajando toda la tarde. Un extra. Tres dólares.

Casi no comió. Bebía agua en abundancia. Aún guardaba en la boca el sabor amargo de la borrachera de la víspera.

El buen valenciano, como si respetase la tristeza de Hidrovo, no hizo chistes esa noche. Atendió a sus clientes en silencio.

A las nueve se acostó en su tarima junto al lavadero, después de haber ayudado al español en los quehaceres de la tarde.

Colocaron las sillas sobre las mesas. Lavaron la vajilla. Barrieron la sala. Aseguraron las cerraduras de la puerta.

Muy por la mañana estuvieron en pie con el objeto de encender la estufa. Tenían que echar el carbón a palazos dentro del enorme hueco de hormigón.

Todo lo hacía Juan esa mañana con energía y entusiasmo. Hasta se permitió hacer una que otra alusión al español sobre sus chascarrillos.

Tomó su café, cuyo valor el español no quiso recibir, y compró en la puerta un diario.

Esperaba con gran ansiedad al tío, pero transcurrió toda la mañana sin que éste se presentase. Almorzó en «La Bomba» y lo hizo con gran apetito.

Se formaba castillos en el aire al par que comía. En el primer correo escribiría a su mujer, diciéndole que estaba ya trabajando en una fábrica. Le mandaría dinero. Pensaba quedarse unos seis meses más en Nueva York ayudando al tío en el contrabando. Después de ese tiempo se iría a Guayaquil para no volver a viajar más. Allí realizaría todas sus esperanzas: la fonda, el negocio lucrativo, sus viejos amigos compañeros de trabajo; a los que contaría tantas cosas de los Estados Unidos.... Ya se veía rodeado en las noches por los

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cacahueros. De vez en cuando, en la conversación, soltaría algunas palabras en inglés, para que vean que él sí lo hablaba, y si por acaso se presentaba algún gringo viajero, allí mostraría sus habilidades y conocimientos conversando con él....

—¿Ya no viene el tío?

—Me dijo que venía de mañana, pero no ha venido.

—Pues, hombre, ya me había dado cuenta.

—¿Qué hora es, *España?*

—Ya van a ser las tres.

—¡Caray! ¿Qué le habrá pasado? Me voy a buscarlo.

—¿Y dónde lo vas a encontrar, muchacho?

—Yo conozco un sitio donde siempre para. Puede ser que esté ahí.

—Ve, pues, entonces. ¿Te urge hablar con él?

—Sí, porque me iba a conseguir un trabajo. A las seis regreso. Hasta luego.

—Que te vaya bien.

Salió Hidrovo preocupado por la tardanza del tío. Cuando él ofrecía algo siempre era muy puntual. Nunca hacía esperar. Resolvió ir a buscarlo a su cuarto.

Se embarcó en el vaporcito para Manhattan. A la entrada compró una barra de chocolate con nuez y un paquete de cigarrillos.

Al saltar de la embarcación dirigióse a prisa a la vecina estación del *subway*. Veinte minutos más tarde llegaba a la calle «110».

Hincó el timbre de la puerta de la casa donde el tío tenía su cuarto. Tuvo que insistir llamando dos veces más antes de que apareciera un señor alto y delgado con la barba canosa crecida de tres días, quien abrió la puerta alargando cautelosamente el cuello y mirando a todos lados.

Examinó de pies a cabeza a Hidrovo, y apenas repuso al buenas tardes con que éste le saludaba.

Hidrovo sintió desconfianza de tal recibimiento y tuvo deseos de regresar, pero ya era tarde. Alguna cosa había que decirle a ese señor alto y flaco que lo miraba de modo tan raro.

Pero las palabras no le salían a Juan. Experimentaba un resquemor.... Porque otra consideración le preocupaba también. ¿Por quién preguntaría? A lo mejor no lograría hacerse entender. Y el mal carácter que demostraba tener ese señor.... Si en los ojos se le conocía, en las cejas pobladas y retorcidas, en el ceño fruncido. ..

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Sacó un cigarrillo. Amablemente ofrecióle el paquete al señor flaco, pero éste hizo un signo negativo con la cabeza y miró fijamente a Juan.

Esperó que Hidrovo hubiera prendido su cigarrillo, y entonces le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Venía, señor, a ver al señor que está en el cuarto número dos.

—¿En el número dos?

—Sí, señor.

—¿Cuál es el número dos?

—El que está aquí no más, señor, por ese corredor.

—Ajá. En el número dos no hay nadie.

—En ese cuarto con ventanas a la calle.

—Pues allí tampoco hay nadie.

—Cómo no.

—Le digo que nó. ¿De dónde es usted?

—Sudamericano.

—Ajá.

—Mire, yo estuve ayer aquí de tarde con él. Es un alto, ancho, no usa abrigo, y fuma pipa. Tomás. Tomás se llama.

—¿Tomás?

—Sí, señor.

—Ajá. Ya se fué.

—¿Se fué?

—Sí se fué. Esta mañana. ¿Cómo le dicen a usted?

—Me llamo Juan Hidrovo. Pero me dicen *Ecuador,* porque yo soy ecuatoriano, del Ecuador.

—Bueno. Esta mañana estuvo aquí la policía. Tomás me encargó que le dijera a usted que lo habían notificado que saliera de los Estados Unidos en el acto por lo de la manifestación. Se embarcaba a las dos de la tarde no sé para dónde. Me dijo también que fuera esta noche o mañana de noche a donde estuvieron antes de ayer. Que preguntara usted por *Jimmy* y dijera que iba de parte de Tomás. *Jimmy* se llama el muchacho que estuvo con ustedes. Quiere que cuente usted allá por qué se ha ido.

VII

Aquello no podía ser.

Tan imprevista fué la noticia, que Juan Hidrovo tuvo muchas dudas. En el primer momento creyó todo lo que el

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

señor alto y flaco habíale dicho. Despidióse en seguida de éste, mas durante el camino, de regreso a «La Bomba», pensó que eso no era posible.

¿Cómo lo iban a botar por haber estado en la manifestación? Nó. Eso, que lo creyeran los tontos. Lo que es a él no lo hacían chino. El tío no quería seguir en el negocio de contrabando con él. Eso era todo. Se habría arrepentido. Luego pensó en el recado que debía llevar a *Jimmy*.... Podía ser verdad. ¿Pero si todo era mentira y estaba convenido así con *Jimmy*? El tío era tan raro....

A lo mejor era cierto que lo habían botado de Nueva York, pero no por lo del mitin sino por contrabandista. Esta suposición le pareció más aceptable. Y en tal caso, él no sería tan tonto para ir a meterse en la guarida, con el recado del tío.

Si hubiera sido por el mitin no habrían notificado sólo al tío. A no ser que tras de lo que él conocía del viejo marino hubiera alguna persona importante. Andaría el tío de incógnito. Se sonrió Hidrovo. Esto era imposible. Conocíalo por mucho tiempo.

Lo cierto es que me he quedado varado.... pensó. Ya no puedo seguir ganando plata. ¡Perra suerte!

Tenía que ser por contrabandista. Ellos eran personas sin importancia, no podían merecer la atención de las autoridades para que resolvieran la expulsión de Nueva York.

Entre éstas y otras análogas reflexiones Juan Hidrovo íbase acercando al restaurante «La Bomba».

Apenas soltó la puerta de resortes, lo llamó el español, quien, con el gesto inquieto, estaba apoyado de codos detrás del mostrador.

—*Ecuador*, ven que te tengo una mala noticia.

—¿A mí?

—Pues a quien, entonces.

—A ver, a ver ¿de qué se trata?

—Siento decírtelo, pero no hay más remedio.

—Diga no más, *España*.

—No bien saliste de aquí cuando llegaron dos hombres a los que conocí en seguida por la facha. Eran detectives. Sí, como lo oyes, detectives. Yo tengo olfato, muchacho. Te advierto que mucho he rodado por esos mundos de Dios para dejarme engañar así como así. Y lo que es a los detectives americanos se les conoce a la legua.... Pues bien, se vinieron a mí y me preguntaron por Juan Hidrovo. Sí, hombre, sí, por tí mismo. Uno de ellos sacó una cartera y dijo tu nombre, nacionalidad

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ecuatoriana, trabajador de a bordo, y todos los detalles de tu persona: que la naríz así, que el color moreno, que la estatura, etcétera. Yo, claro, les contesté que hacía dos días que no te había visto. Me replicaron ellos que tú estabas viviendo aquí. Les dije yo que sólo una noche te dí hospedaje, y que a veces venías a comer. Pues, nada, que no entiendo bien el asunto....

—¿Está seguro que eran detectives?

—Como la luz del día, y que es invierno ahora.

—Entonces, me fregué.

—Bueno, ¿y qué es lo que sucede?

—Vengo del cuarto del tío. A él lo acaban de botar de Nueva York. Ya se embarcó no sé para dónde. No lo encontré cuando fuí. Me dejó un recado. Lo botaron por lo del mitin.... A mí también me deben buscar para lo mismo...

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé. Deme el paquete que está allí debajo. Me voy en seguida de aquí.

—Hombre, yo lo siento de veras.

—Gracias. Ya sé lo que voy a hacer.

—Que Dios te ayude.

—Puede ser que no nos volvamos a ver, *España*. A ver esa mano.

—Adiós.

—Adiós, *España*. Si vienen, dígales que no me ha visto.

—Entendido.

Dirigióse Hidrovo a Manhattan. En una tienda pequeñita, situada en apartado barrio, adquirió por un dólar y cincuenta centavos una maleta de cartón. Parecía de cuero la maleta. Guardó en ella las ropas que llevaba en el paquete.

Tomó entonces el *subway* para «El Bronx».

Juan Hidrovo había resuelto rápidamente lo que debía hacer. Guardaba algunos dólares en su bolsillo, y las cosas podían solucionarse con relativa facilidad.

Salió del subterráneo a una calle de El Bronx anchísima. Casas bajitas y de color rosa pálido se alineaban rectísimas a uno y otro lado.

Caminaba Juan buscando con la mirada algo en las ventanas de las casas. Su andar era precipitado, resuelto. Estaba en plena acción de su proyecto.

Cambiaba la maleta de una mano a la otra, pues a causa del frío no podía tener al aire por mucho tiempo la misma.

Halló a un policía.

—¿Sabe usted si por aquí hay cuartos de alquiler?

BIBLIOTECA

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El polizonte levantó la mano, en la que sujetaba su palo, y señaló a la derecha.

—Siga recto por allí. Dos o tres cuadras más y encontrará lo que desea.

—Gracias.

Siguió Juan en la dirección indicada por el policía.

Frente a una casa de cuatro pisos se detuvo. En una ventana de vidrios estaba un letrero así: «Furnished Rooms».

Hincó el timbre.

Abrióse la puerta y apareció una viejita con el pelo blanco, quien preguntóle amablemente qué deseaba.

—Buenas tardes, señora. Acabo de llegar de Filadelfia y necesito un cuarto.

—Pase usted.

La viejita con una amable sonrisa lo condujo hasta la puerta de la habitación que iba a mostrarle a Hidrovo. Allí se detuvo. Volviéndose, le interrogó:

—¿*Spanish*?

—Sí. Sudamericano.

—¡Oh! *Very good*. Usted me enseñará español. ¿Verdad?

—Ja, ja. Seguro.

—Este es un cuarto muy bueno. Tiene ventanas a la calle. Es muy aseado: aquí no hay chinches ni ninguna clase de insectos. Está apenas a cinco cuadras de la estación del *subway*.

—¿Tiene calefacción, señora?

—Ya lo creo. Voy a abrir.

Hízolo así la señora. Entraron a la habitación, un cuarto pequeño, bastante aseado. Al fondo estaba la cama, angosta, de colchas blancas. Del lado derecho, el infaltable sofá de cuero. Una mesa en el centro. Junto a la cama, el armario de pared. Dos sillas, una a la cabecera de la cama y otra al lado de la mesa.

—¿No hay lavabo?

—No, pero aquí junto está el baño donde encontrará todo lo necesario. ¿Desea verlo?

—Bueno, señora.

Pasaron a la vecina habitación. Una vez que Hidrovo contempló el baño, retornaron al cuarto.

—¿Cuánto vale este cuarto señora?

—¡Oh! Solamente cuatro dólares semanales.... Es muy barato.

—Está bien. Me quedo aquí, señora.

—¿Cómo se llama usted?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Jaime Fierro.

—¡Oh, oh! Muy bien. Excúseme, pero si no le molesta, la costumbre de la casa es abonar por adelantado la primera semana.

—No hay inconveniente, señora. Aquí tiene usted.

Sacó Hidrovo un billete de cinco dólares y extendiólo a la viejita simpática. Recibió ésta el billete, y dijo:

—¡Oh! Gracias. Sírvase esperar un minuto. Voy a traerle el vuelto.

—*All right, madame.*

Efectivamente, al minuto regresó la señora con una moneda en la mano.

—Tenga. Muchas gracias.

—De nada, señora.

—¿Qué desea ahora? Le traeré una jarra de agua y un vaso. Cuando necesite algo, pregunte por mí. Estoy en el siguiente piso. Me llamo *Mary*.

—Muy bien, señora.

—Bien. Aquí tiene la llave.

—Gracias.

Cerró Juan la puerta. Abrió la maleta y se puso a acomodar la ropa en el armario. Quitóse el abrigo, prendió un cigarrillo y echóse en el sofá.

Creo que aquí no me encontrarán, se dijo. Descansaré un par de horas. A las seis voy a comer.

En los labios de Juan Hidrovo se dibujó una sonrisa. Fumaba satisfecho. Luego de chupar el cigarrillo, estiraba el brazo hacia atrás. Se desabrochó los zapatos.

Ya faltaba poco. A fines de semana, el asunto quedaría arreglado. Después de once días, otra vez en Guayaquil. ¡Qué sorpresa la de María del Socorro! Pero había que avisarle primero. Claro, si ni sabía en qué calle estaba viviendo ahora.

Y lo que es en Guayaquil, se emplearía en seguida. Eso es otra cosa. ¿Qué le importaba ser cargador en último caso?

Había que llevar algún regalo a María del Socorro. ¿Qué? No eran muchas sus posibilidades. Pero con un corte de vestido quedaba bien. Cuestión de dos dólares, dos dólares cincuenta a lo sumo.

Hidrovo también sabía soñar. Su lamparita se iluminó. Divagaba la imaginación. El cigarrillo había caído al suelo y allí se consumía lentamente. El ensueño es algo poderoso. Franquea todas las distancias. La realidad se hace más ancha. Se pierden los límites del mundo de las cosas. La verdad se

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

simplifica complicándose. Los detalles, agrupándose en desorden, dan la sensación de la unidad, nada hay tan hermoso ni tan agradable como soñar. Hidrovo también tenía este privilegio que nadie puede quitar al hombre.

Juzgando que ya serían las seis de la tarde, levantóse del sofá. Se calzó, se acomodó el abrigo y el sombrero. Tuvo cuidado de cerrar la puerta.

No caminó mucho tiempo sin hallar un pequeño restaurante en el que comió.

En seguida buscó la estación del *subway* y se dirigió a Manhattan. En la calle «110» quedóse. Miró un reloj. Apenas eran las siete. Muy temprano.

Caminó a lo largo de Broadway hasta que encontró una sala de cine. La entrada costaba sólo treinta centavos.

A las nueve y cuarto de la noche salía Juan del cine. Aún no quiso ir. Hasta las diez estuvo paseándose. Andaba muy ligero, con energía, debido al frío que, sin embargo, no era muy crudo aquella noche.

Después anduvo hacia la «114». Torció a la derecha y siguió por el lado este en dirección al río.

Al cabo de un cuarto de hora llegaba a la tienda de ropas viejas. Recordó que el tío silbó la noche en que fueron juntos. Llevóse el también los dedos a la boca.

Abrieron la puerta.

—Buenas noches.

—¿Qué le pasa?

—¿Está aquí *Jimmy?*

—¿Qué *Jimmy?*

—Dígale que salga de parte de Tomás.

El hombre que abrió la puerta lo miró con desconfianza.

—¿Y quién es Tomás?

—Llame a *Jimmy*. Tomás se ha ido de Nueva York.

Cerró el hombre violentamente la puerta. Hidrovo irritado se puso a pasear en la acera.

Después de diez minutos salió *Jimmy*. Se le oyó hablar con alguien que estaba detrás de la puerta. Seguramente decíale que aquel sujeto que estaba allí parado era el que había acompañado a Tomás en el último viaje al barco contrabandista.

—Entre, le dijeron a Hidrovo.

Luego de cerrar la puerta se detuvieron en el último escalón de la pequeña escalera que daba al largo pasadizo. *Jimmy* tenía una linterna en la mano.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Qué pasa, *boy*?

—Esta tarde fuí a ver a Tomás a su cuarto. No estaba allí. Lo han obligado a salir de Nueva York.

—¿Saben algo?

—No es por ésto. Es que él estuvo en el mitin de «Union Square» y están botando a los principales. Bueno, me dejó recado que viniera a ver a usted y le dijera lo ocurrido.

—¡Recado! ¿Con quién?

—Con el dueño del cuarto donde vivía. Pero no me dijo más que viniera a donde habíamos estado juntos la otra noche. No hay cuidado.

—Ajá.

—Bueno, me voy.

—*All rigth. Good by.*

Retornó Hibrovo, ya más tranquilo, a El Bronx.

Esa noche durmió, como hacía mucho tiempo no lo lograba, sin despertar un momento, hasta las ocho de la mañana.

A tal hora salió a tomar el desayuno. Compró un diario. Buscaba la salida y llegada de vapores. Aún faltaban cuatro días para el arribo del próximo «Santa».

Y comenzó para Juan Hidrovo un tiempo de angustia e impaciencia. Ya se veía embarcado, ya llegaba a Guayaquil. Le parecían larguísimos los días. Casi no salía de su cuarto.

Por fin un sábado dirigióse al muelle 33. Eran las doce del día. Resueltamente habló al gringo que estaba allí tomando notas en su cartera.

—¿Hay *chance*?

—No, *boy*.

—Tome, *Mister*, deme plaza.

—Ajá. Diez dólares. Bien poco, *boy*. Espera un minuto.

Subió el gringo a la oficina. Después de un momento regresaba sonriendo.

—Suba y dé su nombre. Está arreglado.

—*All rigth.*

Una vez que Hidrovo se alistó en la tripulación del «Santa», salió del muelle. En las puertas se detuvo unos minutos pensando si debía ir o no a «La Bomba» a saludar al español. Temía encontrarse con un detective, y aunque ya poco le importaba que le notificase su salida de Nueva York, sentía repugnancia, un cierto miedo de tratar con la policía. El no quería salir expulsado. Eso sí que nó. Se iba por su propia voluntad. Y además, aquello de tener que ver con la policía produce un malestar que él deseaba evitar a todo trance.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

No voy a donde el español, se dijo. Ya me despedí de él. Es un caso de fuerza mayor.

Más no bien había caminado algunos pasos cuando le tocaron en el hombro. Quien así le llamaba la atención era un sujeto alto con sombrero de paño café caído sobre la cara, nariz puntiaguda, las mandíbulas moviéndose acompasadamente por la goma que mascaba, con una mirada oblícua, los párpados algo bajos....

Antes de decirle nada, sacó de uno de los bolsillos interiores de su abrigo una carterita. Abrióla y la mostró a Hidrovo. Era la tarjeta de identificación de detective.

Juan Hidrovo, que ya había sospechado de quien se trataba, temblándole la angustia en el alma, un poco pálido, extendió la mano derecha para recibir la carterita.

Leyó lo que allí decía. Luego devolvióla a su dueño, sin decir palabra, mirándole a los ojos.

—¿*Jhon* Hidrovo?

—Sí.

—Ajá. Usted debe salir inmediatamente de Nueva York.

—¿Por qué?

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Qué le importa a usted? La policía ordena que usted salga. Eso es todo. ¿Dónde vive usted ahora?

—Estoy alistado en el «Santa». Vengo de allí. Saldré mañana. Esta tarde me quedo a bordo.

—Aja. ¿Dónde vive usted?

—En El Bronx.

—¿Qué calle?

—Pittsburg avenue, número 807.

—Bien.

El policía anotó la dirección en otra cartera que sacó del mismo bolsillo de su abrigo.

—*Come on.*

—¿Dónde vamos?

—Al muelle.

—¿Para qué?

—¡Oh! Usted pregunta mucho.

—Le ruego que no vayamos al muelle. No quiero que sepan que me botan de aquí. Eso me causa perjuicio.

—¡Oh, no! *¡Come on!*

—Si quiere entre usted detrás de mí con disimulo. Yo le pregunto al jefe a qué hora debo estar a bordo.... Así lo sabrá usted.... Por favor....

—*All rigth.*

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Así lo hizo Hidrovo. Entró al muelle él primero, y preguntado que fué el jefe sobre la hora, éste le repuso malhumorado.

—¿No se lo han dicho ya a usted en la oficina?

—Sí, pero estaba tan apurado que no me acuerdo bien.

—*¡Four o'clock!*

El detective estaba a pocos pasos oyendo la conversación. En la puerta del muelle se juntaron. Hidrovo volvió a ser interrogado.

—¿Dónde va usted ahora?

—A mi cuarto a arreglar mis cosas.

—Bien.

Juan Hidrovo ratificó su resolución de no entrar a «La Bomba» a despedirse del valenciano por no comprometerlo, y se marchó hacia la lancha que lo conduciría a Manhattan.

Iba fastidiado, aunque ya tranquilo por haber salido del susto, diciendo para sí: me pescaron siempre; nada se les escapa a estos desgraciados.

Tomó el *subway*, pero se detuvo en «Canal Street» y dirigióse a «The Bowery», un barrio de judíos vendedores de artículos pasados de moda, de restos de incendios, de telas remendadas o vestidos usados.

Se notaba gran miseria en este barrio sucio, pestilente. Se alineaban unas casas de color rojo, de cuatro o cinco pisos. En las aceras, unas escaleras de hierro descendían a tienduchas que estaban a más bajo nivel de la calle. Todo era triste y nauseabundo en tales tiendas. Los montones de telas estaban allí en desorden: había de todo: muebles, ropa hecha, zapatos, artículos de tocador, instrumentos de música.

Desde que entró a «The Bowery» oía los gritos de los vendedores llamando la atención de los transeúntes. Hombres, con su bonete rojo, de larga nariz con caballete, hablaban a grandes voces, discutían los precios, se insultaban. Las mujeres, gordas, sucias, con vestidos inmundos, eran las que metían más escándalo.

Caminó Hidrovo dos largas cuadras llenas de puestos y carretillas de comestibles. Frutas, legumbres, granos, todo había allí con un letrero de madera clavado entre la mercancía. Un olor penetrante a cebolla y ajos sentíase.

En las casas, las escaleras de fierro sobre la fachada, escaleras para huir de los incendios, servían para tender la ropa lavada.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Llegó Hidrovo al sector de las telas. Estaba aturdido con tanto grito. El pavimento, lleno de cáscaras de frutas, hojas de lechuga, papeles arrugados, indicaba que por allí pasaron las personas que venían de adquirir comestibles.

—¡Aquí! ¡cincuenta centavos! Mire ésto. ¡Lindo, lindo!

Se detuvo Hidrovo a ver las telas que la mujer le mostraba. No le convino el precio. Cuando ya se retiraba, y otra mujer lo jalaba del brazo, diciéndole: tome, tome, yo le doy lo mismo por cuarenta centavos, ¡aquí, aquí!, la primera se lanzó como una fiera sobre Juan. En una jerga inentendible insultó a la competidora, y mientras conducía a Hidrovo a su carretilla, volvía el rostro y los puños a la vecina, amenazándola con el gesto y las palabras.

Entonces le vendió por dos dólares lo que antes quería darle por dos cincuenta.

Al alejarse Hidrovo de ese sitio aún escuchaba los insultos de las dos mujeres que tanto habían disputado su compra.

Anduvo una cuadra más. Halló una tienda subterránea. Un judío lo recibió con los brazos abiertos.

—Quiero papel de cartas, dijo Hidrovo.

—Cómo no, cómo no. Del mejor y más barato. Aquí tengo sobres también.

Por veinte centavos adquirió algunos pliegos de papel y un sobre. No necesitaba tanto, pero le dió vergüenza comprar sólo un pliego.

El judío examinó detenidamente las dos monedas de diez centavos. Golpeólas contra el mostrador, las echó en una caja que cerró después con doble llave, anotó el producto de la venta en un librote con los filos negros de tanta suciedad y, dirigiéndose a Hidrovo, dióle las gracias inclinando la cabeza en una gentil reverencia, y cruzando las manos por delante.

Retornó Juan a «Canal Street» con el objeto de tomar el tren para El Bronx.

Ya en su cuarto se puso a escribir a María del Socorro.

«Querida María:

Te diré que hoy salgo en el «Santa Inez» para Guayaquil. Me voy a Guayaquil porque aquí es imposible la vida con tanta crisis. No hay trabajo para nadie. Con todo yo he podido ganarme la vida y reunir lo necesario para conseguir el empleo a bordo. Bueno, este empleo no es para seguir viajando. En Guayaquil me quedo para no volver a viajar en toda mi vida. Sabrás que aquí hay que pagarle al gringo que es el Jefe del muelle para conseguir pega. Y le he dado diez

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

dólares (cincuenta sucres) para poder conseguir la pega. Aquí todo se paga. Así lo hice y en seguida conseguí el puesto. El otro día hubo aquí en una plaza un mitin. Esto es una reunión a la que va mucha gente para protestar. Tú me escribiste hace años contándome de esa manifestación tan grande de Guayaquil, que hubo el 15 de noviembre. Igualito a eso. Pero aquí es mejor. Yo también estuve en el mitin. Nos dieron palo. También hubo disparos de pistola. Pero a mí no me pasó nada porque supe escabullirme. Y no me creas que por flojo, eso no. Peleé duro. Mataron a mi amigo Claudio Barrera, el venezolano, del que te he hablado. Lo asesinaron en la camilla de la ambulancia con un tiro en la cabeza. Toda esa bulla era porque hay muchos desocupados y habían botado a cuatrocientos trabajadores latinos de una fábrica.

Bueno, ya no te sigo contando más porque no tengo mucho tiempo. A las cuatro me embarco, pero despegamos mañana. Esta carta la mando por el correo aéreo, para que llegue antes que yo. Anda a recibirme al muelle.

Supongo que estarás con buena conservación. Espérame, pues, muy pronto. Te manda un abrazo

Juan».

Dobló la carta y metióla en el sobre. Encima de la dirección puso: «air mail».

Salió a toda prisa a almorzar. Era cerca de las dos de la tarde. Del restaurante dirigióse a la primera oficina de correos. Pegó los sellos que costaban treinta centavos, y rehizo el camino a su cuarto.

El arreglo de la maleta lo tuvo ocupado sólo por unos minutos. Cuando quedó todo listo, subió al segundo piso en busca de la patrona.

—Señora, buenas tardes.

—¡Oh! Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece?

—Vengo a despedirme. Salgo después de una hora.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Me voy a mi tierra. Sólo vine de Filadelfia a Nueva York por una semana.

—Hace muy mal en irse. En este país, sólo en este país, se puede progresar. Usted me comprende. Aquí hay muchas oportunidades, como en ninguna otra parte.

—Pero ahora los tiempos están malos.

—Sí, pero este país tiene muchos recursos. Ustedes los *spanish* son muy apurados. Hay que tener paciencia. Dentro de poco tiempo América acabará con la crisis.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ojalá, señora. Se me hace tarde. Aquí tiene la llave. Está pagado. ¿No?

—¡Oh! Sí.

Con su maleta en la mano Hidrovo caminó de prisa hasta la primera estación del subterráneo. Allí tomó el tren hasta Brooklyn.

A eso de las cuatro y diez minutos de la tarde llegaba al muelle. Se presentó en la oficina, diéronle el pase y subió luego la escala del vapor, sin volver una vez la cabeza atrás.

—¡Qué honda satisfacción sentía Hidrovo al poner sus pies en el barco que lo llevaría a su tierra! Se convencía de que estaba libre, libre de Nueva York. De allí, del barco, no lo sacaría nadie. Unos días más tarde vería Guayaquil, el puerto donde le esperaba su María del Socorro Ibáñez. Nunca más viajes ni más aventuras. Quería paz, tranquilidad, trabajo, una manera de vivir sin los terribles sobresaltos de sus últimos años.

Juan estaba acomodando su maleta en la tarima que habíanle señalado para él. Se quitó el abrigo y el sombrero. Sentóse en la cama de madera sumido en sus pensamientos.

Después de unos momentos lo rodearon tres hombres en camiseta y pantalón azul de trabajo. Llevaban unos gorros blancos en la cabeza.

—¿Usted ha conseguido plaza aquí?, preguntó uno.

—Sí.

—¿Cómo está la situación en Nueva York? Dicen que está muy mala.

—Muy mala. No hay trabajo. Hay millones de desocupados.

—Así nos han dicho. ¿Ha oído algo de la famosa manifestación de «Union Square»?

—Claro. Yo estuve allí.

—¡Ah! A ver, cuente,—dijeron todos acercándose a Hidrovo con la curiosidad pintada en sus rostros.

Juan hizo el relato del suceso con el mayor número de detalles posibles. Narró la muerte de Claudio Barrera, su íntimo amigo, la persecución de que eran objeto los que habían tomado parte en el mitin.

—Si aquí son unos bandidos, comentó uno.

—Por eso es que Al Capone gana tanta plata, dijo otro.

—Seguro. Dicen que Al Capone está millonario y tiene comprada a toda la policía de Chicago y Nueva York.

—De Chicago y Nueva York....De todos los Estados Unidos dirás. Es el hombre de más potencia que hay aquí. Hace lo que le da la gana.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Bueno, ¿y siempre hay estas manifestaciones en Nueva York?

—Siempre. Yo sólo he estado en una, pero por los periódicos se sabe. Es por la crisis.

—Ajá. Pero dicen los periódicos que el año 1931 se acaba la crisis.

—Así están diciendo desde 1928 y ya estamos en 1930, y nada. Siempre es el año entrante.

—Son bien desgraciados.

—¿Salimos mañana de mañana?

—Seguro. ¿De dónde es usted?

—Ecuatoriano.

—¿Ecuatoriano? Un sobre cargo de aquí también es ecuatoriano. Un buen muchacho. Yo conozco Guayaquil.

—Claro, hombre, si en todos los viajes llegamos allá.

—¿Y cómo están por aquí en el barco? preguntó Hidrovo.

—Así, Así. Se pasa regular. La comida es muy mala, paisano. Nos dan unas sopas sucias que saben a demonio. Por Dios y la Virgen Santísima que no sé cómo no se revienta la barriga de engullir ese brebaje. La carne es podrida, guardada de meses. La fruta, no la olemos; está más lejos que el polo norte. Y todavía dicen que quieren hacer economías porque el tiempo está muy malo. Se me pegará el estómago al espinazo. Sólo cuando llegamos a puerto me doy una empipada. Jesús María, que la comida es mala. Oiga, paisano, yo soy colombiano, de Tumaco. Tengo dos años navegando. En Buenaventura, para que sepa, fuí portero de la Aduana. No estaba mal allí, pero tengo espíritu aventurero y, como a piedra que no se mueve le cae moho, me embarqué. Pero si supiera usted cómo me arrepiento. No hay nada como la tierra, y como la mía ninguna.

—Así es, pues.

—Mire, *Ecuador*, no le crea tanto a este que miente hasta decir basta. No es buena la comida, pero llena, qué caray. A mí me dijo que había estudiado medicina en Bogotá. Plantilla el colombiano.

—Ja, ja.

—Hombre, paisano, no me desacredite, que acabo de conocer al señor. Yo nunca he mentido. Lo juro por la luz que me alumbra. Aquí donde me ven ustedes soy bachiller graduado.

—Enseña el título.

—Se me ahogó en un naufragio. Algún día lo ha de devolver la mar. Yo no me ahogué porque los colombianos so-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mos muy marinos. Mire usted, que cuando Colón descubrió la América venía en la «Santa María» un colombiano de pavo.

—Ja, ja.

—Ustedes son muy incrédulos. Cuando salí de bachiller, entré a la Universidad a estudiar la medicina, pero eso de matar muertos abriéndoles la barriga me desconsoló. Y por Dios y la Virgen que me aburrí y me fuí para Buenaventura a emplearme en la aduana. Si me hubiera quedado allá ya sería administrador!

—Y si te quedas un poco más llegas a ser Presidente de la República.

—No le haga caso paisano. Yo sé lo que le digo. Cuando le duela el estómago, avíseme que yo tengo unas pildoritas farmacéuticas, que, vea, ni bien se las toma ya le pasó el dolor. Más rápidas que un rayo son las condenadas. Es lo mismo que la siembra de plátanos en mi tierra. ¡Usted coge la mata, la siembra, y quítese volando que le cae el racimo encima! Sí, paisano.

—Ja, ja, ja.

Muy pronto Hidrovo trabó amistad con esos hombres. A las cinco de la tarde comieron, y en la mesa continuaron la animada charla.

Luego, trepados en la tarima de Juan Hidrovo, jugaron al casino. El colombiano trajo las cartas. Sólo él ganaba. Decía que un escapulario de la Virgen que siempre llevaba consigo era lo que le traía la buena suerte.

A las diez de la noche todos dormían.

Hidrovo no podía conciliar el sueño pensando en su llegada a Guayaquil. Le parecía mentira verse embarcado. Se imaginaba a María del Socorro abriendo la carta que le enviara. Lástima que no supiera leer. Después la llegada, la vuelta a la vida de antes. Pero ahora sería mucho mejor. Para eso había corrido bastante mundo. Era tiempo de cosecha de cacao. Volvería a ser cacahuero cuando menos. Ya se veía paseándose sobre las pepas cafés, haciendo hileritas con los pies. Echarse los dos quintales al hombro y salir corriendo por la calle hasta el muelle, con su palito en la mano. Los domingos vestiría futre, con zapatos y ropa de casimir. Iría al carrousel con María del Socorro. ¿Podría enseñarle inglés? Cómo no. María no era bruta. Le daría lecciones prácticas, mostrándole los objetos cuyo nombre pronunciaría en inglés. Le habían dicho que era ese el mejor método.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Por fin quedóse profundamente dormido sin que lo despertase en toda la noche el ruido de la carga que entraba a la bodega del barco.

Muy de mañana comenzó una violenta agitación a bordo. Los marineros corrían de un lado a otro. Arriba, en la cubierta, se arreglaban los equipajes. Todo era bulla y confusión. El no trabajaba. Su turno empezaba a las doce del día. A las nueve salía el barco.

El poderoso pito del «Santa» anunció la salida.

Se soltaron las amarras. Se hizo más violento el andar de los hombres, que corrían por los fondos del buque. Tembló toda la armazón de hierro. Fue abriéndose lentamente, con marcha atrás, del muelle.

Juan Hidrovo se asomó por la claraboya que estaba cerca de la cabecera de su tarima.

Veía alejarse gradualmente la masa enorme que formaban los rascacielos de «Down Town». Alguna nube enlazaba los pisos superiores y parecía que los edificios no tenían fin.

A instantes los rascaciclos se inclinaban. En otros, parecía que el viento los movía. Conforme se apartaba el barco, se iba perdiendo la imagen de solidez gigante que de cerca producían.

Después de breves momentos sólo se veía unas tiras largas, largas. Destacábase en la bahía la estatua de La Libertad, como una mentira más o un afiche de la encopetada vanidad del hombre.

Al salir de la bahía el buque lanzó la última pitada.

Comenzó a balancearse dulcemente. El mar estaba claro, clarísimo. Poco a poco el balanceo se hacía más pronunciado.

Hidrovo ya no miraba por la claraboya. Se acostó en la tarima, con las manos enlazadas por delante, y su imaginación se puso a vagar.

El buque fuerza las máquinas. Corta el mar tranquilo con la proa negra. Se abren las aguas y van formando bigotes blancos a los costados de la cuchilla que las parte.

Con la noche se agitan un poco las aguas. El buque da largas cabezadas. Lentamente se inclina de un lado. Luego regresa, y el vaivén es dulce, es tranquilo, es acariciante.

Ahora el mar es negro. Apenas se divisa el blancor de las espumas. Se han perdido los colores. No hay más color que el negro, que es eternidad.

Cuando saltan las espumas, se puede ver unas lucesitas entre ellas. Los pasajeros se inclinan en la borda contemplando esas estrellas pequeñitas que se prenden en las aguas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Son las diez de la noche.

Los marineros se han echado en las tarimas de madera, cansados del trabajo.

En los salones del barco se baila alegremente a los acordes de una orquesta de negros.

Los negros siguen con la cabeza el compás de la música, echan al aire el palillo del tambor, hacen cabriolas, ríen, enseñando sus blancos dientes.

La lengua prieta del mar lame silenciosamente las formas atrevidas del buque.

VIII

La tenue claridad de la madrugada rompe su silencio. Se oyen las campanas llamando a misa. Tan-tan....Por las esquinas van saliendo, de rato en rato, las viejitas arropadas en la manta negra, y caminan despacio y mueven los labios marchitos y miran el sendero angosto en el que dejan las huellas levísimas de sus chancletas.

A los lados del sendero crece la hierba. Está húmeda la hierba. Despide olores de frescura. Apenas se divisa la intensidad de su color verde. Los gallos cantan. Una viejita tose. Se santigua. Da una vuelta más a la manta alrededor del cuello.

Allá se ve luz en una covacha. De vez en vez un grito rasga la beatitud de la madrugada. Si se aplica el oído en su dirección, se percibe el sonido de las guitarras. Si se acerca uno a la covacha, escucha cantos aguardentosos y el zapateo monótomo sobre las tablas.

Pero las viejitas no pasan por allí. No miran siquiera la luz de la covacha. Miran de reojo y siguen asentando sus chancletas en el sendero angosto.

El sendero sale a una calle donde casi no hay hierba. La calle se corta por una plaza, como si tuviera un hueco grande en medio. Allí está un parquesito desierto. Muchas flores, muchas enredaderas, algunos bancos de fierro.

Al frente del parquesito desierto se levanta la iglesia, la iglesia de La Victoria. Es de color gris. Tiene dos torres. La pintura está desteñida. Se ven en la semioscuridad de la hora unas tiras blancas desiguales en la fachada. Son los recuerdos de las lluvias del invierno. Los canalones del techo están da-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ñados. Y el agua ha caído en chorros, escurriéndose por las paredes grises.

No hay más que un reloj en la iglesia. La otra torre hace tiempo quedó tuerta. Ya mismo llega el puntero a señalar las cinco. Las viejitas levantan la cabeza, se llevan la mano a la frente, como si hubiese mucha luz que les impidiese ver, y miran el reloj. Apuran un tanto el paso. Suben las escaleras del pórtico. Se detienen en las gradas asentando ambos pies. Dan un suspiro. Levantan una pierna y trepan otro escalón. Vuelven a detener allí los dos pies. Al fin llegan a la puerta. A la entrada toman agua bendita de una pila. Santíguanse las viejitas y van despacio, despacito, a tomar sitio en una banca.

Viene por la calle una muchacha vestida de claro. Viene ligero. Mira el reloj y apura el paso. Si se la ve por detrás, una trenza larga hasta media espalda, con su lacito blanco en la punta, se mueve apenas de un lado al otro con el vaivén de la marcha.

Moja también sus dedos en el agua bendita. Escoge la banca más oculta, la más lejana, la más apartada. Allí cae de rodillas. Levanta los ojos al altar.

Las viejitas hacen coro en alta voz a los rezos del cura. En medio de la misa cantan. La muchacha vestida de claro siente algo delicioso dentro del pecho. No sabe si son ganas de llorar o de reir. Está arrobada. Huele el incienso que se va por las columnas dándoles vueltas y vueltas hasta que se pierde arriba. Se dilatan las ventanas de su nariz. Acaricia ese olor tan suave, tan suave. La muchacha vestida de claro tiene húmedos los ojos. La sensualidad del rito la ha penetrado.

Cuando termina la misa, y ya ha recibido la bendición del cura, sale contenta la muchacha. En la calle hay mucha luz ahora. Pasan los lecheros llevando en hombros unos largos palos en sentido horizontal; siete, ocho tarros van colgados de los palos. Por allá viene el panadero con el saco blanco a cuestas. Un asno ramonea la poca hierba que crece al pié de las aceras.

La muchacha vestida de claro entra al sendero angosto de tierra hundida. Tuerce por una calzada de piedras que la conduce a una tienda.

Hay un banco afuera. Las puertas no están del todo abiertas. Un mostrador de madera pintado de rojo enseña los huecos que dejaron los vidrios rotos. Dentro de los huecos se pasean la cucarachas y las hormigas. Atrás, unas repisas con algunas botellas, suben a lo largo de la pared de quincha.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

A la derecha, en un extremo del mostrador, y junto a la tabla, que se levanta haciendo chillar los goznes para dejar el paso al interior de la tienda, se levanta una especie de guardafrío, con las telas de alambre rotas, deshilachadas. Allí dentro está la mantequilla, el pan, un gran queso con una tajada desprendida en el plato de fierro enlozado y el enorme cuchillo salpicado de granitos blancos al lado.

La muchacha entra a la tienda y grita, golpeando el mostrador:

—¡A ver!

Sale el tendero soñoliento, con la cabeza alborotada, acomodándose la camisa que le hace bolsas en la cintura del pantalón.

—Deme medio de pan.

El tendero abre el guardafrío y saca una palanqueta. Recibe los cinco centavos y espera tranquilamente que la muchacha se vaya.

Retorna la muchacha al sendero y sigue por allí con su pan en la mano.

Llega a su cuarto. Deja el pan encima de la mesa. Toma de un clavo, introducido entre las cañas de la pared, un jarro de hoja de lata, colgado allí por el asa. Vuelve a salir a la calle. Va a comprar leche. En la esquina está el puesto. Por cinco centavos le llenan medio jarro.

El pan ha quedado sobre la mesa. Una mosca se para en él y se frota las patas con satisfacción.

Ya está de regreso la muchacha. Ahora prende el fuego, poniendo un trozo de vela de sebo envuelta en trapos entre los pedazos de carbón. Sopla con la boca. Acomoda los pedazos de carbón. Cuando ve que quiere salir por entre ellos una lenguita colorada, toma el abanico de paja y avienta el fuego. Los carbones están ya rojos. A cada golpe de viento, se estiran las llamas. Entonces vacía la leche del jarro en una ollita. Pone la ollita encima del carbón y sigue aventando con el abanico de paja.

Se levantan bolitas en la leche. Canta la olla. Sube una giba de espumas. La leche está hirviendo. Corre la muchacha por un trapo y agarra con él la olla por no quemarse los dedos. En una de las vigas horizontales de la pared, que hace de repisa, está un frasco lleno hasta la mitad de un líquido negro. De él echa en el jarro un poco. Huele bien el café. Del cajón de la mesa saca un paquete de azúcar y una cucharilla

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Cuenta cinco cucharaditas. Bazuquea el contenido. Parte el pan. La muchacha vestida de claro está tomando el desayuno.

Antes de ir a lavar la ollita, el jarro y la cucharilla, la muchacha se ha puesto a pensar.

¿Pero sabe acaso pensar esa muchacha? Sabe recordar.

Recuerda la tarde anterior. Le parece mentira lo ocurrido. Si es una falta, ya rogó perdón a Dios.

Hasta las once de la noche se quedó con ella el señor Mariño. Se quedó dormido panza arriba con los carrillos hinchados. Al momento de irse, le dejó los seis sucres para el alquiler del cuarto.

María del Socorro Ibáñez no se daba cuenta si lo que había hecho era malo. Quien sabe. Lo único que acertaba a concluir era que si Juan Hidrovo lo supiera se pondría bravo. Pero Juan Hidrovo estaba muy lejos. Quizás con otras mujeres, como el mismo señor Mariño y su tía se lo habían dicho.

Se levanta de la mesa presurosa María del Socorro. Son ya las siete de la mañana, a juzgar por la luz y los trabajadores que pasan por la calle. Arregla el cuarto. Tiende la cama.

Luego va al patio. El patio es grande y pertenece a todas las vecinas que ocupan los cuartos de la covacha vieja. Toma del suelo la tina de madera y va con ella hacia la llave de agua. Regresa y la coloca encima de la barrica. Vuelve adentro y retorna con el atado de ropa.

María del Socorro está lavando la ropa de la familia Mariño.

Comienzan a salir las vecinas. Todas hacen la misma operación de María del Socorro. Una de ellas, la que está más cerca le dice:

—¿Cómo ha amanecido, vecina?

—Bien, vecina. ¿Y usted?

—Allí, sin compañía.

María del Socorro ha tenido un sobresalto. Pero reacciona, y pregunta:

—Usted vive sola, como yo, pues.

—No lo digo por eso. Es que a mí no me vienen a visitar.

—A mí tampoco.

—¡Ay, vecina! No se haga. Anoche oí hablar en su cuarto. ¿Quién estaba allí? Yo no lo digo por nada.

—¡Ah! Sí. Un amigo de mi marido que acaba de llegar y me traía noticias de él.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Véanla, véanla, cómo se hace. Si yo no digo nada, vecina. Cuente no más que soy como las piedras.

María del Socorro no ha contado nada. Hace un mohín con los labios, levanta un poco los hombros, y dice:

—¡Oh!

Sigue lavando. Toda la mañana lava. A las once va a la cocina a preparar el arroz. Antes de ponerse a almorzar, llega el cobrador del arriendo.

—A ver, vamos.

—Ya va.

—Apúrese que no voy a estar aquí una hora.

—A ver, el recibo.

—Traiga la plata.

—¡Jesús! Si usted es más desconfiado... Vea, tome. ¿Qué se ha creído? Yo tengo cómo pagar, y mi marido está en Nueva York y me manda plata.... Uno, dos, tres ... seis sucres.... Para que vea.

—Bueno. Tome el recibo.

—¿Aquí está todo?

—¿Todo qué?

—Todo lo de la plata y el mes.

—Léalo, pues.

—Verdad. Sí. Está bien.

Se marcha el cobrador sin despedirse. María del Socorro está muy alegre. Se ha olvidado del señor Mariño. Ya pagó el alquiler. Esto es lo principal.

Almuerza en seguida. En el patio ha dejado colgadas de un alambre dos prendas de vestir de la familia Mariño que necesitan de urgencia para esa misma tarde. Mientras que se secan al violento sol de medio día, va lavando lo demás.

Y así toda la tarde. El ruido monótono del chasquido de las telas entre el agua y las manos. Los dedos se han acartonado. Se han puesto blancas las llemas. A María del Socorro le encanta verse así los dedos. Voltea las manos, las mira y se sonríe.

A las cuatro escurre la ropa lavada y la coloca en el borde de la tina. Entra después a la habitación y sobre la mesa alista las cosas de planchar: una tabla con las puntas redondas y forrada hasta la mitad con una tela blanca: una pequeña vasija llena de agua; un trapo; una piedra. Calienta la plancha en el fogón. Lleva del patio a la mesa las dos prendas que cuelgan del alambre. Pone la plancha encima de la piedra. Extiende sobre la tabla la ropa. Moja el trapo en la

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

vadija. Lo exprime, lo coloca hábilmente sobre la ropa. Chis.... hunde la plancha al pasar sobre el húmedo trapo.

Ya terminó María del Socorro de planchar. Dobla las prendas cuidadosamente. Ahora va a lavarse ella. Se pone los zapatos remendados. Sale del cuarto en dirección de la casa de la familia Mariño.

La casa de la familia Mariño está situada frente al parque Montalvo, cerca de la Iglesia de San Alejo. María del Socorro camina a lo largo de la calle Colón. Llega a Pedro Carbo, tuerce a la derecha y atraviesa el parque.

En el portón de la casa se detiene. Hinca el timbre, y grita:

—¡Roopa!

Una sirvienta jala el cordón que abre las hojas enrejadas y va a avisar a la señora.

En el último peldaño de la escalera se ha detenido María del Socorro con los brazos extendidos y sobre ellos la ropa.

—Buenas tardes, señorita.

—Por fin viene usted con la ropa. Son más de las cinco, y le dije que la necesitaba para las cuatro. Me tiene usted sin vestir, y debo salir a la calle.

—Dispénseme, señorita. Es que el carbón estaba malo y no prendía bien pronto.

—Sí, claro, siempre las excusas. Qué me importa a mí el carbón. Eso lo debe ver usted con tiempo. A ver, deme.

—Tome, señorita.

—Ajá. Está bien. ¿Le dió ayer el suplido el señor?

—Sí, señorita, sí me dió.

En ese momento entra el señor Mariño. Jadea al terminar de subir las escaleras. Resopla arriba. Hace como que no ve a María del Socorro. Va hacia la señora y la besa la frente.

—¿Que tal hijita?

—Bien. Oye, ¿ayer le diste los seis sucres a ésta?

María del Socorro está angustiada. A María del Socorro le tiembla el corazón. María del Socorro clava las miradas en la alfombra.

—¿A quién? ¡Ah! Si aquí estaba la lavandera. Sí fué ayer. Procura no mandarla más a la oficina. Prefiero que me pidas aquí en la casa y tú te entiendas con esta gente. Me van a quitar tiempo. Yo tengo mucho trabajo y no puedo estar ocupándome de lavanderas.

—Si me dieras suficiente dinero no tendría necesidad de mandarte a la lavandera.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Volvemos a empezar? Tras que llego cansado del trabajo....

—Claro. Me dices siempre que yo gasto mucho, que esto que el otro, y me sales ahora con que yo debo darle plata a todo el mundo.... ¿De dónde voy a sacar?

—Yo no te he dicho eso. Te he dicho que....

—Viene a dar lo mismo. Ustedes son así. Nunca hablan claro, pero lo dan a entender todo, y después las mujeres levantamos calumnias.

—¡Ah, caramba! ¡Déjame tranquilo! ¿Oyes? ¡Déjame tranquilo! Me voy a mi cuarto.

El señor Mariño se mete por una mampara de vidrios. La suelta violentamente. Suena la mampara. Parece que se rompen los vidrios.

—¡Cuidado! ¡Grosero!, dice la señora.

—Y volviéndose a María del Socorro:

—¿Ya ves lo que me pasa por querer ayudarte? Todo lo que me cuesta. Ahora tengo fastidio toda la santa tarde. Así son los hombres: unos.... mal genios. Es mejor que nunca más vuelvas con suplidos y majaderías. Yo soy la que pago la culpa. Ya lo sabes, ni más. Fíjate bien.

—Bueno, señorita. Yo no pensé que se iba a molestar el señor.

—Pues piénsalo otra vez. ¿Cuándo está lista toda la ropa?

—Mañana de tarde se la traigo, señorita.

—Sin falta porque la necesito. Ya lo sabes.

—Pierda cuidado, señorita. Si ya la dejé tendida. Falta asentarla no más. Por la tarde está. ¿No hay ropa sucia?

—Mañana que vengas.

—Bueno, señorita. Hasta mañana.

La señora de Mariño no contesta. Se mete por la mampara de vidrios. También la suelta violentamente. Va en busca de su marido a reanudar la discusión, a decirle todo lo que no le dijo por estar delante de la chola.

María del Socorro vuelve al cuarto. Son las seis de la tarde. Siente hambre. Apura el paso.

No tiene más que calentar el arroz de la mañana y freir unas tortas de plátano. Ha encendido el candil de nafta. Come silenciosamente. Raspa la olla y saca el cocolón del arroz. ¡Lo que le gusta mascar el cocolón! Dorado, tieso, tostadito...

Después de lavar el plato de fierro enlozado y las ollas, de tomar un jarro de agua y limpiar la mesa, se sienta allí a remendar un vestido.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Tiene sueño. Bosteza. Se le cierran los ojos. Deja la costura encima de la mesa, apaga la lámpara y a tientas se dirige al catre viejo.

Se quita el traje María del Socorro. Sentada en la cama, puestas las ropas interiores con las cuales ha de dormir, reza. Luego se acuesta. Se arropa. Inmediatamente queda dormida.

Ha pasado un par de horas. Todo está en silencio. María del Socorro duerme profundamente. Deben ser ya las diez de la noche. Golpean la puerta. Nadie responde. Han tomado una piedra y pegan duro, duro.

Se asusta María del Socorro. Se ha despertado. Cúbrese la cabeza con las frazadas y se hace un ovillo del miedo. Los golpes se repiten. Oye una voz que dice:

—María, María, ábreme.

Se anima y pregunta:

—¿Quién es?

—Yo, yo, abre ligero.

Cree reconocer la voz del señor Mariño, pero no está segura. Se pone el traje, y descalza va a la puerta. Allí vacila.

—Abre, pues, ligero, María.

—Ya voy.

Entra al cuarto el señor Mariño.

—¡Caray, que estabas dormida! Un cuarto de hora he golpeado la puerta. ¡Qué temprano te acuestas! Vengo a hacerte compañía para que no duermas tan solita. Ven acá.

La abraza. La besa. María se deja hacer dócilmente. Quiere llevarla a la cama.

—No, hoy no, señor Mariño. No, váyase.

—¿Por qué? ¡Adiós! No seas bobita.

—Otro día, señor Mariño, hoy no.

—Je, je. Deja no más.

—No haga bulla. Hable despacio. Oyen de aquí al lado.

—Bueno, bueno, cholita. Despacito. ¿No? Sí, despacito.

—Ayer sintieron. Una vecina me dijo que quién había venido.

—No hagas caso. Ahora voy a estar callado. ¿Quieres tomar cerveza?

—¿Yo? No.

—Sí, sí, anda compra. Aquí a dos cuadras está abierto. Toma.

—No, señor, yo no voy.

—Anda no más.

—Es que me pueden ver.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Quién te va a ver? Palabra que no hay nadie en la calle. Anda no más. Apura.

—No, señor Mariño, yo no voy.

—Bueno, entonces hago bulla.

—No, no.

—Anda, hijita, anda, le dice y abrázala.

La conduce hasta la puerta. Allí le da un leve empujón.

—Trae dos botellas. Fíjate que estén bien heladas.

María del Socorro va a la tienda y trae la cerveza. El señor Mariño ha prendido el candil. Destapa la botella con el abridor de su llavero.

—¿Y los vasos?

—Un jarro no más tengo.

—¡Ah, caray! Ve, toma más plata. Anda a la tienda, compra dos botellas más y deja prenda por los vasos.

—¡Ay! ¡Tánta cerveza!

—¡Oh! No seas boba. Si esto no emborracha.

—¿De veras?

—Mi palabra de honor.

Retorna María del Socorro con las dos botellas y los vasos. Colócalos encima de la mesa. El señor Mariño sirve la cerveza. Le dice a María:

—Anda, coge, pues, y toma.

El traga el contenido del vaso haciendo ruido con la garganta. En la mitad se detiene. Se pasa la lengua por los labios.

—¡Ah! ¿Y tú no tomas?

—Sí, señor.

Se lleva María del Socorro el vaso a los labios. Pasa un trago, otro, otro. Hace una mueca. Pone el vaso en la mesa.

—¿Qué te pasa?

—Esto es amargo. No me gusta.

—Acábate el vaso y verás que le sientes el gusto. Anda, pues, o hago bulla.

María del Socorro apura el vaso. No se siente bien ya. Algo le pasa. Tiene un comienzo de mareo. La cabeza se le aligera, parece que quisiera irse. El señor Mariño la pellizca un muslo. Ella ríe, ríe despacito.

Bebe la muchacha. Ahora le gusta la cerveza. Todo le da vueltas. Ha inclinado la frente. Se quiere levantar de la silla y al primer paso cae al suelo.

—Ja, ja. ¡Te la pegaste! ¡Qué mala cabeza la de la chola!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

María del Socorro no dice una palabra. Se ha quedado tirada en el suelo. El señor Mariño, tranquilamente, termina con las botellas. Fuma cigarro. La muchacha se ha dormido sobre las tablas sucias del cuarto.

Da la última chupada al cigarro el señor Mariño. Lo echa al suelo. Escupe encima. Luego lo aplasta con el pié.

Se levanta. Inclínase con trabajo sobre el cuerpo de María.

—Oye, oye, levántate. Anda, pues. Si no has tomado nada para emborracharte así.

Apenas abre los ojos María del Socorro. Lo mira indiferentemente.

Logra el gordo levantarla.

—¡Caray, qué pesas! Vamos, cholita linda, camina.

Arrastra los pies la muchacha. Tiene la cabeza caída, el cuerpo flácido.

La echa el señor Mariño en la cama.

—Cholita, cholita linda. Te has emborrachado. Ja, ja.

Le saca el traje. La desnuda completamente. La muchacha respira con dificultad. No opone ninguna resistencia.

El señor Mariño tiene los ojos brotados, las mandíbulas ajustadas. Se retira dos pasos y contempla el cuerpo moreno de María del Socorro. Se acerca. Le acaricia las carnes. Le tiemblan las manos regordetas. Aprieta los puños. Rápidamente se desnuda. Parece hinchado su vientre enorme y peludo.

Va así, sin ropas, hasta la mesa y toma el candil. Regresa a la cama. Alumbra el cuerpo de María del Socorro y lo mira, lo mira con sus ojos saltados. El labio inferior le cuelga. Se frota una mano en el pecho. Traga saliva. Alarga el brazo con el candil por encima de la cabeza e inclina el cuerpo hacia adelante. Luego, volteando la cara a todos lados, con el gesto de lujuria, deja el candil en el suelo. Acomoda el cuerpo de María del Socorro en el catre viejo.

—Cholita, cholita linda. Despiértate un poquito. Dame un beso. Abrázame...

Cuando despertó María del Socorro, a las seis de la mañana, ya se había marchado el señor Mariño.

Le llamó la atención el candil encendido en el suelo. Tenía una pesadez angustiosa en todos sus miembros. Se notó desnuda y sus pechos palpitaron en un estremecimiento de vergüenza. Al incorporarse en la cama, le pareció que un peso enorme le caía del cerebro sobre la frente.

Vió al lado, en el sitio que había ocupado el señor Mariño, dos sucres, que seguramente el dejó.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

María del Socorro hizo una mueca de repugnancia. Se estregó los ojos. Le dolía la cintura, la cabeza, todo su cuerpo macerado en aquella noche.

Volvió a mirar sus carnes desnudas. Se preguntaba si el señor Mariño la había visto así. Hizo un movimiento con los brazos como si quisiera cubrirse con ellos. Luego bajó del catre viejo y se vistió llorando, llorando.

Sentía nauseas. Le mortificaba una gran sed. Los sollozos ahogábanla.

Apenas estuvo vestida salió al patio con el jarro de hoja de lata, y allí, en la llave, de la que sacaba el agua para lavar la ropa de la familia Mariño, llenó el jarro y la vació refrescándose las entrañas que le ardían.

Al retornar al cuarto se fijó en las cuatro botellas y los dos vasos que estaban sobre la mesa. Corrió a esconderlos debajo de la cama. Debía devolverlos a la tienda, pero lo haría de noche, sin que nadie lo viese.

Se preguntaba María del Socorro si debía rezar, como lo hacía todas las mañanas. Miró a la imagen de la Virgen de las Mercedes, y parecióle que estaba irritada por su conducta de esa noche, por su borrachera, por su desnudez en que había amanecido. Las lágrimas de María del Socorro volvieron a correr, y la sobrecogió un gran miedo.

—Perdóname, Virgencita, decía entre sollozos.

No se atrevía a levantar las miradas a la Virgen, y la veía de reojo con las manos juntas al pecho.

Quiso caminar después, mas sentía un gran vacío, una gran flojera, una gran inquietud, y se echó sobre la cama.

Una palidez de cera había en su rostro. Las hermosas ojeras amoratadas habíanse profundizado, y los pómulos parecían salirse de la cara.

Descansó un momento. Pensó que con el café le pasarían tal desasosiego y el fuerte dolor de cabeza.

Salió María del Socorro a comprar leche y pan. Iba con miedo, temerosa de todas las miradas, que creía pudieran adivinar en ella lo ocurrido aquella noche.

Pero no pudo terminar su jarro de café con leche. ¡Esas náuseas que la sumían en una debilidad terrible! ¡Ese dolor de cabeza! Fué al patio y se mojó la frente. Experimentó un ligero alivio.

Tenía que alistar la ropa. A la tarde había de llevarla donde la familia Mariño. Podían despedirle de lavandera si no cumplía. Y con lo molesta que estaba la señora....

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pero María del Socorro no pudo trabajar. Era imposible. Volvió a la cama. Se subió por los pies, porque no quería tocar los dos sucres que allí habían quedado encima de las sábanas sucias.

A los pocos minutos María del Socorro dormía en su catre viejo, bajo la imagen de la Virgen de las Mercedes.

El ruido que hacían las vecinas en el patio la despertó. Volvió a recordar todo lo sucedido, pero el sueño habíala fortalecido un tanto, y su angustia fué menor.

Era cerca de las once de la mañana. Fué al patio por la ropa con el objeto de traerla a su cuarto para plancharla.

—Vecina, ¿qué se ha hecho esta mañana?

—Me siento un poco enferma.

—¡Ay! Parece que hubiera pasado en un velorio.... Si está más pálida.... Parece que le han machacado los ojos....

—He estado con fiebre anoche, todita la noche.

—¿Y ha estado solita?

—Sí, solita.

—¿No ha tenido otra visita como la otra noche?

—Ay, vecina. No diga eso, que cualquiera puede creer que es verdad.

—¡Adiós! Como yo sentí ruido como que hablaban....

—¿Anoche oyó usted ruido?

—Sí, vecina, anoche.

—Sería de la fiebre que hablaba. Me levanté varias veces.

—Puede ser eso. Tome agua de borraja. Es muy buena.

—¿Y para el dolor de cabeza?

—¿Le duele la cabeza?

—¡Ay! Muchísimo.

—Tome el agua de borraja y acuéstese un rato y verá que le pasa todo.

—Pero es que yo no tengo borraja.

—Yo le puedo dar un poco. Espérese un ratito.

Fué la vecina a buscar las hojas de la planta. María del Socorro, mientras tanto, volvió a mojarse la frente con el agua fría.

—Tome, vecina, hiérvala y tómese el agua con azúcar....

—Muchas gracias, vecina. Hasta luego.

Retornó María del Socorro, trayendo de una vez la ropa a su cuarto. Prendió el fuego y se puso a hervir la borraja en una ollita de barro.

Se sirvió la infusión azucarada en su jarro de hoja de lata. Volvió a trepar al catre viejo, y allí quedóse adormecida.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pronto comenzó a sudar. Después de todo, la bebida producíale benéficos efectos. Y luego de media hora, María sentíase mejor. Apenas le restaba un dolorcillo casi insignificante de cabeza.

Tuvo apetito. Empuñó resueltamente los dos sucres que todavía estaban sobre la cama, y fué a comprar un real de carne.

Púsola a asar. Hizo dos tortas de plátano y arroz blanco.

Después de comer, alistó lo necesario para planchar la ropa. Toda la tarde, hasta las cinco, estuvo planchando.

María del Socorro ni quería acordarse de la noche pasada. Por una rara casualidad pensaba en Juan Hidrovo. Iría al correo. Quizás le había escrito. Sentía deseos vehementes de que regresara. Todas sus angustias terminarían entonces.

Tenía una vaga idea de la infidelidad. Pero nada significaba eso ahora, puesto que él estaba ausente. Además, ella no tenía la culpa. Qué iba a hacer.

Pensó que el señor Mariño era, al fin y al cabo, un hombre bueno que le regalaba plata. ¿Cómo hubiera podido pagar el alquiler del cuarto sin los seis sucres que le diera? ¿Y los dos sucres de esa mañana? Lo menos para tres o cuatro días tendría con ellos. Pero el señor Mariño hace mal en tratar de esa manera a su señora, se dijo. Tiene mujer. ¿Para qué busca otra? ¿Serán todos los hombres así? También Juan podía hacerlo, y ahora que estaba tan lejos con mayor razón.

Cuando terminó de planchar la última prenda, colocó la plancha en su lugar, fué a dejar la tabla detrás de la cama contra la pared, arrojó el agua de la vasija al patio, recogió el trapo húmedo y lo tendió en los alambres.

Luego dobló cuidadosamente la ropa.

—¡Vecina, vecina!, dijo parándose en medio patio.

—¿Qué quiere, vecina? ¿Le pasó ya el dolor?

—Ya estoy bien. Esa agua es un milagro, vecina.

—Ya lo ve.... Cuando yo le decía....

—Oiga, vecina, ¿tiene un periódico que me preste?

—Ya se lo voy a dar.

Con el periódico hizo el paquete de la ropa. Se calzó los remendados zapatos y salió hasta la calle Pedro Carbo. De allí tomó a la izquierda, pues quería ir al Correo primero a ver si había carta de Juan.

En 9 de Octubre torció a la derecha hacia la calle Pichincha, y ya en esta continuó en la misma dirección en que venía desde Colón hasta llegar, una cuadra más allá, a las ofi-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cinas del Correo, situadas en una casa verde de dos pisos, vieja y con aspecto de hotel de segunda clase.

Se acercó a la ventanilla que arriba tenía un letrero así: «Norte».

—A ver, señorita....

—¿Para quién?

—María del Socorro Ibáñez, de Nueva York.

Buscó la empleada en la estafeta. Volvióse y le dijo:

—No tiene nada.

—¡Ay! ¿Nada?

—No, no tiene cartas.

—Bueno, gracias.

Al pasar por 9 de Octubre, miró el reloj de San Francisco. ¡Jesús! La cinco y media, se dijo, y apuró el andar.

Porque María del Socorro había aprendido a ver la hora en casa de doña Florencia. A doña Florencia le gustaba saber a cada momento la hora y enseñó a María a ver el reloj. Cuando se acordaba María de que gracias a doña Florencia sabía tanto, se decía como en tono de reproche: «qué buena era la señorita Florencia; si hasta eso de saber la hora se lo debo.»

Faltarían veinte minutos para las seis de la tarde, cuando llegó a casa de la familia Mariño.

—A ver, la ropa, dijo cuando, a su llamada con el timbre, salió la sirvienta.

Ya arriba, esperó, como siempre, parada en el último peldaño de la escalera, que llegase la señora.

—Buenas tardes, señorita.

—A buena hora se presenta usted. Esto no puede seguir así. Son las seis de la tarde.

—Sabe, señorita, que he estado enferma, con fiebre. Toda la noche la he pasado mal. Y no pude planchar temprano.

—Lo creo, porque se le conoce en la cara. Está usted muy pálida.

—Sí, señorita.

—A no ser que se haya ido a algún bailecito.... ¿No?

—Ay, no, señorita. Si ni se bailar.

—Ajá. Todas son iguales. A ver, a ver, la ropa.

—Aquí está, señorita.

Tomó el paquete la señora de Mariño y lo puso encima de un sofá. Fué a traer el apunte y, con él en la mano, contó:

—Uno, dos, tres.... Sí, está bien. Cuatro servilletas.... Seis piezas de adentro.... Está conforme. Vamos a hacer las cuentas. Tres a cinco centavos, son quince; seis a real, sesenta, y

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

quince, siete reales y medio. Dos manteles a dos reales son cuatro, y siete, once, y el medio, once y medio.... Jesús, uno ochenta y cinco es todo.... ¿No?

—Sí, señorita.

—Bueno, ahora hay que descontar los seis sucres del suplido.

—Bueno.... señorita....

—Descontamos el sucre y le doy los ochenta y cinco centavos.... ¿Ah?

—Sí, señorita, está bien.

—Entonces, fíjese que queda debiendo cinco sucres.

—Cómo no, señorita.

—Ahora espérese que voy a darle la ropa sucia.

Retornó la señora haciendo traer de una sirvienta el atado de ropa. Lo hizo extender en el suelo. Tomó nota de las prendas que le entregaba.

—Para el sábado sin falta, ¿ah?

Era la hora del ocaso cuando María del Socorro dirigíase a su cuarto por la calle Colón.

Había un incendio en occidente. Las nubes, teñidas de rojo, eran como algodones que contenían, debajo del sol, su hemorragia de luz. Encima, y a los lados, en todo el horizonte aquel, el cielo estaba encendido. A lo lejos, como un fino abanico que aventase el fuego, una palmera se movía al empuje del viento de la hora.

Contra el viento, contra el sol, contra el fogoso incendio de la tarde, camina María del Socorro con su trenza larga hasta media espalda, y su lazito blanco en la punta que se mueve al andar de un lado al otro.

IX

Don Angel Mariño fue metido en carnes desde muy pequeño.

Nació en una calle cualquiera de Guayaquil, pero siempre en una calle principal. A los seis años tuvo profesor en casa, y no fue tan tardo en el aprender que a los siete podía ya deletrear y a los ocho firmar su nombre y rubricarlo con unos elegantes trazos curvos.

Su padre, miembro de la Cámara de Comercio y Agricultura, Diputado al Congreso en varias ocasiones, un hacendado

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

propietario de un grupo de tres haciendas productoras de cacao, deseaba a todo trance que el niño Angel fuese agricultor.

Es así que cuando cumplió el niño los diez años lo llevó a una de sus haciendas con el objeto de hacerle tomar el gusto a las huertas. Pero el niño Angel se aburría en la hacienda y odiaba el cacao y el sol. Sus únicos entretenimientos consistían en reírse de los peones ignorantes, y palmotear entusiasmado cuando su señor padre derribaba a alguno de un puñetazo o hacía flagelar a otro o meter a la barra al fulano cuando cometían la falta de descuidar los tendales de cacao o ser cómplices del hurto de un quintal de la preciosa pepa.

Pero otra cosa le gustaba al niño, y más que todo; pasarse el día en la tienda de comestibles y telas que su padre tenía en la hacienda para surtir a los peones. Les entregaban los objetos y su valor lo descontaban de los jornales, para lo cual llevaba el contador de la propiedad un libro aparte, de suerte que los trabajadores pocas veces cogían dinero contante y sonante. Y esto unas veces por el descuento de lo tomado en la tienda, y otras por adelantos, que hacían de los hombres peones conciertos, los que, debido a los números y cuentas que hacía el contador, quedaban asegurados por toda su vida en el trabajo de la hacienda. Cada año aumentaba el monto de la deuda de estos trabajadores y disminuían sus posibilidades de quedar libres.

Pues en la tienda era que al niño Angel le gustaba estar. Ayudaba al empleado en las ventas, y cuando éste se marchaba a almorzar, entonces el niño Angel hacía de las suyas: recargaba el valor de los objetos siempre que llegara un comprador que pagase al contado, que algunas veces venían trabajadores de vecinas haciendas y pueblos, y se guardaba la diferencia, cuando no todo el producto de la venta, lleno de satisfacción.

El niño Angel no gastaba nunca el dinero que obtenía en éstas y otras negociaciones. Con los primeros reales compró una alcancía, y por su ranura metía los centavos, los medios y los reales. Luego la tomaba en la mano y hacíala sonar moviéndola fuertemente. ¡Cómo le gustaba el sonido de las monedas que bailaban allí adentro!

Un día llegó a la hacienda un señor con sombrero jipijapa y vestido kaki de montar, acompañado de otro sujeto de más o menos parecida facha. Amabilísimo el señor. Muy educado, tenía una forma de hablar y tal elegancia y distinción

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

en sus ademanes, que se ganaba en el acto el favor y buena voluntad de los que le escuchaban.

La hacienda estaba al paso de la línea del ferrocarril. Hacia adentro seguían unas paralelas por las que sacaban en unos carros de mano los productos. A los lados, dejando un espacio de cien metros, crecían las hierbas de los potreros en los que pastaban algunas bestias. Siguiendo las paralelas, hacia el fondo, estaba la casa de la hacienda, aquella que habitaba el propietario cuando iba de visita. En los bajos de la casa funcionaba la oficina. Y en todo ese camino que conducía a la casa se alineaban unas de caña con techos de bijao, que eran las viviendas de los empleados de la oficina y de los mayordomos. Frente a la casa principal, mirando al lado opuesto de la línea del ferrocarril, pasaba un riachuelo que atravesaba un puente en ruinas. En la ribera opuesta, las chozas de los peones se internaban hacienda adentro.

Pues bien, una tarde al pasar el puente cierto peón a caballo se abrieron las tablas viejas y se mataron hombre y cabalgadura. Y aunque todavía se traficaba por el puente, haciéndose a un lado, y llevando de la brida a los caballos, el señor Mariño, Gilberto, padre del niño Angel, creyó oportuno hacer un puente nuevo que ofreciera seguridades, ya que temía caer al lecho del río el rato menos pensado.

Este proyecto lo había contado el señor Mariño a algunas personas de su intimidad en Guayaquil. Una mañana, el señor de sombrero jipijapa y traje de montar, se presentó en casa del señor Mariño, y, con otra indumentaria entonces, lleno de zalemas y con su natural facundia, le había propuesto la fabricación del puente.

—Sé, señor Mariño, que usted, con las energías y el amplio pensamiento de progreso que le caracterizan, ha resuelto la fabricación de un puente en una de sus propiedades agrícolas.

—Así es, efectivamente.

—Yo, señor Mariño, deseo hacer a usted una propuesta sobre la construcción. No deseo absolutamente que me prefiera en la obra. Sólo busco su mejor conveniencia. Usted comparará los costos y, sobre todo, la calidad del trabajo, y entonces estoy seguro que aceptará mi proyecto.

—Me gustaría conocerlo.

—Tengo aquí algunos planos. Véalos usted.

El señor Mariño examinó los planos y señaló el que más le gustaba.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Desde luego, dijo el proponente, todo ésto es meramente provisional. Es necesario que yo vaya a la hacienda y mire el terreno, haga mis mediciones y otras cosas indispensables para fijar el costo y detalles técnicos de la obra.

—¿Es usted ingeniero?

—No, señor Mariño, soy contratista. ¡Oh, pero le garantizo a usted que la obra quedará perfecta! Yo llevaré a un ingeniero. Quiero hacerle una advertencia, si usted me lo permite: es un error suponer que por el hecho de que intervenga un contratista en una fabricación ésta resulte más cara. No, señor. Es todo lo contrario. Mire usted: jamás un ingeniero tiene el sentido comercial, estrictamente comercial, que es indispensable, y siempre los materiales los obtienen a precios elevadísimos. Nosotros, los contratistas, duchos en esto de pelear precios, logramos rebajas y concesiones considerables. Además, mantenemos, y sobre todo en lo que a mí respecta, relaciones estrechísimas con las casas que venden los materiales, relaciones que se reflejan en un convenio expreso de rebaja de precios, que viene a ser como una comisión por haberlos preferido entre las casas competidoras. Por todas estas razones, le puedo garantizar a usted, señor Mariño, y usted es sobradamente inteligente para haberlo ya comprendido, que el costo de su obra será mínimo y siempre más barato que cualquiera calculado por un ingeniero.

—Bueno, señor, espero que usted vaya pronto a la hacienda, y allá hablaremos de modo definitivo.

—Encantado, señor Mariño. La semana próxima estaré allá.

Esa semana próxima había llegado ya. El niño Angel se divertía viendo las mediciones que hacía el acompañante del señor amable y simpático. Al fin convinieron en el precio con el señor Mariño, precio que fue reducido a lo ínfimo, ya que el hacendado dispuso que los peones de la hacienda fuesen los obreros, por lo menos los que no necesitaban de conocimientos técnicos de ninguna clase.

Comenzó a adelantar la obra. Se deshizo el puente viejo, por lo que para ir al otro lado había necesidad de dar un rodeo de tres cuartos de hora, hasta encontrar un sitio en el que el río era casi seco. Por allí se botaban con el caballo y sólo sacando algunos salpicones de lodo se ponían en la ribera opuesta.

Clavaron los pilares. Golpeaban los remaches. Aseguraban los extremos. Empezaron a poner unas tablas gruesas para el

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

piso. Por último, ya colocaban las primeras planchas de zinc para el techo.

El niño Angel miraba atentamente, con profunda preocupación, las labores, no ya del puente, que su interés había disminuido por la construcción, sino del contratista. Veía cómo circulaba el dinero por sus manos, cómo sostenía conferencias con el ingeniero y los carpinteros, cómo recibía los billetes del señor Mariño y pagaba los jornales de los trabajadores que él hiciera traer del vecino pueblo.

Un día, a la hora de la comida, el niño Angel dijo de repente a su padre:

—Papá, yo quiero ser contratista.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Papá, yo quiero ser contratista.

—Lo que vas a ser es un ocioso.

—No. Yo quiero ser contratista.

Soñaba el niño Angel en llegar a tener trabajos iguales a los del señor del sombrero jipijapa y traje de montar. Desde entonces hasta iba de mal grado a pasarse las tardes en la tienda. Todas las noches insistía con su padre:

—Papá, yo quiero ser contratista.

Vinieron a la ciudad padre e hijo. El niño Angel era el único fruto del matrimonio de don Gilberto Mariño y doña Josefa Salazar. Doña Josefa, una señora de campanillas, empeñada en hacer del niño Angel un diplomático, soñaba con ser algún día la anciana madre del Ministro del Ecuador en tal parte. En sus sueños lo veía uniformado con galones de oro y docenas de medallas al pecho. Don Gilberto tenía el juicio de no contradecir mucho a su mujer, pero a veces le decía:

—Es necesario que trates de convencer a Angel que aprenda a ser agricultor.

—¿Agricultor? ¿Para qué? Se hará como tú, que no quieres más que estar metido en el monte, olvidándote de buenos modales y costumbres. ¡Vivir en este país de salvajes, y en el campo! ¡Jesús, este es mi martirio! Ya te he dicho que aquí sólo pueden vivir los negros. Sólo una vez me llevaste a Europa, y por poco tiempo. Muy bien hubiéramos podido quedarnos allá, y educar a nuestro hijo.

Algunos años atrás habían realizado ambos un viaje a Europa. Se pasaron un año visitando las grandes capitales. Cuando regresaron, la señora Josefa se hinchó de rabia contra su país. Todo le parecía malo. Y por mucho tiempo no hizo otra cosa que hablar de la mañana a la noche de las deficien-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

cina que aquí encontraba. Algunas veces soltaba una palabrita en francés. Le parecía no haber nacido en el Ecuador. Su ilusión era vivir en Europa con el hijo diplomático.

—Mujer, no digas eso. Algún día moriré y entonces Angel tendrá que hacerse cargo de las haciendas. Para él es todo mi esfuerzo.

—No, Gilberto Mi hijo tiene que ser diplomático, diplomático y diplomático. Con ser agricultor no sacará nada ni sabrá gozar la vida. A las haciendas se les pone un administrador, y listo.

—Bueno, mujer—terminaba don Gilberto Mariño.

Pero el niño Angel seguía en sus trece de ser contratista. En las discusiones con su madre, lloraba el niño. Alguna vez se le ocurrió al niño Angel una solución al conflicto.

—Oye, mamá ¿y se puede ser diplomático contratista?

—Claro que sí.

Madre e hijo se pusieron de acuerdo definitivamente.

El niño Angel gustaba de salir a la calle en las tardes a jugar con los chicos de su barrio. Siempre sabía sacar provecho de los juegos.

Si se trataba de alguna apuesta, él era el depositante del dinero apostado y el juez de decisión. Y cobraba sus funciones con unos centavos. Pero cuando estaba más satisfecho—y esto ocurría a menudo—era al organizar las funciones de circo entre sus amigos.

Don Gilberto Mariño le había regalado a su hijo algunos aparatos de gimnasia y quería que Angel se ejercitara en ellos, lo cual, además de serle útil en cualquier desaveniencia que pudiera tener, le serviría para controlar el crecimiento del estómago que cada día le abultaba más.

Pero el niño Angel vió en el acto otra utilidad en el regalo de su padre. En la buhardilla de la casa tenía su cuarto de jugar. Pues allí se hizo arreglar una pista de circo. El pocas veces hacía ejercicio. No podía vencer su pereza para esas cosas. Además, se fatigaba muy pronto y esto no le gustaba. Pero concertaba funciones entre sus amigos, elaboraba los programas y cobraba las entradas a cinco centavos por persona. Hasta veinte muchachos llenaban el circo. Se multiplicaba el niño Angel: era juez, acomodador, redactor de programas, asistente, boletero y cobrador.

—¿Qué está haciendo el niño Angel?—preguntaba doña Josefa a la sirvienta.

Y ésta respondía:

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Jugando arriba, señorita.

El niño Angel crecía, y crecía también la redondez de su vientre y la masa de sus manos. Tomó afición a los números y le pusieron profesor de matemáticas. Mas el niño Angel sólo se interesaba por la aritmética mercantil, y ésta sí que aprendió a las mil maravillas.

Cuando cumplió quince años se robaba el vino de la despensa y lo bebía haciendo glu-glu con la garganta. Hurtaba los cigarrillos de su padre y se marchaba a fumar a la calle. Desaparecían los sucres del bolsillo del chaleco de don Gilberto.

Por las noches salía a gatas de su cuarto y se iba al de la sirvienta que había conquistado. No se le escapaba una. Todas caían en sus manos. Esto no le costaba nada, porque las sirvientas sabían que teniendo contento al niño Angel todos lo estarían en la casa. Pensaba Angel que irse a la calle en busca de mujeres, como otros amigos suyos lo hacían, resultaba caro. Cuando ya se hastiaba de una sirvienta, la solución era bien sencilla.

—Oye, esto está muy sucio.

—Mamá, esta mujer no me hace bien las cosas.

—Lo que es si sigue esta sirvienta, me voy a tener que largar de la casa.

Y doña Josefa buscaba apresuradamente otra y despedía a la antigua sin más averiguaciones.

Don Gilberto Mariño, cada día con más éxitos en sus negocios, instaló en Guayaquil una oficina, que se encargaba de recibir los productos de las haciendas, venderlos en plaza cuando así convenía y exportarlos las más de las veces.

Tomó tres empleados el señor Mariño: el jefe de la oficina, un contador y el corredor de los productos.

Viendo don Gilberto que era imposible conseguir de su hijo que se decidiera por las labores del campo, lo puso en la oficina con el objeto de que aprendiera del negocio.

Primero, Angel acompañaba al corredor en la venta de los productos. A los dos meses hizo botar al empleado y él ocupó su puesto. Luego de seis, dedicóse a trabajar con el contador y obtuvo de su padre que tomara nuevo empleado para correr el comercio, un empleado con menos sueldo que el anterior. La diferencia iba a parar a los bolsillos de Angel.

No transcurrió mucho tiempo sin que el contador corriera la misma suerte del primer empleado despedido. Angel fue nombrado tenedor de libros.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Al cabo de un año, Angel Mariño, ahora don Angel, era el jefe de la oficina.

Había cumplido veintiún años.

Entonces fue que ocurrió la muerte de su padre.

Vino don Gilberto a Guayaquil afectado con un forúnculo que decían ocasionado por la picada de cierto insecto. Don Gilberto, en la hacienda, no hizo mayor caso del grano. Se lo apretó, se introdujo tijeras para hacerlo reventar, y, al fin, con la cara desfigurada por la hinchazón, y con alta fiebre, vino a la ciudad.

Lo llevaron en el acto a una clínica. Todos los esfuerzos resultaron inútiles. La infección estaba muy avanzada. Y el señor Gilberto Mariño entregó su alma al Creador, como decía la viuda.

Si don Angel sintió poco o mucho la muerte de su padre, no es cosa averiguada. Luto sí llevó. Se hizo cargo de los negocios y las haciendas, nombrando para éstas un administrador general al que controlaba lo más estrictamente posible.

Después de dos años del fallecimiento de don Gilberto, murió de pulmonía la viuda, doña Josefa, sin ver cumplidos sus deseos de hacer de su hijo un diplomático.

Entonces don Angel quedó completamente libre para encauzar sus negocios en la forma en que a él le gustaba.

En sus oficinas estableció una sección aparte, que llamó: «Contratos». El mismo, en persona, se encargaba de dirigirla. Pero sus principales funciones estaban en la calle, siempre a caza de una oportunidad para el negocio. Que el señor fulano quería contruír una casa, pues allí llegaba el señor Mariño y hacíase cargo de la obra. Que el señor zutano deseaba vender una finca, pues el señor Mariño se encargaba de la venta y llevábala a buen fin.

Sus utilidades sobrepasaban todo cálculo cuando algún propietario de solar quería construír y le faltaba dinero para ello.

—Eso no importa, señor mío. Yo le facilito el capital y me encargo de la obra.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Usted me hipoteca la propiedad, incluyendo casa y solar, hasta que, con el producto de los arriendos de las casa me haya usted pagado totalmente. Entonces queda usted libre y dueño de su casa.

—Magnífico.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Bueno, entendido. Mañana lo visitará mi abogado.

—Oiga, señor Mariño, espere un momento. He encontrado una fórmula muy conveniente para usted.

—¿Cuál es?

—Mire, yo le entrego la casa y usted se encarga de los arriendos. Hago esto porque así me es más fácil pagarle, y está usted mejor garantizado. Me va abonando a la hipoteca el valor de los arriendos hasta que se cumpla la cantidad de la deuda. ¿Qué le parece?

—¡De ninguna manera, señor mío! ¡Eso no es posible! Diría después la gente que yo lo estoy explotando. Yo no quiero absolutamente aparecer como un hombre sin conciencia. Por otro lado, me repugna coartar la libertar de nadie. Usted maneja sus cosas, cobra sus arriendos con entera independencia y me va pagando como pueda. Tengo absoluta confianza en usted.

—Muchas gracias, señor Mariño.

—No hay de qué. ¿Entonces?

—Estamos de acuerdo.

Se firmaban las escrituras. El señor Mariño construía la casa, y, en efecto, la entregaba al dueño del solar.

El final de la operación era bien conocido: el dueño de la casa no podía cubrir los intereses de la hipoteca, se aumentaban los dividendos, las multas, el señor Mariño le hacía algunos adelantos para reparaciones y otros gastos, granjeándose los agradecimientos del deudor, hasta que un día el abogado remataba la propiedad y el señor Mariño quedaba dueño de todo.

Hasta diez casas había adquirido ya con tal sistema. Y lo mejor era que los deudores decían:

—Para qué. No se ha portado mal conmigo. He tenido mala suerte. Siempre me daba dinero y ha tenido razón si no le dió la gana de esperarme más. Al fin y al cabo me quitó esa montaña de encima. Ya estaba loco. No dormía pensando en el pago de impuestos, en los intereses, en las composturas del desagüe....¡Caramba!

Otras veces no era necesaria la construcción. Prestaba no más dinero con escritura de hipoteca a su favor. Esperaba algún tiempo y lo que, por ejemplo, costaba ochenta o noventa mil sucres, le salía a él por diez o doce mil.

Pero, eso sí, el señor Mariño era todo un caballero muy honrado. Todo el mundo lo decía. Jamás tocó un centavo ajeno. Lo que pasaba era que sabía ser negociante. Estaba en su derecho. Sin embargo, algunas personas murmuraban, pero eran muy pocos, bolcheviques.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El señor Mariño tomaba día a día más amor al dinero. Veía quintuplicarse su fortuna, pero aún parecíale poco. Se hizo económico. Si se guardaba un sucre en el bolsillo, allí estaba sin salir una semana. Vendió un automóvil que había comprado en un rato de humor. Decía que el sueldo del chofer y el gasto de la gasolina lo arruinaban.

En una ocasión halló a un cliente que deseaba vender su hacienda.

—Yo se la puedo negociar, señor mío.

—Sí, lo sé. Pero es que hay algunos inconvenientes. Tengo un viejo pleito con el señor tal y esto me impide venderla.

—¿Cómo es el pleito?

—Es una cosa vieja Mi padre fue socio de este señor, y y no sé bien en qué negocios ni qué participación tenía cada uno en ellos. Lo cierto es que cuando murió mi padre, yo no sabía una palabra. Comencé a trabajar la hacienda y un buen día vi que habían plantado una cerca en los terrenos de mi propiedad. Pues la cerca la puso aquel señor, porque me olvidaba decirle que es propietario de una hacienda vecina. Habló con él y me dijo que tenía derecho a ello, que allí estaban los papeles, qué sé yo. Lo cierto es que poco a poco se metía más adentro en mis terrenos. Al fin me fuí donde un abogado y me tiene usted metido en un pleito que ya dura tres años. Más me ha costado plata el asunto sin obtener ningún provecho. Por último, ahora que se agotan mis recursos y que quiero por eso vender la hacienda, no puedo hacerlo por los reclamos de mi rival. ¿Qué le parece a usted?

—Difícil está el asunto, pero en fin, creo que tiene remedio. Deme las señas de su enemigo. Trataré de arreglarlo.

Nunca se vió en tan arduo trance don Angel. Se trataba de un sujeto de análogas cualidades a las qué él poseía. No se dejaba convencer por ningún argumento.

Dos meses largos empleó el señor Mariño en discusiones, trabajos, amenazas y mil otras cosas: y la situación era igual al primer día.

Dióse por vencido el señor Mariño. Es decir, hasta donde puede ser vencido un hombre como él. Se puso de acuerdo con el contendiente del propietario y tomó rápidamente una resolución.

El mismo día don Angel visitó a su cliente.

—Sabe, señor mío, que he luchado casi por tres meses en su asunto, sin ningún resultado. Es la primera empresa en que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

fracaso. La verdad es que usted ha dejado avanzar mucho las cosas.

—Así es que, en resumidas cuentas, ¿no ha conseguido usted nada?

—Nada. Toda gestión es imposible, completamente imposible, tal como usted lo oye.

—Está bien, pues. Yo veré lo que hago.

—No desespere usted. Le propongo una solución. Me ha sido usted muy simpático, y se que es usted un hombre honrado y caballeroso que se va a sacrificar. Mis recursos me permiten ayudarlo. ¿Quiere usted que le preste dinero?

—Sería mi salvación. Pero, ¿en qué condiciones?

—Me hipoteca usted la hacienda.

—Pero eso no puede ser. ¿Y el pleito?

—Ya he hablado al respecto con nuestro enemigo. El confía en mí, previa una garantía en efectivo, y permitirá la operación. El sólo dice que quiere garantías, y casi estoy dispuesto a dárselas.

—¡Espléndido! ¡Cuánto le agradezco! Es usted todo un caballero.

Terminaron luego de discutir las condiciones del préstamo, y, en efecto la operación se hizo.

El deudor se deshacía en elogios del señor Mariño. Era su salvador. Si no hubiera sido por él, estaría en esos momentos sumido en la miseria.

Pero al cabo de dos años se remató la hacienda en favor de un tercero, colocado en la situación hábilmente por el señor Mariño, y el producto se lo dividieron en partes iguales entre don Angel y el enemigo de su deudor.

Se llamaba éste Nicolás Campoverde. Era alto, era flaco, llevaba lentes sobre una puntiaguda nariz. Hombre de pocas palabras, pero de rapidísima y enérgica acción. Solterón era el señor don Nicolás, y de los reconcentrados. A él, que no le dijeran nada de matrimonios.

Por supuesto que el deudor de don Angel no conoció nunca el final de la aventura, y siempre creyó que don Angel Mariño había sido otra víctima de la rapiña de su adversario.

Entre don Angel Mariño y don Nicolás Campoverde nació una amistad fraternal. Emprendieron ambos en varias negociaciones de importancia. Cuando alguno se hallaba en un trance difícil para cerrar una operación, recurría al amigo y se daban mañas hasta lograr el triunfo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Tendría cuarenta años ya el señor Mariño. Usaba, en esa época, recortado bigotillo y bastón de grueso puño de plata. Su mejor placer, sano, inofensivo, económico, consistía en salir a pasear por las noches a los parques. Desde las ocho y media hasta las once estaba allí caminando un ratito y sentándose otros en algún banco de piedra del paseo.

Pero no iba por gusto a los parques. Don Angel Mariño no podía pasar un día sin refocilarse con alguna cholita de esas que se encuentran en las noches de retreta, con el pañuelo en la mano, vestida de rojo, sin sombrero, medias blancas y zapatos negros.

Se insinuaba amablemente don Angel, y las cholas, en la angustia de su miseria, creían que ese señor les daría mucho dinero, ese señor tan respetable, de redondo vientre y lustroso hongo.

—Ñatita, venga acá, comenzaba.

—Ay, señor, ¿qué desea?

—Saludarte no más. ¡Qué bonita eres!

—Para sus ojos, replicaba la chola.

—Ja, ja. Para mis ojos que están enamorados de tí.

—Vean al señor.... Cualquiera que lo oiga que diría.

—Je, je. Diría que tengo muy buen gusto.

—No juegue.

Luego de algunos minutos, don Angel decíale que lo acompañase a su casa, que quería hacerle un regalito, un corte de vestido de color morado, una docena de pañuelos, un frasco de esencias....

Entonces caminaba él por delante y se hacía seguir de la muchacha a media cuadra de distancia. De vez en vez volteaba la cabeza para estar seguro de que no se le escapaba la presa, y seguía moviendo acompasadamente su bastón de puño de plata.

Se pasaba la noche con la chola, loco de lujuria. Allí era de verlo, baboso, haciéndose el tierno, lleno de risitas afeminadas o roncando con los brazos abiertos ... En la madrugada, antes de las cinco de la mañana, oscuro aún, echaba a la chola. Poníale un envoltorio pequeñito en la mano.

La muchacha se detenía a la luz del primer farol, y, llena de esperanzas, abría el puño y desdoblaba el envoltorio.

Aparecían dos sucres.

En la suave penumbra de la madrugada se perdía, como una fuga de dolor, la silueta de la mujer, que esa noche, como tantas en su vida, había desgranado de su rosario sentimental una nueva cuenta de esperanza.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Don Angel Mariño dormía, resoplando, hasta las nueve de la mañana. A esa hora se levantaba y dirigíase a su oficina muerto de gusto.

Una tarde, don Nicolás Campoverde invitó a su amigo del alma a casa de su prima, la señorita Dolores Campoverde, una señorita de treinta y cinco años, bastante fea, y con una buena fortuna por adorno.

Se sucedieron las visitas. Pusiéronse de acuerdo los dos íntimos amigos y concertóse el matrimonio de don Angel con la señorita Dolores.

Don Nicolás Campoverde era el tutor de su prima, y él mismo fué el encargado de pedir la mano, y luego sirvió de padrino en la boda.

A los seis meses de casados, la fortuna de la señorita Dolores pasaba al haber de don Angel Mariño, no sin recibir su buena participación don Nicolás.

El señor Mariño, quien, con los años se hacía más avaro, escatimaba a su mujer el último centavo para los gastos domésticos.

—¡Pero si no me das nada para vivir cómodamente!

—Hija, no seas gastadora. Debes agradecerme que te cuide la fortuna. Ya no tendrías ni un centavo si estuvieras sola.

—No tendrías un centavo.... Muy bien que la pasaba sin conocerte.

—¡Oh! ¡Las mujeres no saben de estas cosas!

Diariamente disputaban, pero el señor Mariño siempre se salía con las suyas. Y la buena doña Dolores quedábase suspirando, suspirando....

Cierto día el señor Mariño supo que don Nicolás estaba interesado en una importante negociación que prometía pingües ganancias. Inmediatamente fué a visitarlo y propúsole sociedad.

Don Nicolás Campoverde, que, en esta ocasión no necesitaba de la ayuda de su amigo, le dijo que nó de modo rotundo.

—Pero fíjate Nicolás que dos esfuerzos juntos valen más que uno.

—Lo siento, Angel, es imposible.

—Pero, Nicolás, siempre hemos marchado de acuerdo. ¿Por qué no vamos ahora a hacer lo mismo?

—Te digo que nó. Yo no gano nada con eso. Déjame ahora solo.

—Somos hasta parientes, Nicolás. Eres mi primo. Fíjate en lo que te digo. Recapacita.

—Nada tiene que ver el parentesco con los negocios.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Pero, Nicolás... no te conozco.

—Nada, Angel, es inútil.

El señor Mariño estaba desconcertado. Tuvo tres noches de insomnio. No se le ocurría ni un plan para convencer a su amigo.

Todas las noches lo visitaba con el pretexto de jugar dominó a cinco centavos la puesta. Al final del juego volvía con sus insistencias. Nada. Don Angel salía derrotado.

Se enfermó. Estaba neurasténico. El, que siempre gozaba de magnífico humor, andaba hosco, huraño, grosero. La primera vez en su vida que no podía entrar a un negocio.

Echó de su oficina a dos empleados por una falta insignificante. Se habían demorado en la calle al ir a dejar unos documentos en un banco. Al llegar a la oficina cometieron la imprudencia de contestar:

—Señor, el Banco estaba lleno de gente y tuvimos que esperar el turno.

—¡Silencio!

—Háganos el favor de creer. Le estamos diciendo la verdad.

—¡Que se callen he dicho!

—Es una injusticia....

—¡Largo de aquí! ¡Ya mismo se largan! ¡Afuera! ¡No los quiero volver a ver más por aquí!

Una noche, al terminar el juego, se le ocurrió una idea.

Había ya tomado la taza de chocolate que, ese día, por ser el cumpleaños de don Nicolás, éste habíale brindado. Se arrellenó en su sillón. Luego tomó las fichas y las estuvo golpeando largo rato contra la mesa.

—Oye, Nicolás, te tengo un gran regalo.

—¿Si? Ja, ja. No te creo.

—Una sorpresa estupenda.

—Ajá. Dila, pues.

—Bueno, bueno. Sólo por ser el día de tu santo.

—Te agradezco, hombre, te agradezco. A ver, vamos con la sorpresa.

—Vístete.

—¿Vertirme? ¿Para qué?

—Para la sorpresa.

—¿Es en la calle la cosa?

—Seguro, primo.

—Bueno, pues, vamos.

Vistióse don Nicolás, y salieron.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

El señor Campoverde vivía en el boulevard 9 de Octubre, muy cerca de la Plaza de San Francisco. La atravesaron y se dirigieron hacia el sur por la calle Pedro Carbo.

En cada esquina, don Nicolás le interrogaba:

—¿Pero dónde está la sorpresa?

—Espera, espera. Ya verás.

—Esto me huele mal.

—Muy bien que te va a oler.

Al llegar a la calle Colón se detuvieron.

—Bueno, díme ya. No avanzo un paso más si no me dices.

—Bueno, pues, vamos al grano. ¿Te gustaría pasar la noche con una cholita preciosa?

—Hombre, no sería malo.

—Es macanuda. Tiene unos pechos soberbios. Y te advierto que sólo conmigo se acuesta.

—¿Sí?, dijo el señor Campoverde, tragando saliva.

—Por mi palabra de honor. Es macanuda. Yo la conocí porque es lavandera de mi casa. Algo brutal, Nicolás. ¡Qué piernas! Ni te la imaginas.

—Vamos, pues, llévame.

—No dirás que te he hecho un mal regalo el día de tu santo.

—No, hombre. Te agradezco mucho.

—Y con lo mal que tú te portas conmigo.

—No digas eso.

—Lo digo por lo del negocio.

—Ve, no hablemos de eso ahora.

—Caramba, que te vas a divertir esta noche.

—A tí te lo debo.

Conversando de este modo avanzaron por la calle Colón hasta llegar a la calle Machala.

—Allí es, fíjate.

—Ajá. Bueno, vamos.

—Yo toco la puerta y tú te haces a un lado. Cuando entre, te cuelas tú también.

—Oye, oye, espera. ¿Cuánto hay que darle?

—¡Hombre! Entonces no sería regalo para el día de tu santo. Eso corre de mi cuenta.

—Gracias, primo.

—Vamos, vamos.

Caminaron por media calle. Torcieron por la calzada de piedras que conducía al cuarto de María del Socorro. El señor

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Campoverde iba detrás, saltando de piedra en piedra, lleno de angustia por el deseo que le hacía latir las sienes.

¡Y dice que es macanuda!, pensaba. Y lo mejor es que no me cuesta nada....¡Qué lindo!

Llamó el señor Mariño. Tuvo que insistir tres veces con los golpes en la puerta.

Por las endijas vieron que habían encendido luz adentro. Luego escucharon unos pasos silentes de pies desnudos.

Abrióse la puerta. Apareció en ella María del Socorro con el candil en la mano, estregándose los ojos.

—Soy yo, cholita.

—Entre, pues, señor Mariño.

No bien hubo pasado éste, se introdujo don Nicolás Campoverde.

—Te presento a mi amigo. Muy buena persona.

María del Socorro se había quedado de pies muda de sorpresa. Llevóse la mano izquierda a la barba. Miraba al señor desconocido con sus ojos enormemente abiertos. Los pechos, libres del sostén, apuntaban al través de la delgada tela del traje, y se veían sus botones dibujarse con audacia tentadora.

Don Nicolás tenía los ojos fijos allí. Jugaba nerviosamente con su sombrero y no acertaba a decir palabra.

El señor Mariño abrazó con gesto paternal a María del Socorro. La condujo a una esquina del cuarto.

Conversaron algunos minutos.

Retornó don Angel al sitio en que estaba parado su amigo y díjole despacito:

—Ya está todo arreglado.

—Bueno, ándate.

—No. ¿Hacemos juntos el negocio?

—No, hombre.

—Entonces no me voy. Te irás tú.

—¡Canalla!

—Je, je. No seas bruto. Me contento con el quince por ciento. ¿Estamos?

—Bueno, bueno, lárgate ya. ¿Pones capital?

—En la misma proporción.

—Andate ya. Arreglado.

Salió el señor Mariño. Se juntó la puerta silenciosamente. Se detuvo en media calle. Encendió un cigarro. Balanceó el cuerpo. Hizo un círculo en el aire con el bastón, y se fué caminando por las calles oscuras, por las calles desiertas....

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

X

Día a día se le escurre la cara a María del Socorro. A lo largo de la nariz le bajan dos surcos. Tiene hundidos los ojos. Las ojeras se han hecho más profundas, más moradas, más largas.

María del Socorro lava todo el día la ropa de la familia Mariño. Se le acartonan los dedos. En los extremos se le achatan, y parecen las yemas cabezas de clavos.

Se ha acostumbrado a la vida. Se moldea a ella, la acepta como viene, calmadamente, sin una protesta, sin un quejido siquiera.

Sabe cuánto cuesta un pan de jabón, hasta qué límite se ha de almidonar la ropa, pieza por pieza, que ésta tiene mucho, que ésta tiene poco: conoce al dedillo los gustos de la familia Mariño. Le encanta el azul de lavar. Juguetea con las espumas. Lo único que no le gusta a María del Socorro es planchar: la fatiga demasiado: se le ponen encendidas las mejillas, y le duele el brazo hasta el hombro, hasta la espalda.

Se acuesta con los hombres que le ha hecho conocer ya el señor Mariño, ya don Nicolás Campoverde, como si cumpliera con un deber. Se apaga su sexualidad. Le es indiferente cualquiera. Los señores mandan. Además, siempre le regalan unos sucres. Le sirven de ayuda para sus necesidades.

De vez en cuando la atormenta el recuerdo de Juan Hidrovo. Cada dos o tres meses recibe cartas. Busca quien se las lea. En ninguna le da esperanzas de regresar. De su viaje a Guayaquil no dice una palabra.

María del Socorro ha dejado la plancha sobre la piedra. Se sienta en una silla. Tiene la mano derecha en la mejilla, inclinada la cabeza; la izquierda juguetea con los bordes de la batista de una camisa de mujer que está allí sobre la tabla de planchar. María del Socorro piensa.

Diez, quince minutos está inmóvil. No se mueve un músculo de su rostro. Tiene en ese momento toda la inmovilidad de la raza. Si se continúa viendo hacia abajo de la barbilla se notan los huesillos del cuello salidos que se pueden contar. La línea de los pechos se insinúa larga, larga. Le cuelgan los pechos como dos mazorcas de cacao. Sólo que están flácidos, vacíos

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Ha bajado la mano de la cara. Se mira a sí misma, a sus rodillas que se apuntan al través del traje de zaraza colorada. Luego dice a media voz:

—Si estuviera aquí Juan... Si estuviera aquí Juan....

Golpean suavemente la puerta. Una, dos veces.

—Una caridad por el amor de Dios.

Es un sarcasmo que pidan limosna en esa puerta. Es una burla. Es un contrasentido. Una paradoja.

Se levanta María del Socorro. Dirígese a la cama. Allí debajo está su baulito. Lo jala de las correas. Saca del fondo un pañuelo hecho nudo. Lo deshace apresuradamente y extrae una moneda de cinco centavos.

—Dios se lo pague.

Por el camino se marcha a leves pasos la viejita miserable. Va rezando, va rezando....

María ha suspirado sin saber por qué. La plancha está fría. Llévala al fogón. Aviva el fuego.

Después de unos minutos ya está planchado la camisa de batista. Y así, hasta las cinco.

A esa hora ha de llevar la ropa a la señorita Dolores. Recibe los reales del lavado y la ropa sucia. Regresa por esas calles al mismo paso, llevando en una mano el atado de ropa con las puntas anudadas.

Cada quince días, cada mes, visita a la tía Jacinta.

Con los años se ha agriado más aún el genio de la tía. Sigue de lavandera de doña Florencia y de alguna otra persona. Siempre tiene trabajo.

—Toca la puerta María del Socorro.

—Adiós, ya estás aquí.

—Buenos días, tía. ¿Cómo ha amanecido?

—Trabajando. ¿Cómo quieres que amanezca? Lo que es yo no tengo tiempo para nada.

—¿Cómo está la señorita Florencia?

—Más regañona y más tacaña cada día. Nunca me quiere dar un suplido. Y está rica la vieja. Así son.

—Yo sigo lavando de la señora Mariño.

—Yo te conseguí eso.

—Sí, tía, sí me acuerdo.

—¿Y qué es del sinvergüenza de tu marido?

—Hace un mes que no recibo cartas. Ha de estar bien.

—Así son los hombres: unos canallas. Tanto tiempo que te tiene abandonada. Por eso yo no me casé nunca. Los odio, los odio.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—No ha de poder venir todavía el pobre. Dice que espera que mejore la situación.

—Qué espera ni qué situación. Es que ya no te quiere.

—Quién sabe....

—Me da rabia de verte tan idiota. No sé a quién has salido. Lo que es a tu tía no te pareces en nada.

—Ja, ja, tía. Usted siempre bromeando.

—Oye, ve, bótame esa agua y llénume la tina.

—Como no, tía.

María del Socorro ayuda a la tía Jacinta. Le gusta estar con ella. La quiere a pesar de todo. Está tan sola, sin afectos...

—¿Va mañana domingo a misa, tía?

—Claro que voy, de madrugada.

—¿A dónde?

—Yo voy a la Merced.

—¡Ah! Como yo vivo cerca de la iglesia de la Victoria, allá es que voy, a misa de cinco.

—Que ganas de ir a esa iglesia tan fea.

—Para rezar es lo mismo.

—¡Qué sabes tú!

La tía Jacinta tiene más de cincuenta años. Es gorda. La cara está llena de arrugas. Es maestra en el lavado de ropa y en los chismes de comadre.

Una tarde que fue a casa de doña Florencia halló a ésta en la cama. Hízola entrar a la alcoba.

—¿Qué tiene señorita Florencia?

—Ay, hija, estoy muy mal. Me ha dado fiebre.

—Cuídese, pues. ¿La vió el doctor?

—Sí. Me ha dicho que apenas me levante me tengo que ir a convalecer a la costa, a Salinas, a tomar baños de San Vicente.

—Ajá.

—Lo menos tengo que estarme unos tres meses. ¿Quieres irte conmigo?

—Yo sí, señorita.

—Hacemos una cosa: te vas de lavandera y me ayudas a arreglar la casa. No te pago por piezas el lavado. Te pago el pasaje y la comida y te doy quince sucres al mes.

—Ya estuvo, señorita. Yo sí me voy.

—Entonces, yo te aviso la fecha.

Después de unos días, la señora doña Florencia, acompañada de Jacinta, emprendía viaje al balneario.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Como en ese tiempo María del Socorro no había visitado a su tía, no supo lo del viaje.

Cierta mañana, María del Socorro tuvo que llevar a la señora Dolores de Mariño una ropa de urgencia. A las diez estuvo en casa de don Angel.

De allí, como tenía por costumbre, fué al correo. Preguntó por cartas.

—María del Socorro Ibáñez, de Nueva York.

Cada vez que pronunciaba el nombre de esta ciudad, sentía peculiar satisfacción. ¡De Nueva York! Parecíale que la empleada se admiraba de que ella recibiera cartas de tal lugar.

—María del Socorro Ibáñez, repitió la señorita del Correo.

Buscó en el casillero de la estafeta, en el que tenía arriba la letra «I». Retornó a la ventanilla con un papelito en la mano.

—Tome.

—¿Esto qué es?, preguntó María del Socorro asombrada.

—El recibo del correo aéro. Tiene que reclamar la carta allá, dijo señalándole una ventanilla que estaba a la entrada de la oficina.

No entendió bien María aquello de correo aéreo, pero caminó hacia la ventanilla indicada, y presentó al empleado el recibo.

Tomólo éste y se lo devolvió.

—Tiene que firmarlo, pues.

—¿Firmarlo?

—Claro. Ja, ja,—rió el empleado. Pero vaya a traer una persona que la conozca.

—Si aquí siempre reclamo cartas.

—Aquí, nunca.

—Donde la señorita, en ese ventanilla.

—Oiga, dígale a la señorita que venga a hablar conmigo.

—Bueno.

María del Socorro estaba muy angustiada. ¡Qué raro era todo eso! Se preguntaba si le habría pasado algo malo a Juan.

—Señorita, hágame un favor. No me quieren entregar la carta porque dicen que no me conocen. Dice que hable usted con él. Yo siempre vengo acá por cartas.

—Como no. A ver, deme el recibo.

Extendió María el papel.

—Pero no lo ha firmado. Tome pluma. Fírmelo aquí abajo y ponga la fecha.

—Ay, señorita, si yo no sé firmar.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿No sabe firmar? Y cómo lee usted y escribe las cartas?

—Me las leen, pues. Yo no he aprendido a leer.

—Y ahora no se qué hacer. Yo no puedo firmar por usted.

—Sí puede, señorita. Firme no más. Si yo creo que el Juan está enfermo....

—Ja, ja. Bueno, qué me importa. Traiga acá. María del Socorro Ibáñez, ¿no?

—Sí, señorita.

—Ya está. Pero si le preguntan diga que usted misma lo firmó. ¿Entiende?

—Sí, señorita.

—Vaya por la ventanilla, que yo voy por adentro a hacerle entregar la carta.

Recibió María del Socorro la carta, tan emocionada, que no dió las gracias a la empleada. Miraba el sobre que tenía dibujado un aeroplano en la esquina izquierda. ¡Qué cosa tan rara!

Salió a toda prisa. Tenía fuertemente agarrado el sobre en la mano derecha. Andaba velozmente en dirección a casa de doña Dolores de Mariño.

—¡Señorita, señorita! Hágame un gran favor, — dijo jadeando cuando salió doña Dolores a la sala.

—¿Qué te pasa? ¿Te han querido matar?

—Una carta muy rara. No me la querían entregar. Véala, señorita.

—¡Ah! Del correo aereo.

—Sí.

—¿Y cómo dices que es algo raro?

—Así me pareció. Había que firmar un recibo. ¿Qué es ese correo, señorita?

—¿No has visto nunca un aeroplano?

—Sí, sí he visto.

—Bueno, estas son cartas que traen los aeroplanos y llegan más pronto. Las otras vienen en vapor.

—¡Ah!

—A ver, ¿quieres que te la lea?

—Sí, señorita, hágame el favor.

Doña Dolores de Mariño tenía especial predilección en leer cartas ajenas. Abrió el sobre introduciendo un dedo por el hueco que hiciera al romperlo. Desdobló el papel, y leyó.

—¡Ay! — decía María del Socorro a cada párrafo de la carta.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Cuando llegó a lo del mitin, no pudo contenerse:

—¡Jesús María!

Pintábase en su rostro el asombro, pero reía, reía.

—Huy, señorita. Viene Juan, viene Juan....

—Así veo.

—¿Y cuándo llegará el vapor?

—Anda a la oficina y pregúntalo.

—¿A qué oficina?

—¡Oh! A la agencia de esos vapores, aquí en el malecón.

Dióle las señas doña Dolores.

Inmediatamente María del Socorro marchó hacia las oficinas de la Grace Line. En otra ocasión no hubiera tenido la audacia de penetrar allí, pero ahora, en el colmo de su júbilo, era capaz de todo. Sin embargo, se detuvo indecisa en la puerta.

Un empleado la gritó:

—¿Qué quiere usted?

—Nada, señor. Venía no más a ver cuándo llega el «Santa». ¿Así no se llama?

—Acérquese, pues.

Entonces le dijeron el día. Tenía que esperar una semana. ¡Qué largo le pareció el tiempo!

Aunque ya eran las once de la mañana, María del Socorro no tomó el camino de su cuarto, sino que dirigióse al de la tía Jacinta, para comunicarle la noticia.

Y ella que decía que Juan era un sinvergüenza, iba pensando. Ahora verá.

Sentía la necesidad de contarle a alguien la llegada de Juan, a alguien que fuera de su condición, a una persona de sus afectos. María no comprendía bien esto, pero obraba así.

Le llamó la atención ver cerrada la ventana del cuarto de la tía. No obstante, golpeó la puerta.

Tuvo que insistir varias veces porque nadie salía a abrirle.

Al fin se asomó por la ventana del cuarto vecino una mujer.

—¿A quién busca?

—A mi tía Jacinta, señora.

—No está aquí.

—La voy a esperar aquí afuera, entonces.

—No está en Guayaquil se ha ido por tres meses a Salinas con la señorita Florencia Rodríguez. Así lo contó al menos a nosotras.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Ay! ¿Cuándo se fué?

—Ya van para cinco días. La semana pasada misma.

La contrariedad de no haber hallado a su tía no fué suficiente para opacar la alegría que experimentaba. Pero si tuvo un poco de tristeza.

Esa tarde planchó la ropa llena de entusiasmo.

En la noche, luego de dejar todo en su sitio, lavar las ollas y el plato de fierro enlozado, se arrodilló en la cama y dió gracias a la Virgen por el regreso de Juan. Después se durmió.

Pronto la despertaron unos golpes. Incorporóse en la cama. Preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, hombre, abre.

Reconoció la voz del señor Mariño.

—No puedo.

—¿Cómo? Abre, te digo.

—No, señor, no puedo.

—¿Quién está allí adentro?

—Nadie.

—Abre entonces.

—No puedo, señor.

—Echo la puerta abajo. Hago un escándalo, chola bruta.

Asustada, María del Socorro se levantó a abrir.

Pasó al cuarto el señor Mariño con el ceño fruncido. Hizo prender el candil. Sentóse junto a la mesa. Luego, callado, sin decir palabra, comenzó a desnudarse.

—No, señor, no, señor. Esta noche no.

—¿Cómo que no? ¿Qué es lo que te pasa?

El señor Mariño se había quedado en calzoncillos. Dirigióse a la cama. María del Socorro caminó al otro extremo del cuarto.

Don Angel, tranquilamente se acostó, esperando que ella fuera a su lado. Pero María del Socorro no se movía.

—Ven acá.

—No. No voy.

Se inquietó un poco el señor Mariño. Jamás había ocurrido eso. Notaba en María una firmísima resolución. Pero el no se dejaba. ¿Por qué? Chola canalla, pensó. Luego cambió de opinión. Se está haciendo la idiota, se dijo. Ha de querer más plata. Pero conmigo se vara, afirmó para sus adentros, sonriendo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

María del Socorro había dejado el candil encima de la mesa. Se mordía las uñas. Sentóse resuelta. Al levantar las miradas, vió la imagen de la Virgen de Las Mercedes allí arriba dulcemente iluminada por la débil llamita del candil. Se encomendó a ella con todas sus fuerzas. Le parecía que la virgen sonreía, que le decía que sí con la cabeza. Entonces, dijo:

—Vístase, señor Mariño.

—¿Qué es eso, atrevida?

Se indignó el señor Mariño. Estaba pálido. Se sentó en la cama y miró fijamente a María del Socorro. Levantóse después y marchó hacia ella.

La encontró de pie con las manos apoyadas en el respaldar de la silla en que había estado sentada. La tomó del brazo y quiso llevarla a la cama.

Pero María del Socorro se aferraba a la silla y no se dejaba llevar.

Cambió el señor Mariño de parecer. Sentóse.

—A ver, dime, por las buenas, ¿qué es lo que te pasa?

—Es que, señor Mariño, el sábado llega mi marido, y ya no quiero más.

—¡Jo, jo, jo! ¿Eso no más? No seas bobita. Si todavía no ha llegado. Anda, ven conmigo, cholita linda. Cuando él llegue, entonces yo ya no vengo más. Tú irás a buscarme. Yo tengo un cuarto. ¿Oyes?

—No, no quiero,

—Bueno, bueno, eso lo dejamos para después. Pero ahora sí. Anda, ven.

Estaba grotesco el señor Mariño en calzoncillos y en plantillas de medias, con su barriga abultada y saliéndole la lujuria por los ojos. Sintió asco María del Socorro.

—No, señor Mariño, no quiero.

—La última vez, nada más que la última vez.

—No.

—¡Desgraciada! ¡Perra! ¿Qué te imaginas? ¿Que yo soy un mequetrefe? Ahora vas a ver.

Levantóse y la tomó violentamente de la cintura. Quiso llevarla a la fuerza, pero ella luchaba con unas energías que antes no tenía.

El señor Mariño se fatigaba. Ya estaba sudando. Sentía ahogos.

Le dió un jalón formidable. Cayó encima de él el cuerpo de María del Socorro. La apretó fuerte, fuerte. Trataba de caminar con ella hacia la cama.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

María logró subir una mano hasta la garganta de don Angel. Con los dedos doblados empujó. El señor Mariño se asfixiaba. La soltó.

—¡Desgraciada! ¡Perra!

Intentó volverla a tomar. Se escurrió María por la pared.

—¡Te digo que vengas!

—No voy.

Haciendo un gran esfuerzo, don Angel se inclinó y la tomó de las piernas con el brazo derecho. Con el otro ceñíale la cintura. Levantóla en alto. María del Socorro meneaba las piernas. Sin querer, con una rodilla, golpeó la cara del señor Mariño.

Tuvo éste un acceso de rabia. La dejó caer en el suelo. Cuando ella se levantó dióle un bofetón.

—¡Ay! No me pegue. ¡Eso sí que no!

—¡Te pego, te pego, si te pego!

Volvió a abofetearla.

María del Socorro lloraba.

La abrazó el señor Mariño. María le clavó las uñas en el rostro.

Ya no pudo más el señor Mariño. Estaba agotado. Tuvo aún fuerzas para darla un puñetazo en el pecho. Cayó María contra la pared. Allí gritó:

—Voy a llamar a la policía.

—¡Perra! ¡Desgraciada! Me largo. Te vas a fregar.

Se vistió don Angel lleno de rabia.

Por las mejillas pálidas de María del Socorro las lágrimas corrían. Esto le daba aún más rabia al señor Mariño.

—¡Hipócrita!

Antes de salir, acercóse a ella y le dió otro bofetón.

—¡Imbécil! ¿Qué te has creído? Yo no necesito de ti. ¡Toma, perra! ¡Chola fea, inmunda, sucia!

Largo rato quedóse María del Socorro sentada junto a la mesa llorando. Aseguró luego el cerrojo de la puerta.

Alzó las miradas a la Virgen. Vióla sonreída, como satisfecha de su conducta. Sintióse consolada.

Pero le dolía el pecho. Se llevó la mano a él. Allí, muy adentro, muy adentro le dolía.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

* * *

Una mano regordeta abrió el toldo. Unos ojos chiquitos miraron el reloj que sobre la cómoda, frente a la cama, señalaba las ocho.

La luna del armario copió un cuerpo redondo que salía de la cama. Una mano acarició los híspidos cabellos. La otra rascaba la panza, por encima del pijama blanco con rayas azules; tenía un botón desabrochado y por la abertura que dejaba, salía un mechón de pelos negros retorcidos. Los pies buscaron las zapatillas, que estaban allí debajo, en la alfombra pequeña.

Don Angel Mariño comenzó a vestirse.

Primero estiró los brazos por encima de la cabeza y lanzó un enorme bostezo como si quisiera tragarse el cuarto entero. Luego los extendió a los lados apretando los puños.

Se ajustaba los botines de hule. Sentado en la cama, se calza. Levántase ya calzado y se pone los grandes pantalones de ancha cintura. Después, la camisa.

Va al lavabo el señor Mariño. Se afeita. Se lava los dientes. Cuando se pone el cuello, un cuello duro y alto, luchando con el botón de oro, silba «Traviata».

Se está anudando la corbata frente al espejo. Se mira regocijado. Baja los brazos. Se coloca de perfil. Trata de esconder un tanto la barriga.

Abre la mampara y llama.

—¡A ver, que le den cuerda al reloj! ¡No se olviden de arrancar la hoja del calendario! Todo hay que decirlo en esta casa porque si no, no se hace nada.

Va al comedor en mangas de camisa. Se sienta en la cabecera de la mesa. Suena las manos.

—¡El desayuno!

En ese momento entra al comedor doña Dolores.

—Buenos días, Angel.

—Buenos días. ¿Qué hubo del desayuno? Hace un rato que estoy esperando.

—Ya va, en seguida.

A los pocos momentos entra el sirviente con un trozo de carne y dos huevos fritos en una bandeja.

Mastica la carne el señor Mariño sin decir nada. Doña Dolores lo mira en silencio.

Luego viene el plato de avena con leche. A continuación, la taza de café.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Doña Dolores le sirve la leche de una jarrita. Al terminar, levanta la jarrita en el aire para hacer espuma. Así le gusta a don Angel. Echale después el café. Le pasa el azúcar. Acerca el pan. Abre una palanqueta y le unta la mantequilla.

Entonces doña Dolores se sirve a sí misma. Sólo café con leche.

Don Angel ha terminado su desayuno. Manda a buscar un cigarrillo. Se limpia los labios con la servilleta.

—Oye, Dolores, esta mañana no he podido ponerme la camisa de lo almidonada que estaba.

—¿Sí?

—Claro, todos los días es esto. Esa mujer está lavando muy mal la ropa.

—Nunca me lo habías dicho.

—Porque después me sales con que tengo mal genio, que todo el día regaño, en fin con la cantaleta de siempre.

—¡Jesús, que eres exagerado! Hace tiempo, Angel, que me has debido decir que la ropa no estaba bien para advertir con tiempo a la lavandera.

—Tú misma te has debido fijar bien en la ropa.

—Es que no se, pues, bien cómo es que te gusta al fin y al cabo. Para eso se habla. Si me hubieras dicho con tiempo....

—Tú te crees que esa gente entiende. Al principio son muy buenas. Después comienzan a dañarse y no hay medio de componerlas.

—No creo. Advirtiéndole....

—Ya vas a discutir. Lo mejor será que la despidas. Busca otra.

—Angel, no seas así. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Entonces quiere decir que tú prefieres a la lavandera. Claro, yo siempre debo ser el fregado.

—Hazme el favor de no tomar así las cosas.

—Despide a esa mujer. Ya no aguanto su manera de lavar. Te resistes sólo porque no he estado diariamente quejándome. Yo por considerado, por paciente, no lo hacía.... Pero uno no saca nada por las buenas.

—Pero es que nunca le he dicho nada. Esperemos una vez siquiera.

—No, Dolores, no. Hay que buscar otra.

—Me da pena botarla.

—Me exasperas, Dolores. Te digo que la botes. Mañana mismo.

—No la boto.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Pues no te doy un centavo más para lavado de ropa.

—¡Angel! ¡Qué malo eres! Te pondrás ropa sucia ...

—¡Bueno, aquí el que manda soy yo! ¡Y se acabó!

El señor Mariño da un puñetazo en la mesa, y hace temblar las tazas y los platos. Doña Dolores se asusta e instintivamente junta las manos. Le provoca llorar a doña Dolores. Se le humedecen los ojos.

—¡Angel, por Dios!

—Pero dame gusto. ¿Qué te cuesta? Ahorrémonos molestias, que no las merecemos por esa clase de gente. Dile mañana que ya no venga más. Si quieres, dile que yo te lo he dicho, que no me acostumbro con el lavado, lo que te dé la gana.

—Bueno, Angel. ¡Qué se va a hacer! Pero mañana mismo no.

—¿Por qué?

—Porque no viene. Ya le dí la ropa sucia. No vendrá hasta el domingo por la mañana. Le pagaré y le diré lo que quieres.

—Caramba, tengo que aguantarme la ropa de nuevo mal lavada. En fin, por no disgustarte, que sea el domingo. Mejor es así porque tendrás tiempo de buscar otra.

—Así es, Angel.

El señor Mariño se levanta, da un beso en la frente a su esposa y se va a su cuarto.

Allí vuélvese a mirar en el espejo. Está que se muere de risa. Se halla tan contento que se hace una mueca el mismo. Levanta los hombros varias veces rapidísimamente. Arquea las cejas. Silba. Entona una canción. Se pone la americana. Otra miradita aún. Murmura:

—Chola animal. Se fregó la bruta. Como si yo no le pagara....

Don Angel está colocándose graciosamente el pañuelo en el bolsillo de la izquierda, junto a la solapa, de la americana.

Sale al recibimiento. Toma el bastón de puño de plata y el hongo.

—Hasta luego, mujer.

* * *

Lo primero que hizo María del Socorro al levantarse esa mañana fué buscar en el patio un palo ancho, fuerte.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Había amanecido contenta. Lavó con gusto la ropa. Cantaba y cantaba refregando la tela entre las manos.

—¿Qué le pasa vecina que está tan alegre?

—El sábado llega mi marido, vecina.

—¡Huy! La felicito. ¿De dónde es que viene?

—De Nueva York. Me escribió por el correo aéreo.

—Entonces sabe hablar gringo. ¿Le traerá algún regalo?

—Puede ser. Pero los tiempos están tan malos por allá. Se le hacía muy difícil trabajar al pobre.

—¿Y va a quedarse viviendo aquí mismo?

—Así ha de ser.

Todo el día conversa con las vecinas sobre la llegada de su marido. Está parlanchina María.

Después del almuerzo se pone a coser un traje. Es un corte de zaraza que hace tiempo tiene guardado en el baúl. Con él recibirá a Juan. Se mira los zapatos entristecida. Si pudiese comprarme un par nuevos, piensa.

Pero ella los limpiará con betún. Quedarán brillantes. Dos reales no más cuesta la cajita de betún. Y con ella tendrá para mucho tiempo.

María del Socorro va a la calle y compra una vela. Es para la Virgen de las Mercedes que le ha hecho el milagro del regreso de Juan. Descuelga la imagen de la pared y la pone contra la piedra de planchar en la mesa. Coloca la vela delante. Allí la tendrá hasta que la vela se consuma.

—Vecina, vecina, venga a ver.

—¿Qué?

—La vela que le he puesto a la Virgen. Así es, ¿no?

—Sí, así es. ¿Por qué le ha puesto la vela?

—Es que me ha hecho un milagro. Yo le ofrecí a la Virgen una vela si es que hacía que regresara mi marido, y tengo que cumplir, pues, porque si no se enoja. Si la Virgen de las Mercedes es más milagrosa....

—Claro que sí. A mí también me ha hecho milagros, verdaderos milagros. Pídale que no se vaya a pique el vapor ni se coman los tiburones a su marido.

—¡Ay! No ha de pasar eso. ¿Hay muchos tiburones?

—Seguro. Si el mar está llenesito de tiburones, que son cazones grandotes, de esos que se comen en la cazuela. Y el tiburón tiene tres filas de dientes afiladísimos....

—No me haga asustar.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Es que hay que prevenirlo todo, vecina. A mí por eso no me gustan los viajes por mar. En tierra, todo lo que quieran.

—Pero por tierra no se puede ir a Nueva York. ¿O se podrá?

—¡Adiós! ¿Por qué no? Lo que pasa es que por mar es más corto y por eso andan por ahí...

Por la noche María del Socorro utiliza el palo que halló en el patio como tranca. Lo pone contra la puerta, y una pata de la cama. Ahora sí no podrá abrir nadie, aunque empuje toda la noche. Con el pestillo era muy fácil. Un empujón, y ya saltaba.

Se echa a dormir tranquila. Sueña con Juan.

A las cinco de la mañana María se dirige por el sendero angosto a la Iglesia de la Victoria. No es domingo, pero hay que oir misa ese día en agradecimiento. Cuando cantan las viejitas, ella también hace coro. Eleva la voz con un deseo profundo de que Dios la oiga.

Está inquieta. Llega a desear que termine pronto la misa. Se arrepiente en seguida y pide perdón por el pecado.

A las seis de la mañana toma su café.

No ha terminado aún el vestido nuevo, pero poco le falta. Un par de horas más será suficiente. Pero también tiene que lavar. ¿Qué hará primero? Se detiene indecisa en medio del cuarto. Al fin se decide y siéntase a coser. Cuando ha terminado la costura, se prueba el traje. Se va al cuarto de la vecina con quien guarda mayor amistad.

—¿Qué le parece, vecina?

—Muy bonito.

—¿Me queda bien?

—Seguro, vecina. Y ese color azul tan bonito. A mí me encanta.

—Lo he hecho para recibir a mi marido que llega a las doce. Jesús, me voy a lavar que no he hecho nada.

Todo lo hace de prisa. Acaso lavó mal esa mañana. A las once y media está escurriendo la ropa. Arroja el agua sucia de la tina. Cuelga las piezas del alambre del patio. Va a la llave y se lava los brazos, la cabeza, la cara. Entra mojada al cuarto. Se seca con un trozo de sábana.

María del Socorro ha sacado del baúl un espejito y se peina cuidadosamente. Luego se calza las medias. Se acuerda que no ha limpiado los zapatos. En diez minutos están listos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Le pican las piernas. Hace tanto tiempo que no se pone medias.

Ya está con el traje azul puesto. Canta un poquito, mientras arregla los pliegues del vestido. Se mira la punta de los zapatos que brillan. Se nota un poco los remiendos, pero no importa.

No ha preparado el almuerzo María del Socorro. No hubo tiempo para eso. Comerá después cualquier cosa.

Se va caminando hacia el malecón. Le laten las arterias de la inquietud que lleva.

Entra al muelle fiscal. Hay que andar con tiento por el muelle casi derruído. Aquí y allá están hundidas las tablas. Los barandales, en ciertas partes rotos, miran hacia afuera, hacia el río como dientes salidos.

Llega al filo del muelle.

En mitad del río está el vapor anclado. Acaba de fondear. Pregunta a un hombre si ese es el «Santa» y le responde el hombre que sí. Pero recién ha ido la Sanidad y la lancha de la Capitanía del puerto.

Más de media hora espera ya María del Socorro. Por fin divisa una lanchita que viene hacia el muelle. Le salta el corazón.

Son pasajeros. Sin embargo, busca con la mirada. No viene Juan. Se acerca otra lancha. Tampoco llega en ésta Juan. Y así, cuatro, cinco lanchas.

—¿Qué le pasa a Juan?, se dice.

Ya son las dos de la tarde. Juan no aparece. Está cansada María del Socorro. No ha almorzado. Pero sigue allí parada, la vista fija en el buque.

Un bote a motor viene por el río. Cuando está cerca del muelle, se levanta un hombre y hace señas con la gorra.

María cree reconocer a Juan, pero no contesta el saludo. No está bien segura. Sólo cuando lo ve subir los escalones viejos del muelle, sonríe convencida.

Trae Juan una maleta en la mano izquierda. En el brazo derecho doblado tiene el abrigo. María del Socorro se admira de verle tan rosado el rostro a pesar de su color moreno.

—¡Juan!, le grita cuando Hidrovo está por media escalera.

—Hola, María.

Juan Hidrovo le tiende la mano. Ella hace lo mismo sin darse cuenta exacta de ese modo extraño de saludarla, de esa facha elegante que le da el vestido de casimir gris.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Me demoré a bordo un rato porque tenía que terminar un trabajo. ¿Recibiste mi carta?

—Sí, Juan—contesta María del Socorro.

—Comienzan a caminar por el muelle. En la garita de la entrada se detienen. El guarda de aduana debe registrar la maleta. La abre Juan. Registra el guarda; y halla el corte de tela que comprara para María del Socorro.

—Esto no es de uso. Queda decomisado.

—Pero, señor, protesta Juan.

—¡Oh! ¿Quiere que además le pongamos multa?

—¿Qué es eso, Juan?—pregunta María del Socorro.

—Una tela que te traía para tí.

—¿Y por qué se la cogen?

—Porque dicen que es contrabando, que no está usada.

—Oiga—dice el guarda—si quiere llevar la tela, tiene que pagar veinte sucres de derechos.

—¡Ay, Juan! ¡Veinte sucres! Si por tres me puedes comprar una más buena.

—Deme no más la tela, señor. Mire que eso no vale allá sino muy poco—insiste Hidrovo.

—Déjalo, Juan. No me importa. Vámonos Juan—dice María del Socorro cuando ha visto el ademán de desprecio que hizo el guarda al escuchar las palabras de su marido.

Hidrovo ha sentido rabia. Aprieta el brazo de su mujer. Prende un cigarrillo oloroso, un cigarrillo americano. María del Socorro hace un tanto la cabeza atrás y aspira el perfume del tabaco con las narices dilatadas.

María del Socorro va mirando en el camino el rostro de Juan, admirada, enternecida, amorosa también.

XI

Día de domingo. Mañanita tranquila, dulce, plena de sol. Las campanas de las iglesias tañen desde la madrugada. Los tranvías pasan llenos de pasajeros que van en romer a al Cementerio o al Estero Salado. Los cholos se han calzado; andan despacito, asentando apenas los pies adoloridos en la prisión de cuero. Los cargadores de cacao se reúnen en las alamedas y en los parques; llevan sombreros de paja—la tostada—de bajísima copa y anchas alas, terciado a la derecha, muy terciado, y dejando asomar por allí un mechón de ensortijado pelo; los

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

pantalones se anchan abajo en forma de campanas; toda la ropa blanca luce el brillo que dejó la plancha sobre el almidón; toda la ropa está tiesa, fresca, dominguera....

Cruza la calle un camión. Adentro van unos hombres que llevan unas camisetas de colores a rayas y pantalones cortos hasta medio muslo. Son futbolistas. Vienen gritando los hombres. Ras-ras-ras-chis... pun....

Las muchachas se colocan las peinetas de colores en el cabello, el almidonado traje de zaraza, las medias moradas, los zapatos de taco y el gran lazo colorado en la cintura. En la mano empuñan el pañuelo, que algunas han perfumado con agua florida. Una punta del pañuelo está amarrada. Allí guardan las monedas para el domingo: cuatro, cinco reales para la carne en palito, el carrousel y la vuelta en el carro de Sucre y Vélez.

Salen en grupo. Hablan alto. Ríen, y a veces entonan bajito una canción. Caminan y caminan bajo el sol que las quema. Van al parque. A lo mejor hay allí un fotógrafo barato, y ellas se paran frente a la cámara y se retratan. Luego ven la fotografía, se la disputan. Otras compran una postal brillante que tiene en una esquina un corazón atravesado por una flechita y en el medio un caballero que besa a una dama.

Todas las cholas esperan el domingo como se espera un acontecimiento. El domingo se mete en las vidas y las empapa y las llena y las sacude de emoción. Tiene cara de fiesta. Tiene olor de hierba mojada. Tiene más sol, más luz, más alegría. Las mujeres, esas mujeres beben el agua del domingo y se refrescan en ella. Y pasan la mañana parlanchinas, ágiles, rientes. Pocas han de salir en la tarde. En la tarde hay trabajo.

María del Socorro no ha salido aún esa mañana. No ha ido a misa. Hasta muy tarde conversó la noche anterior con su marido. Poco entendía las narraciones de Juan Hidrovo. Pero preguntaba a cada momento con infantil curiosidad. Hidrovo es ahora para ella algo muy importante, muy grande. Cuando le habla de aquellas casotas tan altas de treinta, cincuenta pisos, cierra los ojos tratando de verlas. Le parece imposible que eso pueda existir, que Juan haya vivido allá....Hace mucho rato que tenía una pregunta en la boca, pero no se atrevía a hacerla. Al fin, se resuelve:

—Oye, Juan. ¿allí también hay carrousel?

—No como aquí. Hay en el verano, en «Coney Island», pero son de otra manera, más grandes.

—¡Ah!

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Juan le propone salir a pasear esa mañana. Son las diez ya. Recuerda María del Socorro que tiene que ir a entregar la ropa limpia a casa de la familia Mariño. Convienen en ir primero allá. Juan la esperará en la esquina.

Salen del cuarto. María, con su traje de zaraza azul y su lazito blanco en la punta de la trenza. Hidrovo viste gris. Lleva chaleco cruzado, zapatos amarillos. María del Socorro está orgullosa de andar con él. Le parece que todas las miradas se dirigen a ellos.

Por las ventanas de los cuartos vecinos los ojos curiosos de las amigas de María los ven alejarse.

Juan Hidrovo va pensando en algo muy serio; le ha causado mal efecto ese cuarto viejo, de caña. Es necesario cambiarse de habitación. Le duele tener que vivir así. ¡Tantos años ha vivido mejor! Piensa que pronto tendrá un buen trabajo. ¡Ah! Entonces....

En la esquina de la casa de don Angel Mariño se detienen. Ella avanza con el pequeño atado de ropa bajo el brazo. Sube. Está contenta. Una sonrisa hay en sus labios.

—Buenos días, señorita Dolores.

—Buenos. ¿Ya traes la ropa?

—Sí, señorita, aquí está.

—A ver.

Hace cuentas doña Dolores. Le paga el lavado.

—¿Y la ropa sucia, señorita?

—Ahora no....

—Sí es mejor, señorita. Yo vengo a la tarde, porque ahora me voy a pasear....Ha llegado mi marido....

—Ay, hija. Te tengo una mala noticia. Ya no puedes volver a lavar más.

—¿Por qué, señorita? ¿Está mal lavada la ropa?

—Yo no lo había notado, pero el señor Angel dice que sí, que ya no puede aguantar, que las camisas no le entran de puro almidonadas....

—Si un poquito de almidón no más les pongo....

—Lo cierto es que está muy disgustado. Se ha puesto bravísimo. Dice que no quieres que laves más aquí Yo qué voy hacer....No tengo la culpa.

María del Socorro no dice nada. María del Socorro ha bajado la mirada y tiene las manos cruzadas por delante. Adivina la causa de la despedida y sabe que es inútil insistir. Piensa en la escena de aquella noche, en lo bravo que se fué el señor Mariño, y en lo más hondo de sus meditaciones llega

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

a darle la razón. Una noche más, qué importaba. Ya lo había hecho antes. Tenía derecho don Angel. Siente un dolor enorme. Le dan ganas de llorar, de arrojarse a los pies de la señora Dolores y contárselo todo, todo....Pero no, eso no puede ser. Sufriría mucho la señora, y ella quedaría muy mal, muy mal. Hace un esfuerzo por no llorar. Se hunden apenas los extremos de la boca. Las comisuras de los labios bajan un poquito y le tiemblan, le tiemblan....Se acuerda que allá, en la esquina, Juan la espera, y esto le da fuerzas.

—Está bien, señorita, balbucea.

—No te cobro el suplido. ¿Qué más quieres que haga por tí? Solamente un sucre te desconté.

—Muchas gracias, señorita.

—Felizmente está aquí tu marido....

—Sí, señorita, pero acaba de llegar.

—Bueno, hija, hasta otro día.

—Hasta otro día, señorita.

Baja la muchacha la escalera. Tiene miedo de darle la noticia a Juan. No, no es miedo. Es un poco de pena: ya no tendrán para comer, no podrá hacerle las tortas de plátano que tanto gustaban a su marido. Soñó tanto esos días....Sin embargo, acaricia una vaga esperanza: Hidrovo puede conseguir trabajo.

Lo encuentra en la esquina fumando uno de esos olorosos cigarrillos, que todavía le quedan algunos.

—¿Ya entregaste la ropa?

—Ya, dice María del Socorro. Se queda unos segundos callada. Luego:

—Me ha dicho la señorita que ya no quiere el señor que lave más. Dice que van muy almidonadas las camisas....No me ha querido dar la ropa sucia....

—No importa, María. Mañana salgo a buscar trabajo. Vas a ver cómo encuentro.

María del Socorro cree con absoluta fe en que su marido hallará trabajo. Sonríe. Como antes, le toma la mano para caminar, pero Juan Hidrovo retira la suya suavemente. Es que eso no se acostumbra en Nueva York.

Caminan por toda la ciudad. Hidrovo no tiene moneda ecuatoriana. Aún le sobran tres dólares, pero como es domingo no los puede cambiar. Así se lo explica a María del Socorro, como excusándose de no gastar. A las doce regresan al cuarto cansados. Ella prepara la comida criolla: plátanos y

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

arroz. En media hora todo está listo. Almuerzan alegres, con esa alegría jovial y dulce de los humildes.

María del Socorro tiene un poco de vergüenza. De rato en rato, le salen los colores a la cara, junto con el recuerdo a la mente. Teme que Hidrovo llegue a saber que ha dormido con el señor Mariño, con don Nicolás Campoverde, con otros. No tiene con él la misma franqueza de antes. Hay algo que la hace reservada. Pero no comprende bien. Cree que por haber estado él ausente no ha cometido tan grave falta. Lo que es ahora, no lo haría por nada.

Juan Hidrovo también tiene algo dentro de sí. No sospecha nada, pero ve a su mujer cambiada: más pálida, flaca, los pechos caídos, y una angustia, un tono de desaliento al hablar. En su viaje soñó Hidrovo con los pechos de María del Socorro. Pocas mujeres los tienen como ella, se decía.

Salen por la tarde. Pasean. En el Parque de la Merced se han detenido. Allí, sentados en un banco, Juan le narra sus aventuras de Nueva York, le vuelve a contar la muerte de Claudio Barrera.

María del Socorro siente miedo, pero está feliz de que a Juan no le pasara nada.

—¿Y por qué pelean? pregunta.

—Porque tienen hambre. Pero eso no pasa aquí. Aquí hay de donde comer.

¿Y cómo aquí también hubo baleo?

—Fueron los políticos no más. Así me contaron y lo ví en los periódicos.

—¡Ah!

María del Socorro no ha entendido, pero queda satisfecha de la respuesta. Lo que Juan dice es lo cierto. El tiene siempre la razón.

Así transcurren las horas. A las seis de la tarde comen lo mismo que en la mañana. A las nueve, ya duermen, muy juntitos, bajo la imagen de la Virgen de las Mercedes.

En la noche despierta Juan a unos golpes en la puerta. María del Socorro quiere impedir que abra, pero no se atreve a decir nada. Se hace un ovillo, se cubre con las frazadas la cara. El corazón le sale por la boca. Se encomienda con todas sus fuerzas a la Virgen. ¿Será el señor Mariño?, se pregunta. Las ideas le cruzan la mente y la martirizan.

Juan Hidrovo se levanta malhumorado. Abre la puerta violentamente.

—¿Qué quiere aquí?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Y usted qué hace aquí?—dice el caballero que está afuera. No es el señor Mariño. Otro cualquiera.

—¿Cómo que qué hago aquí? Es mi casa.

—¿Su casa? ¡Ja! ¡Ja!

—Oiga, no se ría. Vamos a ver. ¿Qué es lo que quiere? Y si no....

—¡Cholo insolente!

—¡Cómo!

—¡Cholo insolente, digo! No sabe usted con quién está tratando. ¡Canalla!

Hidrovo no aguanta la injuria. Alza rápido el puño y lo descarga en la cara del otro.

El caballero cae sobre las piedras. Hidrovo se ha quedado allí mirándolo temeroso. Pasan unos segundos. El señor se incorpora. Mide con la mirada a Hidrovo. Sacúdese el polvo del traje y limpia con la manga el sombrero.

—Me he equivocado. Dispense usted.

—No hay de qué. Ya sabe que aquí vivo yo.

Juan Hidrovo ha creído oler a alcohol. Seguramente está borracho, piensa.

El caballero se aleja en la noche con la cabeza inclinada, temblando de coraje.

—¿Has visto?—dice Hidrovo a su mujer.

Nada responde ella. No podría hacerlo.

—No te asustes, María. Le dí un puñete. Es un borracho. Se ha confundido de cuarto. ¿Nunca te han venido a molestar?

—No—logra decir María del Socorro. Yo dormía con tranca....

—Lo que es ese no vuelve a venir. Te lo aseguro. Pobre, me ha dado pena. Pero me insultó, qué caramba, y tuve que pegarle. Anda, vamos a dormir.

* * *

Cuando María del Socorro salió esa mañana, todavía se quedó en el cuarto Hidrovo. Eran apenas las seis y media. Día lunes, día de San Vicente. Deseaba ir a la romería, allá, a la Iglesia que está en las faldas del cerro «Santa Ana», en el norte de la ciudad.

Se le había ocurrido tal idea al amanecer. Pensó que otro podría venir alguna noche. No volvería a pasar más sustos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Un poco de agua de San Vicente había que regar en la puerta. Con eso no pasaría nada.

—Oye, Juan,—díjole en la madrugada—me voy á ir a San Vicente para rogarle que te dé trabajo.

—Bueno, pues, anda. ¿A qué hora vas?

—Quiero llegar allá a las siete. A esa hora es más fácil coger agua, porque quiero traer un poquito.

—Bueno, pues, yo salgo más tarde. Primero voy a cambiar los dólares y después buscaré trabajo.

A pié anduvo María todo el largo trayecto desde su cuarto a la Iglesia. Salió por la calle Colón hasta la de Pedro Carbo, y por ésta continuó. Después del Correo, tres cuadras más allá, se llama Rocafuerte. A lo lejos, al comienzo de la calle por el lado del norte, subiendo un poquito el cerro, estaba la Iglesia, sobre el costado izquierdo.

No bien se acercó a la esquina, le salieron al encuentro los vendedores de milagros de San Vicente, unos muñequitos de bronce, unos mancos, otros cojos, representando todos los milagros que el santo había realizado.

—¡A medio, a medio, los milagros de San Vicente!

—Cómpreme este cojo que trae buena suerte.

—Cinco centavos no más los milagros.

—¡Milagros de San Vicente! ¡Los milagros!

María del Socorro ha sacado una moneda de su pañuelo y compra un muñeco de esos.

—¿Está bendito?

—Le echa no más el agua en la pila. Benditos valen un real.

—Bueno.

Ajusta el milagro en el puño y se mete en el portal. Hay que ir subiendo unas escaleras para llegar a la Iglesia. En las primeras gradas la detienen.

—¡La velas, niña, las velas! ¡Para San Vicente las velas!

—¡Velas de a real a medio!

—¡Una vela para San Vicente!

—¡A tres por un real las velas!

—¡Una medio y tres un real!

Algún trabajo le cuesta deshacerse de los vendedores. Llega al pórtico de la Iglesia. Está llena de gente. Por fin logra entrar, y va a la pila de agua bendita. Allí moja su muñeco, y luego lo besa.

Tiene que oír de pié la misa, que dura tres cuartos de hora.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Y usted qué hace aquí?—dice el caballero que está afuera. No es el señor Mariño. Otro cualquiera.

—¿Cómo que qué hago aquí? Es mi casa.

—¿Su casa? ¡Ja! ¡Ja!

—Oiga, no se ría. Vamos a ver. ¿Qué es lo que quiere? Y si no....

—¡Cholo insolente!

—¡Cómo!

—¡Cholo insolente, digo! No sabe usted con quién está tratando. ¡Canalla!

Hidrovo no aguanta la injuria. Alza rápido el puño y lo descarga en la cara del otro.

El caballero cae sobre las piedras. Hidrovo se ha quedado allí mirándolo temeroso. Pasan unos segundos. El señor se incorpora. Mide con la mirada a Hidrovo. Sacúdese el polvo del traje y limpia con la manga el sombrero.

—Me he equivocado. Dispense usted.

—No hay de qué. Ya sabe que aquí vivo yo.

Juan Hidrovo ha creído oler a alcohol. Seguramente está borracho, piensa.

El caballero se aleja en la noche con la cabeza inclinada, temblando de coraje.

—¿Has visto?—dice Hidrovo a su mujer.

Nada responde ella. No podría hacerlo.

—No te asustes, María. Le dí un puñete. Es un borracho. Se ha confundido de cuarto. ¿Nunca te han venido a molestar?

—No—logra decir María del Socorro. Yo dormía con tranca....

—Lo que es ese no vuelve a venir. Te lo aseguro. Pobre, me ha dado pena. Pero me insultó, qué caramba, y tuve que pegarle. Anda, vamos a dormir.

* * *

Cuando María del Socorro salió esa mañana, todavía se quedó en el cuarto Hidrovo. Eran apenas las seis y media. Día lunes, día de San Vicente. Deseaba ir a la romería, allá, a la Iglesia que está en las faldas del cerro «Santa Ana», en el norte de la ciudad.

Se le había ocurrido tal idea al amanecer. Pensó que otro podría venir alguna noche. No volvería a pasar más sustos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Un poco de agua de San Vicente había que regar en la puerta. Con eso no pasaría nada.

—Oye, Juan,—díjole en la madrugada—me voy a ir a San Vicente para rogarle que te dé trabajo.

—Bueno, pues, anda. ¿A qué hora vas?

—Quiero llegar allá a las siete. A esa hora es más fácil coger agua, porque quiero traer un poquito.

—Bueno, pues, yo salgo más tarde. Primero voy a cambiar los dólares y después buscaré trabajo.

A pié anduvo María todo el largo trayecto desde su cuarto a la Iglesia. Salió por la calle Colón hasta la de Pedro Carbo, y por ésta continuó. Después del Correo, tres cuadras más allá, se llama Rocafuerte. A lo lejos, al comienzo de la calle por el lado del norte, subiendo un poquito el cerro, estaba la Iglesia, sobre el costado izquierdo.

No bien se acercó a la esquina, le salieron al encuentro los vendedores de milagros de San Vicente, unos muñequitos de bronce, unos mancos, otros cojos, representando todos los milagros que el santo había realizado.

—¡A medio, a medio, los milagros de San Vicente!

—Cómpreme este cojo que trae buena suerte.

—Cinco centavos no más los milagros.

—¡Milagros de San Vicente! ¡Los milagros!

María del Socorro ha sacado una moneda de su pañuelo y compra un muñeco de esos.

—¿Está bendito?

—Le echa no más el agua en la pila. Benditos valen un real.

—Bueno.

Ajusta el milagro en el puño y se mete en el portal. Hay que ir subiendo unas escaleras para llegar a la Iglesia. En las primeras gradas la detienen.

—¡La velas, niña, las velas! ¡Para San Vicente las velas!

—¡Velas de a real a medio!

—¡Una vela para San Vicente!

—¡A tres por un real las velas!

—¡Una medio y tres un real!

Algún trabajo le cuesta deshacerse de los vendedores. Llega al pórtico de la Iglesia. Está llena de gente. Por fin logra entrar, y va a la pila de agua bendita. Allí moja su muñeco, y luego lo besa.

Tiene que oír de pié la misa, que dura tres cuartos de hora.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

A la salida hay que ir a tomar el agua de San Vicente. Es al lado de la Iglesia, en un departamento cuadrado, grande. Hay hasta seis botijas llenas, unas enormes botijas. Cada persona lleva una botella y la va llenando del agua en las botijas. María del Socorro también ha llevado su botellita. Cuando le llega el turno, mete el brazo adentro y la llena. Luego le tapa con un rollito de papel de periódico.

Está muy contenta. María del Socorro va de prisa. Quiere llegar al cuarto cuánto antes. Apura el paso.

Hay que andar con cuidado. Los autobuses pasan cargas de gente en todas direcciones. De frente, viene por la «Boca del Pozo» el tranvía eléctrico. Por la «Boca del Pozo» se va a la cárcel, luego se pasa por el Hospital, más allá está el Cementerio. Todo eso se llama «La legua». A María del Socorro le da temor pasar por allí. De noche no lo haría nunca. Ha oído hablar mucho de esos lugares. Se cometen por ahí muchos crímenes. Lo dicen los periódicos.

Sigue la marcha a pié hasta su cuarto. Son las ocho y media de la mañana. Está acalorada con su botellita en la mano. Ya Juan se ha ido.

Echa un poco de agua en la palma de la mano, y la esparce sobre el catre viejo, en el suelo, en la mesa. Luego sale afuera y aguaita por si alguien la ve. Cuando está segura de que nadie la mira, con la misma botella echa el agua en la puerta y en las piedras que están junto a ella.

Entra. Cierra la puerta. Descuelga del clavo el jarrito de hoja de lata y bebe en él dos tragos del agua de San Vicente.

¡Qué gusto tiene María del Socorro! ¡Qué tranquilidad! Sentada en el catre viejo, se descalza. Levanta las piernas y mueve en el aire los dedos de los pies, que le duelen con el andar tan ligero que traía.

* * *

Juan Hidrovo se ha encontrado en la calle con un viejo amigo. Fué, como él cacahuero. Lo halla en el Malecón, vestido de camiseta y pantalones de dril de un color indefinido. Va descalzo. Tiene amarrado al cinto un trapo ancho. Un sombrero de paño que ha perdido su forma, agujereado, todo roto, le cubre apenas la cabeza. En lo alto del sombrero está prendida

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

una gran aguja, que sirve para coser los bultos, cuando se trata de enfardelar.

—¡Hey! ¡Juan Hidrovo!

—¡Adiós, Pedro!

—¡Qué futre andas! ¿Acabas de llegar?

—Sí. Llegué el sábado. ¿Qué haces vos?

—Cargando no más.

—¿No estás de cacahuero?

—No hay trabajo, Hidrovo. Esto está fregado. Ya no se gana nada. Cuando más, un sucre al día. Antes se salía a la calle, y lo menos que se hacían era cinco sucres facilitos, en el tiempo en que no había cosecha. El tiempo de cacao, la pasábamos requetebién. Ya no pagan los blancos lo que antes. Ayer no más se murió la difunta mi hija y no tenía para el velorio. Tuve que andar pidiendo como caridad para comprar la caja y pagar los derechos de la mortuoria, porque hasta para enterrar difuntos hay que pagar. Me emborraché después. Yo te hubiera invitado si hubiera sabido que habías llegado. Los de la liga llevaron puro. Aquí tengo desde bien de mañanita y no pesco nada. Y la mujer que es una vaina: ya la tengo otra vez pipona. Otro hijo y no se qué hacer. ¿Por què te has venido vos?

—Allá, en Nueva York, está la cosa muy mal. No hay trabajo para nadie y menos para los extranjeros. Y lo que es allá cualquierita se muere de hambre. Si se te muere un hijo, nadie te da para la caja. También es cierto que allá entierran gratis, creo yo.

—Me iré entonces cuando me vaya a morir. Antes de estirar la pata me largo. Ja, ja.

—No te juegues. Yo no se lo que pasa allá con tanto oro que hay. ¿Aquí no hay oro?

—No, hombre. Papelitos y monedas de cobre. Dicen que los sucres son de plata, pero yo no lo creo. Más delgaditos que son....

—Bueno, oye, Pedro, ¿y en qué se puede trabajar?

—Allí verás. Lo primero que tienes que hacer es quitarte la futreza y ponerte como yo para poder pescar algún carguío. Si no, te comen los ratones.

—Yo pensaba ir a la oficina a ver si puedo volver a cargar cacao.

—Ni te creas. ¿Y no has traído plata?

—Tres dólares no más. ¿Vos sabes dónde los puedo cambiar?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Aquí no más, en 9 de Octubre, hay casa de cambio.

—Acompáñame, pues.

—Vamos.

Llegaron a la casa de cambio. Juan Hidrovo acercóse a la ventanilla y mostró sus billetes.

—¿Puede hacerme el favor de cambiarme esto, señor?

—A ver. Como no. Cuatro veinte.

—Bueno, pues.

Recibió Hidrovo los doce sucres y sesenta centavos, muy contento. Después supo que el cambio era de cinco sucres. Le habían robado.

—Invítame un puro, dijo Pedro.

—Ya estuvo, hermano.

Se metieron en una cantina. Bebieron dos tragos que pagó Hidrovo. Luego despidióse de su amigo.

—Voy con todo a la oficina. Puede ser....

—Ni creas. Anda, pues, si quieres. Más que seguro que esta tarde te pones en facha. Yo consigo en las oficinas de por aquí uno que otro bulto que enfardelar y llevar al ferrocarril. A veces hay varios y necesito de otro. Si quieres, trabajamos juntos.

—Ya estuvo.

Hidrovo no logró obtener nada en la oficina exportadora de cacao. Le dolía tener que trabajar de simple cargador, pero no encontraba otro remedio. Marchó a su cuarto, dióle a María del Socorro lo necesario para la comida, y no salió esa tarde. Empezaría desde la siguiente mañana.

—¿Ya estás empleado?—preguntó María del Socorro.

—No, María, no hay trabajo.

—Ay.

—Voy a volver a ser cargador. Pero no importa. La situación ha de mejorar. Tenme listo para mañana un pantalón viejo que hay allí en mi maleta. Una camiseta también.

—Bueno, Juan. Oye, yo puedo buscar cocina. Sí he de conseguir. Eso es mejor que ser lavandera, porque dan comida.

—Todavía no, María. Aquí tengo algunos sucres todavía. Después de unos días. Primero hay que ver si consigo algo. Yo no me desanimo en seguida. Oye, mándate a componer esos zapatos porque yo te pago la compostura. Anda donde el zapatero.

—Se sonrojó María del Socorro mirando los zapatos rotos. Fué a la zapatería.

—Dos sucres vale.

—Toma. Dile que estén pronto.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Para mañana dice que están.

¡Qué bueno es Juan!, pensaba María del Socorro. Esto lo atribuía además al agua de San Vicente. Entonces tuvo una idea. Tomó el jarro de hoja de lata y lo llenó hasta la mitad del agua del santo.

—Oye, Juan, toma este poquito de agua. Vas a ver que San Vicente te ayuda....

—No, hombre, yo no tomo eso. Para que el Santo ayude no hay necesidad de beberse el agua. En Nueva York no se acostumbra eso.

—Sí, Juan, toma no más. ¿Qué pierdes con eso? Pero cierra los ojos y piensa con fe en que el Santo te va a dar trabajo. Así me dijo el padre.

—Ja, ja. Bueno, pues, trae acá.

Apuró Juan el agua. No era cierto que no creyera en el santo. En el fondo guardaba mucha fe y mucho respeto por esas cosas, pero se avergonzaba de confesarlo, él, un hombre que había viajado, que había vivido en Nueva York. Y lo que es a bordo, los marineros sólo en los días de tormenta se acuerdan de que Dios existe. Sin embargo, en las tardes de sol, tendidos en la cubierta, contaban historietas de milagros. Pero insultaban a los santos. Decían que así eran más buenos, más milagrosos.

A las siete de la mañana del siguiente día, Hidrovo está en pié. No se resuelve a salir sin zapatos y se los pone. En camiseta si se va y con el pantalón viejo que María sacó de la maleta.

Camina agachando la cabeza. No sabe por qué siente vergüenza de andar así. Tiene contraídos los labios. Anda ligero y rehuye las miradas de la gente.

Cuando ve a su amigo Pedro sentado en una piedra fumando un cigarrillo, experimenta alivio.

—Aquí estoy, pues, Pedro.

—Ajá. Ven, pues. ¿Por qué no te has quitado los zapatos?

—Es que como allá se anda siempre con zapatos, resulta de que se acostumbra uno y la planta del pié se hace fina y me dolían cuando salí y caminé en las piedras. Después me los quito. Poco a poco, pues.

—También eso es cierto. Fíjate en mis patas. Están hechas callos. Estas son patas de hombre: Aquí no entra un clavo.

—Ja, ja. Bueno, pues, ya verás las mías también.

—Oye, cuenta, pues, de Nueva York. Tantísimos años que has estado por allá.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Juan Hidrovo se sienta al lado de su amigo y va surciendo la narración de sus aventuras. A veces, exagera un poquito. Le cuenta de sus viajes, del mar, de los días de temporal. Describe lo mejor que puede las maniobras de a bordo. Luego ha de hablar de Nueva York. Habla, habla largo, muy despacio, con ondulaciones en el acento, con caídas en cada terminación de frase. Hay momentos en que suspende el relato. Le parece, entonces, que él no conoce Nueva York. Quiere hablar de todo lo que hay allí, pero no puede. Le faltó tanto que ver. Si no conoce todas sus calles. Se ve precisado a mentir. Cada vez que comienza a hablar de algo nuevo, tuerce la cabeza a la izquierda y mira de soslayo. Se ha reservado para el último lo del mitin. Allí si que se luce. Cuenta con preciosos detalles, desde los comienzos de la manifestación, exagera a la máximo su amistad con el tío, ese hombre tan raro que se ha ido quien sabe adonde, hace resaltar que él, Juan Hidrovo, fué uno de los principales, uno de los jefes. Se entristece de la muerte de Claudio Barrera. Pedro interrumpe:

—Allí me hubiera gustado estar. Palabra de honor. Yo soy bien verraco, por Dios.

—Ya te hubiera querido ver. Da miedo eso. Esos policías no son como los de aquí. Si los vieras, son bien altotes y fuertes y tiran el palo que da miedo.

—¡Oh! Se les da una cabezada. ¿Y el suelazo? Ellos no saben pelear así.

—Cierto es, pero es que pegan de lejos.

—Adiós, se le hace la quimba.... Yo he jugado futbol para que sepas....

Transcurre la mañana, y Juan Hidrovo no ha conseguido ningún trabajo. Son las once y media. Allí, en la esquina, está la fonda de la serrana Victoria. Hidrovo invita a su amigo a comer.

Un real no más cuesta el caldo de pata. Comen arroz con plátanos, plátanos maduros, coloraditos, sabrosos. Beben chicha de jora.

—Está buena la chicha.

—Y agarradora.

Cuando llega el momento de las cuentas, Pedro enreda a la serrana. Hace que Hidrovo no pague todo el consumo. Le roban dos reales. Y a la salida del fogoncito que está allí, de la parrilla que está encima del fogón, Pedro hurta hábilmente un plátano. A la vuelta de la esquina lo come riéndose.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Oye, le dice Hidrovo, tú le has hecho chivo a la serrana y te has robado un maduro.

—¡Adiós! Las cosas no son de su dueño sino de quien las necesita.

—Pobre longa.

¡Qué pobre ni que longa! Si está rica la serrana. Ella también mete uña cuando puede. Pero conmigo se vara.

—Yo no se robar.

—Eso no es robo. Se llama finanza. Tanto que hablas, ¿no has sido tú el que llevaste la mejor parte? Hubieras pagado más.

—Si, pero ...

—No juegues, hombre. Hay que ser vivo. El pescado grande se come al chico.

Hidrovo termina por reírse. Vuelven a sentarse en la piedra. Reposan la comida. Juan saca cigarrillos americanos y le brinda a Pedro.

—De ésto no habías dado. ¡Qué rico! Te estabas haciendo no más.

—Ya no me queda sino una cajetilla.

Pedro se acuesta junto a la piedra y levanta una pierna cruzándola sobre la otra.

A eso de las dos de la tarde lo llaman a Pedro. Hay un trabajo en la oficina donde ya lo conocen.

—Anda, ven, Hidrovo. Puede ser que también haya para tí.

Son cinco bultos que hay que enfardelar, marcar y llevar al ferrocarril. Los pagan a treinta centavos.

Van a comprar el crudo. Pedro se queda con una diferencia a su favor.

—Vos eres una vaina,—dícele Hidrovo.

—Ja, ja. Aprende no más.

Tienen que forrar los bultos de crudo, luego coserlos. Cuando todos están cosidos, toman el frasco de tinta y la brocha y los marcan por un extremo con las iniciales que les indican en la oficina. Entonces los llevan a la estación del ferrocarril.

Al regreso, una vez que en la estación han pesado la carga, y les han entregado el boleto con la firma del Jefe, les pagan un sucre y cincuenta centavos por el trabajo.

—A ver, toma—dice Pedro ya afuera—. Son tuyos setenta y cinco centavos. ¿Eso no es la mitad?

—Sí, está bien.

—Ya vez como no siempre meto uña. Eso yo se cuando lo hago.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

* * *

A las once de la mañana María del Socorro comienza a preparar la comida. Pero antes ha tomado otro traguito del agua de San Vicente. Sale a comprar dos reales de carne. Canta María del Socorro mientras que con el cuchillo abre la carne. Después la sala. La coloca en los fierros que hacen de asador. Está ahora poniendo el arroz. Echa la manteca. Cuando ya cree que es tiempo, clava la cuchara de palo en la olla, sobre el arroz. Así se conoce el punto. Aparta un poco la olla del fuego y pone dos plátanos á asar.

Pero Juan no llega. A cada momento sale a la puerta y mira a la calle. Ya la comida está lista.

Ya mismo ha de venir, se dice.

Son las doce. La comida se enfría. Piensa que debe ser la demora por algún trabajo. Pobre, tener que trabajar de cargador, medita. Y lo que le dolerán las espaldas. Pero él es bien fuerte. Se acuerda del puñetazo de la otra noche.

María del Socorro comienza a impacientarse. Siente angustia. ¿Le habrá pasado algo? Es la una de la tarde. Sufre ahora María del Socorro. ¿Le habrán contado a Juan que entraban hombres por las noches a su cuarto? Y esta pregunta que se hace la llena de zozobra.

Hace tiempo que María del Socorro no llora. No puede contener las lágrimas esta tarde. Cuánto sufre, María. Con el filo del traje se enjuga el llanto.

Ya cerca de las dos apenas prueba bocado. No siente hambre. No sabe si salir a la calle a buscarlo. Puede venir entre tanto. ¿Y qué diría de no encontrarla?

Es horrible todo lo que pasa en el corazón de María del Socorro durante esas horas. La muerde la angustia de la espera. Quiere coser algo por entretenerse. No puede. Le reza a la Virgen. Se encomienda a San Vicente.

—¡San Vicente lindo, haz que venga pronto!

Así pasa hasta las cinco. Le duele la cabeza. De repente Juan Hidrovo entra.

—¿Qué te pasó?

—Nada, María. Tuve que quedarme porque de un momento a otro podía presentarse algún trabajo.

—Yo te he esperado muerta de miedo.

—¡Oh! ¿Por qué? Almorcé en una fonda, en el Malecón. No tuve tiempo, pues, de venir.

—Es que me parecía que te había pasado algo malo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—A mí no me pasa nunca nada.

—¿Y conseguiste algo?

—De tarde tuve un trabajito. He ganado siete y medio no más. Veremos mañana. El Pedro me consiguió el trabajo, porque con él voy a seguir siempre, porque conoce muchas oficinas adonde siempre hay algo que hacer. Nos pagaron uno cincuenta por cinco bultos y nos dividimos la ganancia. ¿Vos no te acuerdas del Pedro? Un buen muchacho. Era cacahuero en la misma oficina.

—Ah.

—Tampoco puede él conseguir nada de cacahuero. Dice que los tiempos están malos.

Conversan hasta las seis. María del Socorro calienta la comida de la mañana. Ahora sí tiene apetito. Y ve comer a Juan que lo hace con tanto gusto....

Juan Hidrovo fuma sentado a la mesa. María del Socorro lava los platos y las ollas. La luz del candil se quiebra sobre la cama. Hidrovo quiere salir, e invita a pasear a María del Socorro.

Es tiempo de chirimoyas. Por la avenida Olmedo las venden baratas y sabrosísimas.

—¿Quieres ir a comer chirimoyas?

—¡Bueno!—dice María del Socorro entusiasmada.

Salen a Pedro Carbo. Allí tuercen a la derecha. Atraviesan el parque de San Alejo. Dos cuadras más allá está la avenida Olmedo. Una plaza se presenta. En medio se levanta la estatua de José Joaquín de Olmedo. A la derecha se afilan los árboles hasta más allá de la calle Chile. Del otro lado se va al río. Por los muelles saltan las chirimoyas y los vendedores improvisan puestos en la plaza.

Sobre unas tijeras de madera colocan una tabla grande. Encima están las apetitosas chirimoyas. En una esquina de la tabla hay un farol de vidrio que tiene adentro una vela encendida.

—¡Las buenas chirimoyas!

—¡A ver, casera, las chirimoyas!

—¡A tres por medio! ¡Venga, venga!

—¡Por acá las mejores! ¡Por acá las mejores!

Juan Hidrovo y María se detienen en uno de los puestos.

—Estas parecen buenas—le dice Juan.

—Sí. Están grandotas.

—Hace muchos años que no como chirimoyas. Desde que me fuí de aquí.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Cómete ésta.
—¿Y vos?
—Ya voy a coger.

La fruta tierna se abre suavemente, con las manos. Son olorosas. Olorosas a carne del trópico. Muy dulces.

Comen alegres. Soplan para arrojar las pepitas al suelo.

—¿Quiere papel? Aquí tengo—dice la vendedora.

—¿No quieres más?—pregunta Juan.

—¡Ay! No. Si estoy llenísima.

—Llevaremos al cuarto para mañana.

—Ya estuvo.

—Oiga, señora, ¿cuánto es?

—Real y medio no más.

—A cómo son, ¿ah?

—A dos por medio.

—Llevando bastante, ¿no me da más barato?

—Le doy a cinco por un real.

—¿Nada menos?

—Llévese mejor esta bolsa bien grandota por cuatro reales.

—A ver, démela.

Guarda las frutas la vendedora en una bolsa de papel y la amarra luego con una piola. Hidrovo paga. En el brazo izquierdo lleva el paquete.

Los árboles se mueven. Los farolitos hacen señales a la noche. Viene del río una brisa agradable que acaricia. La luna, clarita, clarita, deja caer su luz soñolienta sobre los árboles, sobre la brisa, sobre las chirimoyas.

Una vela se apaga dentro de un farol.

—¡La buenas chirimoyas!

.....

XII

Todo el que pasa por esa calle, al llegar a la esquina del Malecón, a la esquina afilada y desigual, que en la perspectiva corta por el medio el edificio de la estación del ferrocarril, ve un pié desnudo.

Por los dedos abiertos, llenos de tierra, va saltando una mosca. Se detiene en uno y frota sus patitas. Por ese lado de la calle es lo único que se ve sobresaliendo de la esquina: ese pié desnudo, con tierra, y esa mosca encima de los dedos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Pero la gente pasa ligero sin reparar en el pié. Es la una de la tarde y todos van al trabajo. Los más son empleados de oficinas. Cruzan rápido la calle. Además, ese pié no llama la atención a nadie, porque se puede encontrar a cada paso, a cada esquina, en cada portal.

Si alguien se detiene y da vuelta a la otra calle por mirar lo que sigue al pié desnudo, se encuentra con un pantalón de dril café que tiene a lo largo unas rayas negras. En la cintura un trapo blanco amarrado, un trapo que fué blanco, que ahora es gris de la suciedad. Luego, la camiseta de algodón. Y los brazos cruzados en la cara. Apenas, por debajo del codo, se ve una boca abierta que respira con el ritmo del sueño.

De repente el hombre que está allí dormido estira los brazos y abre los ojos. Se incorpora. Bosteza largamente. En seguida se pasa la mano derecha por los cabellos ensortijados. Los mechones de pelo, erguidos, tienen en lo alto una curva hacia adentro. Parecen signos de interrogación. Con las manos los asienta una y otra vez. Bosteza de nuevo. Se queda un rato sentado, con la mirada fija en el suelo. Al fin, se levanta y camina hacia el frente, hacia la estación del ferrocarril.

El sol quema las calles. Se refleja en el asfalto y el pavimento parece brillante, como si le hubieran dado lustre con una escobilla. Es casi perpendicular el sol esa hora. Se siente que su calor penetra por los poros. Los hombres se enjugan el sudor de la frente. Se pasan los dedos en un agil movimiento, los sacuden y caen las gotas de sudor al suelo, dejando gotitas.

Allá, en la puerta de la estación, junto a un camión cargado con sacos de harina, esta Pedro.

—¿Ya dormiste, Juan?

—Seguro. Sólo me tomé un caldo de pata. Es rico dormir a esta hora.

—Yo estoy aquí esperando para saltar unos sacos de papas.

—Sí, ya me dijiste, hombre. Por eso he venido.

—Me había olvidado.

Juan Hidrovo tiene ya dos meses de haber llegado. Después de que se le terminó el poco dinero que trajo, se le hizo más dura la vida. Tenía que conformarse con los centavos que ganara cargando aquí un bulto, enfardelando allá otro. El, cuando podía, almorzaba algo en la calle. María del Socorro cocinaba sólo una vez al día. La ropa que Juan trajo de Nueva

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

York habíala vendido. Ahora no tenía más que dos o tres pantalones viejos para el trabajo y algunas camisetas de algodón.

Si no tenía nada qué hacer, lo que ocurría casi siempre por las tardes, a las cuatro se iba al cuarto a comer con María del Socorro. Sólo arroz con frejoles comían, pero eso sí bastante, en grandes platos. Así, esperaban hasta el siguiente día.

Ya había convenido Juan con su mujer en que ésta consiguiera trabajo de cocinera o de lavandera. Preferían lo primero porque podría sacar comida. Además, María se cansaba menos con ese trabajo. El planchar la fatigaba demasiado. Todas las mañanas María del Socorro buscaba trabajo, pero hasta ahora no lo encontraba. Cuando subía a una casa en que necesitaban cocinera, la exigían certificados y recomendaciones, no tanto de buena conducta sino también sobre sus habilidades en la cocina. Y María del Socorro no podía presentar tales recomendaciones.

Debían ya dos meses el arriendo del cuarto, y estaban notificados para desocuparlo. Como en ese mes no abonaran lo que debían, le botarían los trastos a la calle.

Juan Hidrovo se estaba acostumbrando a esa manera de vivir. Y una gran indiferencia le tomaba el espíritu. Le gustaba echarse en los portales y cerrar los ojos. Sus ratos mejores eran los que pasaba con su amigo Pedro. Pedro siempre era jovial; no le importaba nada. Cuando no tenía con qué comer, fácilmente lo remediaba hurtando hábilmente que ya una torta, que ya un plátano asado de la fonda de la serrana Victoria o de cualquiera otra, cuando no se robaba la fruta de los vendedores ambulantes o hacía la trampa al dulcero quitándole un par de pasteles de pollo.

Fué una tarde, a las cinco, que llegó el cobrador a notificar que desocuparan el cuarto.

—A ver, el recibo.

—No puedo todavía pagarle—habíale respondido María del Socorro.

—¿Y usted cree que yo voy a estar viniendo toda la vida por seis sucres?

—Pero es que, señor, los tiempos están malos y mi marido no tiene trabajo.

—Eso no le importa al dueño. Ni le va ni le viene que su marido trabaje. ¿Dónde está su marido?

—Juan, Juan, ven acá.

—¿Qué pasa?—dijo Juan saliendo a la puerta.

—Oiga usted, ¿cuándo va a pagar el arriendo?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—La otra semana, veremos, pues.

—Le advierto que tengo orden de decirles que se vayan.

—Bueno, pues, pero ahora no puedo cambiarme.

—Hoy estamos quince y debe usted dos meses de arriendo. Si hasta fin de mes no paga, le boto los trastos a la calle.

—Está bien, pues.

Cuando el cobrador se hubo marchado, María del Socorro, asustada, le había dicho a Juan:

—Ay, nos van a botar los trastos.

—No, hombre, no hacen nada. Por gusto dice el hombre ese.

—Ni creas. Si yo ya he visto que una vez le botaron las cosas a una vecina. El mismo cobrador. ¿Cómo vamos a dormir en la calle?

—Nó, María, no dormiremos en la calle. Si nos botan, no importa. Buscamos otro cuarto. Si hay bastantes desocupados, ahora con la crisis.

A Juan no le importaba nada. Su amistad con Pedro habíale hecho así. Además, tenía esperanzas de conseguir trabajo. En Guayaquil nadie se muere de hambre, pensaba. Cuando lee los periódicos y ve que anuncian que ya la crisis va a pasar, les dice a sus amigos o a María del Socorro:

—Ya ven. ¿No lo decía yo? Aquí es distinta la cosa. Si vieran como es en Nueva York. Eso sí que es macanudo. Esto es muy chico. Pronto habrá bastante trabajo.

Pero María del Socorro no ha quedado satisfecha con lo que Juan le dijo la tarde en que se presentó el cobrador a notificarlos que desocuparan el cuarto. Calla tranquilamente, y en su interior va tomando cuerpo una resolución. Espera hasta el día siguiente. Cuando Juan se ha ido, a las siete de la mañana, ella se arregla un traje, lo remienda, lo plancha. Luego, de rodillas en el catre viejo, le reza a la Virgen de las Mercedes.

Sale María del Socorro a las diez. Se va por esas calles, meditando, meditando.

Quiere ir donde la familia Arana. Tal vez la reciban de nuevo. Ha pasado tanto tiempo desde que la botaron. Rogaría, trataría de volverse a explicar. Las señoritas Arana la conocen. Es en la única parte en que puede conseguir trabajo.

En el amplio zaguán se detiene indecisa. Despacito, casi sin mover los labios, reza una oración. Luego sube las escaleras. Hinca el timbre del portón. Una sirvienta sale a abrir.

—¿Quién es?

—Yo que quiero hablar con la señorita Julia.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿De parte de quién?

—De María del Socorro, dígale.

A los pocos minutos sale la señorita Julia. No ha cambiado en nada. A María del Socorro le parece idéntica que la primera vez. En su imaginación cree que no ha transcurrido un solo día desde que cocinaba allí. Recuerda con precisión ese tiempo y cree que fué el más feliz, el más dulce de su vida.

La misma señorita Julia tira del cordón que agarra el pestillo de la puerta de rejas. María empuja suavemente y comienza a subir el resto de la escalera.

—Buenos días, señorita Julia.

—Adiós, María. ¿Usted aquí? ¿Ya no eres farrista?

—Señorita, si yo no he sido nunca eso.

—Si me acuerdo que te largaste una tarde y nos dejaste sin comida. Por eso fué que saliste de aquí. ¿No te acuerdas?

—Sí, señorita, por eso fué. Pero yo no tuve la culpa, se lo juro. Ustedes estaban muy molestas. Yo salí no más a ver a mi tía. Se lo juro, señorita que así fué.

—Puede ser, María. Oye, estás bien flaca.

—Sí, señorita. Estoy medio mal.

—¿Qué te pasa?

—Nada, señorita. Ni yo misma se.

María del Socorro parada en la sala de la familia Arana no sabe qué decir, no acierta a solicitar el empleo. Se frota las manos. Cuando alza las miradas y ve a la señorita Arana, sonríe como una idiota.

—Señorita Julia, yo quisiera... que.... Pero usted no ha de querer...

—¿De qué se trata?

—Es que.... señorita....

—Habla no más, no seas boba. Apúrate, que tengo mucho que hacer.

—¿Tienen ahora cocinera?

—Sí, si tenemos.

—¡Ay! Entonces para qué.

—¿Quieres cocinar aquí?

—Sí, señorita .. Por eso vine.

—Hum ... Mi mamá no ha de querer tomarte.

—Si, pues, señorita, pero yo pensaba que si usted le habla. Tal vez ... ¿No?

—¿Y si después te enamoras del sirviente? ¡Ja, ja!

—Ja, ja, ja—ríe María del Socorro.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Oye, María, creo que por ahora es inútil. En otra ocasión. La mujer que tenemos es nueva y recién está aprendiendo la sazón, pero mamá está contenta con ella.

—Sí, pues, señorita. Yo le quería decir que también podía lavar algo de la ropa. Me quedaba aquí todo el día. Después de almuerzo no me iba sino que lavaba. Sólo por las noches, después de dejar todo listo, me iba.

—Pero antes tú dormías en la casa.

—Sí, pero es que ya llegó mi marido. Hace tres meses que está en Guayaquil.

—¿Y entonces? El ha de trabajar.

—¡Huy!, niña. Si no hay trabajo.... Está de cargador y no nos alcanza lo que gana.

—Cierto es que el tiempo está muy malo.

—Sí, señorita. Dígale a su mamá. Si usted le dice no le ha de decir que nó. Yo le lavo la ropa.

—¿Con el mismo sueldo?

—Sí, señorita, con el mismo sueldo.

—Diez sucres ganabas antes.

—Sí, señorita.

—De noche puedes sacar comida.

—Bueno, señorita. ¿Vengo?

—No. Yo no sé.... Espérate, voy a decirle a mamá.

María del Socorro espera en la sala llena de júbilo. Si consigue eso, ha salvado todo. ¡Qué buena es la señorita Julia!, piensa. Se culpa de no haber ido antes a casa de la familia Arana.

Está loca por ver a Juan y darle la noticia. Porque ella tiene seguridad de emplearse. Cada día quiere más a su marido. Llega a tenerle compasión. Se acuerda de sus faltas. Pobre Juan, se dice.

Aventura unos pasos por la sala. Se arregla la falda. Se pasa las manos por el cabello. Las pone por delante y hace crujir los huesos de los dedos. Le provoca chillar, reir, cantar.

Después de un largo rato, regresa la señorita Julia a la sala.

—¿Le dijo, señorita?—pregunta María del Socorro sin poder ocultar su impaciencia.

—Cómo no. Te advierto que no quería. He discutido con mamá más de media hora. Al fin, aceptó. Dice que así, quedándote todo el día para lavar la ropa, si le conviene.

—¡Señorita Julia! Ya estuvo. ¿Desde cuándo vengo?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Dice mi mamá que hoy va a despachar a la otra. Ven desde mañana temprano.

—Bueno, señorita. Muchas gracias.

—Cuidado con faltar.

—No, señorita. A las ocho estoy aquí.

Sale María del Socorro llena de gozo. Va primero a su cuarto. Desea con todas sus fuerzas que allí esté Juan para contarle. Nunca acostumbra ir a esas horas, pero ella tiene esperanzas, siempre vive de esperanzas.

En el cuarto María del Socorro se pasea de un lado a otro. Juan no vendrá hasta la tarde. Ella quiere decírselo antes. Resuelve salir a buscarlo.

Llega al Malecón. No ve a Juan por ninguna parte. A un hombre que está allí parado le pregunta:

—¿No ha visto usted a Juan Hidrovo?

—No lo conozco, pero aquí estoy yo, mamacita linda.

—¡Calle!

Tiene que volver a su cuarto María del Socorro, casi resignada a esperar hasta la tarde. Siente apetito, pero no hay nada que comer. Sólo cinco centavos guarda en la punta de su pañuelo. Compra un pan. A ella no le gusta mucho el pan, pero es lo único que puede adquirir. Cuando lo lleva a la boca lo siente muy sabroso. La va quitando la costrita primero y masca la harina tostada con fruición. Quisiera ponerle mantequilla.

Sentada en el catre viejo, moviendo las piernas que no le alcanzan al suelo, con el brazo izquierdo recto apoyado en la cama, María del Socorro termina su pan.

El sol se mete al cuarto. Es un intruso el sol. María se entretiene mirando en la ancha faja de luz los puntitos de tierra que bailan y bailan, que bajan y vuelven a subir.

* * *

Todo ese día lo pasó Juan Hidrovo sin ganar un centavo. Estaba fastidiado. No tenía qué comer esa tarde. No había almorzado nada y el hambre le agarraba las entrañas. A las cinco pretendió marcharse, pero Pedro le dijo que no.

—Oye, Juan, no te vayas. Vamos a comer donde la serrana.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Bueno, pues. ¿Tienes vos plata?

—Claro que sí. Si no, no te invitara.

Comen callados. Al terminar, es Juan Hidrovo el que hace la trampa a la fondista. También roba un plátano asado a la salida.

Son las seis de la tarde. Pedro no le deja ir.

—Tengo un asunto contigo hoy día.

—¿Qué asunto?

—Espera un poco. Vamos a caminar. Esa comida de la serrana tiene mucha manteca y hace daño si no se camina.

Andan hasta la noche. El cielo está de un color morado claro. Una brisa leve refresca la tarde. Van al muro del Malecón. Se sientan allí. De las canoas de frutas que llegan de los campos, hurtan mangos, naranjas. Pedro tiene una navaja y pela las frutas. Ambos comen riendo, regocijados, festejando el hurto, como si se tratara de una chanza. En ese momento, Hidrovo está olvidado de todo. Es muy fácil ser feliz. Cuestión de unos segundos. Cuestión de borrar el recuerdo, de vivir intensamente sin ayer. El hoy, el minuto, es la esencia de la vida. El alma sencilla de Hidrovo no sabe ni entiende de esto, pero obra así, y su obrar da más fuerza a esta verdad, porque es clara y pura. Ni se acuerda de María del Socorro, que lo espera allá en su cuartito de caña. Es que la felicidad también consiste en no acordarse de los otros.

Al frente, del otro lado del río, se ven los puntos de luz de las haciendas. De vez en vez pasa una lancha, cargada de tarros de leche vacíos. Han de regresar a la madrugada con los tarros llenos. Al pasar las lanchas, las olas hacen ruido contra el muro. Se recorta la silueta delgada de una canoa. En la proa va una mujer arropada en la manta negra. Atrás, en la popa, rema el montuvio infatigable, con un cigarro en la boca. A pesar de la brisa, está caliente la noche. Caliente y negra. Deben ser las ocho. Sale la gente de los teatros, de la función de la tarde. En grupos parlanchines, comentando la necedad de una película, esperan en el malecón el autobus.

Juan Hidrovo y Pedro caminan por la Rotonda.

—Oye— dícele Hidrovo—, ¿hasta que hora me vas a tener con la curiosidad?

—De qué, ¿ah?

—Hombre, del asunto que me ibas a decir.

—Ya mismo. Vamos al parque de la Merced.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Continúan la marcha por el Malecón hacia el norte. Llegan, dos cuadras más allá, a la calle Bolívar. Por allí tuercen a la izquierda.

En el parque, por la esquina que da a la calle «General Córdova», hay un árbol de cacao. Está cargado de mazorcas. Al rededor de él hay un cerco de piedras, y adelante el banco de fierro. Parece que el cacao da calor. Se puede coger las mazorcas estirando la mano.

En ese banco, allí, bajo el árbol de cacao, a espaldas de la Iglesia de la Merced, se sientan Juan Hidrovo y Pedro.

—Aquí también hay cacao, ¿no?

—Seguro. Eso da donde quiera.

—¿Y cómo dicen que hay peste?

—Pero éste no tiene nada. Bueno y sano lo veo.

—Bueno, dime, pues, ¿qué es lo que pasa?

—Oye Hidrovo, no es justo lo que pasa. ¿Verdad?

—Claro que nó.

—Lo que es yo no me fijo en majaderías. Yo no tengo la culpa de que no haya trabajo. Cuando no tengo donde trabajar, echo mano de lo ajeno porque tengo que llevar plata a mi casa, a mi mujer, a mis hijos. Nadie me la regala. Cuando no la gano, la cojo.

—¿Y cómo haces?

—Adiós, eso es muy fácil. Mira, Hidrovo, dicen que robar es una falta, pero cuando se hace por necesidad yo no creo que sea malo. ¿Verdad?

—Según y conforme.

—Yo, por ejemplo, sólo robo cuando no me gano nadita. ¿Qué hago? No voy a dejar morir de hambre a mi mujer ni a mis hijos. Fíjate también, pues, que yo no robo a pobres. A los ricos les quito algo, y eso no les hace falta.

—Pero yo no puedo hacer eso. Lo que les robas es de ellos y cada uno tiene lo suyo.

—Puede ser. A mí qué me importa. Yo pienso que lo que me cojo no les sirve para nada. Si les pido no me habrían de dar nada.

—Eso también es cierto, Pedro. Pero eso de que lo llamen a uno ladrón....

—¡Ladrón! ¿Y quién me va a llamar así? Yo no me creo ladrón y se hacer mis cosas.

—Allá tú.

Un ligero viento mueve el arbol de cacao. Tenuemente se balancean las mazorcas. El cielo se va llenando de estrellas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

En el calor de la noche flota como un perfume de frutas maduras. Pedro tiene en la mano un paquete de cigarrillos.

—Fumá!

—A ver.

—Bueno, pues, ¿no te parece que tengo yo razón?

—Quién sabe, pues.

—Hay que dejarse de majaderías. Esos son escrúpulos tontos. Las cosas no son de su dueño sino de quien las necesita.

—Pero más vale ganar trabajando honradamente.

—Sí. ¿Y cuánto has ganado hoy?

—Nada, pero no importa. Mañana ganaré algo.

—Sí, pero no seas bruto. Tú has comido hoy, pero, ¿tu mujer? ¿Le dejaste plata?

El corazón de Juan Hidrovo se oprime.

—No.

—¿Entonces?

—Ya me voy, Pedro. Pobrecita, no me había acordado de la hembra.

—Espera, hombre. Acompáñame esta noche. Tengo un trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí, hombre, trabajo. De lo que te decía ahora. Vamos juntos y vamos a medias.

—No, yo no voy.

—No seas bruto. Mañana podrás comer duro. Es aquí no más.

Juan Hidrovo está lleno de angustia y de miedo. Piensa en su mujer, piensa en todo y en nada. Las palabras de Pedro le atraviesan la conciencia. ¿Y si mañana no consigue trabajo?.... ¿Qué comerá? Se acuerda de que lo han amenazado con echarlo del cuarto.

—Nos pueden coger presos,—dice Hidrovo.

—¡Ja, ja! ¡Presos! Hace cinco años que trabajo en esto, y hasta ahora ni una vez he caído en chirona.

—Yo tengo la de malas.

—Pero andas conmigo que tengo la de buenas.

—¿Y cómo es la cosa?

—Vamos a dar una vuelta. Es aquí en «General Córdova». Te voy a enseñar.

Salen del parque. Atraviesan la calle. Caminan lento, como distraídos. Se detienen frente a una casa. Junto a ella está el

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

poste de la luz eléctrica. Están abiertas e iluminadas las ventanas. Sentado se ve a un viejo calvo.

Los dos hombres caminan a lo largo del portal de enfrente.

—¿Viste la casa?—dice Pedro.

—¿Cuál era?

—Esa de la esquina. Allí vive un viejo rico. Yo ya me fijé bien en todo. ¿Te fijaste en el poste?

—Sí.

Bueno, treparse por él es como tomarse un caldo de pata. De allí se alcanza no más la ventana.

—Pero han de estar cerradas.

—Claro, pues, pero fíjate en esto.

—¡Ah!

Pedro le muestra una finísima lima.

—Con esto en cinco minutos abro cualquier ventana. Nos metemos y sacamos lo que podamos

—No, Pedro. Yo no te acompaño.

—Pero, Juan, yo te creía hombre. Mañana vas a tener plata. Fíjate que por aquí no hay policías.

—Regresemos al parque, Pedro.

Vuelven al banco. Allí continúan la conversación.

—No seas bruto. Es cuestión de un momento.

—No. Yo no digo nada a nadie, pero no me meto.

—Oye, si quieres, subo yo solo. Así es mejor. Por la ventana te tiro lo que pueda. Así no corres peligro.

—Si no es miedo lo que tengo. Es que....

—Si no te lo digo porque tengas miedo. A mí también me pasaba lo mismo la primera vez. Después te vas entrenando. Tú no vas a robar ahora. Sólo me esperas abajo. Anda, yo subo solo y después nos repartimos la cosa. Acuérdate que puede ser que mañana no tengas que comer, y que tu mujer no ha comido hoy.

—¿Y si viene alguien?

—Sales corriendo no más.

—Bueno, qué caray, ya estuvo.

—Así me gustan los hombres.

—Claro, yo tampoco tengo la culpa de estar fregado.

—Seguro. Ya verás como todo sale de rechupete.

—¿A qué hora es la cosa?

—A eso de la una de la mañana. Después de las doce comenzamos a trabajar.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Bueno, pero yo me voy a mi casa primero, porque la pobre hembra ha de estar asustada.

—Por si acaso, porque siempre es bueno estar prevenidos, ¿no tienes ningún arma?

—Una navaja vieja no más tengo.

—Siempre sirve. Tráela. Nos vemos a las doce en punto.

—Ya estuvo. Aquí nos encontramos.

—No, aquí no. Yo estoy a esa hora en el Conchero. Es mejor para que no tenga nadie sospechas. De allá nos venimos dando la vuelta y entramos por Bolívar. Fíjate, del Malecón nos metemos hasta Boyacá, y por allí seguimos hasta Bolívar.

—Ya estuvo.

—Entonces, en el Conchero, al final, en el último, por donde dan la vuelta los autos.

—Oye, Pedro, ¿Tienes dos reales?

—Sí. ¿Quieres que te preste?

—Sí, porque es seguro que la hembra no ha comido. Para comprar carne aunque sea.

—Toma, pues.

—Ahora sí, nos vamos.

—No. Yo me quedo un ratito. Tengo que ver una cosa de aquí. Tú te vas no más. A las doce en punto. ¿Ah?

—Seguro. Hasta luego.

Va Hidrovo abstraído. Cuando vacila entre regresar o no a encontrarse con Pedro, se llama a sí mismo cobarde. Hay que ir, se dice. Después Pedro va a creer que yo soy un flojo, piensa.

Medita en el día siguiente, en María del Socorro que se ha pasado tantas horas sin comer.

Su resolución se robustece de momento en momento. Llega a decirse sinceramente que el no acompañar a Pedro esa noche es faltar a un deber. Se avergonzaría de no ir. La moral se retuerce en su espíritu y se presenta clara después, llena de lógica, de verdad y de mentira.

Encuentra una carnicería abierta. Entra Juan y pide carne, golpeando el mostrador con los dos reales que Pedro le diera.

Un hombre enormemente gordo, en mandil con las mangas arremangadas, está detrás del mostrador. El traje lo tiene salpicado de sangre. Respira con trabajo y al hacerlo hincha con brusquedad el labio inferior en un resuello de bestia. En lo alto de la tienda hay atravesada una redonda barra de fierro. De ésta penden unos ganchos también de fierro pulido que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

sostienen los grandes trozos de carne. A la derecha del mostrador está una balanza. Un montón de huesos se levanta del otro lado.

—¿Tiene carne?

—Sí.

—Quiero dos reales de pulpa.

—Pulpa a estas horas! Si quiere pecho, le doy....

—Pero sin hueso.

—Bueno.

—Oiga, bien despachado. ¿Ah?

—Aquí tiene—dice el carnicero, luego que con su gran cuchillo ha cortado del trozo que pende de un gancho, un pedazo de carne y lo ha envuelto en un papel amarillo.

Hidrovo se marcha con su paquete en la mano, y apura el paso. Siente remordimientos de no haber ido en todo el día al cuarto.

* * *

María del Socorro esperó hasta más de las seis de la tarde a Juan. No sabiendo qué hacer, sin haber comido más que un pan, salió a la calle en un segundo intento de encontrarlo.

Comenzaba a oscurecer. El cielo estaba de un color morado pálido. Se prendieron las luces en la ciudad. Se encontró María con la tía Jacinta, quien iba muy de prisa a su cuarto.

—¡Tía Jacinta!—le gritó.

—Adiós, María. ¿Qué andas haciendo por aquí a estas horas?

—Salí a la calle porque el Juan todavía no va a la casa y quería buscarlo.

—¿El Juan?

—Si, pues, tía, si ya llegó mi marido.

—Ah, caramba, eso no me habías contado.

—Es que usted se fué a Salinas, pues.

—Cierto. Ayer no más llegué. Bien bonito es Salinas.

—¿Se fué con la señorita Florencia?

—Sí. Ya está mejor. Ahora voy a mi cuarto, pero desde mañana voy a vivir con doña Florencia. Hemos hecho un arreglo. Le lavaré la ropa en su casa.

—Si quiere, tía, la acompaño hasta su cuarto.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Bueno, pues, vamos.

Por el camino, la tía Jacinta íbala interrogando sobre Juan Hidrovo. María del Socorro se cuidó de decirle que estaba sin trabajo. Antes bien, le dijo que estaba empleado de enfardelador en una oficina muy grande y que ganaba lo suficiente para vivir los dos sin mayores penas.

Ya en la habitación de la tía Jacinta, la ayudó a preparar la comida. María del Socorro tenía hambre, pero no se aventuraba a probar nada de lo que cocinaba ni menos a decirle a su tía que no había almorzado. Fué ésta quien la invitó.

—Si quieres comer conmigo, aquí hay un poco. No hay mucho porque yo sólo hago comida para mí, pero si no eres muy hambrienta nos alcanza.

—¿Y qué dirá Juan de que no voy a comer?

—Si quieres, ándate. Pero, ¿qué te va a decir? Hay que ser así con los hombres. Yo por eso no me casé. A mí no me vienen con pretensiones.

—Bueno, pues, tía, me quedo a comer, pero enseguida que acabe me voy.

Comió María del Socorro con tanto gusto. La tía Jacinta se trataba bien. Mucho tiempo hacía que María no probaba comida tan buena y tan variada. Primero fué un plato de sopa de garbanzos. Luego, tortas de plátano maduro rellenas con queso. En seguida, arroz con frejoles y un buen trozo de carne.

—¿Te has llenado?

—Seguro, tía. Si he comido tantísimo.

—Me parece que en un mes no has hincado el diente. A ver, lávame los platos y las ollas, que yo estoy cansadísima. Ni sabes todo lo que hoy día he caminado. He tenido que hacer mil cosas. Tenía un montón de encargos de doña Florencia y unas cosas mías que hacer. Me he andado todo el comercio de cabo a rabo.

Lavó los trastos María del Socorro. Puso cada cosa en su lugar y despidióse de su tía.

Después de haber cruzado la puerta del cuarto, María retornó sonriendose hacia la tía:

—Oiga, tía, no le he contado que ya estoy de nuevo donde la familia Arana. He vuelto de cocinera.

—¿Y cómo así te recibieron?

—La señorita Julia que es muy buena.

—¿Y como dices que tu marido gana bastante?

—Es que.... queremos guardar plata, pues.

—Ajá.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Bueno, ya me voy. Se me hace tarde. Hasta mañana, tía.

Todo el trayecto que había hasta su cuarto lo hizo María pensando en la posibilidad de que Juan hubiera regresado antes que ella. Esto le daba mucho miedo, porque podría imaginarse quién sabe que de no encontrarla. Pero como no lo hallara, la sobrecogió otro temor: el de que hubiera sufrido algún accidente en el trabajo, un accidente de esos que Juan le leía en los periódicos y que continuamente tenían los trabajadores.

Escuchó dar las ocho. Después, las nueve de la noche. Lloraba María del Socorro. Ya desesperaba de no verlo esa noche, cuando entró Juan.

—María, he estado ocupadísimo. Aquí te traigo carne. Pensé que no habías comido.

—¿Qué te pasó Juan?

—Ocupadísimo. ¿No te digo? Un trabajo muy largo. Ni siquiera lo he terminado. Pero pedí un adelanto y te traje esta carne. Hazla, pues.

—Yo ya comí, Juan, donde la tía Jacinta. ¿Te acuerdas de la tía Jacinta?

—¿De esa vieja sinvergüenza? Claro que me acuerdo.

—Un poco mal genio es que es. Pero no es mala. Yo salí a buscarte y me encontré con ella. Ha llegado de Salinas con la señorita Florencia. Allá en su casa va a vivir. ¿Quieres que te haga la carne para tí?

—No. Yo también ya comí. La traje para vos. Sálala bien para mañana.

—Bueno. ¿No sabes un cosa?

—No. Ahora tengo que irme a la calle más tardecito. Tengo que verme con el Pedro.

—Oye, pues, si tengo que decirte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ya estoy empleada—dijo haciendo la cabeza graciosamente a un lado y moviéndola de arriba a abajo,

—¿No? No me digas.... ¿Adónde?

—Donde la familia Arana.

—Vos cocinaste allí una vez, pues, según me escribiste. ¿No?

—Sí. Ahora me han vuelto a tomar. Pero también voy de lavandera y no puedo salir después de almuerzo. Sólo de noche, pero traigo comida. Vos almuerzas en la calle y comemos juntos. ¿Ah?

Hidrovo se ha quedado pensando y pensando con la cabeza baja. María lo mira sorprendida. Está sentada frente a él, y hace el cuerpo hacia adelante. Tiene arrugadas las cejas y la

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

boca entreabierta. ¿No le habrá gustado que consiga el trabajo?—piensa.

Juan se siente avergonzado. Acaso está alegre en el fondo. ¿Le parece que sale de una pesadilla. Ama a su mujer en ese momento como nunca la ha amado, con respeto, con agradecimiento, con unción.

—Vamos a dormir, María—le dice levantándose.

—¿Y no te ibas a ir a la calle?

—Ya no salgo. Me ha dado sueño. Y estoy muy cansado.

Va María a la puerta y la cierra. Va contenta. Quisiera reírse a carcajadas. Pero lo que hace es subir los hombros con fuerza y sonreír, conteniendo la risotada.

Hidrovo la mira, la sigue con los ojos de un lado a otro, y no se explica lo que siente muy dentro de sí. Se frota las manos. Ahora él también tiene ganas de reír, de gritar, de saltar de contento. Ha conquistado la felicidad en ese instante.

El cuarto de caña se ha quedado a oscuras. Ya están ambos en el catre viejo. Por las endijas de la puerta entra un poquito de luz, y Juan, sentado aún en la cama, mira los puntitos claros y sonríe. El colchón de paja hace un ruido suave, chirriante al mismo tiempo, bajo el cuerpo de María del Socorro, que se estira, que se encoje, que se tiempla de satisfacción.

Se acuesta Juan Hidrovo. Se voltea contra la pared, lo más lejos posible de María y allí, encogido, piensa....

XIII

Don Angel Mariño, en el momento de llevar a sus labios la taza de café con leche, ha tenido un gesto de sorpresa. En la mano izquierda aprieta el diario que estaba leyendo.

Su mujer, doña Dolores, sentada a su lado, imita el gesto del marido, y deja, como él, la taza en el platillo sin tocarla con los labios.

Agarra don Angel el periódico con ambas manos y se levanta de su asiento. Tiene el cuello estirado, lo más que puede en su gordura. Los ojos se le salen a don Angel. Un ligero temblor agita las hojas del periódico.

—¿Qué te pasa, Angel?—pregunta doña Dolores.

Pero don Angel no contesta. Termina de pié la lectura de lo que tanto llama su atención. Luego coge la taza y la vacía de un trago.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Apura, apura, Dolores, mi sombrero, mi saco. Tráelos ligero.

—Ya mismo, Angel.

Corre la señora Dolores. Viene con la americana y el hongo. Como puede les quita el polvo en el camino con una escobilla.

—Pero, ¿qué sucede, Angel?

—¡Ay, hija, una barbaridad!

—¿No me digas?

—Y yo sin saber nada.

—¡Pero, dime, por Dios!

—Nunca me ha pasado esto, nunca. Tengo cincuenta y dos años y es la primera vez. A ver, el sombrero. Tengo que irme a la carrera.

—Pero dime qué es, Angel.

—¿No tienes ojos? Lee el periódico. Aquí. Fíjate. ¿Te parece poco?

—¿Adónde?

—Aquí, aquí. Se te han tapado los ojos.

—¿Y esto qué es?

—¡La licitación del Muelle! ¡Y yo sin saber nada! ¡Caramba!

Doña Dolores extiende el periódico encima de la mesa y asustada lee algo que no comprende bien.

En primera página hay un gran letrero así: «Licitación.—Convócase licitadores, en el término de quince días, para la construcción del Muelle Fiscal». En seguida están algunos detalles técnicos. Al último, dice: «Presentar las propuestas en sobres cerrados, lacrados y sellados, hasta el 20 de los corrientes, en la Secretaría de la Gobernación del Guayas».

La obra tiene que ser de cemento armado. El viejo muelle está derrumbándose. Hace años que se escucha un clamor porque construyan uno nuevo. Ultimamente ha habido reclamos de compañías de navegación extranjeras. Todos los pasajeros se quejan de saltar por allí. Se caen con frecuencia bultos al agua. Se corre peligro de muerte al andar por las tablas carcomidas del muelle. Al fin el Gobierno ha resuelto la construcción.

—¿Ya viste? ¿Leíste?

—Sí, pero, ¿por qué te pones así?

—¡Qué tonta eres! ¡Yo necesito hacer esa obra! Es algo grandioso. Me puedo ganar una buena suma. Y no he sabido nada. ¿Entiendes? Hubiera adelantado miles de gestiones, que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

ya habrán hecho otros. Quizás sea un poco tarde ahora. Tengo que ganarme la licitación. ¿Oyes? ¡Pero no me pongas esa cara de boba! Si no entiendes de estas cosas, ¿para qué preguntas? Esto hay que trabajarlo muy bien, pero muy bien. No me llamo Angel Mariño si no gano la licitación. Me voy. Hasta luego. Ah, no me esperes a almorzar. Se me ha ocurrido una idea en la cabeza. ¡Caramba! ¡A mí no se me escapa una! ¿Qué hora es?

—Las ocho y media, Angel.

—¡Cáspita! Me voy, me voy. Hasta luego, Dolores.

—Oye, Angel, no te olvides de mandarme el cafe.

—¡Caramba! ¡Ve que tienes ocurrencias! Venir a fregarme la paciencia en estos momentos. Qué café ni qué pan caliente!

—Pues esta noche no podrás tomarlo.

—¡Mujer! ¡Mujer! ¡Déjame tranquilo ahora!—dice el señor Mariño, llevándose la mano abierta a la cara y frotándose la nariz y la boca en un supremo gesto de desesperación.

—Bueno, ya te lo advierto.

—Don Angel, por toda respuesta, tira fuertemente el portón, y baja las escaleras con una agilidad extraordinaria.

Doña Dolores se queda al comienzo de la escalera con el ceño fruncido. Hace rápidamente la cabeza hacia adelante, ajusta los labios, da una patadita en el suelo, y dice:

—¡Grosero!

Cuando llega a la oficina don Angel Mariño ni siquiera contesta el saludo a sus empleados. Entra precipitadamente, y, con el sombrero puesto, siéntase a su escritorio. Se pone a revolver papeles y papeles.

Luego toma el teléfono de la mesilla que tiene al lado del escritorio.

—¡Hola! Centro, dos-ocho-cinco-cuatro....

— .....

—Sí, señorita. Apúrese. Es urgente.

— .....

—¡Hola! ¿El señor Maura está allí?

— .....

—Buenos días, señor Maura. Le habla Angel Mariño. Bien, gracias.

— ....

—Claro que sí. ¿Tiene precios?

— .....

—Quisiera que ponga un cable en el acto. Cemento en barricas y fierro en várillas. Sí. Tarifa urgente. Necesito la con-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

testación hoy día mismo. Las cotizaciones cif. excluyendo derechos consulares.

—.....

—No, no. Yo consigo la liberación de esos derechos. Claro.

—.....

—Seguro. En la misma forma de siempre. Pierda cuidado. Hasta luego, señor Maura.

Se frota las manos el señor Mariño. No puede trabajar. Está demasiado inquieto. Mira el reloj. Dice dos o tres palabras a un empleado, y sale en busca de la Gobernación de la Provincia.

Va tan distraído el señor Mariño, que se olvida del bastón. Pero eso no importa. Los planes le dan vueltas y vueltas en la cabeza. Se sonríe don Angel. A cada rato se toca el filo del sombrero.

Por fin llega al edificio de la Gobernación. Luego de haber subido las dos escaleras de mármol, se detiene y comienza a respirar rítmicamente. Cuando ya no se nota agitado, anda con pausa, lento, ondulado el regordete cuerpo, y se para en la puerta del despacho del señor Gobernador.

El portero no puede menos que pararse ante la figura solemne de dón Angel. Este saca su tarjeta y la entrega al portero.

—Dígale al señor Gobernador que deseo hablarle en seguida.

—Tengo que anunciarlo primero al Secretario, señor. El lo hará pasar.

—Vaya donde el señor Gobernador, le digo. No tengo nada que ver con secretarios..

—Está bien, señor—dice el portero amedrentado.

Don Angel se pasea a lo largo del vestíbulo notablemente inquieto. Tiene ahora las manos en los bolsillos y se ha desabrachado la americana. Luce el chaleco de filos blancos de piqué, cruzado por una gruesa cadena de oro que sostiene el reloj. En la tapa interior del reloj lleva el retrato de su mujer. A cada rato saca una mano del bolsillo del pantalón, la lleva a la cadena de oro, toma el reloj con los dedos, lo abre y mira la hora. Entonces se ve la sombra del retrato de doña Dolores.

—Que pase, señor—dice el portero saliendo en ese instante del despacho del Gobernador.

El señor Mariño se abrocha la levita, la jala de abajo, y rompe a andar con más ceremonia aún.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Venga mi querido don Angel—dícele el señor Gobernador, mostrándole la silla junto al escritorio de su despacho.

—Buenos días, don Rodolfo.

—¿Qué tal, don Angel? Siéntese. ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto gusto tengo en verlo! La verdad es que ya me llamaba la atención que no viniese. Nunca se debe olvidar a los buenos amigos. ¿En qué puedo servirlo, don Angel?

—Hoy día, don Rodolfo, es el aniversario de una fecha íntima. He pensado que acaso usted quisiera acompañarme. Nuestra vieja y buena amistad me ha hecho pensar en ello.

—Ya lo creo, don Angel.

—Sería para mí un honor almorzar con usted hoy. Supongo que no tendrá usted inconveniente....

—Absolutamente ninguno, don Angel. Me honra usted con tanta amabilidad.

—Entonces, le suplico que me indique la hora en que debo venir a buscarlo.

—¡Oh! A las doce y media me parece bien. ¿Lo cree usted?

—Sin duda. A esa hora estaré aquí. Y ahora, don Rodolfo, excúseme de haberle quitado su tiempo. Me voy en seguida porque no me gusta importunar.

—Usted no importuna nunca, don Angel.

—¡Qué amable! Bueno, don Rodolfo, entonces, a las doce y media. ¿No?

—A las doce y media.

—Hasta luego, don Rodolfo.

—Hasta luego, don Angel.

El señor Gobernador se ha levantado y acompaña hasta la puerta a don Angel. En ella vuelven a despedirse. Antes de marcharse, el señor Mariño regresa y hace una inclinación de cabeza que es contestada cortesmente por don Rodolfo, Gobernador de la Provincia.

Ahora el señor Mariño baja la escalera a saltitos. Abajo suspira profundamente. Se soba las manos. Está contento don Angel. Esto marcha a pedir de boca, se dice. Si cuando yo me meto en algo, siempre la gano. Si el país tuviera una docena de hombres como yo, otra cosa sería. Por lo menos, no habría crisis. Son unos animales.

Ya puedo fumar un cigarro. Lo enciende. ¡Con qué satisfacción fuma su cigarro! Pasa frente al Muelle Fiscal. Mira el muelle viejo que se derrumba. Se detiene unos segundos y comienza a hacer proyectos. Ve la construcción que él imagina. Hay que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

darle aspecto, piensa. Poco a poco el viejo muelle se transforma en la imaginación de don Angel. Bien ancho, recto, a los lados los barandales de fierro. Al terminar, afuera, se ha de anchas más, en forma de abanico. Una escalera a cada lado de los extremos. ¡Qué bonito!

Da media vuelta don Angel. Está preocupado. Hay una dificultad. En la licitación indican el número de barricas que aproximadamente debe emplearse y la proporción de la mezcla. Es una barbaridad, se dice don Angel. No es posible seguir al pié de la letra las instrucciones de los ingenieros extranjeros. Estará bueno para Europa. Estoy yo cansado de construir. Yo tengo mi mezcla magnífica. Que a la vuelta de dos años se cuarteen un poco las paredes, eso no importa. No por eso se va a deshacer la construcción. Y la gente está segura de que eso pasa a causa del clima tropical tan fuerte, del calor del medio día que hace contraste con el viento de la noche. En fin de cuentas, las casas que he hecho no se han caído. Y si no, allí está la casa que construí en 9 de Octubre. Ya tiene once años. Hay una que otra rajadura, pero no se cae. ¡Qué se va a caer! En fin, todo depende del almuerzo de esta mañana. Tendré que hilar muy delgado. De otro modo, la ganancia no vale la pena. Sacrificarse uno con tantos años de esfuerzo, de lucha, de trabajo para venir a hacer una obra que no produzca ni la mitad de las anteriores.... ¡Bah! Seré yo un idiota....

Pensando de esta manera don Angel llega a su oficina. Ya se siente más tranquilo. Realiza otras gestiones. Llama por teléfono al ingeniero con quien siempre trabaja. Lo cita a las once de la mañana en su despacho, allí donde está su enorme escritorio color caoba. Es una entrevista importantísima la que tienen. Más de una hora discuten. El ingeniero no está de acuerdo con las condiciones que impone el señor Mariño. El porcentaje que le ofrece le parece poco. Discuten largo rato. Al fin convergen sus opiniones en un punto: lograr la mayor ganancia en la mezcla. Todo depende de esto.

El señor Angel Mariño se resuelve a pedir un automóvil de alquiler. Va al palacio de la Gobernación el señor Mariño. Trepa su gorda humanidad por las blancas escaleras, y se hace anunciar.

Don Angel conduce del brazo al señor Gobernador. Abajo, en la puerta, discuten unos minutos. Don Rodolfo insiste en que suba don Angel a su automóvil, a su automóvil oficial. No puede más el señor Mariño y despacha el carruaje de alquiler.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Han penetrado a un amplio comedor de hotel. Se sirven cocktails. El señor Mariño hace derroche de amabilidades. Ordena al mozo que indique a la orquesta que toque un tango. La orquesta está alla, arriba, en una especie de glorieta. Una música suave, arrebatadora a veces, sale de los violines. El piano acompaña, dulcemente, fuertemente ... Se estremece la música, se llena de tierra, de luz, de sensualidad. Se dijera, a momentos, que no hay más sonido que el deshojarse de unas flores sobre un jardín mojado. De repente, con una brusquedad que hace daño, salta la música y se revuelca por la tierra mojada del jardín.... Es Debussy que habla.

Pero el señor Mariño ha pedido un tango.

—¿No le parece, don Rodolfo? Un tango es mucho mejor que esa música rara que están tocando.

—Ya lo creo. Esos son caprichos no más de la gente cursi. Por decir que le gusta música clásica....

—Indudable, don Rodolfo. Está bueno para ociosos eso de ponerse a oir esas cosas tremendas, que varían a cada momento. Perturban la inteligencia y el buen gusto.

—Exacto, exactísimo, don Angel.

—Pues, pasando a otra cosa, mi querido don Rodolfo, esta mañana fuí gratamente sorprendido con la licitación del Muelle Fiscal.

—¡Ah! ¿Se ha fijado usted en eso?—dijo maliciosamente el señor Gobernador.

—Ya lo creo, don Rodolfo. Es una obra importantísima, de ineludible necesidad.

—Sí, señor. Ni sabe usted todo lo que he tenido que trabajar para convencer al Gobierno de la necesidad de la obra. Usted sabe que yo soy un patriota y que siempre he querido servir a mi querida ciudad. Dos consideraciones principales me han movido para gestionar la construcción del muelle: el progreso de Guayaquil, porque es una vergüenza ese muelle viejo, que es lo primero que ven los extranjeros al llegar; y aliviar, por otro lado, el problema de los desocupados.

—Indudable.

—Es verdad que los obreros exageran la situación. Muchos no trabajan sólo por ociosidad. Aquí, don Angel, nadie se muere de hambre. Pero hay que demostrar a esa gentuza que nosotros les brindamos la oportunidad de trabajar. De otro modo, se presenta el peligro de una huelga, de algún trastorno social. Este es un pueblo salvaje y puede cometer atropellos horrorosos. Esta es mi política, don Angel: prever, que es

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

mejor que remediar. Yo estoy al servicio de la causa santa de la familia y de la propiedad.

—¡Oh! ¡Don Rodolfo! Mientras que tengamos autoridades como usted, no habrá nada que temer.

—Gracias, don Angel. Tengo mucha buena voluntad. Yo entiendo que en la obra del muelle se podrá dar trabajo a quinientos hombres. ¿Verdad?

—Si me parece. Más o menos. Yo haré mis cálculos, don Rodolfo, porque le anuncio que estoy resuelto a entrar a la licitación.

—Ya me extrañaba que no me lo hubiera dicho. Usted es uno de los contratistas mejores que tiene el país, y Guayaquil le debe a usted muchas buenas obras.

—Siempre he trabajado con entusiasmo, don Rodolfo. Pero uno tiene que marchar solo. No le prestan apoyo. Ahora, por ejemplo, en una licitación, para la que seguramente se van a presentar quince o veinte proponentes, es muy problemático ganarla.

—Depende de la propuesta don Angel.

—No, don Rodolfo. No es lo mismo escribir sobre un papel. No lo crea. Estas cosas deben tratarse personalmente. La habilidad de cada cual, la buena fe, el entusiasmo, la honradez en los trabajos, no son cuestiones que se escriben en propuestas.... Usted bien lo sabe.

—Si. Es cierto.

—Seguro. Yo estoy enormemente interesado en hacer esa obra. Quiero contribuir, don Rodolfo, a sus nobles propósitos. Pero tengo miedo de no ganar la licitación.

—Quién sabe, don Angel.

—Estaría dispuesto a pagar una fuerte comisión para que me ayuden. Es decir, simplemente para que tomen seriamente en cuenta mi propuesta y me prefieran en igualdad de condiciones.

—Ajá.

—Sí, señor. Yo soy un viejo amigo de usted y se que no voy a convencerlo ofreciéndole una prima, pero usted debe tener por allí algún empleado que trabaje en el asunto, algún técnico, en fin, a quien se podría gratificar.

Los ojillos del señor Gobernador han brillado. Sonríe, sonríe de un modo ligerísimo. Luego dice:

—Cómo no, don Angel. Debe haber. Todo depende de la comisión.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Yo pagaría hasta un cinco por ciento sobre el monto total de la obra.

—No es mucho.

—¡Cinco por ciento no sobre la ganancia sino sobre el valor total, don Rodolfo!

—¡Ah!

—¿Qué dice usted?

—Yo no puedo decir nada. Hablaré con el empleado....

—Pero, don Rodolfo, un empleado suyo.... Es muy fácil para usted....

—Temo que no le agrade el porcentaje.

—Subo al seis por ciento, nada más. Imposible subir de allí. Preferiría abandonar la obra.

—Eso ya es otra cosa. No es mucho sin embargo.

—Seis por ciento. Ni un punto más.

El señor Gobernador clava las miradas de sus ojillos grises en don Angel. Vuelve a sonreir.

—Bueno, dice.

El señor Mariño, entonces, le extiende la mano. Se han puesto de acuerdo. Don Angel ganará la licitación.

* * *

Son las nueve de la noche.

En el cuarto de caña, a la luz del candil de nafta, sentado en la silla, la única silla que hay en la habitación, los codos apoyados en la mesa descolorida y sucia, Juan Hidrovo espera.

Extendido sobre la mesa está un periódico. Hace un momento Hidrovo escuchó las nueve campanadas que lanzó al aire la torre de la Iglesia de la Victoria.

Los pies desnudos, apoyados en las puntas, pegados a las patas delanteras de la silla, están llenos de tierra. Se han vuelto negrísimos los talones. Parecen de cuero. El pantalón, remendado, deja ver las rodillas. Se abren los hilos de los remiendos. La camiseta está manchada de aceite.

Hidrovo se incorpora levemente. Golpea con los nudillos de los dedos en la mesa. Chasca la lengua. Se saborea. ¡Cuánto diera por un cigarrillo! No ha fumado en todo el día. Levántase y descuelga del clavo de la pared el jarro de hoja de lata.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Va al patio y lo llena de agua. Cree que con el agua apaciguará los deseos de fumar.

Luego se dirige a la puerta y avisora las calles.

—Caray, que demora María!—dice en voz alta.

Vuelve a sentarse. Recuerda.

Hoy día ha ido a la cárcel a visitar a Pedro. Seis meses tiene de estar recluído en una celda asquerosa. Hasta ahora no lo juzgan. No se sabe nada del juicio. Tiene Pedro la piel llena de granos, de manchas, de inmundicias. Cuando Juan Hidrovo entró a la cárcel a visitar a su amigo, sintió repugnancia.

Fué a las dos de la tarde la visita. A la una estaba Juan en el Malecón esperando que se presentara algún trabajo, cuando recibió un papel mugriento.

—¿Quién me manda esto?

—Un amigo que está en la cárcel.

Hidrovo sospechó en el acto de quien se trataba. Desde aquella noche, en la que quedaron de acuerdo para el asalto, no ha vuelto a ver a Pedro. Alguien le dijo que los policías lo cogieron. No se preocupó más. Después se olvidó de su amigo, del robo, de todo aquello.

El papel decía así:

«Juan. Hace una porción de tiempo que me tienen en chirona y quiero hablar contigo. A las dos de la tarde es la hora de visita. Ven, pues, a esa hora. Pedro.»

Juan Hidrovo no dudó un solo instante para ir. Esperó que dieran las dos y dirigióse a la cárcel.

Allí afuera le hicieron esperar en fila. En el momento de entrar, un insoportable soplo de humedad sintió en toldo su cuerpo. Luego, cuando llegó al patio, fué el hedor de las inmundicias lo que le hizo daño. Lo condujeron a la celda en que Pedro estaba encerrado. Sólo hablaron al través de las rejas, pero Juan podía ver muy bien el interior de la prisión.

Las paredes agrietadas eran, en trechos, negras verdosas de la humedad. No había más que una tarima de madera y una frazada encima. Las lagartijas pascaban veloces por las hendeduras de las paredes.

Pedro estaba qué cambiado: flaco, verde, los ojos hundidos en las ojeras profundas e hinchados los párpados. No tenía de los párpados daba a las miradas una expresión suprema de casi pestañas y un filo rojo repugnante en el borde inferior miseria. La boca reseca, con la piel reventada por la fiebre. Las manos, que se agarraban de las rejas, cubiertas de llagas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Al hablar, despedía un olor fétido que mezclaba al de sus pantalones. La desintenría lo puso así.

Lo habían tomado los policías cuando bajaba del poste con los objetos robados. Esperó hasta muy tarde que Juan Hidrovo llegara para realizar el asalto. Tal vez la demora tuvo la culpa de todo. Fué la ronda que lo pilló, cerca de las dos de la mañana.

Había entrado tranquilamente por la ventana, cuyo pestillo limara en menos de diez minutos. A tientas palpó los objetos de la habitación en que había penetrado. Logró abrir un armario y extrajo de él algunas ropas. Luego, se llegó a la cómoda y empuñó todo lo que pudo: un reloj, dos broches de camisa, un anillo, y un marco de retrato que juzgó ser de plata. En seguida extendió en el suelo la prenda de vestir más grande. Puso todo encima. Amarró los extremos y con el atado prendido del brazo comenzó el descenso por el poste.

Cuando pisaba ya el suelo, vió venir por el lado de la Iglesia a un policía. Corrió Pedro. Logró ver que eran tres los que lo seguían. Entonces, arrojó el atado a la calle y, desembarazado de él, pudo apurar la carrera.

Los policías silbaron en sus pitos. Ya eran cinco los que le perseguían. Se iba internando por las calles apartadas. Le faltaba la respiración. Le dolía el lado izquierdo del estómago. Al voltear una esquina le salió al encuentro un policía. Quiso hacer una violenta curva para dejarlo pasar. Resbaló Pedro y cayó al suelo. Allí lo cogieron. Le pegaron. En el primer momeno quiso oponer resistencia. Le enlazaron las muñecas con las cuerdas de los palos. Daban vueltas a los palos ajustando cada vez más el lazo. Le dolían a Pedro las manos de un modo horrible.

—No me aprieten tanto, que ya voy—dijo.

Le respondieron con un golpe en la cabeza. Cayó sin conocimiento, manchado en su sangre. Entonces, allí se empeñó una lucha salvaje por hacerle levantar. El apenas se daba cuenta de que le pegaban.

—¡Levántate!

—¡Dale más duro!

Lo pateaban. Su cuerpo era una masa inerte. Arrastrándolo lo condujeron hasta el cuartel de policía. Lo echaron en un calabozo. Al día siguiente, lo trasladaron a la cárcel sin haberle juzgado, sin haberle tomado siquiera una declaración sobre el robo.

Junto con otros presos, lo hicieron desfilar frente a un señor de lentes vestido de negro. Era el señor comisario.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Cómo te llamas?
—Pedro Guayamabe.
—¿Ladrón?
—..... .....
—¡Contesta, animal! ¿Ladrón?
.....
—Sí, mi jefe—dijo un policía. Lo cogimos allí mismito robando.
—Ajá. Ponlo de este lado.

Así hicieron con seis o siete hombres. Inmediatamente llevaron a Pedro a la cárcel. Y ya tenía seis meses en ella sin saber nada sobre el tiempo que debería permanecer preso sobre el estado de su juicio, que ni siquiera habían iniciado.

Juan Hidrovo iba de sorpresa en sorpresa escuchando el relato que le hacía Pedro.

—Yo te esperé hasta bien tarde. Si hubieras ido, hubiéramos terminado antes de que llegara la ronda y nada me hubiera pasado.

—No fuí porque mi mujer consiguió trabajo ese mismo día. Me arrepentí. Ya ves como era para peor. Mi mujer cocina ahora.

—Mejor para vos.

—Yo no he estado nunca en la cárcel.

—Yo, es la primera vez. Pero me la pagarán cuando salga. Ya verás. Ahora voy a ser ladrón en regla y bien armado. Me tengo que comer algunos de estos pacos. Me han fregado. Te juro por la luz del día que yo me la cobro, por esta—dijo haciendo la señal de la cruz y besándola.

—Para qué, hombre. Te volverán a coger y hasta te matan.

—¡Qué me importa! Yo me desquito. Ya verás. Yo soy hombre, Juan.

—¿Y hasta cuándo te van a tener aquí?

—No se. Para eso te he llamado. Creo que tengo ya seis meses enjaulado. Quiero que vayas donde el comisario, el que despacha en el cuartel de policía, y le hables. Dile que hasta cuándo me va a tener aquí, que estoy enfermo.

—¿Qué tienes?

—Todos los días me da fiebre.

—¿No hay médico aquí?

—¡Qué va a haber! Si me quejo, me insultan. Un día no más me dieron unas píldoras de quinina y vomité. Tengo el estómago fregado. Parece que me hubieran ojeado.

—Bueno. Ahora mismo me voy a hablar con el comisario.

—Ya estuvo. Juan. Oye, ¿tienes plata?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Tres reales no más. ¿Los quieres?

—Sí, hombre, para comprar algo qué comer. Si vieras la comida que me dan. Caldo y champús de arroz, todos los días. Ni siquiera le ponen sal.

—Toma, Pedro.

—Oye, mejor no me los des. Después me los quita un chapa. Cómprame vos muchines y carne en palito y un encebollado. Aquí afuera venden.

Compró Juan Hidrovo lo encargado por Pedro y llevólo a la celda. Pedro inmediatamente se puso a devorar con ansias la comida. Estaba hambriento.

Luego despidióse Juan y se fué hacia el cuartel de policía, a la calle Cuenca, para hablar con el comisario.

Serían las tres de la tarde. Entró a la sala de espera, y allí estuvo que estar de pié hasta las cinco. Después le hicieron pasar al despacho del señor comisario.

Sentado a un escritorio estaba el señor de lentes, vestido de negro. A los lados, sendos policías con el palo en la mano. Un timbre en el escritorio. Un cuaderno de recibos. Un tintero de cobre.

El señor comisario escribía. Sin levantar la mirada preguntó a Hidrovo, quien, de pié, con la cabeza baja, estaba delante.

—¿Qué te pasa?

—Yo, señor, soy amigo....

—Habla, habla ligero. ¿Qué quieres?

—Señor comisario, un amigo ...

—¡Qué amigo! ¿Qué te pasa?

—Pedro Guayamabe está en la cárcel y....

—¿Y a tí que te importa?

—Es que, señor comisario, hoy me mandó a llamar para que hable con usted.

—¿Qué quiere?

—Dice que tiene encerrado más de seis meses y no sabe nada del juicio. Quiere saber cuánto tiempo, pues, va a estar preso.

—¿Has traído plata para la multa?

—No, señor comisario.

—¿Entonces?.... ¿Te crees que así no más se le va a soltar?

—Seis meses hace que está preso y me dijo que le dijera a usted....

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¡Oh! Vea—dijo dirigiéndose a uno de los policías sáqueme a este hombre de aquí en seguida, antes que lo mande preso.

—¡Afuera! ¡Afuera!—le gritó el policía a Hidrovo.

En la puerta le dieron un empujón.

Pedro Guayamabe se quedaría en la cárcel indefinidamente ó hasta que él se escapara como pudiera. Hidrovo tuvo pena, quiso regresar a ver a Pedro, mas pensó después que era mejor no volverlo a ver. ¿Para qué? Comprendía que todo era inútil. Además, en el fondo, él quería deshacerse de ese compromiso. No se confesaba tal sentimiento, pero resolvió no ir más a la cárcel. Después de todo, justificaba, él mismo tiene la culpa de estar allí metido.

Lo que sí le enardecía hasta hacerle palidecer de coraje era el mal trato que su amigo recibía en la cárcel. Llegaba a pensar que eso no era humano. Esta palabra tenía para Hidrovo un significado infantil de bondad. La justicia se la representaba sólo en forma de castigo. Y de aquí le venía todo un conflicto espiritual que no acertaba a explicarse. Notaba no más que lo humano y la justicia, tal como él entendía estas dos palabras, guardaban cierta contrariedad, cierta oposición. Entonces, Hidrovo optaba por no pensar más en ello. O bien reflexionaba en sí mismo, en que él no sufría tal clase de penalidades tal vez porque no las había merecido.

Se pasó el resto de la tarde andando de aquí para allá, y acordándose del comisario que tan mal lo había recibido. Rehuía quedarse en un mismo sitio por temor de que Pedro le enviase una nueva nota. No hubiera tenido valor para regresar a la cárcel.

Después, por la noche, se dirigió a su cuarto, fatigado de andar como un sonámbulo por las calles. Se puso a esperar a María del Socorro. Le traería comida. Además, tenía que darle una noticia, una noticia que estaba allí en el periódico que un amigo habíale proporcionado.

La última vez que Juan salió a la calle por ver si llegaba María del Socorro, llovía. Poco a poco la lluvia fué arreciando. En medio de la calle se formaba un lago que brillaba a la luz de la luna. El ruido de las aguas sobre el techo del cuarto sonaba como golpes de martillo.

Entró María del Socorro arropada en la manta negra y con las ollitas de barro bajo el brazo, envueltas en papeles de periódicos.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Chillaban al andar los zapatos llenos de agua. Venía empapada. El rostro pajizo parecía aún más pálido con las gotas del agua, como si viniera sudando. Quitóse la manta y puso las ollitas encima de la mesa. Luego tosió, tosió largo. Tenía el vientre hinchado María del Socorro. Estaba de ocho meses de embarazo. Contrastaba la redondez y elevación de su vientre con esa cara que día a día se hacía más delgada, más enjuta.

—Tengo frío, Juan.

—¿Te has mojado mucho?

—Estoy encharcada.

Fué a quitarse los zapatos. Escurrió la manta.

—Tengo calentura.

—¿Otra vez?

—Sí. Casi todas las noches me siento caliente. Pero la señorita Julia me dice que todo es del embarazo no más, que no haga caso.

Volvió a toser María del Socorro. Era una tos cavernosa, honda, atragantada. Prendió el fuego y puso a calentar la comida.

María del Socorro tenía una sola preocupación, una preocupación terrible. Comprendía que llegado el momento de dar a luz no podría trabajar después por algunos días. Esa misma mañana se lo había advertido la señorita Julia.

—Oye, María, es necesario que te fijes en una cosa.

—¿Qué, señorita?

—Hay que buscar un reemplazo para cuando desembaraces. ¿Tú conoces a alguien que venga a la cocina mientras que tú estás en la Maternidad?

—No, señorita, yo no conozco.

—Bueno, entonces yo voy a encargar que me busquen, y cuando llegue el momento me avisas.

—Pocos días no más han de ser, señorita.

—Tiene que ser lo menos un mes. Cualquiera no va a venir por pocos días. Además, aquí no te queremos sino buena y sana. Otra cosa que hay que ir pensando: ¿qué vas a hacer con tu hijo?

—No se, señorita.

—Tendrás que dejarlo en la Casa Cuna. Aquí no puedes estar con él todo el día. Eso no es posible. ¿Comprendes?

—Sí comprendo, señorita.

Y María del Socorro meditaba en ese mes que iba a estar sin trabajo. Hidrovo apenas ganaba unos centavos diarios ...

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

¿Qué comerían? La preocupaba también el alquiler del cuarto. Y se estremecía de miedo pensando en que la echasen a la calle con su hijo de pechos. Se moriría la criatura, sí, se moriría. Y ahora, en el invierno, con tanta lluvia....

María del Socorro no sabía del inefable sentimiento que abrigan las mujeres que van a ser madres. De vez en vez sólo pensaba en su hijo, pero pensaba en la manera de guardarlo de la desgracia que por todas partes la acechaba. Sí, porque María del Socorro sentíase desgraciada. Los sueños blancos, que alguna vez tuvo, la fondita, el negocio de muchines, se habían borrado ya de su imaginación. Ahora sólo deteníase a pensar en el pan de cada día, en la comida que traía a Juan.... Eso, y el tener complacidas a sus patronas. Así era de estrecho el radio de su mundo, un mundo tan pequeñito... Trabajaba rudamente. Luego que terminaba el almuerzo, se ponía a planchar y resistía sin un quejido los dolores de la espalda que le daba. Cuando venía una de las señoritas por la cocina o por la azotea donde lavaba, hacía esfuerzos para contener la tos.

—María, estás tosiendo mucho.

—Tengo un poquito de catarro.

—Cuidado, y no vayas a toser encima de las ollas.

—¡Ay! No, señorita. Yo tengo mucho cuidado.

Y apenas se iba la señorita, veníale un terrible acceso de tos. Entonces se encomendaba a la Virgen de las Mercedes. A veces se le llenaban los ojos de lágrimas.

Un día le había dicho a Juan, en la plenitud de su sufrimiento, que para qué le mandaba Dios hijos, si para que sufriera más. Juan no le contestó nada. Miró a su mujer con una honda mirada de comprensión. María del Socorro rompió a llorar fuertemente, como hacía mucho tiempo no lo había hecho.

Esa noche, mientras que María del Socorro se cambiaba la ropa mojada, Hidrovo comía apresuradamente. Una sonrisa dibujábase en sus labios. A cada rato miraba hacia la cama, detrás de la cual María iba arrojando las ropas al suelo.

—Apura, María.

—Ya mismo voy. Yo ya comí. No tengo hambre.

—Es que quiero decirte una cosa.

—Qué, ¿ah?

—Ven, pues.

Apuróse María del Socorro, y fué luego a sentarse encima de la mesa, junto a Juan.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ya voy a tener trabajo, María.

—¿No?

—Sí. Van a hacer un muelle de cemento y van a coger a quinientos trabajadores. Será para el tiempo en que vos vayas a la Maternidad. Yo he de conseguir un puesto allí.

—Dios es tan lindo — susurró María del Socorro, con las manos colocadas en el vientre alto, redondo.

La lluvia azotaba la puerta del cuarto de caña. Se reía la lluvia. Se reía el viento. Se reía la noche. El aguacero caía así, oblícuo, como una carcajada hipócrita. Un soplo de viento, introduciéndose por las rendijas, como un ladrón, apagó el candil.

XIV

María del Socorro, en la cocina de la familia Arana, está lavando las ollas. Con una enorme cuchara raspa el fondo de una olla. A cada momento acerca la olla a la llave de agua y deja que por unos minutos se llene. Luego vuelve a raspar, a raspar.

No es por el calor que María del Socorro está sudando. Siente frío María del Socorro. Se detiene en su faena. Suspira. Un acceso de tos la hace retirar del lavadero. Regresa a su trabajo. Pero no puede ya. Se siente extenuada. En el banquito de la cocina reposa con la cabeza inclinada. Hay en su respiración un ritmo anormal, jadeante, pero siempre un ritmo, el ritmo del cansancio. Se diría que algo la aprieta muy adentro. Se enarca el pecho y se hunde después tan profundamente.... Tiene apoyadas las dos manos en el filo del banco. Y se alzan los hombros, como dos aristas largas, como un altar. Hasta medio brazo está mojado, lleno de gotitas de grasa. Abre los ojos, los abre mucho, y mira con una mirada de angustia. Quiere incorporarse. Pero tiene náuseas María del Socorro. Le pica la garganta. Vuelve a toser. Respira afanosamente y se puede escuchar un ronquido en su respiración fatigada. Se pasa una mano por la frente. María del Socorro se asusta de ese sudor frío que palpa con sus dedos grasosos.

La señorita Julia entra a la cocina, entonando un fox de moda.

—Adiós, ¿qué te pasa, María?

—Me siento mal, señorita.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—¿Qué te pasa?

—No se, señorita. Me siento mal.

—¿Tienes fiebre?

—No. Tengo frío. Ya voy a lavar señorita.... Es que....

Un acceso de tos no la deja continuar. Siente que le viene algo por la garganta, algo caliente. Hace una contorsión brutal por contenerse. No ha de ser delante de la señorita, no, por Dios. Se ahoga. Es la tos que vuelve a estallar. Rápidamente se levanta y va a la azotea. Allí tose, tose y escupe. La señorita Julia la sigue a la azotea y se queda sorprendida mirando lo que escupe María del Socorro.

—¡Jesús!.... ¡Sangre!

María del Socorro se apoya en un pilar de la azotea. Allí se va aliviando poco a poco.

—María, tú estás tísica.

—Así ha de ser, señorita.

—Andate en seguida al hospital que te examinen. Y lo peor es que pronto vas a desembarazar.

—Sí, señorita.

Se aparta de ella la señorita Julia. Tiene un arranque de caridad y le da a beber, estirando el brazo lo más que puede, para no acercarse mucho, una taza de agua caliente. Luego arroja la taza contra el patio. Suena la porcelana, quebrándose como risa breve, aguda.

—¿Por qué la rompe, señorita?

—Anda, ponte la manta, María. Espérate un ratito. Te voy a pagar.

María del Socorro, con la manta puesta, espera sentada en el banco de la cocina. Regresa la señorita y le da el sueldo del mes completo, aunque faltan ocho días para terminarlo.

—Toma, María, fíjate que te pago todo el mes. Andate ligero al hospital. Aquí no puedes estar ya más.

—Muchas gracias, señorita Julia. Hasta luego señorita.

Dócilmente María se dirige al Hospital. Pero no es hora de consulta. El Portero le dice que hay consulta gratuita sólo en las mañanas. Es forzoso regresar al día siguiente muy a las ocho.

Se va a su cuarto. Le reza a la Virgen de las Mercedes. ¿Será verdad que está tísica? Reza por su hijo que va a nacer. En medio de su agitación nerviosa piensa que ese niño no tiene la culpa. No debe nacer enfermo. Sabe que ella no podrá alimentarlo con sus pechos. El médico le ha de decir que no. Entonces María del Socorro llora. Se alivia con el llanto. Se

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

acuesta en el catre viejo. Y allí se está toda la tarde, sumida en el dolor. Ya no siente frío. Ahora debe tener fiebre. Se pasa la lengua por los labios y los palpa resecos. Una vez se levanta a tomar agua. Cómo le arde la cabeza. Ni siquiera se ha quitado la manta. La ajusta más al cuello. «Hay que sudar», se dice.

Es horrible mirar ese catre viejo en el cuarto de caña cubierto de polvo. Ese cuerpo de mujer tendido boca arriba, envuelto hasta la mitad en la manta negra. Los ojos casi cerrados. La boca entreabierta, y agitándose las ventanas de la nariz. Las manos cruzadas sobre el alto vientre, parece que están allí por hacer una caricia de protección al hijo que vendrá.

Así, en la inmovilidad, en la quietud, en el silencio, transcurren las horas. Ella no escucha cómo se desgranan del campanario de la Victoria. De vez en vez abre los ojos por ver si ha llegado Juan.

Cuando entra Juan Hidrovo al cuarto, la encuentra dormida. Le llama la atención a Juan ver a su mujer allí en la cama sin movimiento. Al dirigirse a ella, despierta María del Socorro.

—¿Qué te pasa?

—Tengo calentura, Juan.

—¿Calentura?

—Sí, pero ya estoy mejor. Vomité sangre. La señorita Julia dice que estoy tísica.

—No, María, no puede ser.

—Yo no se. Así ha de ser. Ya me dijo la señorita Julia que no podía trabajar más. Me pagó el mes completo. Allí encima de la mesa están los diez sucres. Cógelos, Juan.

—Hay que ir al hospital.

—Si estuve ahora de tarde, pero hay que regresar mañana temprano, a las ocho.

—Bueno, María.

Juan Hidrovo se ha sentado en la silla preocupado. María está ya en tiempo de dar a luz. Piensa que ha de ser grave el trance. Piensa en su hijo.

Tose María. Desgarra la garganta. En las flemas que arroja hay hilos de sangre.

—¿Ya ves como sí estoy tísica, Juan?

—Eso es de la garganta no más.

—Dame agua.

Le acerca el jarro lleno. Luego de vaciarlo, María vuelve a toser.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Tanto aguacero es que te ha fregado.

—Seguramente. Y como tenía que lavar después de haber cocinado con tanto calor, y después planchar.... Pero ya me siento mejor.

—¿Y la señorita Julia te dijo que ya no podías ir más?

—Sí, Juan. ¿Y ahora que se acaben los diez sucres?

—Lo del muelle es cuestión de dos o tres días. Ya verás como allí consigo trabajo.

—¡Ah! Sí. El Muelle. Ni me había acordado.

—Oye, María. Yo puedo hacer la comida. ¿Tienes hambre?

—No. Sólo quisiera tomar un poco de caldo.

—Ahora mismo te hago uno macanudo de carne.

Sale Juan a comprar lo necesario. Luego prepara el caldo y pone a asar plátanos. María se ha sentado en la cama. Está muy débil, pero ya pasó la fiebre. Toma su caldo. Después se ríe.

—Yo no tengo nada, Juan. Si ya me siento bien.

—Pero de todos modos hay que ir mañana al hospital.

—Bueno, pues, pero verás que el médico dice que no tengo nada. ¿Y es seguro lo del muelle?

—Segurísimo. Dicen que el lunes principian los trabajos. El sábado hay que ir a anotarse. En el periódico está el anuncio. Hay que estar allí a las siete de la mañana. Yo me voy desde las cinco y media para ser el primero y que me anoten. Siquiera han de pagar tres sucres diarios, María.

—¡Qué bueno!

—Fíjate. Tres sucres diarios son casi noventa sucres al mes, porque hay que descontar los domingos. No importa que te hayan botado de donde la familia Arana. Mejor para que descanses. Ya mismo tienes que dar a luz. ¿Te fijas? Y después tienes que cuidar del muchacho.

—Oye, ¿y como le ponemos si es hombre?

—Claudio, como se llamaba mi amigo que mataron en Nueva York.

—¡Ay! ¿No será de mal agüero?

—No, María. ¡Qué mal agüero! Yo no creo en eso.

—A mí me han dicho que no se debe poner a los hijos nombre de muertos desgraciados porque entonces nacen con mala suerte.

—Ni creas. Yo te respondo. Tiene que llamarse Claudio.

—¿Y si es mujer?

—Yo no quiero que sea mujer.

—¿Pero si es mujer?

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ponle tú el nombre.

—A mí me gusta Florencia.

—No. Eso no vale. Le ponemos María del Socorro como vos.

—¿Cómo yo? También es de mal agüero. Yo siempre he estado fregada.

—No creas en disparates. Pareces bruja.

Ríe María del Socorro. Estos momentos, estas palabras son muy felices para ella. A veces siéntese impaciente porque nazca el hijo. Otras, tiene el temor de lo desconocido, de lo misterioso del parto, y tiembla de pensar en los dolores, de que tanto ha oído hablar.

La noche va cayendo. Han encendido el candil. Juan fuma. María sigue sentada en el catre viejo, y hay en sus labios macilentos una leve sonrisa de paz.

—Oye, Juan,—dícele de pronto—tienes que ir a verme los trastos donde la familia Arana. No me había acordado.

—Bueno, mañana de regreso del hospital vamos juntos.

—No, yo no voy.

—¿Por qué?

—Porque la señorita Julia me dijo que yo estaba tísica y y le noté que me tenía asco. Ha de creer que ella también se va a enfermar. Yo no voy.

Se frunce el ceño de Juan. Le ha dado rabia.

—Así son éstas—dice.

María lo mira algo sorprendida. Hace un mohín con los labios y sonríe. Nunca ha oído a Juan expresarse de tal manera de los patrones.

—Tengo sueño, Juan—dice María.

Se acuestan en el catre viejo, bajo la imagen de la Virgen de las Mercedes. María duerme a los pocos minutos. Juan, no. No puede domir. Una idea atroz le tortura el cerebro: la tisis de María. Piensa en su hijo y tiembla. Hay instantes en que desea que se muera María del Socorro. Se pregunta si él sería capaz de matarla. Luego se horroriza. Allí está su hijo, su hijo que quiere ver. Tal vez no nazca enfermo. Eso que dice la gente no es cierto. Además, todavía falta saber si es verdad que su mujer está tísica. No la ha examinado ningún médico. Desea frenéticamente que llegue la mañana. Pero la noche se hace cada vez más larga, más pesada. Escucha con inquietud las campanadas broncas de la Iglesia de la Victoria. A ratitos, quédase dormido. Despierta en seguida, creyendo que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

al abrir los ojos ya es de día. Y así toda la noche, con ese tormento de esperar.

En la mañana es María del Socorro la que despierta primero. Juan se ha quedado dormido en la madrugada, vencido por el cansancio.

Se incorpora María sobre un codo y lo mueve levemente.

—Juan, Juan, son más de las seis.

—¿Ah? Ya voy.

Juan está en pié. María se viste y va a comprar leche para el café.

Luego salen en dirección al hospital. María le ha dicho:

—Yo creo que no es necesario que vaya. Si ya me siento bien.

—Hay que ir de todos modos. Apúrate.

Sin embargo de haber llegado temprano, encuentran ya mucha gente en la entrada del hospital. Enfermos que aguardan el turno. Algunos están tendidos en el suelo, consumiéndose en la fiebre. Otros, con la cabeza amarrada, esperan sentados, con una cara de indiferencia que emociona.

Al fin le toca el turno a María del Socorro. Pregunta el médico:

—A ver, a tí, ¿qué te pasa?

—Ayer, doctor, que vomité sangre y después me dió fiebre.

—¿Tienes tos?

—Sí, doctor.

—¿Cuántos meses tienes de embarazo? Ya debes de estar próxima.

—Ya estoy en el noveno, doctor.

—¿Siempre te daba fiebre?

—Casi siempre, doctor.

—Por las tardes, ¿no?

—Sí, doctor, por las tardes.

Examínala el médico. María está de pié junto a Juan. Ordena el doctor que cruce los brazos. Aplica el oído a la espalda. La hace respirar profundamente. Le dice que cuente.

—Malo, malo. Caverna en el pulmón izquierdo.

—¿Qué tiene, doctor?—pregunta Juan.

—Tuberculosis pulmonar. Y lo malo es que ya no se puede hacerla abortar. Inmediatamente que desembarace tiene que ir a vivir a la sierra. Si es que no....

—¿Y no me receta nada, doctor?

—Nada, hija. Cuídate. No debes trabajar. Aliméntate bien. Toma mucha leche, carne, huevos. Y marcharse a la sierra. Eso es todo.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Cuando salen del hospital el silencio los acompaña. Juan tiene el ceño arrugado. Le pesa la frente. María del Socorro se pregunta si Juan no le tendrá asco como la señorita Julia. Caminan como autómatas.

Apenas llegan al cuarto, Juan se despide. Va, dice, en busca de trabajo. Pero no piensa trabajar ese día. Deambula por las calles con el dolor a cuestas. A la hora del almuerzo regresa. Ha disminuído en algo su angustia.

—Oye, María, yo creo que sí te podrías ir a la sierra. He averiguado y me han dicho que todo allá es baratísimo. Como yo he de trabajar en el muelle, te mando plata.

—Bueno, Juan. Allá sí creo que podré emplearme de cocinera también.

—Seguro. Y el muchacho se ha de criar bien fuerte en la sierra. Tiene que ser hombre.

Sonríe María del Socorro halagada por el pensamiento de su hijo. Hace proyectos sobre el futuro. Transcurre la tarde. A María entra un poco de fiebre.

Mientras que ella está en la cama, acostada de lado, soñando con su hijo, con la sierra, con todo lo que ella puede soñar, Juan medita en la enfermedad de María. Se dice que si su situación hubiera sido más holgada no se habría enfermado su mujer. Al recordar el trabajo de María de cocinera y planchadora al mismo tiempo, siente una especie de rabia contra la familia Arana. Sí, afirma, ese trabajo tan rudo la ha enfermado, y todo para ganar diez sucres...

—Ese trabajo donde las Arana—dice Juan sin anteponer por primera vez señorita o familia — es el que te ha fregado. Lavar, cocinar, planchar. Estoy seguro.

Así mismo digo yo, Juan. Pero cuando Dios quiere no pasa nada.

Se hace el silencio.

Al día siguiente, María del Socorro despierta con los primeros dolores del alumbramiento, Juan está emocionado. La lleva a la Maternidad. En tal o cual esquina se detienen un momento, hasta que pase a María el dolor. Luego vuelven a caminar, apoyada ella en el brazo de Hidrovo.

—Espérate un ratito.

—¿Ya te vino?

—Sí, Juan.

Se pone María las manos en el vientre. Tuerce toda la cara. Pero apenas se queja. Después, con el rostro pálido, enseña una sonrisa.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—Ya me pasó.

Llegan a la puerta del asilo. Allí ve Juan el periódico que tiene el portero. Anuncian a las trabajadores que se presenten en la oficina del señor Angel Mariño para inscribirse. Desde la mañana siguiente empezarán los trabajos del muelle.

—María, María, ya está el anuncio en el periódico.

—¿Qué anuncio?

—Para anotarse para trabajar en el muelle. Me tengo que ir.

—¡Ay! ¿Y me dejas sola ahora?

—¿Qué voy a hacer María? El muelle. El muelle. Fíjate que si no voy no tengo trabajo, y ahora que va a nacer el muchacho. Yo regreso en seguida.

—¿Hasta dónde vas?

—A la oficina de don Angel Mariño. El es el que hace la obra. Yo creía que era para mañana la citación en la oficina. Pero se han adelantado.

María del Socorro se sorprende. Ese nombre la hace daño. Una lágrima resbala por sus mejillas.

—¿Qué te pasa?

—El dolor, Juan, otra vez.

—Vamos, entremos, de una vez.

Allí, en la portería, llenan las formalidades de inscripción. Los dolores son más frecuentes. Entra María ayudada por una enfermera.

Hidrovo sale febril a la calle. Va casi corriendo a la oficina de don Angel Mariño. Nunca en su vida ha tenido más emoción que hoy. Sólo dos palabras, que encierran toda una mirada total de la vida, hay en su pensamiento: su hijo, el muelle. No sabe por qué asocia estas dos cosas tan distantes. Pero es que están íntimamente unidas. El muelle es la vida de su hijo.

Llega jadeante, sudoroso, conteniendo la respiración agitada, a la oficina. Hay muchos hombres antes que él. Casi tres horas tiene que esperar sufriendo la más cruel de las angustias. Al fin llega su turno.

—¿Cómo se llama?

—Juan Hidrovo.

—Ya. Tres sucres diarios. Mañana a las siete en punto en el muelle. Allí estará el capataz con la lista.

Se abre paso como puede, empujando aquí y allá, moviendo los codos a los lados. Va a la Maternidad. Pero va ya más tranquilo. Al par que camina tan de prisa se va forjando ilusiones con una rapidez extraordinaria. Todo se ha arreglado

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

para él, para su mujer, para su hijo. Tres sucres diarios, se repite. Sonríe en el camino. Ajusta los puños fuerte, fuerte.

En la puerta del asilo se detiene. El portero lo hace entrar. Llega a una sala enorme llena de camas. Pregunta por María del Socorro Ibáñez. Nadie le da razón. Corre de un lado al otro. Le indican que vaya por un largo corredor, a la sala de operaciones. Alcanza a ver a la enfermera que sale, a la enfermera que condujo a María.

—¿Y mi mujer?

—Es usted el marido de la que acaban de operar?

—Sí—dice Hidrovo, adivinando en su tortura que el trance ha sido grave.

—Un parto muy difícil. El niño está bueno. Se llama Ibáñez ella, ¿no?

—Sí. ¿Es hombre? ¿Cómo está mi mujer?

—Bien, bien. Un poco delicada no más.

La enfermera conduce a Hidrovo a una sala, en una de cuyas camas está María del Socorro. María tiene el semblante de cera. A su lado derecho, el niño llora con una voz tenue, casi imperceptible. Juan se queda sin saber qué hacer. Siente que se le humedecen los ojos. Y ríe, ríe.

—¿Ya?

—Hombre ha sido, Juan. Como vos querías.

María tose. Viene el médico y le pone una inyección. Está feliz María. Pregunta a Juan:

—¿Te anotaron?

—Sí. Desde mañana voy al trabajo. Me pagan tres sucres diarios. Como te dije.

La enfermera indica a Hidrovo que tiene que salir. Se va Juan por esas calles amarrando en lo más hondo de sí mismo la emoción de ser padre.

* * *

Apenas se divisan las líneas de la pared, del catre viejo, de la mesa. Hace un poco de frío. La campana de la iglesia de la Victoria llama a misa, a misa de cinco. Las viejitas arropadas en la manta pasan conversando y desde el cuarto de caña se oye el cuchicheo de sus voces menudas. Antes de que llegue la luz de la madrugada, rompe la penumbra deliciosa un llanto de niño, un llanto tan suave, tan dulce como esa hora

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

oculta, como esas voces menudas de las viejitas, como ese olor de mañana que se inicia.

Juan se echa de la cama. Va a la mesa y prende el candil. Allí se restrega los ojos y se pasa una mano por los cabellos ensortijados.

—¿Adónde dejaste el pañal?

—En el cajón de la mesa.

—Yo no encuentro nada.

—Apúrate, pues, que quiero cambiarlo.

Encuentra Juan el pañal y lo lleva a María. El niño está hambriento, está impaciente. Bate en el aire los bracitos. La madre descubre el pecho y acerca con sus brazos al niño que se prende del pezón moreno. María contempla largamente a su hijo.

—¡Qué tragón!—dice Hidrovo riendo.

—Apaga ya el candil que es de día.

La luz de la mañana es violeta ahora. Entra una brisa y se mueven las ropas que cuelgan de la cama. Nadie habla en este momento. Pero Hidrovo dice:

—Me voy a ir vistiendo. A las siete tengo que estar en el trabajo.

—¿Compramos hoy la ropa gruesa?

—Claro. El viernes tienes que irte a la sierra. ¿No te dijo el doctor que de todos modos te vayas?

—Sí. Pero yo me siento bien.

—Yo salgo a las once del trabajo. Anda a verme a esa hora para ir a comprar. Tenemos que ir siempre.

—Bueno.

Antes de salir, Juan va en busca de la leche y el pan. El mismo prepara el café y alcanza el jarro de hoja de lata a María. Deja las cosas sucias encima de la mesa, prende un cigarrillo. De la puerta voltea el rostro sonreído y mira al chiquitín que hace esfuerzos por llevarse un pie a la boca.

* * *

Juan Hidrovo está con el agua en la cintura trabajando en las bases del muelle. Los trabajadores arrancan los pilares de la vieja construcción. Los movimientos de Hidrovo son ágiles, fuertes, entusiastas.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

—No trabajes tanto, hombre. ¿Acaso no te roban?

—¿Por qué?

—Siempre nos están descontando porque se llega tarde, porque el apuntador no tomó todo el tiempo..

—A mí casi siempre me pagan completo.

El capataz se acerca:

—¡Hey! ¡Qué tanta charla! ¡A trabajar! ¡A trabajar! ¡Sinvergüenzas! Para eso se les paga. ¡Vamos, duro!

Los dos hombres callan. El uno, arruga la frente, rechina los dientes. El otro, Hidrovo, sonríe.

Tan pronto como vuelve el capataz las espaldas, el compañero de Juan reanuda la charla.

—Le tengo odio a este desgraciado.

—A él le pagan para eso.

—Nos explota. Todos nos explotan. Los ricos son unos sirvengüenzas.

—No, hombre. Hay de todo.

—¡Qué, hombre! De repente lo dejan a uno morir de hambre.

—No. Aquí nadie se muere de hambre. Yo he estado por Nueva York y otras partes. Allá sí que es fea la cosa. Pero aquí, no. Claro que a veces se pone mala la cosa, pero no es tanto.

—En todas partes es lo mismo. Es que nos persiguen. Ah, pero si nosotros nos uniéramos. De brutos no lo hacemos. Somos los más. ¿Por qué no entras a la Confederación Obrera?

—¿Yo? No.

—¿Por qué?

—Yo no me quiero meter en nada. Más es lo que cuesta.

—Es que hay que unirse. ¿No te has fijado cómo en todas partes nos tienen fregados?

—Cierto es, pero aquí no tanto.

—No tanto. Ve, por aquí, por el muelle, botaban a los muertos, a los que asesinaron cuando la huelga. ¿Vos no te acuerdas?

—No estaba aquí.

—¡Ah! Vélo, velo, al Mariño, él que nos friega.

—¿Adónde?

—Allá. Está por la acera.

—Ah, sí. Pero por él es que tengo yo trabajo.

Por la acera del muelle se pasea don Angel Mariño con su hongo lustroso y el bastón de fina caña en la mano derecha. Mira satisfecho su obra. Cada cinco o seis pasos se de-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

tiene, se pone frente al muelle, respira con placer, hace una curva en el aire con el bastón, y vuelve a caminar.

Van a dar las once. María del Socorro llega al muelle con su hijo en los brazos. Se para allí, esperando que Juan salga del trabajo. De repente se ve cerca del señor Maaiño. Se turba María. Cree que debe saludarlo. Pero no se atreve.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Esperando a mi marido.

—Ajá. ¿Aquí trabaja tu marido?

—Sí, señor Mariño.

—¿Cómo es que se llama?

—Juan Hidrovo.

—Ajá.

Se aleja don Angel. María respira aliviada. Busca con las miradas a Juan y lo ve a lo lejos metido en el agua. Se siente feliz María. Quisiera que su hijo pudiera saludar para que hiciese señas con la manos a Hidrovo. El sol quema. María rueda hacia la cabeza del niño el filo de su manta.

Don Angel Mariño hace señas al capataz para que se acerque. Cuando lo tiene junto a él, dícele:

—Hoy me botas a Juan Hidrovo del trabajo. ¿Oyes?

—Está bien, mi jefe.

Juan chapotea en el agua. Va a salir.

María del Socorro Ibáñez, pajiza la cara, lustroso y negro el cabello, está mirando hacia el agua con sus ojos hundidos en el cerco morado de las ojeras. María está muy delgada. Sólo los pechos le abultan. Tiene la trenza torcida sobre un hombro. Ya no ve María hacia el agua. Coge la trenza y la mueve con la mano y hace cosquillas con el lazito blanco en la cara del niño.

Van saltando los trabajadores, por entre palos viejos que se lleva el río. La corriente habla entre los pilares del muelle. Parece que los quiere empujar hacia afuera, hacia el mar.

Guayaquil (Ecuador)
Mayo - julio de 1932.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Acabóse de imprimir
en Quito
el 30 de junio
de 1933

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"